

LA NACION

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES 13 DE ABRIL DE 1930

NÚMERO 41

AÑO I



Por LUIS G. MARTIGNONI.

ESPECIAL PARA LA NACION

SIESTA EN LA HAMACA

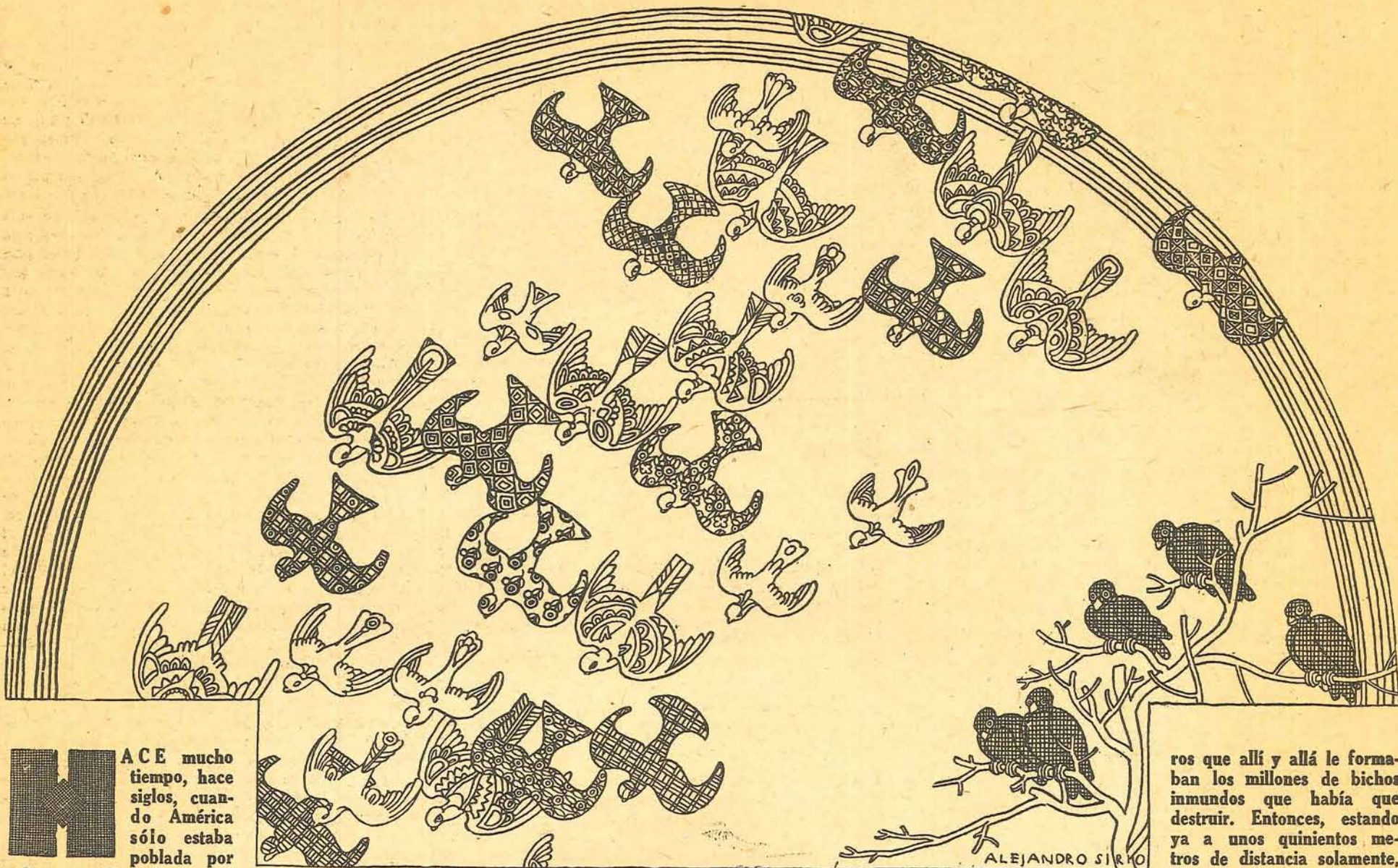
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

**DOLORES DE CABEZA, MUELAS Y OIDO:
EN UN MINUTO AL OLVIDO!**



30 cts.

Geniol
QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR



HACE mucho tiempo, hace siglos, cuando América sólo estaba poblada por indios, ocurrió un hecho tan hermoso que a todos se lo quisiera contar.

Una vez, los pájaros empezaron a notar que los colores del arco iris, cada vez iban siendo menos puros y, por lo tanto, menos hermosos.

¿Qué le sucederá al arco iris que ya no aparece tan lindo como antes? se preguntaban los pájaros asombrados. Y no sabiendo a qué atribuir el fenómeno, en el deseo de aclararlo y de realizar algo para hacerlo desaparecer, se reunieron en una gran asamblea.

Es conveniente decir, antes de continuar esta narración, que por aquellos tiempos los pájaros no tenían—como muchos tienen ahora—plumas de hermosos colores, porque todos, o casi todos, poseían un plumaje de color oscuro como es en el presente el del gorrión.

Bien. Reunidos en gran asamblea como hemos dicho, sucedió que cuando estaban deliberando, aunque sin llegar a ningún acuerdo y sin saber qué resolución adoptar, bajó volando desde el cielo al gran árbol sobre cuyas ramas se posaban, un pajarito desconocido, más bonito que todos los allí presentes, porque tenía plumas de muchos colores, y pidiendo silencio, ante la curiosidad general, dijo, cantando, lo siguiente: Compañeros de la tierra: el arco iris está enfermo. En el cielo ha aparecido un insecto que se multiplica por millones y que vuela alrededor de él como los insectos que ustedes conocen vuelan alrededor de la luz. Pero como allá arriba no hay más pajaritos que los de mi familia y somos muy pocos, decidí venir a la tierra buscando la ayuda de ustedes.

Vengo, pues, a pedirles que vuelen conmigo hasta el cielo y que nos ayuden a devorarlo al arco iris los millones de bichitos dañinos que lo rodean y lo enferman, causa por la cual va perdiendo sus lindos colores, como ustedes han notado. Pero he de advertirles honradamente que es muy difícil la empresa, pues hay que atravesar por parajes muy fríos y luego de llegar, hay que ser muy valientes y decididos para que en la gran pelea que tendremos que sostener con los millones de bichos, ellos no nos venzan a nosotros, siendo en cambio nosotros los vencedores.

Luego de escuchadas estas palabras, en la asamblea de pájaros hubo un gran revoloteo y un prolongado al-

El color de los pájaros

(Fábula inspirada en una leyenda india)

Ilustración de Alejandro Sirio

boroto de trinos. Deliberaron durante un largo rato y luego, el que hacía de jefe, que era un cardenal, preguntó quiénes se animaban a seguirlo en pos de tan difícil y peligrosa empresa. Hubo en la asamblea un momento de indecisión, pues muchos de los presentes se acobardaron ante los peligros de la travesía y de la batalla, pero los más generosos y valientes, ya con dulce o con áspero canto, hicieron saber su decisión de ir, y apartándose de la enorme bandada, formaron una bandada nueva bastante numerosa también. Entonces el cardenal en jefe dirigiéndose al pajarito forastero, le dijo:

Estamos prontos; tú nos guiarás—. Y la bandada de valientes pájaros echó a volar hacia arriba, hasta desaparecer entre las nubes, mientras los otros, cobardes, se quedaron muy parados entre las ramas del gran árbol. Uno de éstos dijo: estos pobres no saben en la que se metieron. Creo que ninguno de ellos volverá a la tierra, y si alguno tiene la suerte de hacerlo, será sin plumas, completamente pelado. ¡Lindos van a quedar después de la lucha con esos bichos desconocidos! ¡Son unos bobos! ¡Cómo nos vamos a reír al ver la figura de los que vuelvan! Y los otros dijeron a la vez: sí, son unos bobos y unos ilusos. Si alguno vuelve será vencido y desplumado. ¡Cómo nos vamos a reír!

Bueno. Los pájaros valientes volaron durante varios días entre el frío y la lluvia y el viento y la nieve, siempre con su jefe, el cardenal, a la cabeza, quien llevaba al costado, de guía o baqueano, al pajarito de colores vivos, al pajarito forastero. Volaban y volaban, pero el arco iris no se alcanzaba a ver, hasta que al fin, una mañana, luego de una tormenta que les mojó las plumas y mucho los atrasó en la marcha, estando ya en el cielo, apareció el arco iris, cerquita, inmenso, hermosísimo a pesar de los manchones obscu-

ros que allí y allá le formaban los millones de bichos inmundos que había que destruir. Entonces, estando ya a unos quinientos metros de distancia solamente, el cardenal los detuvo a medio vuelo, los agrupó, les dijo quién sabe qué cosas en su canto vibrante, y todos los de la banda se lanzaron como flechas sobre las manchas movedizas de los bichitos que oscurecían los colores que tanto admiramos.

Y allí fué troya. Durante varias horas aquello fué una verdadera batalla. Los valientes pájaros de la tierra a cuya bandada se había unido la bandada más chica de los del cielo — con el pico, las uñas y las patas, mataron y mataron bichos entre ruidos de alas y cantos de coraje y cantos de alegría. Después, quedó flotando en el aire y cayendo despacio una gran nube parda de insectos muertos. Los pájaros habían vencido en toda la línea.

Y he aquí que sucedió un hecho sin igual, digno de tenerse siempre en la memoria. Los pájaros de la tierra de tanto y tanto volar y sacudirse en la zona de luz del arco iris, fueron manchando su pardo plumaje con los bellos colores de aquél, y como los colores del iris no se borran más, los valientes batalladores quedaron vestidos con un plumaje nuevo y hermosísimo, que no sólo iban a conservar mientras vivieran — según les dijeron muy alegres los pájaros del cielo — sino que los transmitirían para siempre a todos sus descendientes.

Concluida la batalla, luego de un descanso reparador y de despedirse de sus compañeros celestes, la bandada empezó a volar en descenso, y llenos de inmensa alegría se miraban unos a otros como creyendo soñar al verse sanos y salvos, al sentirse satisfechos de haber realizado una gran hazaña en provecho del bien y de la belleza, y al verse premiados inesperadamente con un plumaje tan lindo.

Volando y volando llegaron a la tierra y había que ver las caras de arrepentimiento que pusieron los que se quedaron aquí abajo por cobardía, al comprobar que no sólo habían vuelto todos los que fueron, sino que en lugar de llegar vencidos y desplumados, como ellos creían y hasta deseaban, llegaban vencedores y con sus plumas enteras y pintadas con colores hermosos, como son en la actualidad los colores del churrinche, del benteveo, del siete vestidos, del dorado, del zorzal y de muchos otros pájaros lindos que viven en los campos y bosques de los países sudamericanos.

Fernán Silva Valdés

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, abril de 1930.

Por qué he escrito "El hombre a la defensiva"

No he recibido las primeras andanadas de ataques y de insultos que me dirigen los jóvenes escritores argentinos. Ya puedo, en consecuencia, escribir este artículo. Por otro de Victoria Ocampo, publicado en LA NACION hace meses, tuve las primeras noticias del enojo que mis ensayos "La Pampa... promesas" y "El hombre a la defensiva" habían producido. Poco después, una página de "Caras y Caretas" firmada por el Sr. Alberti me confirmaba el hecho. Ambos escritores se adelantaban, generosos, a mi defensa y destacaban argumentos para aminorar la hostilidad contra mí germinante. Yo agradezco de corazón a ambos espontáneos paladines la efusión de su defensa, pero han de permitirme añadir que no era necesaria. Nadie que conozca aún vagamente la Argentina, puede dudar un momento de que al escribir yo aquellos ensayos sabía que iba a condensar sobre mi cabeza todas las electricidades del iracundo denuesto. Pero si nadie puede dudar de que presumía esa violenta repercusión, nadie puede dudar que había en mí la resolución de conciliarla. Ninguna fuerza externa me obligaba a pensar, manuscibir y publicar aquellos ideogramas. Si todo ello lo hice libérrimamente, claro es que asumía, libérrimamente también, sus enojosas consecuencias. Sobre esto conviene que no exista la más leve incertidumbre.

Entonces ¿es que yo quería, con franco albedrío, ver funcionar a mi costa la procacidad habitual de esa juventud literaria? A decir verdad, no tenía empeño alguno en ello pero, por fuerza, había de quererlo también, ya que era imprescindible si quería publicar "El hombre a la defensiva". Quien no sea, por completo, pueril, al querer la causa quiere conjuntamente la variada prole de sus efectos. Todo se retrotrae, pues, al hecho rotundo de que yo he tenido la inquebrantable voluntad de escribir aquellas páginas. ¿Por qué la he tenido? La intención de insinuarlo engendra las líneas siguientes, donde el lector hallará todo menos arrepentimiento.

Es seguro que no pocas personas de la Argentina se habrán dicho al leer mi último *Espectador*: "Por dos veces hemos recibido a este señor en nuestro país con exuberante amabilidad. ¿Es admisible que este señor pague aquellas atenciones diciéndonos de nosotros cosas que en parte son sobremanera desagradables?" Yo acepto que el asunto se plantee así, sólo que necesito intensificarlo hasta un grado superlativo.

No se trata sólo de que la Argentina me haya recibido con reiterada amabilidad. Esta es una expresión tibia, frívola y oficial. Se trata de mucho más.

En una comida que la revista *Nosotros* organizó en mi obsequio durante mi última permanencia en Buenos Aires tomó la palabra el Dr. Alejandro Korn y dijo que en algún capítulo de la historia argentina habría, tal vez, que citar mi nombre. Sus palabras fueron, en rigor, mucho más taxativas, pero yo las traduzco al modo dubitativo y condicional con el fin de no complicar en mis peligrosas andanzas a un hombre a quien quiero, estimo y respeto tanto como a Korn. Las traigo, no obstante, a mención para poder añadir que si ellas son posiblemente, dubitativamente, condicionalmente verdad, lo es con verdad radical, indubitable y categórica que no podría escribirse mi biografía — dado que ella tuviese algún interés — sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida — situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos — a ese país. Así, absolutamente así. La vida, que es siempre de alguien, es para ese alguien lo absoluto. Todo lo demás que exista llega al través de su vida, dentro de su vida. Así yo no tengo en el Universo y del Universo más que mi vida y resulta que una parte muy importante de ella se debe a la Argentina. Se trata, pues, no de deber atenciones a ese país como a tantos otros transeúntes acontecerá, sino de algo fabulosamente más grave: se trata de que debo una parte substancial de mí mismo, de mi vida a la Argentina. Y esto son ya palabras gruesas. Y mi vida, que a los demás no tiene por qué interesar, a mí me interesa enormemente. Tanto que es lo único que me interesa del Universo. A cada cual, si se analiza y entiende lo que digo, le acontece lo propio — porque su vida, repito, es lo único que tiene del Universo, porque su vida, es, en verdad, el Universo.

Quiere decirse, pues, que yo, tengo una deuda enorme con ese país. Y esto no son palabras, temblor de aire, caligrafía. No es que yo diga que tengo esa deuda, sino que la tengo dígalos o no; la tengo a ella no a su enunciación; la tengo y sostengo sobre mi existencia efectiva y no verbal, la llevo y la arrastro con sucesivos crecimientos desde que hace catorce años, escritor español desconocido, entré por la boca bicornal del puerto bonaerense.

Es notorio que yo he alardeado durante un decenio de ese gravamen. En una revista de esa capital leí hace unos meses una entrevista con el Conde de Keyserling donde este amigo mío e incalculable Conde hacía constar que el único europeo que hablaba con fervor de la Argentina era yo. Asumamos la exageración del exclusivismo y queda una pura verdad.

Dígame ahora si puedo aceptar que se plantee el

asunto de mi saldo de deuda con la Argentina mediante expresión tan tibia, frívola y oficial como la antedicha. No: yo debo completamente en serio y he de pagar no menos en serio. Ya he empezado. Las páginas irritantes del séptimo *Espectador* son las primeras monedas.

La forma del pago no podía para mí ser dudosa. Tenía que ser homogénea a la deuda. Y si la Argentina ha contribuido a hacer mi vida, yo tengo que contribuir, bien que en la cuantía mínima posible a un escritor, a hacer la vida de la Argentina.

¿Sería contribuir a hacer la vida de la Argentina verbalizar elogios sobre ese país que a nadie interesarían ni a nadie convencerían? Pero aun en el caso de que interesasen y convenciesen, eso no sería hacer la vida argentina, sino, a lo sumo, hacer la opinión de los demás sobre ésta. Y resultado tal me parece demasiado inoperante. Lo decisivo es lo que seamos, no lo que opinen los demás. Una vida bien metida en su auténtico destino no vive de la benevolencia crítica de los prójimos.

Pero además, quien conozca la Argentina actual sabe que nada puede hacerle tanto daño como alabarla, como interesarla en la opinión ajena sobre ella,

Diamela nocturna

Bajo tu albura frígida de cera
—¡Oh tremolar de Atlántidas fragantes!—
Yace la moribunda primavera;

Y los pasos del alma en tus cambiantes
Efluvios abren, en la noche pura,
Hondísimas picadas de diamantes.

Carga el jaguar, bramando, la espesura
De un gran sabor de incendio y sangre viva.
El Trópico en mi carne se madura:

¡Soñolienta piragua a la deriva,
Siglos de guacamayos y serpientes,
Distancias en la aurora primitiva!

Y estás con veinte brazos florecientes,
Candelabro oloroso, en mi ventana,
Velándome las Pléyades nacies,

Y es tuyo el roce que mi diestra ufana
Hasta el delirio, y, sin saberlo, adueñas
Mi amor en la penumbra sobrehumana,

Donde humo de tus flores marfileñas
Son los astros y, azul como el olvido,
A contraluz de luna, te diseñas.

Una verde luciérnaga ha venido.
¡Cuántas serán las que en tu aroma viajen!
¡Boticelli te dé un prado florido!

En mi silencio guardaré tu imagen.

Arturo Vázquez Cey

antes bien, es preciso empujarla hacia sí misma, recluirla en su inexorable ser. Esto se propone "El hombre a la defensiva".

En él se dice que es la Argentina "el pueblo con resortes históricos más fuertes que hoy existe". Esto no se dice por decir: se dice dos veces y con letra especial para que conste. Lo cual indica que yo tengo muchas cosas laudatorias que decir sobre la Argentina — por lo visto las que propago por Europa, según Keyserling. Y esas cosas son, en parte, óptimas como esa frase indica. Yo podía, pues, con entera sinceridad de escritor y siguiendo mi ininterrumpido uso de no escribir sino lo que creo hasta la raíz de mí mismo, haber magnificado ante el público europeo esa nación irritable. Es más, nadie que siga mi obra intelectual dudará de que tras esa frase sobre los resortes históricos de la Argentina, se ocultan teorías sobre lo social y lo histórico que pafan en puras ganas de expresarse. Mas yo las he reprimido y de todo ello enuncio sólo ese teorema sobre la vitalidad histórica de la Argentina, teorema que formulado en seco me compromete evidentemente ante mis lectores europeos, los cuales verán en él una paradoja y una arbitrariedad.

Cada cual se maneja con el aparato de su conciencia. La mía me invitaba a detener la alabanza a la Argentina. ¿Se quería que con loas pagase yo mi deuda? ¿Que mi pago consistiera en hacer algo que la Argentina... me agradeciese? ¿Que pagase a mi acreedor haciéndole deudor mío? ¿Que rescatase las antiguas "atenciones" dando motivo a otras nuevas?

José Ortega y Gasset

(Para LA NACION)
MADRID, marzo de 1930

Todo eso me parece ridículo, "petit bourgeois", extemporáneo y repugnante. Pero además, no es cuestión de que me parezca a mí bien o mal. Si para devolver a la Argentina el beneficio de su intromisión en mi vida yo tenía que colaborar en la suya y entrometerme en ella, el asunto quedaba fuera del área de mi elección. Todo vivir, individual o colectivo, es un hacer, más precisamente, un hacerse. De aquí que la vida se presente siempre, en su más íntimo y radical aspecto, como una tarea. Y si la conciencia no anda turbia, vemos con indomable evidencia el plano de esa tarea y en él el lugar y la porción de esfuerzo que nos corresponde. No hay más que una manera de colaborar en la vida de otro: arrimar resueltamente el hombro allí donde uno ve que hace falta.

Ahora bien, yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral. Me irrita este vocablo "moral". Me irrita porque en su uso y uso tradicional se entiende por moral no sé bien qué añadido de ornamento puesto a la vida y ser de un hombre o de un pueblo. Por eso yo prefiero que el lector lo entienda por lo que significa no en la contraposición moral-inmoral, sino en el sentido que adquiere cuando de alguien se dice que está "desmoralizado". Entonces se advierte que la moral no es una performance suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida y por ello no crea, ni fecunda, ni hincha su destino. Para mí la moral no es lo que el hombre debe ser pero por lo visto puede prescindir de ser, sino que es simplemente el ser inexorable de cada hombre, de cada pueblo. Por eso, desde siempre y una vez más en mis conferencias últimas de Buenos Aires, cuando anunciaba yo un posible curso de Ética — que ya no sé bien si haré — proclamaba como imperativo fundamental de la mía el prolema del viejo Pindaro: *guenoio hos eisi* — llega a ser el que eres.

En este sentido, el hombre argentino está desmoralizado y lo está en un momento grave de su historia nacional, cuando — después de dos generaciones en que ha vivido de fuera — tiene que volver a vivir de su propia substancia en todos los órdenes: económico, político, intelectual. Tal es mi convicción madurada calladamente durante muchos años y que no es fácil hagan vacilar lo más mínimo las diatribas, insolencias y chistes de esos jóvenes intelectuales argentinos que emplean en gesticulaciones narcisistas su tiempo, en vez de arrimar el hombro, como yo, sin posturas, sin "maneras", a la tarea de hacer una nación que, por fortuna no merecida de ellos, puede ser una formidable nación. ¿Saben esos jóvenes que emplean sus plumas más que para escribir — para esa soberana labor de crear que es el escribir — tan sólo, como el pavo-real, para hacer la rueda — saben esos jóvenes lo que es nacer en un pueblo que puede ser una gran nación? ¿Saben que hay muy pocos pueblos que puedan serlo?

Yo no podía elegir mi tarea. No he hecho más que aceptarla y comenzar a cumplirla. Es preciso llamar al argentino al fondo auténtico de sí mismo, retraerle a la disciplina rigurosa de ser sí mismo, de sumirse en el duro quehacer propuesto por su individual destino. Sólo así podrá modificarse la moral colectiva, el tipo de valores preferidos, el *standard* de virtudes y modos de ser que, prestigiados, informen con fértil automatismo, la existencia argentina.

Un primer empujón hacia esto significan mis páginas del *Espectador*. Son drásticas, son enojosas, son antipáticas. Pero dudo mucho que pueda conseguirse en otra forma esa llamada a fondo. Otra cosa serían unas páginas lindas para ser leídas, que atrajesen un aplauso hacia su autor. Pero no se trataba de una obra literaria — "El hombre a la defensiva" — está mal escrito — sino de una obra operante, que actuase inclusivamente sobre el que más hostil fuese a ella. Podrá haber en mi ensayo cuantos errores de detalle quieran encontrarse, pero su substancia — el planteamiento de su propia intimidad como problema para el argentino — no puede borrarse ni sofisticarse: está ahí, operando ya como un alcaloide sobre el alma argentina, incluyendo la de los jóvenes literatos que me dedican el homenaje de un insulto.

Por lo mismo, no debo exagerar las proporciones de mi sacrificio. La convicción de haber intentado lo que mi destino me proponía me hace automáticamente impermeable a todos los denuestos y me anestesia por anticipado para todas las vulneraciones.

Ahora vendrán aquéllos y éstas. Pero luego, andando no mucho tiempo, grupos de otros jóvenes de vida más auténtica — en alguna Universidad, en la misma sociedad patricia de la Argentina — pensarán de otro modo. Y yo he escrito esas páginas, con muchas más que a su hora verán la luz, para que acontezca primero lo uno y luego lo otro. Beethoven tituló una de sus sonatas: *Hacia la alegría por el dolor*. Yo podía haber titulado estas páginas mías: *Hacia la gratitud por el insulto*.

SIXTO VILLEGAS era una especie de Segundo Sombra ciudadano: el gaucho en su encarnación civil. Como el de Areco tenía la pasión de la pampa y conocía los secretos y el encanto de los caminos innumerables, el de la ciudad vibraba con los motivos de la inquietud metropolitana, consoladora

amiga de sus nostalgias camperas. El resero que Sixto llevó adentro durante los soñadores años de la infancia quedó hirviéndole en la sangre al doctor Sixto Villegas cuando reveses de la fortuna paterna convirtieron en un estudiante universitario y después en un destituido profesional condenado a burocráticas labores, al hombre que había nacido timbrado por el ansia de libertad vagabunda que los temblorosos espejismos de la planicie infiltran en los ojos hechos a desvanecer su codicioso alcance en la profundidad del horizonte.

En el Sixto Villegas limitado por la ciudad y prisionero de la vida difícil, el gaucho nativo se recompuso, se acomodó a su atmósfera nueva, pero mantuvo intacto el orgullo de la libertad y la filosófica melancolía de su fatalismo. A despecho de su exterioridad y sus maneras, no era otra cosa que un gaucho a quien se le iban prolongando las diligencias que lo trajeron al pueblo. De tarde, en el café de la calle Corrientes, donde nos reuníamos unos cuantos amigos engolosinados con su charla personalísima, lo veíamos llegar y nos daba una extraña sensación. Elegante como era en el vestir, con esa fácil elegancia sobria de los muchachos porteños, un detalle revelaba al Sixto de por dentro y de otros tiempos: quebrada hacia arriba el ala de su sombrero inglés, con su andar despacioso Sixto nos hacía la impresión de que viniera entumecido por una larga cabalgata y de que allí mismo, en un absurdo palenque de San Martín y Corrientes, hubiera quedado el flete desgranando en la coscoja la impaciencia de la espera.

Sus 45 años parecían 30 cuando Sixto hablaba a sus anchas y tenía auditorio simpático. Hablaba él solo, o poco menos, en aquella rueda que lo quería tanto. Daba gusto dejarlo que se explayara en sus ideas, porque les infundía a todas el calor de su temperamento, y con la leñita de cualquier suceso o persona sin importancia sabía encender una fogata crepitante. En esas demasías infantiles de su palabra estaba todo él con su bondad inmensa, sus grandes amores y sus pequeñas inquietudes. Jamás se le veía la compostura de un gesto o el estudiado matiz de una expresión cualquiera. Era espontáneo hasta la ingenuidad, sincero y agresivo como la luz del sol, cálido como ella, "amiguero", recto en su moral y en sus sentimientos, lleno de simpáticas imperfecciones, bueno hasta la entrega total en la amistad, despiadado hasta lo indecible en sus antipatías, clarito, extremoso, transparente, con mucho de puñal de plata en su masculina elegancia y algo de Martín Fierro en su charla sentenciosa. Andaba por el mundo derramando franqueza y por consiguiente, cargándose de enemistades injustas que le gustaba jinetear para mostrarse gaucho.

Le venía de muy lejos y de muy hondo su doble condición de caballero: La interior era herencia que Sixto no dilapidó nunca; la otra, la de afuera, —diversión de su infancia y pasión de sus años mozos— llegó a ser la debilidad característica de su madurez: sentía como un árabe la belleza fascinadora del caballo. Tres caballos, solía decir él mismo, simbolizaban las tres grandes etapas de su vida: el petiso mañero de las primeras aventuras en la estancia paterna; el silloneo de sus andanzas de novio rural, aperado en plata pura; y ese caballito de bronce que ahora decoraba su mesa de trabajo. Un caballo había sido, pues, su primer amigo; fué más tarde su lujo mejor; y un caballo terminó siendo su obra perdurable. Porque cuando el azar de la

pobreza hizo del gaucho Sixto un ciudadano sui generis, el lirismo del dormido payador que había en él cuajó en la habilidad de un escultor intuitivo, a quien el arte reveló de pronto el secreto prodigioso de la forma. Cuando la vida se le aquietó, como a muchos, en una confusa tristeza de vocaciones contrariadas, Sixto se hizo escultor de caballos, y de la arcilla, dócil y difícil como una amante nueva, sus manos

sacaron fletes magníficos de realidad. Como el de Areco se esmeró en el arte sutil de los trenzados cuando la dureza de las tabas lo desmontó para siempre de su pingo marchador, el gaucho ciudadano se dio todo entero a la divina fiebre de la creación artística. El "criollo" que Sixto talló en bronce — cortito, fuerte, retacón, vivaz, tuzado y con flequillo — era el único-criollo digno de ese nombre. De haber existido, en carne y hueso, un ejemplar así, Sixto se lo habría entregado a Tschiffely para una segunda ca-

balgata panamericana. Se lo habría entregado justamente en esa esquina de San Martín y Corrientes, donde el suizo y el gaucho se apeaban todas las tardes para discutir entre copa y copa pueriles disidencias estruendosas.

Sobre los cinco o seis amigos que formábamos la rueda habitual, Sixto ejercía una especie de padrinazgo que para nosotros era una dulce entrega, y para él — bien lo sabíamos — una halagadora certidumbre de conquista. Con él disentíamos, cuando era muy necesario, hasta cierto punto. Donde sus juicios o sus opiniones cobraban asertiva forma disidente, terminaba nuestra resistencia. Bien valía su amistad el pequeño sacrificio de una verdad nuestra; se lo rendíamos sin esfuerzo y hasta con una secreta conciencia de compensación. Por muy agrio que llegara a ser el tono de una disputa, al final quedaba dominante la puñalada de palo de una frase del gaucho, que él repetía cuatro o cinco veces, como si lo hubiéramos dejado, facón en mano, visteando con la ausencia del rival... Cinco minutos después, toda la ferocidad de Sixto se desleía en una sonrisa que le achicaba los ojos y le agrandaba la cordialidad de la excusa.

Pero un día cayó una piedra en el agua mansa de aquella rueda que completábamos con Sixto en la pulpería metropolitana. Samuel Ortega tuvo la culpa. El fué la piedra. El y su fama de galán afortunado en el turbio mundo de las mujeres fáciles.

Cuando Samuel se allegó a la rueda nuestra, traído por una de las tantas casualidades que aproximan a la gente, a Sixto le sonó mal el recién venido. Ese era también, a su modo, un gaucho, pero de otra laya. En los cabarets y en esos barrios centrales donde casi no hay puerta que en las horas del amanecer no tenga la custodia de una voiturette abandonada, Samuel había sentado fama de guapo: el gaucho malo de la ciudad.

Sabíamos de su fama, cuando se agregó a la rueda del café. Sixto lo estudió silenciosamente, como Don Segundo Sombra medía respetuoso la fama de la gente en pago desconocido. Después, poco a poco, el prestigio de Samuel fué destilando en Sixto malquerencia; se sintió tácitamente ofendido por el otro y se alejó de él tanto como había querido parecérselo cuando, sin conocerlo, le hablaron de esa figura dominadora.

En los senderos de la noche porteña o frente a los músicos del cabaret, Samuel era mucha figura. Los autores de tango se gloriaban de ese primer bailarín de sus partituras y en él ha-

bía una arrogante conciencia de señorío cuando una cara de mujer se volvía hacia su mesa en ademán de saludo. Una noche inicial de Armenonville habría sido incompleto "debut" si la más codiciada de las figuras femeninas no hubiera salido al cuadro dos o tres veces, untando su abandono en la srueta de Samuel, mientras los fuelles desperzaban la música rediviva de "La Cumparsita". Ese trascendente prestigio había atado el primer lazo de curiosidad entre Sixto y Samuel, los dos gauchos, pero después, insensiblemente, fué alejándolos el mismo inverso parecido, como vuelto del revés aleja las imágenes el prisma hecho para acercarlas.

Samuel resbaló, sin quererlo o a sabiendas, y fué a caer en vulgar explotador de la zoncera femenina. Consintió en regalos y terminó por exigirlos. La brutalidad practicada al principio como gala de su grotesco donjuanismo, y después como sistema de dominación, acabó por ser en él la clave de sus éxitos y el porqué de su prestigio. El mismo nos lo dijo la tarde en que Sixto le declaró su asco y lo corrió a desprecios:

—A vos, que sos tan gaucho, no te toleraría una mujer una trompada; a mí, sí; no hay prenda que no se parezca a su dueño.

Ese "no hay prenda que no se parezca a su dueño" le quedó zumbando en el rencor a Sixto Villegas. Repetidor, insistente, como era el gaucho cuando una frase ajena le chocaba o una propia le satisfacía, la despedida cinica de Samuel quedó flotando mucho tiempo en la atmósfera de nuestra rueda. A cada dos por tres se ejercitaba en ella, como en un "punching ball", la indignación retrospectiva de Sixto. Pero en la suya, como en todas las vidas perturbadas por una inquietadora nostalgia de caminos inconclusos, de tiempo en tiempo la imaginación se distraía en ambiciones insensatas. Una cuajó en él, poco después de su incidente con Samuel Ortega. El verdadero culpable fué Marianito Vidal, un aturdido muy simpático, a quien Sixto incorporaba a la rueda "para que hablara cuando nadie tuviera nada que decir".

Marianito admiraba al gaucho malo. Admiraba, sobre todo, ese don de dominio que ejercía sobre las pobres bestezuelas del arroyo. "La verdad es—dijo



un día—que todos ustedes, en el fondo, sienten un poquito de envidia". Esa afirmación le valió una espantosa respuesta de Sixto, pero desde entonces comprendimos los demás cuál era el escorzo que en el ánimo del gaucho ciudadano había encendido su propia confrontación con Samuel Ortega. Sixto no era mujeriego. En la frecuentación de los sitios alegres de la ciudad, ponía más una simpatía curiosa, un deseo de asomarse a las almas marchitas,

que otra inclinación cualquiera. Era el artista antes que el hombre quien buceaba en esas aguas turbias. En este sentido no le habíamos conocido nada que no fuera expresión de su bondad, pura voluptuosidad de rastreador. Si alguna vez la señora de Villegas, para quien todos nosotros debíamos ser unos monstruos, pensó otra cosa o se dio a otra suerte de celos, bien sabíamos cuán descaminados iban sus pensamientos. La señora de Sixto se hizo presencia virtual en nuestra rueda, por eso mismo y sin que nadie la nombrara. Cada vez que el recuerdo de Samuel encrespaba el odio de Sixto, acudía a todos nosotros el recuerdo de la mujer ejemplar llamada por el destino a ser en el hogar lo que nosotros éramos para Sixto en la calle, en el resto de

(Continúa en la pág. 32)

LA PINTURA EN FRANCIA

MUERTE DE TRES ARTISTAS. — EL ESCANDALO DEL LOUVRE

POR
CAMILLE
MAUCLAIR

(Para LA NACION)

PARIS, marzo de 1930.

ON pocos días de intervalo, nuestra escuela ha perdido dos pintores notables que en nada se asemejaban. El uno fué el orientalista Etienne Dinet, continuador de Fromentin, Guillaumet, Decamps y observador muy exacto de las costumbres y de los paisajes de Argelia. Allí residía casi continuamente y se había hecho musulmán. Fué al regreso de una peregrinación a la Meca cuando cayó enfermo y murió en París, donde se había detenido; sus funerales tuvieron lugar en la mezquita recientemente edificada. Dinet fué un excelente pintor y un hombre de gran cultura que conocía a fondo la técnica de los antiguos; sobre ella y sobre el alma islámica ha escrito libros perdurables.

René Ménard, sobrino del helenista Luis Ménard, educado entre hombres de letras y filósofos, amigo íntimo de artistas como Lucien Simon y Charles Cottet, era un pintor-poeta, enamorado de Grecia y Sicilia y del sueño de la belleza antigua. La expresaba como paisajista evocando a Poussin, y como dibujante de figuras nobles e inteligentes que nada tenían de académicas. Nadie como él ha descrito la majestad de las ruinas de los templos griegos sobre la tierra ardiente y bajo los cielos borascosos de la Hélade. René Ménard deja en la Sorbona bellísimas decoraciones murales y numerosos cuadros en los museos europeos.

Un pintor harto original ha desaparecido también; aunque belga, podemos contar a Henry de Groux entre los pintores franceses, puesto que siempre ha vivido en París o en Provenza, donde murió. Era un personaje fantástico que parecía escapado de un cuento de Hoffmann, un bohemio incorregible, pero hombre sumamente inteligente y de una ardiente naturaleza imaginativa y lírica. Pasaba sin cesar del fausto a la miseria y sus aventuras podrían formar una leyenda sabrosa.

Habíase iniciado en forma brillante con un cuadro magnífico y terrible, "El Cristo ultrajado", que lo hizo célebre en 1895. Pero su mala suerte lo persiguió; su arte romántico, heredado de Breughel y de Delacroix, apareció en el momento en que el realismo y el impresionismo preocupaba a todos los ánimos y no se le comprendió. Henry de Groux no era un hacedor de trozos; trazaba sobre la tela esbozos casi geniales, sin tomarse el trabajo de terminarlos y se iba en pos de las ideas que colmaban su cerebro. Era un pintor literario, opuesto a todas las tendencias actuales en que el tema no cuenta para nada, y glorificaba en sus composiciones alegóricas a sus dioses: Napoleón, Wagner, Beethoven y Tolstoi. Su obra se halla dispersa. Tal vez no nos quede de él sino el recuerdo de un ser extravagante, pero ricamente dotado y ligado con Barbey d'Aurevilly, Huysmans, Remy de Gourmont y otros grandes escritores católicos. Sus distracciones eran legendarias como su silueta. Por lo general, después de un discurso ardiente sobre arte, solicitaba con una amabilidad ceremoniosa que se tuviera a bien recordarle el nombre y el número de la calle donde habitaba. Ora se le creía muerto en un hospital, ora instalado en un soberbio "atelier" donde ofrecía fiestas. Nuestra época ya no cuenta con personajes de este género.

La Exposición de los Independientes se ha abierto por cuatragésima vez. A pesar de sus cuatro mil cuadros, no ofrece el menor interés. Ya expliqué aquí por qué esta sociedad, después de haber llenado su papel desde hace mucho tiempo, debería dejar de

existir. Está fundada sobre un principio justo, pero cuya aplicación es detestable; siendo todos libres de enviar cualquier cosa, reúnen allí todas las tonterías imaginables, ahogando a los escasos y buenos pintores que buscan allí, como en otra parte, una oportunidad de venta. El resultado es, pues, un conjunto enorme y pésimo. El carácter general de la pintura actual es de una brutalidad deliberada que excluye todo arte de los matices y de una vulgaridad increíble.

Como todos los años, han

desgraciadamente me da sobrada razón. Lo contaré, puesto que expresa el síntoma de una situación de interés general. Hace varios años, ciertas influencias políticas impusieron en el cargo de adminis-

comerciantes del sindicato, cuyo mecanismo expliqué en otra ocasión. Comenzó por comprar varios cuadros. Para pagarlos recurría a la caja a su cargo, los revendía con beneficio y luego devolvía el dinero apropiado con tan poca delicadeza.

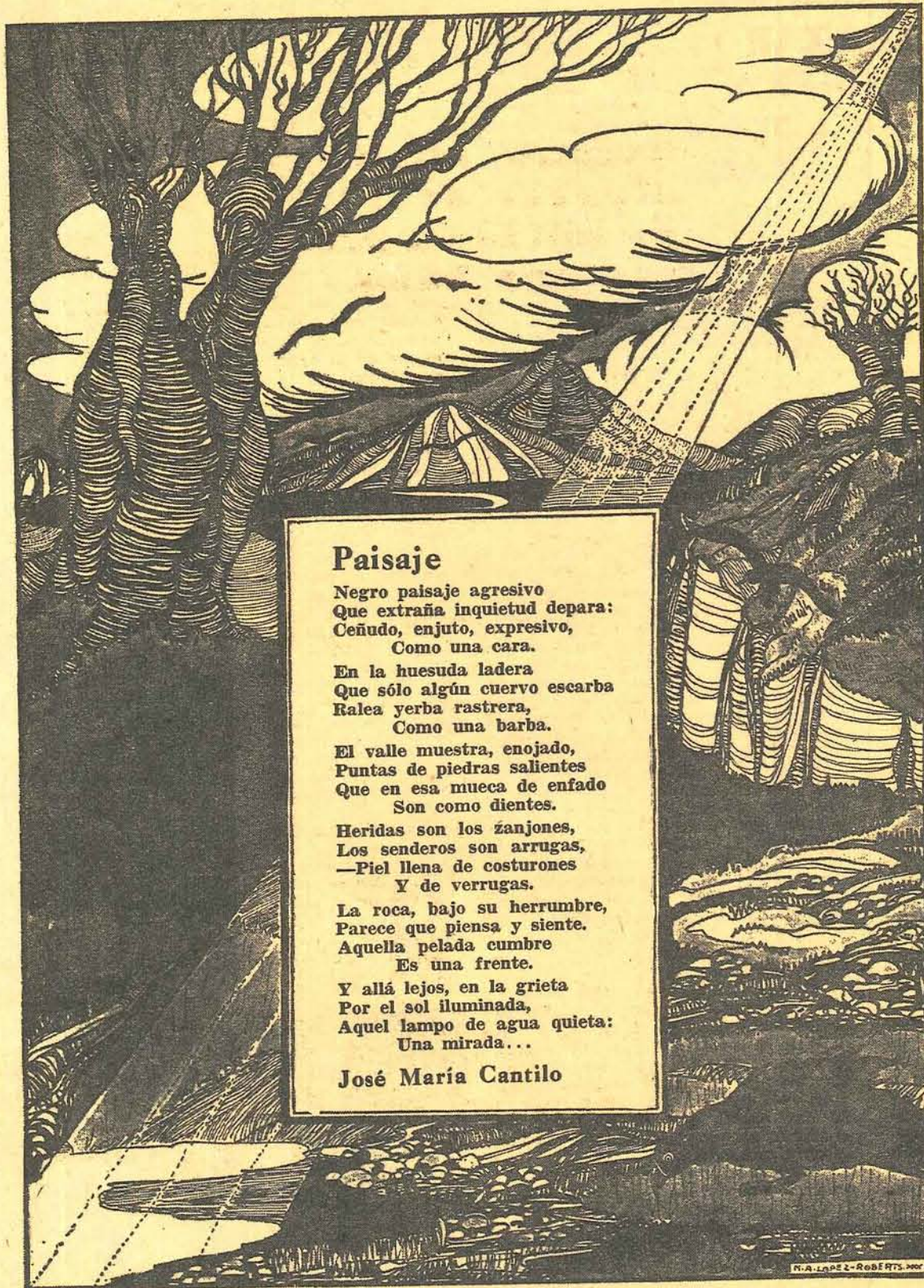
Habiendo repetido varias veces esta operación sencilla, sin ser molestado, Ramond, harto de su puesto, quiso establecerse como comerciante en cuadros y concibió una empresa mucho más vasta. Púsose en contacto con una galería de Nueva York, y con objeto de

el sindicato y los publicistas presentan como cimas del genio francés.

Esta imprudencia audaz perdió a Ramond. Los artículos en donde usurpaba el título fueron leídos en París y provocaron estupor. Fui el primero en pedir públicamente explicaciones a la dirección de los museos que ignoraban el incidente. El subsecretario del Ministerio de Bellas Artes citó a Ramond. En lugar de excusarse, se mostró insolente y amenazó con apoyos políticos. Era dos veces culpable, en primer lugar por haber usurpado el título, y luego por el hecho de haber organizado una exposición con fines mercantiles y sin permiso de sus jefes. Tal cosa sólo está permitida a los funcionarios designados por el Ministerio de Bellas Artes y calificados como críticos de arte, siempre que se trate de una manifestación de caridad o útil para el prestigio nacional y a título gratuito. La actitud de Ramond, desde luego sostenida por una cierta prensa vendida a los negociantes, sugirió la idea de verificar su contabilidad, ante la duda de dónde podía haber sacado el dinero necesario para su empresa. Colocáronse, pues, los sellos en su oficina y se confió el examen a dos inspectores-contadores. Mientras tanto, se supo que Ramond se dedicaba a derrochar inexplicablemente su dinero y que la colección de cuadros enviada por él a Nueva York volvía sin venderse, a causa del pánico producido recientemente en la Bolsa de Nueva York. Se comprobó un desfaldo de medio millón de francos. Ramond fué arrestado y se confesó autor del robo, asegurando que había contado con la venta en los Estados Unidos para reembolsar el dinero. Próximamente será juzgado y actualmente se procede a investigar quiénes son sus cómplices. Sin su vanidad y sin el desastre imprevisto, tal vez jamás se le hubiera descubierto.

Este malhadado asunto encierra una enseñanza. Ramond es un tipo muy difundido, poseedor de esta inmoralidad de la postguerra que induce a tanta gente a arriesgarse en una estafa. Y lo que impresiona a los artistas es que este episodio demuestre el peligro de abandonar en manos de particulares sin autorización la organización de exposiciones francesas en el extranjero, cosa que sólo debería ser exclusivamente confiada y permitida a los servicios oficiales. En realidad, éstos son cada vez más despojados por el sindicato de comerciantes que constituyen una especie de ministerio oculto de Bellas Artes. Este sindicato ha adquirido en varios periódicos la publicidad artística que, como la publicidad comercial, ocasiona ganancias. La redacción de esta rúbrica está confiada a varios pseudo-críticos que alaban tan sólo a los pintores respaldados por el sindicato. Estos los envían como conferencistas al extranjero, con la misión de presentar a estos pintores como los únicos admirados y prestigiosos de Francia. Preparan de este modo el terreno, y cuando un país extranjero desea realizar una exposición francesa, se dirige a los comerciantes parisienses para solicitar de ellos el envío de obras de estos genios que tanto le han ponderado, en la creencia de que dan un gusto al Gobierno de Francia. Mis lectores comprenden el prestigio y la ganancia que los comerciantes y los comisionistas viajeros extraen de semejante combinación para poder de esta suerte dar salida al stock que tienen en venta y jugar al alza. He aquí lo que deseaba hacer Ramond, propaganda que los reglamentos actuales no prohiben hacer. Han sido redactados

(Continúa en la pág. 41)



Paisaje

Negro paisaje agresivo
Que extraña inquietud depara:
Ceñudo, enjuto, expresivo,
Como una cara.

En la huesuda ladera
Que sólo algún cuervo escarba
Ralea yerba rastrera,
Como una barba.

El valle muestra, enojado,
Puntas de piedras salientes
Que en esa mueca de enfado
Son como dientes.

Heridas son los zanjones,
Los senderos son arrugas,
—Piel llena de costurones
Y de verrugas.

La roca, bajo su herrumbre,
Parece que piensa y siente.
Aquella pelada cumbre
Es una frente.

Y allá lejos, en la grieta
Por el sol iluminada,
Aquel lampo de agua quieta:
Una mirada...

José María Cantilo

surgido comentarios a causa de un cuadro de alusiones políticas o erotismo grosero que la policía ha hecho retirar. Esta vez ha sido por este último motivo, con una tela de un pintor rumano. Nada como estas grandes ferias puede demostrar cómo la pintura se ha convertido en una manía pública en nada relacionada con el arte.

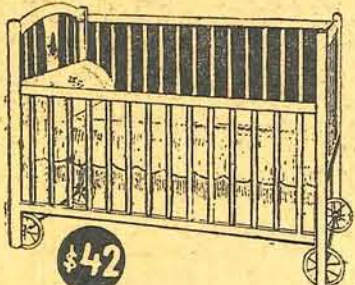
Varias veces he hablado a mis lectores de las deplorables combinaciones mercantiles que manchan la pintura después de la muerte de Cézanne y con esas continuas estafas internacionales que se realizan al respecto. Acaba de acontecer en París un suceso que ha levantado una gran conmoción en el mundo de los pintores y que

trador del Museo del Louvre a un empleado de nombre Ramond. Era un hombre joven de malos antecedentes, que había publicado colecciones de anécdotas obscenas y cometido diversas indecadesas. No poseía diploma, ni pruebas de capacidad para las finanzas; sin embargo, se le encomendó un puesto de confianza y de importancia, ya que tenía la responsabilidad del dinero de los catorce museos nacionales y podía disponer de millones sin el menor contralor. Ramond era un arrivista pretencioso y ambicioso, que ansiaba mucho dinero. Carecía de habilidad artística, pero como tantos otros, soñaba con especular sobre la pintura moderna y estaba en relación con muchos

exponerlos y venderlos, envió allí una enorme colección de cuadros que adquirió en parte con el dinero que se le confiaba, o que se hizo prestar por los comisionistas. Si hubiera figurado simplemente en su calidad de contador no hubiera llamado la atención; pero con el objeto de deslumbrar al público norteamericano, llegó hasta hacer publicar artículos en las revistas, donde se daba el título de "Director de los Museos de Francia", y con toda la autoridad que le confería esta función, efectuaba personalmente la "elección de las obras de arte". Esta colección se componía, desde luego, de nueve extranjeros sobre treinta artistas pertenecientes a este círculo de extremistas, que



Camita "Joly", de madera esmaltada en color marfil. Mide 50 x 90 cm. Barandas altas y fijas, elástico de lona y ruedas que giran en todo sentido. \$ 18.—
Camita "Carino", como la anterior, pero de 60 x 110 cm., y con elástico eslabonado de hierro eslabonado. Para bebés hasta los 3 años \$ 24.—



Camita "Maravilla", de madera esmaltada en color marfil o azul, mide 60 x 110 cm., y ofrece a las mamás la comodidad de la baranda deslizable. Cabecera arqueada con decoración policroma, ruedas cauchutadas y elástico eslabonado. \$ 42.—
Camita "Victoria", igual a la anterior, pero de 75 x 136 centímetros \$ 52.—



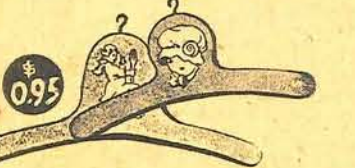
La Camita "Gesell" entusiasma a las madres por sus líneas hermosas y sus primorosas decoraciones a mano, ejecutadas por parte en relieve. Es de madera esmaltada en los colores marfil, celeste, gris o rosa. Mide 60 x 110 cm. Con baranda deslizable, ruedas cauchutadas y elástico eslabonado. a 72.—



Corralito de madera barnizada, en el que su nene juega libre de peligro y se ejercita en los primeros pasos. Tamaño 100 x 100 cent. Con contador \$ 16.—



El Andador Científico "Safety" enseñará a su bebé a caminar correctamente. No se desliza lateralmente. Está revestido de goma por fuera y por dentro para protección del bebé y de los muebles. Completamente plegadizo. Transformase en carrito. \$ 25.—



Perchitas de madera, en brillante esmalte rosa o celeste, con decoraciones infantiles en colores. \$ 0.95
Las mismas, terminación de lujo \$ 1.50



Silla Alta, de madera barnizada, con mesita. Artículo sólido y bien terminado. \$ 10.—



Silla-Carrito, sencilla y fuerte, en color claro, con amplia mesa y dos contadores. \$ 14.—



Silla-Carrito acolchada, con ruedas cauchutadas. Mesa decorada para jugar. Dos contadores. \$ 29.50



Silla-Carrito, lujosamente acolchada, con respaldo forma media luna que presta apoyo al bebé que se ha dormido. \$ 38.—



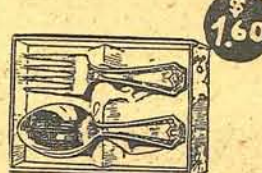
Coche-Cuna plegable en un solo movimiento. Caja de fuerte lona en colores de moda, armazón apuntado de metal. Capota reversible de tres arcos. Ruedas cauchutadas a rayos. Freno a pedal. \$ 24.—



Bandeja metálica para la mesa del bebé. Con canaleta y figuras en colores, 26 por 40 centímetros. \$ 2.40



Juego de loza para bebés, compuesto de plato térmico, bol, tacita y jarrito. Todo decorado. \$ 5.90



Cubierta para bebés. Dos piezas labradas y plaitadas, en cajita. \$ 1.60



El Cochecito Plegadizo "Gesell" es el más amplio de cuantos se fabrican, pues mide interiormente 41 por 118 cm. Los paneles de la caja son de madera y descansan sobre un armazón de hierro tubular que se pliega enteramente. Cuatro muelles espirales suspenden el asiento. Capota reversible de 3 arcos. Ruedas cauchutadas de 26 cm., desmontables sin herramientas para fácil lubricación. El paragolpe delantero permite bajar la plesera para llevar un segundo bebé sentado. Freno a pedal y correa de seguridad. \$ 48.—



Columpio para bebé, de fuerte tela, con respaldo y bandeja. \$ 8.—

El mismo, con caballete de hierro tubular esmaltado a blanco \$ 19.—



El mismo, con caballete de hierro tubular esmaltado a blanco \$ 19.—



Cochecito Plegadizo "Gesell", modelo standard. Se distingue del anterior por su capota reversible de 4 arcos, las ruedas desmontables de 30 cm., que llevan gruesas llantas de goma rayada, y el guardabarros. Los paneles son tapizados interiormente. Respaldo ajustable y cerrado lateralmente, a 69.—

El mismo cochecito, pero sin guardabarros y con ruedas cauchutadas de 30 centímetros, más sencillas \$ 55.—



Coche-Cuna "Pedigree". Espléndidos elásticos. De gran estabilidad por su bajo centro de gravedad. Manija para bajar. Capota reversible de 4 arcos, buen acolchado, ruedas cauchutadas, doble fondo para llevar paquetes, cobertor y cinturón de seguridad. \$ 70.—



Columpio para bebé, de fuerte tela, con respaldo y bandeja. \$ 8.—

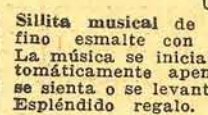
El mismo, con caballete de hierro tubular esmaltado a blanco \$ 19.—



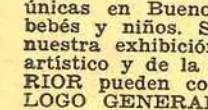
El mismo, con caballete de hierro tubular esmaltado a blanco \$ 19.—



Columpio, como el anterior, pero con respaldo articulado. \$ 4.50



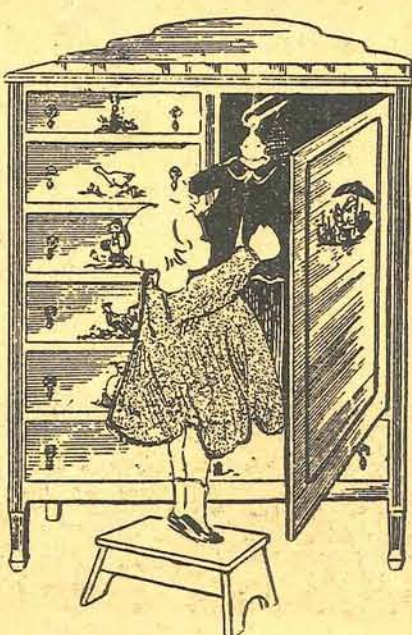
Sillita musical de madera, en fino esmalte con decoración. La música se inicia o cesa automáticamente apenas el bebé se sienta o se levanta. Espléndido regalo. \$ 28.—



CASA GESELL exhibe, en 7 piecitas encantadoras, absolutamente únicas en Buenos Aires, una gran variedad de mueblecitos para bebés y niños. Si Vd. piensa hacer un regalo noble y útil, visite nuestra exhibición y quedará agradadamente sorprendida del gusto artístico y de la terminación tan prolija. Los interesados del INTERIOR pueden consultar las páginas en colores de nuestro CATALOGO GENERAL.

Nuestro secreto de ofrecer artículos de calidad a precios tan bajos.

1. CASA GESELL posee una importante fábrica moderna en la que se elaboran únicamente artículos para bebés por operarios expertos con ayuda de la maquinaria de más alto rendimiento.
2. CASA GESELL posee una serie de patentes en artículos para bebés y está en condiciones de ofrecer a sus clientes ventajas de importancia.
3. CASA GESELL importa en seguida todas las novedades del ramo que pueden tener aplicación en nuestro país. En la mayoría de los casos adquiere la exclusividad. Tiene sus compradores y visitantes de las ferias industriales en Europa, en Norte América y en Asia.
4. CASA GESELL es la única casa en la Argentina que se dedica exclusivamente al ramo "Artículos para Bebés". Por consiguiente, puede prestarle mayor atención que cualquier otra que trabaje artículos similares como renglón suplementario.
5. CASA GESELL lleva 44 años de experiencia en el ramo, en el que ocupa el primer puesto en Sud América por la importancia de sus ventas y la magnitud de su surtido.



El Catre-Baño "Gesell" permite a la mamá bañar, secar y vestir al bebé en un mismo sitio, sin exponerlo al frío, con una comodidad insospechada. En la Bañadera, de fuerte impermeable, con canilla de caucho, el bebé no resbala ni se golpea. Terminado el baño, con una mano se extiende sobre la Bañadera el Vestidor, que, por su construcción patentada, ofrece una estabilidad ideal.

Los pedidos del Interior se atienden con rapidez, exactitud y esmero.



El Catre-Baño "Gesell" lleva carteras laterales y se pliega compactamente. \$ 39.50

Casa Gesell

La Casa de los Artículos para la Crianza Feliz del Bebé.

DIAGONAL NORTE 633 — Buenos Aires

REPRESENTANTES EN { ROSARIO: Casa Rossi, Rioja 1071
LA PLATA: Casa Arias, Diagonal 80 No. 1075

Buscamos revendedores con casa establecida en el Interior.

No. 5

CASA
GESELL

Diag. Norte 633

BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme gratis
su último Catálogo General.
Mi bebé tiene.... meses de
edad.

Nombre

Dirección



LOS altares del templo estaban llenos de rosas y entre ellas había mágico fulgor.

En el coro tocaba una orquesta numerosa y en la calle y en el atrio, la multitud femenina esperaba alegremente.

La curiosidad, tan propia de la mujer, que la personifican en una joven con dos alitas en las orejas, se agranda notablemente al tratarse de una boda.

En la puerta barroca de aquella iglesia (la mejor de Buenos Aires) y seguidos de lucida comitiva, aparecieron los novios.

Los comentarios de los que esperaban, produjeron gran murmullo.

—¡Qué linda pareja!

—A mí me gusta más él como hombre, que ella como mujer.

—A mí no.

—Dicen que él es muy rico.

—Ya lo necesita ella, con lo acostumbrada que está a gastar y a hacer su voluntad en todo.

—Se van a Europa.

—Sí, después del lunch se van al vapor, que sale esta misma tarde.

—Yo lo he visitado. Es un palacio.

—¡Qué felices!

—¡Así se puede vivir!

—Quisiera estarlos viendo siempre.

—Amor, juventud, salud, dinero...

—¡Qué lindo!

—¡Qué envidia dan!

Desaparecieron los automóviles. Se deshizo la colmena callejera y también terminó la fiesta de despedida. Brindis, besos, felicitaciones, frases bonitas, frases vulgares, cambio de trajes y al vapor, a Europa, a París. Pero antes, entre los novios, hubo este diálogo:

—¿Te encuentras mal, Dorita?

—No, pero tienes frío.

—No, no tengo.

—Entonces, ¿por qué te pones ese abrigo de pieles?

—Porque con él podré ocultar mejor a Fifi, al entrar en el vapor. No quiero que lo lleven a la perrera. (El novio estupefacto).

—¿Pero vamos a llevar el perro con nosotros?

—¿Y cómo no!

—Nos va a estropear el viaje.

—Al contrario, será divertidísimo. Yo ya estoy gozando con la idea de entrarlo sin que lo vean los alemanes.

—Dorita, te pido que no lo lleves.

—Héctor, no digas zoncadas.

—Dora, siento tener que decirte, quisiera no decirte, pero atiéndeme: no quiero que lo lleves.

Dora miró a su reciente dueño, con extrañeza singular, como si hubiera oído una cosa totalmente nueva en su vida, y al fin le contestó que si el perro no iba, ella tampoco.

Héctor se dio cuenta de la situación difícil que estaba creando por tan poca cosa, y, riéndose, dejó a su mujercita que llevase el perro y todo lo que quisiera.

Fifi era un falderillo enano, un poco más de un puñado de pelo largo, sedoso y brillante, con dos cuentecillas negras y movilizos los ojos y un pedacito de gamuza roja que era la lengua. Esto era lo que se veía de aquel juguete que Dorita adoraba.

El perro monín no permitía que Héctor se acercase a ella, y cuando se acer-

caba lo mordía o daba unos ladridos agudos que a Dora la hacían reír.

Las frecuentes enfermedades de Fifi habían producido verdaderos disgustos en la familia.

Héctor no lo podía soportar. Tenía para el perrillo un odio viejo, nacido y mantenido durante el año que había estado de novio. Pero era necesario transigir. ¿Cómo convertir en ocaso lo que tenía que ser aurora!

Héctor Mendizábal acababa de cumplir treinta y un años. Antes de haber sido el mozo elegante de Buenos Aires, había sido hombre de campo, varón hazñoso, señor de estancia. En su alma hubo una vez un sueño, una gema, que andando el tiempo se convirtió en diosa. Aquella diosa era su mujercita. La amaba. Amaba su voz, amaba su cuerpo ideal, amaba sus debilidades femeninas, que eran muchas, y quizá en ellas estribaba aquel cariño al falderillo. Seguro estaba él que un hijo desbancaría más tarde al perro, pero ¿y si no venía o tardaba en llegar? Y, mientras tanto ¿no era un papel ridículo el que él estaba haciendo?

Todo esto pensaba Héctor en el camarote, cuidando a Fifi y dándole galletitas para que no gritase, mientras Dora se despedía en cubierta de padres, hermanos y amigos.

Su diosa para él—seguida pensando—su diosa para hilar cariño en el hogar, cariño para el marido, no para el perro. Su diosa para hilar felicidad, lo mismo que las mujeres de tiempos remotos hilaban la lana sin cesar.

Era necesario imponerse. Pero no en aquel momento. Ya llegaría la ocasión.

Pasaron ocho días de navegación tranquila.

A Fifi no se le podía dejar solo en el camarote porque lloraba. Su llanto era un aullido prolongado, como hecho con flecos metálicos velozmente movidos.

El problema de las necesidades del perrillo se resolvía venciendo mil dificultades ridículas y antipáticas. Dorita se reía. Los nervios de Héctor atravesaban crisis inflamatorias.

Una mañana estaba Dora bañándose y Héctor cuidaba a Fifi.

—Ya estoy terminando, Héctor. En seguida vas a darme a Fifi para que también lo bañe y mientras tanto puedes tú subir un rato a cubierta.

Aquello era intolerable. «Este es el momento—pensó Héctor—. No hay que esperar un minuto más».

Sin hacer ruido salió del camarote llevándose a Fifi con su precioso collar y su cadena dorada. Llegó a cubierta. Se acercó a la popa. Lanzó el perro al aire, teniéndolo sujeto por la cadena.

Lo hizo girar rápidamente sobre su cabeza, como los gauchos giran las boleadoras, y lo lanzó a lo lejos, sobre el mar, con la misma destreza con que lo hubiera lanzado un antiguo hondero balear.

Vióse al perrillo ir dando vueltas por el aire. Viósele caer entre las olas espumosas patidas por las hélices y oyóse en seguida a Héctor que decía.

—Ya está hecho. A ver ahora lo que sucede.

El asombro de los pasajeros que presenciaron aquello fué muy grande. Quien más, quien menos, conocía la tragicomedia perruna del camarote.

Héctor necesitaba hablar, necesitaba desahogarse y, volviéndose a los del grupo, les dijo:

—¿Les parece a ustedes tolerable el

que un viaje de novios, que suele ser la temporada dichosa por excelencia, estuviera amargada por un perrillo? ¿Les parece a ustedes posible, que todas las exquisiteces que debieran hacernos inefable este viaje, hayan estado circunscriptas a los cuidados de un perrillo?

—¿Tiene usted razón, y ha hecho usted muy bien—dijéronle los hombres.

—No señor, no la tiene, porque con la mujer propia no hay que ser un despota—dijeron las mujeres.

—Este señor no es un despota.

Héctor encendió un cigarro y se alejó evitando el intervenir en discusiones desagradables.

En el vapor se formaron dos bandos: uno que aplaudía con calor a Héctor y otro que reprochaba duramente su conducta.

En el camarote de los Mendizábal, a los pocos momentos de esto, hubo la escena de arrebatos que cabe suponer, con el correspondiente ataque de nervios de parte de Dorita.

Héctor, al ver a su mujer en tal estado, intentó tranquilizarla, diciéndole cosas cariñosas, haciéndole reflexiones y exponiéndole razones muy atendibles.

Dora terminó llorando, unas veces con iracundia y otras con melindres de niña caprichosa; pero en una de esas alternativas, como mimbres de de pronto se vuelve roble, le dijo a Héctor:

—Si yo hubiera sabido esto no me caso contigo. Con razón me dijo un amigo, a quien yo no quise oír, que me casaba con un gaucho. Bastante me pesa ahora no haberle atendido; si así no lo hubiera hecho no estaría hoy unida a un verdadero guarango.

De igual modo que un "cocktail" se hace mezclando varias bebidas, así el guarango es el resultado de una mezcla hecha con un grosero, un cursi, un incivil, un mal educado, un ignorante, un ordinario y un rastacuero.

Héctor, al oírse llamar guarango por la mujer a quien tanto quería, apretó los puños y cerró los ojos.

Sin decir una palabra salió del camarote.

Buscó la parte más aislada del vapor, en el piso alto, donde están los botes de salvamento.

Las nubes blancas creaban mil fantasías sobre el cielo azul.

El viento silbaba en los cables tensos.

El humo negro que salía por la chimenea, iba hacia atrás en pavoroso y rugiente alacamiento.

La trepidación del barco era más acentuada en aquella altura. En ella había además una suma de ruidos, ajenos en cierto modo a la naturaleza, porque eran creados por el genio del hombre.

Quieto y solo estuvo allí más de dos horas el marido ultrajado e incomprendido; hasta que el Héctor de la Pampa

y el Héctor de la ciudad, se pusieron de acuerdo para domar con artes de razón, a la fiera esposa.

En el camarote estaba ella, dispuesta a no salir de allí en todo lo que faltaba del viaje; y no sería extraño que así lo cumpliera, porque eran muy grandes su orgullo y su tesonería.

El tampoco quería volver junto a ella. El guarango anulaba provisionalmente al caballero enamorado. El guarango dormiría en otro sitio, sacaría otro baúl de la bodega y lo demás que necesitase se lo compraría al peluquero.

Las amigas de Dorita, capitaneadas por María Carlota, fueron a visitarla. María Carlota le aconsejaba que no cediera; que a los hombres no había que tratarlos con blandura, porque eran unos tiranos. Ya había visto Dorita el manso cordero que ella tenía por marido. Pues era porque desde el primer momento no le había permitido alzar el gallo. Aconsejábale, además, que cerrase la puerta por dentro y no lo dejase entrar, que ya golpearía él, humilde, suplicante y arrepentido y vería como más adelante le compraba no un perro, sino una jauría. Para algo era ella tan linda y bastante más joven que él.

Las demás amigas, sugestionadas por María Carlota, dábanle a ésta la razón. Pero, entre ellas, faltaba una a quien Dora quería mucho, María Teresa, una viuda joven, de mucho mundo y gran talento, que en este asunto del perrillo había querido ser neutral y simplemente espectadora.

Pasaron tres días eternos. Héctor no había vuelto al camarote. El término del viaje no estaba lejano. Dora empezaba a sentirse inquieta. Pero, de pronto, unos nudillos golpeadores sonaron en la puerta. El corazón de Dora apresuró su ritmo habitual, enrojeciéndole de paso el rostro.

—¡Ahí está!—pensó—pero no le abriré, aunque se muera.

(Nuevos golpes, algo más fuertes).

—Que sufra. No le abriré.

Una voz de mujer se oyó en el pasillo.

—Abre, Dorita, soy yo, María Teresa.

Dora abrió, contenta en cierto modo, pero, en cierto modo también, desilusionada.

Las dos amigas hablaron animadamente, casi a un mismo tiempo, hasta que María Teresa pudo hacerse oír sin que la interrumpieran.

—No haga caso de lo que te diga María Carlota. Esa amiga no te aconseja bien. ¿Crees que su marido es un hombre ideal? Es un imbécil. Fuma los cigarrillos que ella le señala. Viste los trajes hechos con el paño que ella le elige, come cuando ella quiere y lo que ella quiere, no juega a nada, aunque le gusta, porque ella no le deja, y, como único pasatiempo en todo momento, sólo le permite descifrar palabras cruzadas, palabras compuestas, jeroglíficos, etcétera, y eso, sin colaboración femenina. María Carlota se contenta con tener un marido criptógrafo y lo que tiene es un marido a quien no se le ve la cresta. En cambio, el tuyo, sin hacer alarde alguno, que es lo más simpático, la luce gallardamente. Dentro de una gentileza muy suya y con una suma de delicadezas propias de su buena educación, demuestra una masculinidad adorable, lo que las mujeres pudiéramos llamar "cresta sagrada" por lo poco que abunda hoy en día entre los hombres.

—Y a uno así, le has llamado guarango!

—¿Parece que estuvieras enamorada de él!

—Si no lo estoy yo, lo están otras.

—¿Otras?

—Sí. Más peligrosas que yo.

Dora la miró fijamente, como queriendo ir hasta el fondo de su alma.

—¿Qué?

—¿Recuerdas la francesa elegante que

subió en Río de Janeiro?

—¿La de los cachuchones?

—¿La que dicen que arruinó a uno de los cafetalistas millonarios de San Pablo?

—Pues esa. Juntos toman el "cocktail" por la mañana.

Juntos toman el té por la tarde.

Juntos contemplan el mar y pronto se les verá bailar entusiasmados. Quizá ahora mismo lo estén haciendo, pues los he visto hablando animadamente en el salón.

Por cierto que ella estaba elegantísima. Con que, sigue enchufada en tu pijama y encajonada en el camarote fumando cigarrillos y abandona a tu marido, que eso es lo que te conviene.

—Espera, María Teresa. No te vayas.

Con un peine se arregló rápidamente la melena. Se puso un vestido verde; el que a él le gustaba más. Se puso unos pendientes largos, antiguos, de oro cuyo color era idéntico al de su pelo, por lo cual parecían dos mechones ensortijados bajo las orejas. Se puso una sortija, que era una esmeralda soberbia, de

(Continúa en la pág. 32)

DOS GRANDES NOVELISTAS

JACOB
WASSERMANN
Y
SCHALOM
ASCH
POR
SIGMUND
MÜNZ

(Para LA NACION)

VIENA, marzo de 1930

pero por otra parte tampoco pueden considerarse como ensayos, pues, en este caso, sus figuras deberían ser pintadas rebosantes de vida, lo cual sólo consigue quien las mire con ojos de poeta.

JACOB WASSERMANN

Empero, también los poetas principian ya a dedicarse a las biografías, y en estos momentos tenemos a la vista la de Cristóbal Colón, escrita por Jacob Wassermann y editada por la casa S. Fischer. (Berlín 1929).

Wassermann figura actualmente entre los escritores alemanes más leídos, habiendo alcanzado también gran fama en los Estados Unidos. Sus libros se distinguen por la extraordinaria intelectualidad, por la argumentación jurídica, patética, y el énfasis de justicia con que están redactados aunque les falte profundidad de sentimientos y más todavía el humor. Vistiendo su toga de juez se ocupa ahora de la persona de Cristóbal Colón, al que califica de "Don Quijote del Océano". No nos dice, empero, si quería escribir un ensayo biográfico o una novela, designando su libro (de casi 300 páginas) como un "retrato". Como es natural, esta obra no surgió de su fantasía única, al modo de sus demás novelas; sirvióle de documentación la literatura respectiva y, en efecto, cita, en un apéndice al libro, las obras de consulta que utilizó. Son unas veinte: la mitad de autores alemanes; las otras francesas, inglesas, italianas y algunas españolas. Ya el subtítulo del libro: "El Don Quijote del Océano" expresa una tendencia, la de presentar a Colón como un imaginativo que debió sus descubrimientos al azar más que a un plan sistemático.

No puede decirse que el autor tiene gran cariño a su protagonista; antes al contrario, quizá odio o, por lo menos, antipatía. Pinta a Colón como un aventurero, quien al hacer sus cálculos a base de estudios positivos ajenos, prefería negar la existencia de los autores en cuyos hombros se apoyaba y que por nada se hubiese presentado como agradecido continuador de los esfuerzos de aquellos. Así lo hacía con los mapas y cálculos geográficos del italiano Toscanelli, que le eran bien conocidos pero que, no obstante, declaró públicamente no conocer. Por otra parte, Wassermann dice de Colón que le era dado presentir lo desconocido. No pretendió dirigirse a América, sino a las Indias. Descubrió América sin darse cuenta de ello. Desde un principio, su figura de imaginación, su presentimiento y el genio de vencer obstáculos, que poseía este vagabundo imaginativo y fanático (hombre ashavérico, de alma emparejada, por decirlo así, ente psicopático y mestizo de sangre española, italiana y quizá judía), lo predestinaron a navegar hacia lo desconocido. En el capítulo de introito: "Presentimiento de lo desconocido", dice Wassermann: "Nuestra fantasía hallase siempre muy dispuesta a ornar una figura inmortal con facultades que sólo provienen de nuestra propia imaginación y que nunca fueron propias de tales personalidades en su existencia terrenal. La fama es un proceso de cristalización lleno de misterios, en el cual se elaboran muchos residuos. Por ello los contemporáneos suelen ver erróneamente una figura prominente o no verla del todo; la posteridad, sabiendo ya, por otra parte, los resultados, es decir, el conocimiento de la evolución (que bien mirado ya es algo firme e invariable) puede rectificar su juicio relativo al ascenso y a la

vida de las personas respectivas. Por eso, el criterio que sobre épocas o seres históricos nos formamos se parece a las monedas ya desgastadas pero cuyo valor sólo en raras oportunidades se examina".

Jacob Wassermann parece haberse dejado guiar por la idea de que Cristóbal Colón fuera el prototipo del "Don Quijote", de Cervantes, opinión que trasluce en toda la obra. Colón, mucho antes de haber puesto su pie en un barco, ya veía en su fantasía las enormes riquezas que iba a traer de las Indias y con las cuales organizaría una cruzada para libertar el Santo Sepulcro. Nuestro autor encuentra impenetrable e insondable el carácter de Colón y no logra, en efecto, resolver ese enigma tan complejo en su orden moral, sino presentándolo como el "Don Quijote" primario. Para Wassermann es Colón el "caballero de la Triste Figura" que no sabe adónde va ni contra quien lucha. Explica de esta manera su proceder contra los indios, comparándolo con la insensata matanza que entre los corderos hiciera el ingenioso hidalgo. Wassermann dice: "Colón no vió ni comprendió; pero, cuando, por fin, llegó a comprender, se adueñó de él, por completo, la melancolía que siempre le había estado acechando cual una enfermedad mortal".

¡Qué pequeña resulta, según Wassermann, la individualidad de Colón tan engrandecida por la leyenda y tradición, por la verdad y la fantasía! ¡Qué pusilánime se muestra a menudo este hombre ante la mortífera realidad no prevista en su ilusión! ¡Hay algún ser más complejo que este importuno suplicante, este astrólogo errante y "snob", psicopático que no sabe hacerse respetar, ese hombre de hético ardor, ente ashavérico? Toda la historia de la miseria humana se refleja en su vida, y es una oscilación entre la megalomanía y la profunda humillación. Creyendo servir a la fe cristiana comete las peores crueldades sin darse siquiera cuenta de sus actos, inconsciente de todo, ante el furor por el oro que, cual una peste moral, azota al mundo español. A Don Quijote no le falta Sancho Panza. Lo representa Diego Méndez. Colón era una figura central en medio de una sociedad patológica: caracteres aborrecibles, llenos de envidia y malevolencia como, por ejemplo, el obispo Fonseca; obstáculos por todas partes; primero una travesía hacia lo desconocido; luego la mortífera realidad, realidad renegada después; el descubridor encadenado; el descubridor en medio del infierno indio; una terrible tarde de la vida; una tragedia de las más sangrientas, y, a pesar de todo, Don Quijote hasta el último suspiro.

SCHALOM ASCH

Tenemos a la vista una larga serie de obras de este autor judío, oriundo de Rusia y cuyo nombre se conoció primero en Europa y América del Norte

por un drama: "El Dios de la venganza". El editor vienés Paul Szolnay acaba de publicarla en traducción del jiddisch (una jerga del alemán). En poco tiempo adquirieron tanta fama que ahora ya existe toda una congregación de lectores de los mismos. La novela más sobresaliente de todas es la intitulada: "Petersburgo". Será completada con otras dos que se titulan "Varsovia" y "Mosú", respectivamente, y en esta trilogía piensa el autor describir la sociedad del agonizante Imperio Ruso. "Petersburgo" es un libro verdaderamente precioso que será incorporado a la literatura mundial. Como en todas las obras de Schalom Asch, en ésta también representan un papel importante el judaísmo y la sociedad hebrea de la Capital. Pero mientras que la mayor parte de sus narraciones transcurren completamente en "ghettos" (juderías) orientales o en el de Nueva York, en la novela "Petersburgo" pinta la sociedad judía superior de la antigua metrópoli zarista en sus relaciones con la alta sociedad rusa. Es toda una obra maestra la descripción del bufete y de la casa particular del abogado Halperin; éste, como persona por los funcionarios rusos como por los miembros de secprominente del "barreau" de la Capital es muy solicitado tanto por judíos como por no judíos. Muy atrevida es también su manera de pintar los caracteres femeninos: la graciosa e inteligente mujer y la linda hija del abogado. Al presentarnos la sociedad en lujosas fiestas y reuniones, se ocupa también de los grandes problemas de la época: la cuestión polaca y la ruso-japonesa. Gracioso es el contraste entre los Mirkin, padre e hijo. Sacharij, el hijo, que ya se educó en un ambiente de "snobismo", percibe tarde su pertenencia a la comunidad judía. Admirable resulta la comparación del padre con la madre. El primero, uno de los más importantes industriales de Rusia, mantiene relaciones amorosas con la cantatriz Elena Stepanowna y, su mujer, sacrificándose, lleva una vida de mártir. Una extraordinaria penetración psicológica se destaca en los papeles cambiados de padre e hijo... Este último es el novio de Nina, la hija de Halperin, pero siente más afecto por la madre de ella, mientras Nina, por su parte, quiere más al padre de su novio que a este mismo. Es magnífica la descripción de la llamada "Pensión Kwasniecowa". Su propietaria, una judía convertida, se ocupa de facilitar las relaciones amorosas en una mitad de su habitación; pero en sus habitaciones particulares contiguas se dedica a obras filantrópicas a favor de los judíos perseguidos que viven en los más apartados confines del Imperio Ruso. Cuando los altos funcionarios y aristócratas visitan su casa desahogada, ella aprovecha la oportunidad, tratando de obtener alguna gracia para los viejos judíos desamparados, a quienes da hospedaje gratuito en sus aposentos privados. La corrupción de los funcionarios rusos y la existencia siberiana de ciertas clases de la Capital, se hallan descriptos con maestría en la citada novela.

No podemos, empero, hablar con igual encomio de las demás obras de Schalom Asch; por ejemplo, de su anchurosa novela: "La madre". Debe decirse, ante todo, que ordinariamente sus temas se desarrollan completamente en el "ghetto" y que, en consecuencia, sólo son comprensibles para quienes ha-



Schalom Asch

yan vivido alguna vez en un barrio judío o en sus inmediaciones.

Schalom Asch evidentemente pasó su juventud en un "ghetto" oriental donde se fundían las costumbres polacas y rusas; y, sin duda, describe ahora en sus novelas una gran parte de su vida propia, especialmente donde tratan de los judíos infelices que para mejorar su suerte emigraron a América del Norte. Schalom Asch se dedica con predilecto interés a la narración de la existencia que los judíos inmigrados del oeste de Europa llevan en Nueva York; pinta los frecuentes y graves engaños que sufre esta pobre gente, la que, pocas veces, carga, aun alende el mar, con los prejuicios y el estrecho horizonte de su terruño polaco o ruso. Nos da a conocer la vida de una cierta "bohème" judía que habita en Nueva York y que, al principio, con gran dificultad se acomoda al nuevo orden de cosas pero que, finalmente, con su desarrollado intelecto se amalgama o conforma perfectamente con las exigencias de la sociedad. En la novela "Tío Moisés" desfilan ante el lector las múltiples figuras del judaísmo neoyorquino.

Schalom Asch es un autor de extraordinaria fecundidad. Como ya decíamos, con referencia a su novela "La madre", no podemos adherirnos al entusiasmo que ésta produjera en muchos círculos judíos. Dicha novela y también otra, "El regreso de Chaim Lederer", transcurren, en su mayor parte, en el barrio judío de Nueva York. El personaje central de la segunda novela es un camiserero judío emigrado del oeste europeo y que ha llegado a ser el propietario de una gran fábrica, pero cuya vida, a pe-

(Continúa en la pág. 33)

Una receta para el estómago

Es tan crecido el número de los que sufren del estómago, que creemos muy interesante publicar la siguiente receta, que siempre da los mejores resultados.

Al primer amago de acidez, ardor, dolor, flatulencia, etc., tómese ½ cucharita de bicarbonato cálcico disuelta en un poco de agua, y se notará inmediato alivio, porque el bicarbonato cálcico regulariza la acidez del estómago, causa de tales molestias, y procura una perfecta digestión.

Pídase un folleto muy interesante que los señores Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires, enviarán gratis a nuestros lectores.



Jacob Wassermann



El público alemán muestra actualmente marcado interés por la lectura de biografías escritas con eminente arte literario. Los autores que quieran satisfacer a los editores deben dedicarse a la descripción de la vida individual de grandes personalidades, ya sea en forma de biografía documentada o de novela biográfica. Al frente de los literatos de este orden figura Emil Ludwig, cuyas obras han alcanzado en todo el mundo extraordinario éxito. Sus narraciones oscilan entre la realidad y la fantasía, acercándose, eso no obstante, más a la verdad que a la ficción. Los historiadores alemanes encabezados por Delbrück (ha poco muerto), no dejaron de exteriorizar su antipatía contra Ludwig y sus obras, especialmente la referente a Guillermo II.

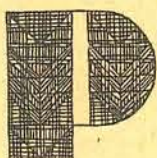
Los críticos que tan amargamente censuran a Ludwig, quizá se hallen en tanto envidiosos de sus insólitos triunfos. Centenares de miles de sus libros circulan por ambos mundos. Pero quienes vuelcan toda la hiel de su crítica sobre él, olvidan que Ludwig no pretende, de ninguna manera, ser calificado como historiador o historiógrafo. Aspira tan sólo a ser un ensayista o psicobiógrafo; es en este orden literario toda una eminencia y no cabe duda de la maestría con que domina la materia relacionada con los protagonistas de sus libros. Quien quiera ser justo no podrá negar a Ludwig el derecho de escribir una biografía sobre Guillermo II tan sólo porque no ha agotado todos los archivos existentes en el mundo. También Tácito describió a sus contemporáneos y a las personas no muy alejadas aun de su época, sin basar su criterio en documentos oficiales. Bastábale oír y oír decir, confiando el resto a su propio talento de apreciación psicológica. Con espíritu semejante escribió también Ludwig sus obras sobre sus coetáneos y sobre las figuras que pertenecían a una época no muy remota todavía.

Sucede que, en la actualidad, algunos autores incitados por la preferencia que los lectores alemanes muestran por las biografías, se han decidido a retroceder hasta los tiempos más remotos. Un día de estos quizá nos van a brindar las biografías de Moisés, de Nabucodonosor, de Tamerlán y de Atila; en efecto, ya tenemos un amplio libro de Wertheimer, que versa sobre "Cleopatra". Obras de esta categoría no deben calificarse de históricas, pues son demasiado raras las fuentes de documentación,

LOS TIPOS POPULARES DE PORTUGAL

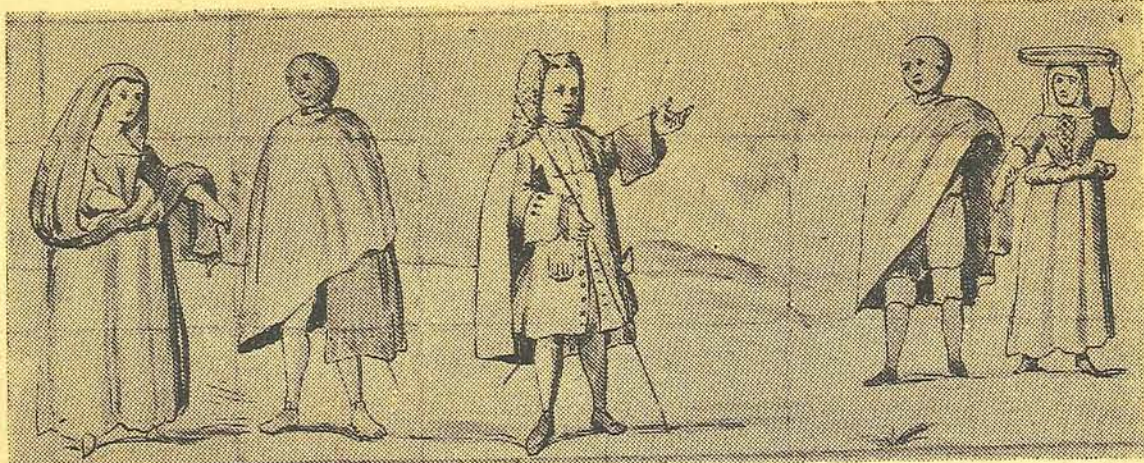


La mujer del capote y lienzo. El capote, sin mangas, llamado "jósésinho", es de paño encarnado, y el lienzo que le cubre la cabeza, de cambray engomado. Año 1810



PORTUGAL es un país riquísimo en tipos y trajes nacionales. Los tipos de las calles de Lisboa, especialmente, son — o, mejor dicho, fueron — de una variedad y de un colorido notables. Los documentos relativos a la tipología y a los trajes del pueblo portugués de los últimos siglos — documentos que se encuentran dispersos por el país en cuadros, grabados, acuarelas, miniaturas, azulejos, lozas, esmaltes, litografías y dibujos — constituyen una serie doblemente interesante, ya sea del punto de vista etnográfico o ya sea bajo el aspecto de su fuerte, de su inconfundible nacionalismo.

Las personas que sólo echen sobre estos documentos una mirada superficial y distraída, no ven, naturalmente, sino lo que ellos tienen de pintorescos. En efecto, cuando hojeamos esas colecciones, es el pueblo portugués el que pasa ante nuestros ojos, el pueblo de los últimos doscientos años — gentes del campo y de las ciudades — con sus hábitos, sus trajes, su fisonomía, las herramientas de sus profesiones; y ese desfile de figuras típicas, que en su gran mayoría ya han desaparecido, constituyen un gracioso y colorido espectáculo para la vista y para la imaginación. Pero la iconografía de los trajes portugueses no me interesa solamente por lo que divierte; me interesa, sobre todo, por lo que afirma. En esos curiosos documentos de la imaginación popular palpita el alma de un pueblo que creó y conservó su individualidad, que tiene una expresión propia, un carácter propio, y que supo mantener hasta hoy el orgullo de su fisonomía y el culto de sus tradiciones. Es tan fuerte y tan permanente el carácter de ese centenar de figuras plebeyas que animaron con su color, su sonrisa y su bravura dos siglos de vida portuguesa, que yo no puedo dejar de atribuirles el valor de una afirmación nacional. Vivimos pared por medio con España; y, entretanto — ¡hecho curioso! — no se advierte en nuestras costumbres populares la más leve influencia española. Desde que la revolución geográfica y económica determinada por las navegaciones portuguesas del Renacimiento, dislocó — permítaseme la expresión — el "centro de gravedad de Europa", transfiriendo a las naciones atlánticas la hegemonía comercial del mundo y creando en Lisboa una nueva Venecia, nos pusimos en contacto directo con todas las naciones europeas; y, a pesar de eso, nuestro pueblo mantuvo, perfecto e inalterable, su carácter. Tiene, evidentemente, muchas y diversas causas nuestra autonomía política de ocho siglos; una de ellas es



Tipos de las calles de Lisboa, de fines del siglo XVIII. (Reproducción de una pintura en azulejos)



Zagal en Alemtejo, en 1814

la vehemente, la afirmativa personalidad del pueblo portugués.

Se diría que durante el último cuarto del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, se ha perdido y apagado gran parte de lo pintoresco de nuestros tipos nacionales. Así ha sucedido, en efecto, aquí como en todos los países. Pero si esto es verdad en las grandes aglomeraciones urbanas, y si, sobre todo en la Capital, muchos tipos y muchas costumbres características han desaparecido, no es menos cierto que en las provincias la tradición de los trajes regionales se mantiene casi intacta, a despecho de las tendencias hacia la uniformidad en todas las sociedades contemporáneas, por la rapidez de las comunicaciones y por la influencia de los ferrocarriles. Las ciudades — y especialmente Lisboa — han perdido parte de su tipología, aun viva en 1840 y hasta en 1880; volaron, en las alas del tiempo, los "jósésinhos" colorados, batas sin mangas que usaban las mujeres, con sus pañuelos de hilo puntiagudos y almendonados en la cabeza, que hicieron el encanto de la Duquesa de Abrantes, Laura Junot; las faldas abiertas y los rebozos negros con que se embozaban para ir a misa las señoras de condición; ya no existen los "mariolas" (mozos de cordel de la vieja Lisboa pombalina) y los aguadores de Oporto, con sus capas azules y sus gorgueras de encaje, señores de todas las fuentes de la ciudad; la campesina antigua, risueña vendedora de los panecillos de Melegas, tan característica y tan graciosa con su mantelete, su caperuza de terciopelo negro, su borcegui morisco de vueltas coloradas, ya apenas la reconocemos hoy en la sordida mujer de los alrededores de Lisboa; desaparecieron para siempre, en la niebla dorada del Rocio Viejo, el cocher de los cabrioles y de los carruajes de alquiler, tan pintoresco con su "niza" azul (pequeña chaqueta con faldones), sombrero alto de pelo de conejo, botas a la Federica, látigo en mano, una pesada espuela de bronce en el pie derecho; se fueron los negros que desempeñaban en Lisboa el oficio de blanqueadores,

calzón blanco, cuello colorado, gran sombrero de paja; los toscos vendedores de juncos de Alcochete, que pregonaban por las calles; los mandaderos de las cofradías; los sepultureros de la tumba de la Misericordia, que salían todas las mañanas para enterrar a los muertos; las mujeres vendedoras de romero y alhucema; los alabarderos del palacio, de verde y amari-



Una "varina" de Murtosa, en 1878. (De una acuarela de Rezinde)



Vendedora de frutas, en Lisboa, a fines del siglo XVIII. (De una pintura en azulejos, de la época)

llo, como lagartos; los morenos de la procesión de San Jorge; las negras vendedoras de mejillones; las negras barrenderas, todas con vistoso pañuelo colorado, que hacían por la noche la limpieza de la ciudad; ya no

JULIO DANTAS

(Para LA NACION)
LISBOA, marzo de 1930.



Pastor de Beira con su "palhoca" o capa de paja y caperuza, en 1808

se ven los remeros de los bergantines reales; los mendigos tocadores de zampoña; los ciegos vendedores de almanagues; el gaitero y el tambor que pedían para el Santísimo; los frailes capuchinos que mendigaban limosnas por las calles, con sandalias y alforja al hombro, bebiendo, bendiciendo, enamorando, cantando. Pero la mayor parte de estos tipos se perdió porque cesó o se transformó su función. Desaparecieron no tanto por disolución del carácter o de lo pintoresco popular, sino por manifiesta inadaptación al medio. Además de eso, las ciudades modernas — ya lo dijo Bergson — producen universalmente la descaracterización y la uniformidad de las multitudes. Lo cierto, sin embargo, es que si Lisboa se ha descaracterizado, las provincias conservan celosamente lo pintoresco regional de sus trajes y de sus tipos; y siendo el Portugal continental tan pequeño, y tan rápidas las comunicaciones, los trajes populares mantienen, en todas las provincias, su profunda y secular diferenciación. La labradora del Miño, tan llena de frescura y de color, con sus zapatos de charol y sus pendientes de filigrana; la mujer de Avintes — joya del Duero — con su sombrero ancho y su corpiño de terciopelo; las "capas de honor" de Miranda, tan representativas de la hidalga opulencia ultramontañesa; las mujeres de Leiria, de pollera listada de rojo que les sirve de falda abierta, y el pequeño sombrero de fieltro negro caído sobre la oreja, como las elegantes de Venecia del siglo XVIII; el campesino ribereño — chaleco encarnado, gorra verde, zapatos herrados, espuelas de hierro de Guimaraes — montado con gracia de centauro y con el rebozo bajo la pierna; el zagal de Alemtejo, con su peliza y sus calzas de cuero; el pastor de Beira, impermeable a la lluvia, bajo su grosera capa pajiza; el chalan de Alemtejo, domador y jinete, un capote de buriel y chaqueta de astracán con broches de plata; el pescador algarve, de caperuza roja y ferruero de lana; y, sobre todo, la "varina", con su gracia es-



Un "pisa-flores" o elegante de Lisboa, de principios del siglo XIX, con capote azul y sombrero de dos picos. (De una acuarela de Bradford, hecha en Lisboa)

belta y ondulante de fenicia, su andar movedido, su saya corta plegada que le abulta las caderas, todos ellos viven aún, íntegros, perfectos, completos, admirables de colorido, magníficos de bravura y de originalidad, como expresiones del carácter de un pueblo que avaramente guarda sus tradiciones y que obstinadamente se niega a confundirse con cualquier otro.

Los trajes populares portugueses son tan característicos, que muchos viajeros extranjeros, durante los siglos XVIII y XIX — artistas pintores o simples curiosos — los estudiaron y reprodujeron en interesantes series de cartones. A través de la vasta colección iconográfica dejada por estos grabadores, dibujantes, litógrafos y pacientes acuarelistas, hoy conocemos toda la tipología desaparecida de la vieja Lisboa de Pombal y de Pina Manique. Los grabados de James Murphy (1705), las acuarelas de William Bradford (1808), de Henri l'Evêque (1814), de Writaker (1828), del reverendo Kynsey (1829), las litografías de Macphail y de Joubert (1841-1842), conjuntamente con la curiosa serie de Manoel Gondinho (1808), son documentos preciosos, porque conservan la memoria de lo que se perdió y confirman la exactitud tradicional de lo que subsiste. Esas colecciones, a las que se unen los grabados de la época, los cuadros al óleo, las miniaturas, los azulejos, la estamperia popular, los "nacimientos" (Antonio Ferreira, Machado de Castro), constituyen el fondo documental de que se han servido, en sus trabajos de reconstrucción de la iconografía popular portuguesa, los pintores, dibujantes y acuarelistas insignes, el Vizconde de Menezes, Manuel Macedo, Roque Gameiro y Alberto de Souza, especialmente este último que, en su obra "El traje popular portugués en los siglos XVII y XVIII", reprodujo y sistematizó la documentación subsistente, permitiéndonos verificar, en su conjunto, el acentuado carácter y el vigoroso naturalismo.

A pesar de no ser viejo aun, conocí, en los primeros años de mi mocedad, algunos de los más curiosos tipos de las calles lisboenses, hoy desaparecidos. Los conocí y los recuerdo con melancolía. La vieja Lisboa del intendente, de los patriarcas y de las procesiones, en su pintoresca vida pueblerina de ritmos lentos y soñolientos, era, tal vez, más simpática y más acogedora que la Capital de hoy, uniforme, sin carácter, cosmopolita y vertiginosa. Reconozco y siento las bellezas de la luminosa Lisboa contemporánea; pero me sentiría feliz — lo confieso — si aun sin tornar a la juventud, pudiese volver a ver, con sus tipos populares tan expresivos, la vieja Lisboa de 1880...



L. Gianicolo, el hermoso cerro desde el que se contempla uno de los más vastos panoramas de Roma, el monte sagrado

en memoria de la heroica resistencia que los voluntarios de la República Romana de 1849 opusieron inútil pero sublimemente a las numerosas fuerzas de los ejércitos franceses que patrocinaban la vuelta de Pío IX a Roma y la restauración del poder temporal, acogió, como vosotros bien lo sabéis—a muy poca distancia del grandioso monumento que el escultor Emilio Gallori erigió para perpetuar la memoria de Giuseppe Garibaldi—el faro que los italianos de la República Argentina regalaron a sus compatriotas de Italia y que todas las noches, con la irradiación de sus luminosos reflejos tricolores suscita en nuestro pueblo el recuerdo de los hermanos lejanos. Pero bien pronto, como una nueva prueba de la íntima amistad que une a Italia con la América del Sur, se erigirá en el Gianicolo un monumento a Anita Riberas da Silva, la heroína brasileña que fué compañera, y más tarde esposa de Giuseppe Garibaldi. La ceremonia de inauguración tendrá lugar el 2 de junio de 1932, el quincuagésimo aniversario de la muerte del gran nizado. De la creación del monumento se encarga actualmente el escultor palermitano Mario Rutelli, cuya producción genial, siendo tan numerosa, me dispensa de la obligación de presentarle como artista. La heroína, modelada de un modo vigoroso en el bronce, se representa a la grupa de un caballo en el momento de dar un salto peligroso; sujetando con el brazo izquierdo al hijito Menotti, empuña con la mano derecha un revólver en un gesto sublime de maternal defensa. En torno a la base, de concepción arquitectónica, y de una extremada sobriedad, se desarrolla un alto relieve en el que se plasman tres momentos culminantes de la vida de la heroína: al frente de los caballeros de la Pampa capitaneados por el capitán Legero; en el campo de batalla de Cuvitibani, cuando ella rebusca entre los cadáveres el cuerpo de Garibaldi, que en aquella misma hora trágica se estrema bajo los zurriagazos de Rosas, y por último moribunda en los brazos de Garibaldi, que se dispone a marcharse a la célebre choza de la región de Ravena.

El monumento tendrá en total una altura de catorce metros, de los cuales cinco metros corresponden a la estatua ecuestre.

★

Por figurar como inscripto en la sociedad secreta Giovine Italia, la cual se proponía rescatar la península del yugo extranjero, Garibaldi fué condenado a muerte por el Gobierno—entonces absoluto—del pequeño reino de Piemonte, en vista de lo cual, en 1833, se trasladó al Brasil, poniéndose al servicio de las fuerzas republicanas que en aquel entonces se levantaban en armas contra las fuerzas del Imperio. Por orden del Presidente de Río, Gonzales, a Giuseppe Garibaldi le habían encargado que transportase a lo largo de un torrente, hasta llegar al Atlántico, dos grandes barcasas, con el fin de atacar por la espalda a las tropas imperiales; y fué al arribar a Santa Caterina, después de numerosas peripecias, y estando ya la población levantada en armas contra los imperiales, cuando Garibaldi conoció a una brasileña de diez y ocho años, no muy alta de estatura pero graciosa y fuerte, de cabellos negriscos y mirada penetrante. Se llamaba Anita Riberas y había nacido en Merinos. Su valentía—ella montaba admirable-

UNA HEROINA SUDAMERICANA EL MONUMENTO A ANITA GARIBALDI

mente los indómitos caballos en sus llanuras—y su expresión seria y buena llamaron profundamente la atención de Garibaldi, el cual, admirándola, la amó. Ella también miró con profunda admiración al joven capitán y poco tardaron en unir sus dos existencias. Ser la compañera de Garibaldi no significaba, ni mucho menos, tener una vida tranquila, pero esto poco importaba a una mujer de la fibra de Anita, la cual, lo mismo que el héroe, llevaba en el corazón la causa del pueblo de Río Grande y sabía retar al peligro y no temer a la muerte. De este modo, la joven siguió a Garibaldi en sus aventuras bélicas, compartiendo con él los peligros, las privaciones y los sufrimientos. En 1840 tuvo su primer hijo y tan sólo dos años después Anita y Garibaldi se unieron en matrimonio en Montevideo. Su pobreza era tal (no podía ser de otro modo, dado que Garibaldi era la personificación de la generosidad) que para recompensar al cura que había celebrado el rito nupcial el héroe tuvo que desprenderse de su reloj de plata. Al mismo tiempo, en Anita se unían el valor bélico digno de un hombre de gran valentía y la piedad digna de una mujer gentil; combatía al lado de su marido, se mofaba de los viles y curaba a los heridos. Ignoraba el miedo. En el puerto de Imbitube, refugiada con su marido en la nave Río Grande, y expuesta al grave peligro de las superiores fuerzas navales brasileñas, rechaza la invitación de ponerse en salvo que la hace su marido. Un cañonazo la tira al suelo, pero antes de que Garibaldi tuviese tiempo para ir en su socorro, se pone en pie. Aquella jornada fué desastrosa para el grupo garibaldino. Al atardecer y habiendo subido Garibaldi a una cercana colina para observar las posiciones del enemigo, la nave fué asaltada, encontrándose Anita sola a bordo. La mujer no por esto se asusta; da la alarma y dispara ella misma el primer cañonazo. Poco después, no habiendo querido alejarse ante el peligro, Garibaldi le da el encargo de adelantarse a pedir socorros al general Canabarro, recomendándole no volviere hacia atrás. Pero también esta exhortación resultó vana. Durante un tremendo combate a las orillas del Tacuari, Garibaldi no logró dar con su Anita, la que montada a caballo iba escoltando las municiones. Ella había sido hecha prisionera. ¡Imaginaos la desesperación del "condottiero"! Ella, por su lado, creyó que su marido había muerto en la refriega y obtuvo el permiso de ir a buscarlo entre los cadáveres. Y es éste uno de los episodios que se representa en los bajos relieves de Rutelli, en aquel pre-

cisamente en que se ve a la mujer cuando encuentra el abrigo del héroe arrojado por éste en mitad de la refriega para conseguir mayor libertad de movimientos. La naciente esperanza de poderlo ver vivo dió a la mujer nuevas fuerzas; ella logró adquirir un caballo, y desafiando mil peligros, vadeó el río Canavas agarrada a las crines de su caballo, y después de ocho días de anhelosas pesquisas, durante los cuales se nutrió tan sólo de frutas salvajes y de granos de café, encontró por fin a su amado.

Otro episodio también conmovedor y de que Rutelli ha he-

tan sólo hacia doce días, y sin más prendas que la camisa, se había visto obligada a subir a caballo y sosteniendo con el brazo izquierdo a su hijito y empujando con la mano derecha el revólver, buscó en la huida su salvación.

La lucha contra el Brasil se hacía cada vez más difícil, y mientras tanto llegaban noticias de Italia de que allí habían estallado movimientos insurreccionales en favor de la independencia y que al trono pontificio había subido el Cardenal Mastai con el nombre de Pío IX, libertando a los condenados políticos y concediendo reformas. El grito de "Viva Pío IX" resonó en toda Italia. Garibaldi escribió al Papa ofreciéndole su brazo para el rescate de la patria, y mientras sorteaba las dificultades que el Gobierno de Montevideo le hacía para regresar a su patria, dado que no querían privarse de un hombre como él, de tan alto valor, mandó a su mujer con los hijos Menotti, Teresita y Ricciotti a Italia, bajo el amparo de su madre. Génova recibió triunfalmente a la mujer del héroe, que se sintió profundamente conmovida ante el latido del alma popular, que deseaba la liberación de la patria. Pero el Papa no tardó mucho en desmentir las promesas, impulsado por la reacción absolutista que siguió a la derrota sufrida por las tropas

piamontesas en Custoza y en Novara. Y Garibaldi, que ya había ofrecido su brazo y había luchado bajo la bandera del Rey de Piemonte, acudió otra vez a Roma, que se había sublevado, obligando al Pontífice a refugiarse en Gaeta, y al ponerse a la disposición del Triunvirato de la República Romana fué nombrado general. No obstante las grandes preocupaciones que para la defensa de la ciudad atacada por las tropas francesas, tenía Garibaldi, no por esto echaba en olvido a su mujer, a quien escribía: "Mándame noticias tuyas, de mi madre y de los niños". Empeorándose cada vez más las cosas y en vista de que no recibía ya Anita las cartas que su marido la dirigía, tomó la resolución un día de irse a Roma, y en la mañana del 14 de junio de 1849, el general la

vió de imprevisto aparecer en Villa Spada, y no tuvo valor para mandarla que se fuera. Su mujer no se separó ni un instante de su lado en aquellas memorables jornadas durante los días de tan heroica resistencia, y cuando todo resultó vano, formó parte de la escolta de garibaldinos que abandonaron la ciudad. Habiéndose cortado los cabellos y puesto la camisa roja y los calzones garibaldinos y en la cabeza el sombrero de plumas, cabalgó al lado del marido, dispuesta a cualquier sacrificio, no obstante encontrarse débil y enferma. El general francés Oudinot lanzó en persecución de los fugitivos a sus soldados, con el fin de capturarlos; por otro lado, el gobierno austriaco de las provincias italianas publicaba un bando en virtud del cual sería ahorcado todo el que ayudase o socorriese a los fugitivos. Por lo cual los descanos de la pareja Garibaldi y de los tres mil hombres que la seguían se hacían cada vez más raros; era necesario caminar sin cesar a pesar de la fiebre y de la sed que atormentaba a la pobre Anita. De este modo llegaron a la libre República de San Marino, en donde Garibaldi pidió a su mujer que se quedase allí. Pero ésta, una vez más, se negó a ello, exclamando: "Tú quieres abandonarme". El general no tuvo, pues, más remedio que consentir en que ella le siguiese, como siempre, en la nueva peregrinación, que tenía como finalidad precisa llegar a Venecia para unirse con aquellos heroicos insurrectos. Pero las barcas que debían transportar a los garibaldinos desde Cesenatico hasta la orilla veneciana fueron vistas por los austriacos y algunas de ellas capturadas, siendo hechos prisioneros los que las ocupaban; entre ellos se encontraba el heroico campesino de Roma Angelo Brunetti, apodado "Cicciuracchio", con sus hijos y el sacerdote Ugo Bassi, que fueron todos fusilados. Cualquier intento de acción colectiva era, por lo tanto, inútil y resultaba además peligrosa. El ya reducido grupo fué pues disuelto; Garibaldi cogió en sus brazos a la pobre Anita, que la fiebre devoraba, y la llevó hasta una solitaria cabaña, poniéndola sobre un lecho de hojas. Por fortuna, el general había sido encontrado con su preciosa carga por el coronel Gioacchino Bonnet, que había participado con el de Niza a la defensa de Roma, y que ofreció al matrimonio hospitalidad en la casita de una hermana suya, mientras él se dedicaba a despistar a los austriacos. Transportaron a Anita, ya moribunda, a la hacienda Guiccioli, cerca de Le Mandriole, en la casa del colono Stefano Ravaglia. Se fué en busca de un médico, pero ya era demasiado tarde. Anita volvió de nuevo a pedir un vaso de agua, después reclinó la cabeza sobre el pecho y expiró. Era en el atardecer del 4 de agosto de 1849. En sólo 28 años de vida Anita Garibaldi había llevado a cabo una epopeya de heroísmo, de sacrificios, de afectos familiares. Ante el cadáver de la amada, Garibaldi, que se había siempre conservado impasible ante el enemigo, no pudo reprimir el llanto; (Continúa en la pág. 32)



"Maquette" del monumento a Anita Garibaldi, que va a erigirse en el Gianicolo, no lejos de la estatua de Giuseppe Garibaldi

cho mención en el bajo relieve del monumento, es aquel que se refiere al desastre sufrido por los republicanos, los cuales se habían visto obligados a retirarse ante las numerosas fuerzas de los imperiales. A duras penas Garibaldi, Anita y un puñado de valientes habían llegado hasta el pueblo de San Simone. Allí Anita dió a luz su hijo Menotti. La pobreza del matrimonio era extrema y el alojamiento estaba desprovisto hasta de las cosas más necesarias. Y con el objeto de poder adquirir algo de ropa blanca para la mujer y para el recién nacido, Garibaldi se alejó del refugio y os podéis imaginar fácilmente su sorpresa y su desesperación cuando al volver lo encontró vacío. Durante su ausencia los enemigos habían sido señalados y la pobre Anita, que acababa de dar a luz

ALBERTO
DE
ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, marzo de 1930.

Al Acercarse los Fríos...

tonifíquese—

Para ello, lo más indicado es el tónico que más recetan los médicos del mundo entero: KOLA CARDINETTE

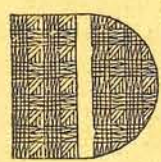
Su sabor es exquisito Tonifica y Sustenta

Kola Cardinette

The Palisade Mfg. Co. Yonkers - New York - E. U. A.



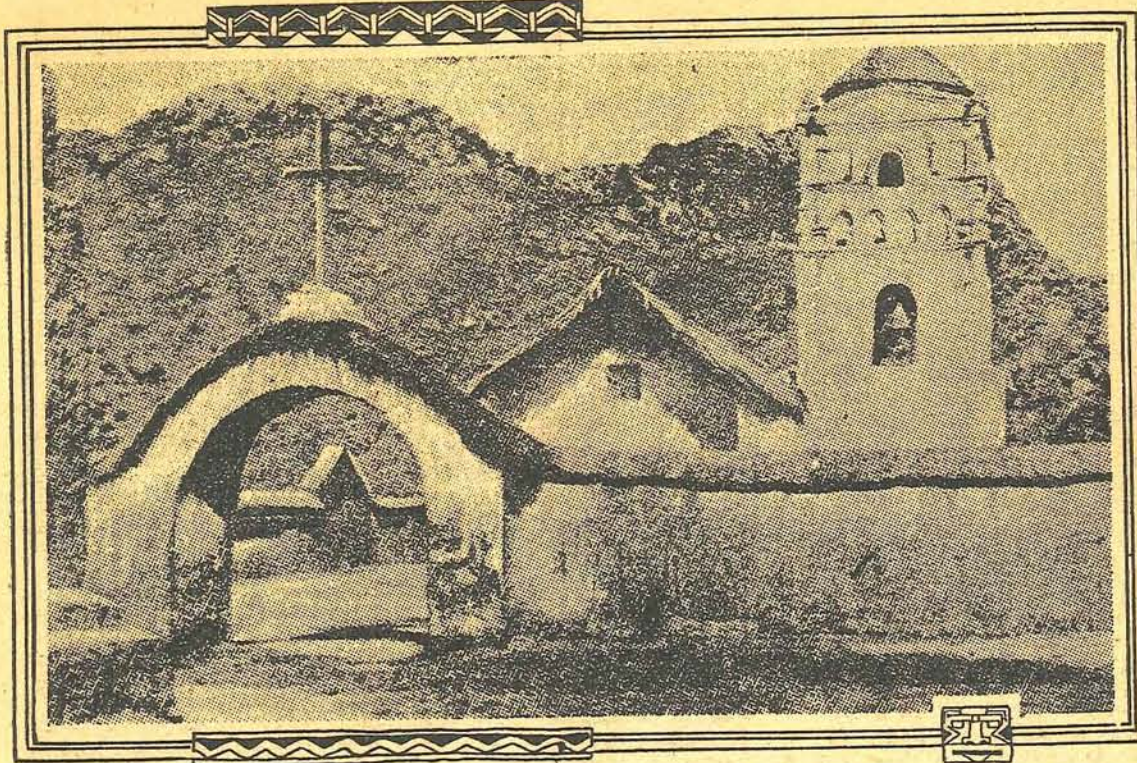
EN LA GOBERNACION DE LOS ANDES SUSQUES



DE Cobres a Susques nos trasladamos en dos horas y media por un camino que en los dos tercios de su accidentada trayectoria nos permite correr a gran velocidad y dominar, desde el abra de Cabi, el desolado paisaje de la cordillera con sus cumbres nevadas, entre las que sobresale al oeste el Colla-Huaima. Este picacho es famoso por sus riquezas auríferas, aunque a decir verdad la ubicación de las minas sea un secreto que los indios guardan celosamente. Sé de personas que se aventuraron a gran altura por las vertientes del monte, guiados por nativos, en busca de oro y hallaron pepitas de notable peso, pero que más tarde, acompañados por los mismos baqueanos, en una segunda y mejor equipada intentona, jamás pudieron localizar los placeres, y se explica: los frecuentes huracanas y nevadas borran las huellas, las penurias de la ascensión agravan las dificultades de un reconocimiento y el supersticioso terror del indio que teme la cólera de la Pachamama, son bastantes motivos de fracaso.

Al otro lado del Colla-Huaima pasa el camino de los incas, donde me dicen que está, en medio de una pampa, "la piedra cansada". Es una mole granítica, la única que el viajero encuentra en mucha leguas de camino mediano y acerca de ella los indios conservan una tradición legendaria. El inca del Cuzco—dicen—para construir una fortaleza en su capital, mandó que le llevaran una piedra de cada una de las comarcas sometidas a su imperio. Las tribus puneñas, quizá bajo la dirección de milicias peruanas, arrancaron de uno de los cerros aquel bloque y con él a cuestas caminaron varias jornadas, pero al pasar frente al Colla-Huaima, la piedra se partió y los ancianos descubrieron gotas de sangre en las entrañas de la roca. La significación del prodigio era evidente: los dioses nativos se resistían a la migración, se negaban al predominio de dioses extranjeros y desconocidos, la tierra misma lloraba sangre por el cobarde sometimiento de su grey.

El indio, reservado y huraño, ignorante de su propia historia racial, no es tan explícito en la interpretación de la leyenda, pero su antigua religión, que no es por cierto la de los Incas, y su salvaje espíritu de independencia, inducen a pensar que no es otro el sentido del prodigio relatado. A medida que nos internamos en la puna vamos afirmándonos en la idea de que sus habitantes indígenas procuran, por todos los medios, esquivar el roce con el forastero. Sus ranchos, adosados por mimetismo al medano o a la roca, se disimulan con el color del suelo en que se alzan; sus pastorcitos y sus majadas, apenas nos divisamos, responden con monosílabos a nuestras inquisiciones. Llegamos a Susques y la hostilidad de la tierra se acentúa, no sólo porque Susques mismo está escondido entre las arrugas de las montañas, en una hoya estrecha, sino porque el pueblo parece desierto. No hay humo de cocinas, ni perros que ladren, ni mujeres curiosas asomando a las puertas, ni bicho viviente que transite por las angostas calles. Suponemos, por el tono terroso de techos, muros y calzadas, por la fachada vetusta de las viviendas, que la gente ha tiempo emigró en masa, después de una peste o un terremoto. Y respiramos — ¡al



La vieja iglesia del pueblo de Susques, en la gobernación de los Andes

fin! — cuando al ruido del automóvil emergen, de las dos o tres casas habitadas del pueblo, las únicas personas sobrevivientes, a saber: dos maestros, el juez de paz, el comisario y dos policianos. ¿Qué ha sucedido?

—¡Nada! Aquí jamás sucede nada.
—¿Y los collas?
—Están en los campos, en sus casas, a muchas leguas.
—¿Y los alumnos de la escuela?

—Por ser hoy domingo, los alumnos están con sus padres. Mañana a la hora de clase pie, algunos en borrico, y todos con el avío para subsistir por una semana en el pueblo, y se marcharán el sábado a la tarde.

Se comprende que los indios evitan sistemáticamente cualquier contacto con las autoridades nacionales. Si éstas desean convocarlos, no tienen más que hacer una fogata en la cumbre del cerro vecino. De día la humareda, de noche el resplandor, son señales convenidas. Una vez los citaron para imponerles el blanqueo de las casas del pueblo, y ellos se negaron rotundamente. A otras obras de interés colectivo—refacción del cimiterio, composición de caminos, paleo de acequias—se resignan a regañadientes; pero a blanquear las casas se niegan por alguna razón supersticiosa que no confesarán aunque los ahorquen. El apego de los salvajes a sus prácticas consuetudinarias es tan fuerte que "el fábrica" de Susques, negóse en mi presencia a consentir que uno de mis amigos — músico y hábil mecánico — compusiera y afinara el órgano calamitoso que guardan en el coro de su vieja iglesia. Entre otras excusas alegó la necesidad de una asamblea comunal que autorizase debidamente la refacción propuesta, desde luego, a título gratuito.

La arquitectura de Susques ofrece rasgos típicos. Todo maderamen, incluso puertas y sus marcos, es de "cactus cereus", que en estos cerros alcanza singular robustez. Algunas fachadas remedan, en su tosco revoco de arcilla, los bajorrelieves que las construcciones incásicas del Cuzco presentan en sus sólidos muros de piedra

tallada. El efecto, en vez de artístico, resulta grotesco en su pretencioso exotismo. Trátase de construcciones antiquísimas, quizá contemporáneas de los jesuitas. He aquí un detalle jamás observado, según creo, en territorio argentino:

Lluvia con sol en el ghetto

¡Aleluya! ¡Aleluya!
ríe el sol en la lluvia.

Lluvia rubia y festiva sobre la judería.

¡Aleluya!: que hermanas voz semita y cristiana.

Cantan vivos colores los tardíos Lacrozes.

La alegría del ghetto se da cita en el cielo,

En Junín y Lavalle luce moño, la tarde.

Lluvia alegre y dorada para amar sin palabras.

(—Maña Schkolnick ¿te acuerdas de una tarde como ésta?)

lluvia y sol: así estabas con tu risa y tus lágrimas—)

Vuelca Dios sobre todos tenue ceniza de oro.

—Moza, dame la mano: corramos a mojarnos.

¡Aleluya! ¡Aleluya!
ríe el sol en la lluvia.

César Tiempo

los cuatro muros del rancho, eludiendo la vertical, acusan — como el Partenón — una ligera convergencia de pirámide cuadrangular truncada. Los vanos de las puertas, aunque no los marcos mismos, son también trapezoides, como se ven

en muchas ruinas peruanas y egipcias.

Puesto que los indios no moran sino por accidente en el pueblo, será porque nada tienen que hacer en él, a menos que no llegue un cura a dar misiones o mientras el comisario no los convoque. No hay un boliche, ni una tienda, ni alfareros, ni sombrereros, ni hilanderos, ni artesano alguno. Ni la obligatoria concurrencia de los chicos a la escuela es motivo que fuerce a los mayores a una existencia urbana, pues una vez asentada por ellos la matrícula, se restituyen a sus montes, donde — según presume el comisario — se dedican a sus majaditas y a la caza clandestina de vicuñas, guanacos y chinchillas... y al contrabando de pieles y coca por el desierto de Atacama. Y es lógico. El gobierno argentino prohíbe la caza y aplica tremendas multas a los infractores, per osus policías en el enorme y accidentado territorio carecen de la movilidad que la ley les presume. A causa de la escasez de forrajes, la milicia federal está mal montada, y en igualdad de condiciones el indio le lleva de ventaja sus armas más modernas, su conocimiento del clima y del terreno y su increíble resistencia para caminar a pie. Durante siglos los puneños han debido vivir, más que del pastoreo, de la caza, y es ingenuo suponer que la sola presencia de la autoridad federal, aislada y a pie, iba a modificar un régimen inveterado. Filibusteros y contrabandistas natos, sería preciso vigilarlos en aeroplano y defender con ametralladoras aéreas las preciosas reservas zoológicas del territorio. Por lo tanto, la faz verdaderamente interesante de la existencia indígena se nos escapa. Sus correrías a trasmano de la ley, las riñas entre competidores igualmente astutos, su lucha contra la despiadada naturaleza, son circunstancias que no conocemos sino por conjetura.

Muy de tarde en tarde la autoridad interviene, apresando algún cazador furtivo y decomisando como ocurrió no ha mucho — fabulosas partidas de pieles. Sólo las chinchillas, como es sabido, se cotizan a más de mil

pesos la docena. Y a tanto llega la audacia de tales malandrines, que al gobernador Saravia lo demandaron una vez por decomiso indebido de una partida tasada en casi medio millón de pesos. Demás está decir que el demandante alegaba haber sido tomado en territorio chileno.

El lunes temprano, mientras me lavo la cara en el patio de la comisaría, llega un indio y pregunta por el señor comisario. Presumo que algún litigio lo trae y escucho lo que conversa con el sargento que ya me espera con un mate. El recién llegado es el indio más feo que en mi vida he visto. Zaparrastroso, boca chueca, barbas de chivo, mechas revueltas, ojos irritados por la conjuntivitis endémica del altiplano.

—El señor comisario está durmiendo.

—¡Caramba — dice el indio, rascándose la bien poblada cabellera—. Y dígame: ¿no tenida?

—¿Agua florida? — interviengo. ¿Y para qué?

—Pa remedio, señor. Resulta que mi mujer amaneció con un aire en la cabeza y la "medica" recetó unas friegas con agua florida.

No puede ser — opino—. El agua florida es un perfume, no es un remedio.

—Otras veces le sabimos dar friegas y se cura.

—¡Claro!, por los masajes — pienso—. Si le dan friegas con agua de la acequia, el resultado será igual. ¿Le duele el pescuezo?

—Le duele, señor, y también se queja de la matriz y del dolor cabeza.

—Puedo darle aspirina; tal vez le calme. Agua florida no tiene el comisario.

—Le agradezco, señor.

El hombre parece dispuesto a esperar que se levante el comisario. Se deja estar de pie, cruzando de brazos y noto que mi persona lo preocupa. Quizá me cree médico y no se atreve a solicitar mis servicios, temiendo los honorarios. Quizá le interesa mi pullo calamaco de puro estilo calchaquí. Sin duda está filiándose y no puede conciliar e nsu magín mi aire de gringo con mi tonada y mi vestimenta criolla. Luego, en su habla rápida — que tanto contrasta con el calmoso modo salteño — el colla me somete a un interrogatorio que juzgo intempestivo, ya que de modo alguno lo provoqué.

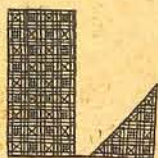
—Y diga, pu señor: ¿Cómo es su gracia? ¿Quién es usted? ¿A qué ha venido? ¿Cuál es su oficio? ¿Cuánto tiempo quedará en Susques? ¿Cómo se "están llamando" y qué vienen a hacer aquí sus compañeros?

Turista despreocupado, de todo le rindo cuenta a este prolijo reportero, a esta gaceta viviente, quien su pretexto del agua florida, según me explica el comisario, había bajado con el único fin de informar a la comunidad en todo lo referente a los recién venidos. Este personaje resultó ser uno de los que viajaron en delegación a Buenos Aires, para solicitar del presidente de la república el reconocimiento de propiedad sobre las vegas que ocupan. Sabe leer y escribir, y la Constitución y el Código Civil son sus libros de cabecera.

Cuando después de tanta charla me permito invitarlo a una reunión nocturna, en que a trueque de cantos y coplas le daremos asado y bebida, mi diplomático interlocutor se cierra como la madre del choro. No sabe si podrá venir, a nada se compromete, ni siquiera a convidar a sus amigos en nuestro nombre, y se marcha pensando que nuestra llegada a Susques no puede tener un propósito tan completamente tonto e inofensivo.

JUAN CARLOS DAVALOS

LA MORAL EN LA VIDA Y EN EL ARTE



LOS moralistas cotidianos deplo-
ran la afición al vicio,
que probablemente no es si-
no un esnobismo no muy ge-
neralizado. La afición al crí-
men lo es, desgraciadamente,
mucho más, y me basta como
prueba el lugar preponderante
que le conceden los periódicos
de tirada astronómica.

La prensa está obligada a
proporcionar a sus lectores lo
que éstos reclaman, y no es li-
bre de poseer una estética ni
una moral desinteresada; si el
antiguo abonado demostrara
una preferencia por la virtud,
veríamos aparecer en la prime-
ra página de las gacetas tan
sólo las fotografías de los hé-
roes de la probidad o de las
víctimas del deber; hoy sólo
advertimos las de los asesinos,
junto a las de sus abogados y
sus jueces.

Hay quien pretende que re-
sulta en extremo difícil distin-
guir las unas de las otras. Esta
majadería no es, desgraciada-
mente, sino la expresión ape-
nas arreglada de una verdad
mordaz, pero triste.

Ni tan siquiera se habla de
las fotografías de las víctimas,
cuya publicación debería prohi-
birse, puesto que al observar-
las se hace casi imposible evi-
tar una sensación de agrade-
cimiento hacia el miserable que
ha prestado a la sociedad el
importante servicio de mandar-
las al otro mundo. En cuanto
a los testigos, ofrecen por lo
general al observador ejemplos
perfectos de presidarios pre-
destinados.

Quiero creer que lo mismo
acontece en todos los países
civilizados; pero como mi ig-
norancia de la geografía y de
los idiomas extranjeros, muy
francesa, por cierto, no me per-
mite realizar comparaciones,
tal vez me alarme demasiado
sobre la mala reputación que
esta publicación de crímenes,
en completa desproporción con
la realidad, podría acarrearlos
del otro lado del océano; por
eso mismo siento la necesidad
de gritarles a nuestros amigos
de allende el mar, que Francia
no es una Lady Macbeth que
no consigue lavarse las manos.

Quisiera también convencer-
los de que los matrimonios que
frecuentan los bailes de negros
y se divierten hasta que regre-
san a sus hogares a las cinco
de la madrugada, constituyen
una minoría entre nosotros. No
dudo, desde luego, que todos
los extranjeros imparciales no
dejarán de rendir homenaje a
la pureza de nuestras costum-
bres; pero si hay todavía en-
tre ellos quien se encoja de
hombros al oír calificar a Pa-
rís de "Babilonia", la culpa no
la tienen realmente cierto nú-
mero de compatriotas.

Estos jóvenes, pues todos lo
son, desprovistos de toda ex-
periencia, que es lo que los dis-
culpa, al ser reporteados no
han dejado de calificar de "muy
parisién" este desagradable
asunto al que acabo de hacer
alusión en forma discreta. Que
mis lectores se tranquilicen,
pues les evitaré todos los deta-
lles que inspiren repugnancia.

Recuerdo una discusión que
se entabló entre los críticos
cuando Henry Becque hizo re-
presentar "La Parisienne" en
el Teatro de la Renaissance,
hace la friolera de cuarenta
años y medio. Se le reprochó
el haber generalizado temera-
riamente.

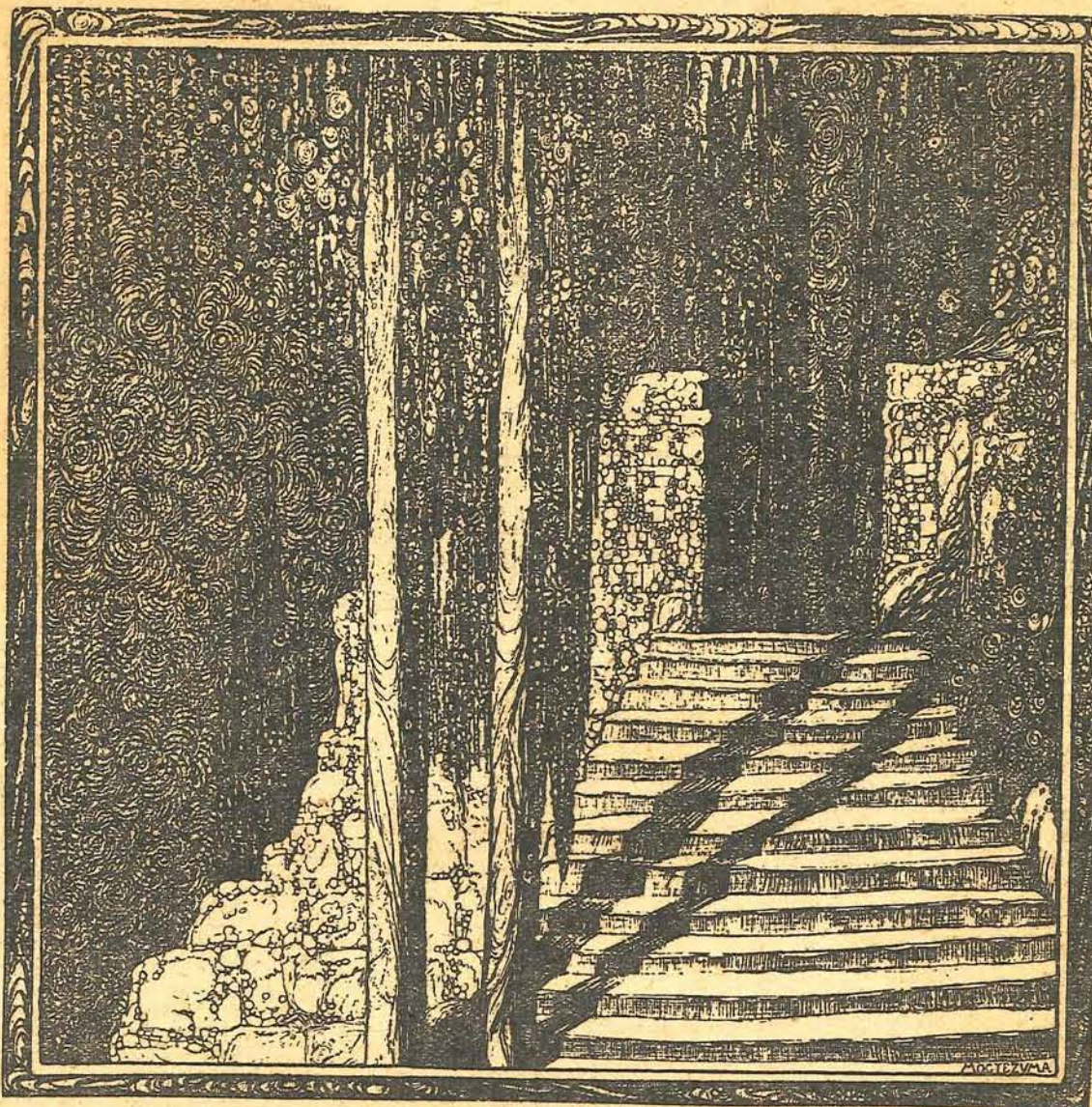
—No, no—se le gritó en sus
mismos oídos con una indigna-
ción sincera o fingida, que pro-
venía de la virtud o de su su-
cesor ordinario, la hipocresía,
—no, todas las parisien-
ses no se asemejan a vuestra Clotilde,
esposa infiel y perfecta, aman-
te veleidosa e insoportable. To-
dos los hogares parisien-
ses no son impares; usted no tiene
derecho de intitular su come-

dia "La Parisienne". Debería
haber dicho: "Una Parisienne".

A mi parecer, esto significa
reducir una grave cuestión de
estética y de moral a una tor-
pe objeción gramatical. Mas
los franceses tienen la pasión
y la manía de la gramática.
Al paso que los censores pro-

POR
ABEL
HERMANT

(Para LA NACION)
PARIS, marzo de 1930



EL CIPRES

(DE CHARLES MAURRAS)

Días que un recuerdo lúgubre ensombrece,
Todo me hace mal:

Sepultos mis restos sean donde crece
El ciprés natal...

Rey de los jardines que adornan olivo
Y pámpano y rosa,

¿Me querrás, follaje de murmullo altivo
Y alma quejumbrosa?

Tú has visto cuál quise ablandar la roca:
Con hondo lamento

Apremiaba el grito de mi inútil boca
Al duro elemento.

Mas ¡bien lo recuerdas! si debo humillarme
De mi largo error,

Ninguna perfidia pudo al derribarme
Domar mi valor.

Y aunque entre unas redes de Mágicas presas,
Mi vida y mi suerte,

Son mi libertad las solas riquezas:
El lauro y la muerte.

Puedes darme sombra, levantado y puro
Amigo, en el suelo,

Cuando me incorpores a tu signo oscuro
Que se yergue al cielo.

HECTOR DIAZ LEGUIZAMON

ILUSTRACION DE MOCTEZUMA

testaban diciendo que todos los
hogares parisien-
ses no eran
forzosamente impares, el públi-
co, que por lo general es es-
céptico, se entretenía no to-
mando parte ni a favor ni en
contra. Desde el momento en
que redujeron su crítica a la
simple distinción escolar del
artículo definido e indefinido,
tuvieron todo el público a su
favor.

Sin embargo, sucedió que
desde este instante comenzaron
a estar equivocados, pues si
bien es cierto que el artículo
definido se utiliza a veces en
forma indefinida, y que esta
frase: "el pan y la fruta son
buenos alimentos" se refiere a
cualquier pan y a todos los fru-
tos de la tierra, del mismo mo-
do que "La Parisienne" parece
significar el ejemplar de todas
las parisien-
ses, el artículo in-
definido posee mucho más ge-
neralidad natural, y si Becque
hubiera intitulado su pieza
"Una Parisienne", ¿no habrí-
amos tenido acaso razón de de-
cirle: "Ab una disce omnes"?
Este recuerdo antiguo, de

medio siglo, demuestra que no
existió nada nuevo ni viejo ba-
jo el sol. A propósito de un
matrimonio que ni siquiera du-
rante la noche "puede permane-
cer en su habitación" (nuestros
males provienen de ahí, según
Pascal) y que parece tener co-
mo divisa "cuanto más locos,
más risa", los moralistas de
poco precio han cometido, co-
mo lo decía anteriormente, el
mismo error que Becque, mas
con circunstancias agravantes,
ya que no se trata de "la" pa-
risienne o de "una" parisienne,
sino del epíteto mismo que han
aplicado con ligereza a este
mundo. Las parisien-
ses de ver-
dad han protestado y se han
resentido.

No están equivocados; pero,
¿me atreveré a decir que yo no
tomaría estas historias en la
forma trágica como lo hacen
ellos? No creo que puedan cau-
sarnos grave perjuicio a los
ojos de los extranjeros, por lo
menos de aquellos extranjeros
que nos conocen y cuya opi-
nión es la única que vale, pues
la de los demás no cuenta.

Me siento también un tanto
disgustado al observar a los
"aficionados a las almas" re-
currir a la psicología para ex-
plicar estos casos desgraciados.
Me hacen el efecto de compor-
tarse en su dominio, del mismo
modo que las cocineras y los
porteros que desean ver en

pecie que se pretende parisien-
ses no merecen un esfuerzo tan
profundo de inteligencia, ni to-
do este gasto de sutileza. Mu-
cho me agradaría aquí encon-
trarme con un eclesiástico que
Paul Bourget se ha dignado po-
ner en escena en una de sus
primeras novelas.

Nuestro ilustre colega, luego
de haber expuesto con gran lu-
jo de detalles una "situación"
de sensibilidad y, de acuerdo
con su fidelidad acostumbrada,
ha conseguido aclarar, median-
te los análisis más lúcidos e
imparciales, todas las agitacio-
nes interiores del alma, ha ce-
dido el puesto a un digno sa-
cerdote, que no malgasta pala-
bras y ha conservado la cos-
tumbre cristianísima de llamar
a las cosas, aun las más des-
agradables, por su nombre.

Esta franqueza en ninguna
forma está reñida con la cari-
dad; la caridad prefiere ver
claro, y cuando perdona, quie-
re saber qué es lo que perdona.

El buen sacerdote resume,
en una palabra, todo el debe
y el haber, lo mismo que todas
esas elegancias ambiguas del
alma de la novela que acaba-
mos de leer, y barre todas las
circunstancias atenuantes que,
tal vez con la complicidad del
autor demasiado indulgente, nos
vemos inclinados a conceder a
sus protagonistas. Con una in-
genuidad brutal manifiesta:

—Estas cosas son inmundi-
cias.

Recuerdo que en la época de
la aparición de esta novela, to-
das las lectoras mundanas de
Bourget se ofendieron profun-
damente. No estaban acostum-
bradas a la lectura de los an-
tiguos oradores del púlpito, en-
tre los cuales ninguno, al pre-
sentarse ocasión semejante, hu-
biera titubeado en emplear la
palabra "inmundicia".

No estoy capacitado para re-
currir al clero en procura de
informes en asuntos del géne-
ro del que nos ocupa, pero creo,
no sé por qué, que si me atre-
viera a interrogar a este res-
pecto a una persona venerable
y discreta, instruida en la prác-
tica de la confesión, no anda-
ría con vueltas y me responde-
ría tranquilamente, como el sa-
cerdote de Bourget:

—Estas cosas son inmundi-
cias.

Creo también que no hay
nada más que decir sobre estas
inmundicias y que si los mora-
listas no tomaran por ellas un
interés peligroso y la gente se-
ría se contentara con dar vuel-
ta la cabeza, cortando la con-
versación cuando se trate de
ellas; si, finalmente, los ma-
gistrados no estuvieran domi-
nados por el temor de apare-
cer mojigatos y se empeñaran
en sanear todas estas impure-
zas a puertas cerradas, los
malintencionados no contarían
ni con la apariencia de un pre-
texto para murmurar sobre las
costumbres francesas y nues-
tra reputación saldría ganando.

Francia, acuérdate de la fra-
se de Beaumarchais: "Es ne-
cesario que seas considerada".

"sus" periódicos sangre, volup-
tuosidad y muerte con profun-
sión de fotografías.

No; los hogares de esta es-



El ahorro es un eficaz
educador. El hombre aho-
rativo piensa, reflexiona
y proyecta. Tiene su programa.
Acaba por conquistar su
independencia.

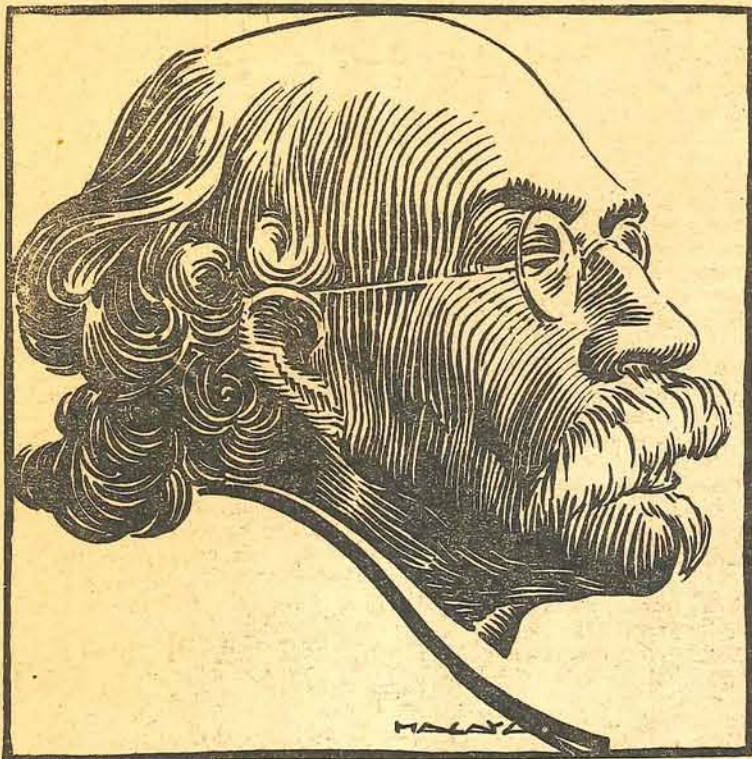
EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo: comenzar. ¡Abra usted una cuenta
de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de
interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para
su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos
sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses
pueden retirarse en cualquier
momento.

Opera desde hace veinte años a
completa satisfacción de sus
clientes.



El profesor Vorländer, creador de la filosofía del "Como-si"

HA celebrado su 25º aniversario la Kant-Gesellschaft, que es la sociedad filosófica más grande del mundo. Usted, estimado lector, quizá diga: "¡No veo nada extraordinario en ello! ¡Todos los días hay algún aniversario!" En este caso, sin embargo, hay mucha diferencia. Existen muchas sociedades filosóficas en el mundo y sin embargo, ninguna otra ha podido desarrollarse tanto como esta sociedad alemana, la cual, en el tiempo relativamente corto de su existencia, ha llegado a ser uno de los factores más importantes de la vida filosófica mundial. Entre sus socios cuenta a los filósofos más destacados de todo el mundo y su radio de acción comprende todos los países civilizados.

La filosofía, lo mismo que todas las ciencias, es de por sí una facultad humana de tendencias internacionales, cuya acción no puede limitarse dentro de ciertos países o razas. Quiere decirse con ello que el desarrollo y la colaboración internacional entre los círculos filosóficos debieran ser igualmente intensos en todo el mundo. Sin embargo, no sucede así, distinguiéndose la Kant-Gesellschaft como la única sociedad que ha superado dichos límites.

¿A qué se debe esta diferencia? Bien vale la pena de estudiar los varios factores que llevaron al éxito en este caso, y así nos encontraremos con algunas verdades simples, útiles y recomendables, no solamente para los amigos de la filosofía, sino para toda sociedad y todo ser humano que aspire a ver coronados por el éxito sus esfuerzos espirituales.

La Kant-Gesellschaft fue fundada en el año 1904, centenario de la muerte de Kant, por iniciativa del filósofo doctor Hans Vorländer, famoso autor de la obra "Como si..."

En aquel tiempo la filosofía pasaba por un grave estado de crisis, hasta el punto de que se le discutía su derecho de existencia como ciencia. El siglo XIX ha enriquecido la conciencia humana con la consabida y grandiosa evolución de las ciencias naturales y de la técnica, y aconteció lo que sucede a los niños, quienes por un juguete nuevo abandonan y desprecian sus juguetes anteriores. Se creyó haber encontrado la única verdad, pudiendo prescindirse desde aquel entonces de toda especulación filosófico-metafísica o, más bien, reduciéndola a una ciencia de pura teoría, ciencia parcial al lado de las otras ciencias parciales. Resultó, como

consecuencia de ello, un positivismo extremo que pretendió reducir toda fuente de ciencia a la experiencia y a la ley de causa y efecto, confundiendo así inocentemente la apariencia y el ser como una misma cosa. En este horizonte estrecho no había ya lugar para la filosofía.

Por otro lado, aparecieron tendencias metafísicas corroidas por una desenfrenada especulación y las que al ser confundidas con la filosofía, desacreditaron a esta última.

Entre estos dos escollos—cual Scila y Caribdis para Odiseo—debíase buscar una orientación nueva que permitiera salvar la tradición y las diversas facetas de la verdad, distintas en cada siglo, obtenidas mediante la especulación efectuada en siglos anteriores, sin cerrar el camino a las disciplinas nuevas que habrían de evolucionar en futuros tiempos. Se hizo palpable una urgencia angustiosa por completar el modo positivista de pensar mediante la facultad de comprender, interpretar y dar sentido a la totalidad de los fenómenos.

Hacia esta finalidad se encaminaba la K. G. al buscar imparcialmente la pérdida unión entre las ciencias positivas y las distintas tendencias de la investigación filosófica, psicológica y sus territorios lindantes, creando un centro de acción filosófica con horizonte muy amplio, sin limitación alguna de programa o dogma.

La sociedad lleva el nombre del pensador más grande de los tiempos modernos. Mas esto no significa ninguna dependencia ortodoxa respecto de los principios de Kant. Reina en ella una absoluta objetividad y tolerancia respecto a todos los sistemas serios, si bien ha querido dejarse manifestar que la disciplina crítico-racional del pensador de Königsberg es ya imprescindible para la filosofía, aunque de ninguna manera sea la única. (En cierto modo, cabe aquí establecer una semejanza con la Asociación Wagneriana de Buenos Aires, para la cual, el hecho de llevar el nombre de Wagner, tampoco significa limitación alguna de programa). La dirección de la Kant-Gesellschaft sabe perfectamente que sería un afán imposible de realizar el de pretender encerrar toda la universalidad y originalidad de la mente humana en una sola fórmula. Además, no se la oculta que es conveniente adaptarse continuamente a la ampliación de aspectos ofrecida por la evolución continua de las ciencias exactas, base de la filosofía. Este modo de mantenerse en condiciones de adaptación continua a los cambios y progresos de la vida intelectual



LA SOCIEDAD KANTIANA DE BERLIN



El presidente de la Sociedad Kantiana de Berlín, Dr. Liebert

tual constituye quizá la causa más poderosa que ha determinado el rápido progreso de la sociedad kantiana.

Dicha imparcialidad respecto a toda clase de puntos de vista permite un vastísimo radio de acción del que uno se da cuenta mencionando, por ejemplo, algunos títulos de las publicaciones, conferencias y cursos de la K. G. efectuadas durante el pasado año: "La crisis en el fundamento de la matemática griega", "Sobre la teoría del concepto", "La filosofía de la religión como problema teológico", "Lo simbólico en el idioma", "La psicología de la fe", "Estado y moralidad", "Estado y religión", "Partido y Weltanschauung", "Hacia una metafísica del alma", etc. Existen temas de carácter puramente histórico en el radio de la evolución filosófica, así como también se acogen las expresiones de las más diversas tendencias y convicciones sistemáticas. Ninguna disciplina obtiene preferencia ante las otras, y con la misma objetividad, dicha sociedad se dedica a problemas puramente lógicos y de teoría del conocimiento que a los problemas éticos, estéticos, sociológicos, de filosofía del derecho, filosofía de la religión, incluyendo los problemas y doctrinas de la Weltanschauung. Lo que importa no son las tendencias o disciplinas sino únicamente el interés objetivo y su valor científico, ya que éstos no dependen del punto de vista que se tome, sino exclusivamente de su carácter científico.

Esta amplitud de programa induce a recordar a Goethe: "Quien trae mucho, ha de traer algo para cada uno". Y así es, efectivamente. Después de todo, no hay que maravillarse de que la sociedad cuente cada vez con más socios entusiastas, pues esa amplitud y esa objetividad garantizan a todos una completa información y un fiel reflejo en lo referente a la evolución de la vida espiritual europea.

Mas este vasto radio de acción casi sin límites no significa tampoco que la sociedad carezca de tesis. Al contrario, tiene un fin muy concreto: oponer la concentración filosófica a la descentralización del pensamiento humano que con la expansión de las ciencias exactas amenaza el equilibrio espiritual de la humanidad. Con otras palabras: tiende a la uni-

dad en la evolución y elevación espiritual, considerando la unidad y la diversidad como facetas distintas de la verdad, que es una sola.

Si he dicho "concentración filosófica" no me refiero solamente a la teoría pura, sino porque hay que emplear el concepto de filosofía en su significado más amplio, que es a la vez el significado original, o sea: amor a la sabiduría. La filosofía comprendida en este horizonte amplio no puede limitarse a la realidad material de las ciencias exactas—si bien éstas siempre serán uno de los pilares donde se apoya—sino que se basa en realidades espirituales, sin las cuales carece de sentido. Por eso ha sido posible que también las tendencias modernas de la metafísica—más fuertes y promisoras de lo que se cree generalmente—hayan encontrado su lugar dentro del radio de acción propio de la Kant-Gesellschaft. Me llevaría demasiado lejos el pretender agotar aquí este tema tan interesante y tan profundo a la vez. Me limito a decir que ha sido posible llegar a reunir estas tendencias metafísicas con las ciencias exactas y con las teorías crítico-racionales (elementos que parecen bastante heterogéneos a primera vista), de una manera muy feliz.

El alto ideal de la misión filosófica tal como lo comprende y practica la Kant-Gesellschaft se refleja muy bien en estas dos frases de dos kantianos distinguidos; una del Dr. Arturo Liebert, director de la sede en Berlín, que reza así: "Cada esfuerzo en favor de la Kant-Gesellschaft no favorece solamente a ésta sino que contribuye asimismo al desarrollo del progreso filosófico universal, a la vida espiritual mundial y a la comprensión mutua de todos los pueblos y de sus respectivas culturas". Conceptos que han sido reiterados por el Dr. Cristián Herrmann: "La reserva beligerante—escribe—y la tolerancia entre los círculos científicos es un grave mal. Al espíritu filosófico le es necesario esa afluente liberalidad que emana de la serenidad y del equilibrio espiritual para apreciar y aprovechar todas las posibilidades del pensamiento que nos ofrece esta vida tan complicada y tan llena de matices".

Después de haber estudiado los principios e ideales de la sociedad, examinemos también los procedimientos prácticos empleados. Destácase ante todo su sistema de fundar sucursales, llamado "Ortsgruppe", en todas las ciudades y centros donde haya suficiente número de socios e interesados. (También en Buenos Aires la sociedad kantiana cuenta con

una Ortsgruppe desde el año pasado). Este sistema da admirables resultados, pues estos círculos que de por sí quizá fuesen insignificantes, al ser apoyados por la Kant-Gesellschaft adquieren el valor y la eficacia de ésta. Las estrechas vinculaciones entre la sede de Berlín y los círculos adheridos estimulan eficazmente la cooperación colectiva, y por otro lado la adhesión de muchos Ortsgruppen aumenta e intensifica la eficacia de la sociedad. Esta cooperación es particularmente interesante cuando se trata de círculos en el extranjero, pues de esta suerte se anudan fuertes lazos entre culturas distintas, formándose relaciones que han de ser útiles a ambas partes. Además, el socio en el extranjero que quizá se encuentre en un ambiente de poca estimulación filosófica, encuentra así un fuerte apoyo para fomentarlo y ayudar al progreso espiritual de su país.

Parece increíble lo que puede alcanzar el esfuerzo colectivo bien dirigido. Los socios de la Kant-Gesellschaft abonan una modesta cuota anual, pero en cambio reciben gratuitamente las publicaciones literarias de la sociedad, cuyo valor alcanza el doble de lo que pagan en concepto de contribución anual. Además, el socio goza de considerables descuentos en diversas librerías científicas. Su calidad de socio le asegura la posibilidad de oír conferencias de alto valor científico organizadas por la sociedad, y entre tantas otras ventajas, le asegura colegas en todas partes del mundo, ya que será recibido como un hermano donde quiera alcance el radio de acción de la sociedad. De este modo, la Kant-Gesellschaft fomenta su propio progreso, estimulando el progreso de sus socios mediante las ventajas que les brinda, mientras que éstos, al aprovechar dichas facilidades, contribuyen a la eficacia colectiva por su adhesión en masa.

Merece especial mención el interés pedagógico de la Kant-Gesellschaft por su modo de fomentar el arte de la discusión objetiva, sin acrimonias agresivas ni polémicas personales, considerándose estas últimas como una falta de educación en el sentido científico.

He prometido, al comienzo, señalar los factores simples que llevaron al éxito. Helos aquí: objetividad, conocimientos universales, tolerancia, adaptación al cambio, colaboración colectiva y una filantropía que busca el propio progreso en el progreso de los demás. Empléelos cada uno en sus propios esfuerzos espirituales y tenga la absoluta seguridad de que el éxito será suyo.

RIA
SCHMIDT-
KOCH

DIBUJOS DE LUIS MACAYA

NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS EN TIERRAS MEJICANAS

Un ceibo

zada opinión sobre el palpitante problema. Y huelga decir que la aplastante mayoría de estos críticos proceden de allende el Río Grande y no entienden, pues, ni siquiera el idioma del país, debiendo servirse para llevar a buen fin su importante tarea, de los oficios de amigos circunstanciales, quienes condimentan su información, conforme a su gusto y paladar.

Pero que haya quien esté dispuesto a recorrer el país, a convivir con el pueblo para sentir sus aspiraciones, conocer sus necesidades, su carácter, su ideología; en otras palabras, a estudiar en su origen la razón de las dificultades y del posible malestar, para poder hablar después con verdadero conocimiento de causa, esto es demasiado pedir de los críticos, bien o mal intencionados.

Por lo mismo creo que mi relato de viaje por Méjico, escrito con alguna mayor amplitud que la usada hasta ahora, podrá de ser de interés, contribuyendo, de paso, a explicar naturalmente ciertos hechos que, tomados aisladamente y

sin conocimiento de causa, parecen bárbaros signos de atraso e incultura, cuando en realidad muchas veces son todo lo contrario.

Un destacamento de soldados bien armados nos cerró el paso cuando cruzamos el puente fronterizo de Suchiate, camino a la patria de los charros pintorescos y viriles.

Cuando me di a conocer, el júbilo fué grande entre estos hombres rudos, curtidos por el sol y hechos a las inclemencias del tiempo; me estrujaron en abrazos y prolongados "viva la Argentina" atronaron el espacio. Después, como por obra de magia, aparecieron la fuerte "tequila", cigarros sabrosos y toda una mesa bien servida para festejar la llegada del "caballista de las pampas" y de sus dos ya legendarios compañeros de aventura.

Luego algunos oficiales nos escoltaron hacia Tapachula, primera ciudad en territorio mejicano. Gato, que de días atrás había ido aflojando de una mano, casi no podía caminar y fué necesario hacer varias paradas en el camino.

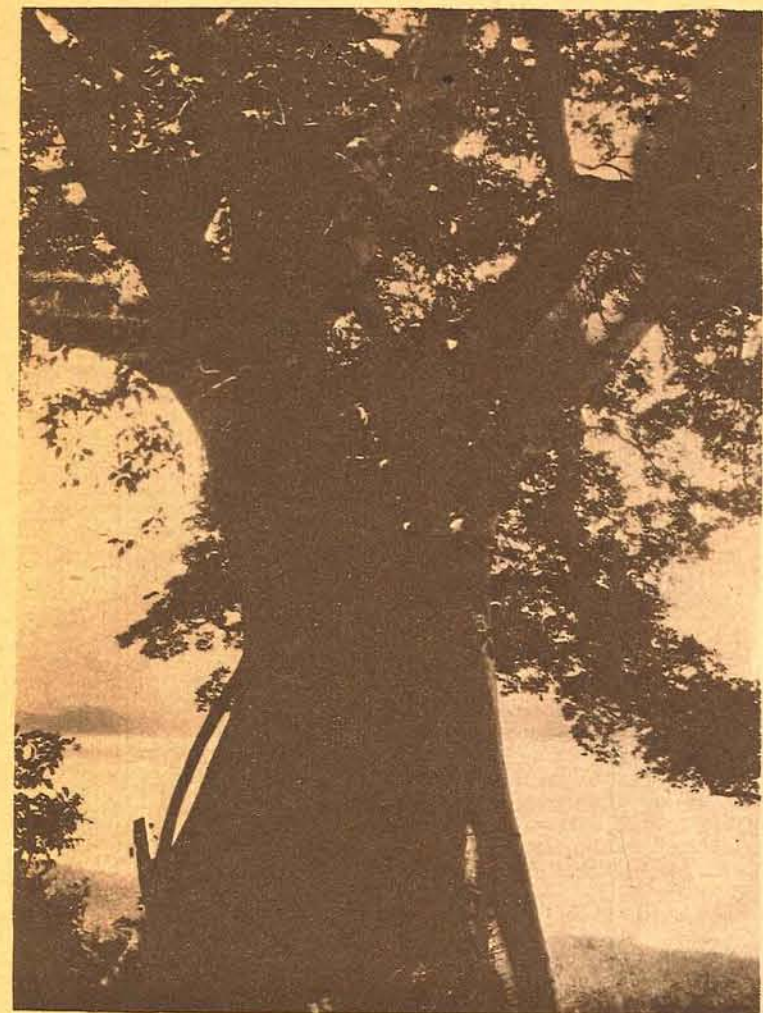
Nuestra llegada produjo un júbilo inmenso en la población

y las autoridades civiles y militares vinieron a presentarme sus plácemes. Al día siguiente, hubo una verdadera lluvia de telegramas de felicitación de la Capital, algunos del Gobierno, otros de sociedades, etc.

El capitán veterinario G. Hernández revisó a Gato, hallando que se le había formado un absceso en el vaso, debido a un error cometido por el herrador en Guatemala, y fué preciso operar al caballo.

Ya estaba en vías de restablecerse cuando un buen día, al ir temprano a darle su ración, noté que una mula se hallaba atada a su lado y que mi pobre amigo estaba todo cortado y machucado donde aquel animal lo había pateado durante la noche. Las largas clavijas habían entrado profundamente en sus carnes y la rodilla izquierda presentaba una herida muy fea.

Lamenté que al dueño de la mula no se le hubiera ocurrido atarla al lado de Mancha, pues en este caso la historia hubiera sido bien distinta, pues éste, al contrario de su compañero lleno de mansedumbre, nunca admitió la menor provocación, ni de hombres ni de



Por AIME F. TSCHIFFELY

DESDE el momento en que cruzamos el puente metálico de Suchiate, cerca de Tuxtla Chico, hasta el día en que pasamos el Río Grande, en Laredo, el entusiasmo y la espléndida hospitalidad del pueblo, del Gobierno y, de modo muy especial, de la hidalga charra mejicana, nos fueron dispensados a mi, a Mancha y a Gato sin tasa ni medida, obligando para siempre mi gratitud y el reconocimiento pleno de las virtudes de hombría y de gentileza de una grande Nación, por muchos conceptos.

Ciertamente, no fué todo una cabalgata de placer y conoci en su crudeza, las consecuencias de una revolución que duró prácticamente el tiempo entero que tardamos en recorrer casi de un extremo a otro este país hermoso y turbulento.

Fiel a mi costumbre, me limitaré a la descripción escueta de lo que vi y conocí de hombres y cosas, y si, por ventura, al correr de la pluma que evoca recuerdos, se ofrece algún cuadro de sombra, haciéndole honor a la verdad del relato: paciencia, no hay sol sin sombra, ni existe la perfección en país alguno. Además, sé que mis amigos mejicanos, hombres sinceros y derechos a carta cabal, sabrán disculpar y apreciar mi franqueza, con lo que basta y me doy por bien servido.

Tanto y tanto se ha escrito en los últimos años sobre Méjico y sus revoluciones, bandoleros, costumbres, problemas sociales y qué sé yo cuánto más, que puede parecer una redundancia volver sobre el tema; pero ello no es cierto, por la sencilla razón de que, salvo raras excepciones, todo ese farrago de literatura y sabiduría a granel, es el producto de la más crasa ignorancia. Pero está en Dios que, como la materia es interesante y de actualidad, cada viajero que ha estado quince días parando cómodamente en un hotel de Méjico, ciudad, de Veracruz o Monterrey, se cree llamado y casi en la obligación de dar a conocer "urbi et orbi" su muy autori-

POR SOLO \$ 1.50

Vd. PUEDE OBTENER...

El Nuevo cepillo de dientes Colgate, valor \$ 1.50
(Diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental)

Un tubo de Crema Dentífrica Colgate, valor \$ 1.20

Valor efectivo \$ 2.70

TODO POR \$ 1.50 EN LA CAPITAL

UNA OFERTA EXCEPCIONAL

Con objeto de inducir todavía a un mayor número de personas a que prueben la Crema Dentífrica Colgate... hacemos este notable ofrecimiento. Solamente Colgate, el fabricante de crema dentífrica más grande del mundo, puede hacer una oferta semejante. No hay nada enigmático en esto. Colgate simplemente desea que usted pruebe su Crema Dentífrica, usada por millones de personas. Y para compensarle, Colgate hace esta sensacional oferta de un cepillo de dientes diseñado científicamente y un tubo de la inmejorable Crema Dentífrica Colgate...

POR SOLO \$ 1.50

El Cepillo

Este tipo de cepillo es el más moderno y más perfecto que conoce la ciencia dental. Fué diseñado por el Departamento Colgate de Educación Dental... un cuerpo de dentistas que ha estudiado las necesidades de millares de hombres, mujeres y niños. Examine este cepillo. Estudie su forma, su tamaño, sus cerdas dentadas. Fabricado por personal experto y en condiciones sanitarias... de selectas cerdas de la mejor calidad. Cada cepillo es revisado cuidadosamente. El mango está hecho de un hermoso material transparente en 5 tonos exquisitos de verde, morado y ámbar. Las cerdas están fijadas por un procedimiento que las retiene firmemente.

Este cepillo es idéntico en calidad, tamaño y duración a los mejores cepillos que se venden en todas las casas del ramo. Ahora es suyo por medio de esta singular oferta.

El Dentífrico

La Crema dentífrica Colgate es la de mayor venta en el mundo. La razón sencillamente consiste en que Colgate limpia los dientes mejor, porque contiene el mejor elemento limpiador del mundo—una espuma penetrante que limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar. Su dentista le dirá que las caries no comienzan en la superficie lisa de los dientes, sino en las pequeñas hendiduras, donde se acumulan residuos mucosos y alimenticios.

Por lo tanto, la verdadera prueba de un dentífrico consiste en su facultad de penetrar en estas hendiduras y limpiarlas completamente. Una reciente prueba científica demostró que Colgate tiene más fuerza penetrante que cualquiera de los más conocidos dentífricos.

La espuma que hace Colgate contiene un fino polvillo que pule el esmalte de los dientes sin dañarlos y los conserva blancos y brillantes.

El método científico Colgate de cepillarse los dientes

Después de muchos años de estudio y de miles de experimentos, el método Colgate de limpiar científicamente los dientes ha sido perfeccionado por el Departamento de Educación Dental.

Este método es más eficaz cuando se usan conjuntamente la Crema Dentífrica Colgate y el cepillo Colgate. Las cerdas elásticas y dentadas del cepillo están colocadas a una distancia correcta entre sí, y obran de tal manera que aplican con la mayor eficacia el poder penetrante de la famosa espuma Colgate... hasta llegar a las más profundas hendiduras que son tan difíciles de limpiar.

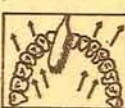
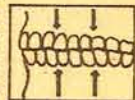
Comience hoy mismo con el Método Científico Colgate de Limpiarse los Dientes... y note la diferencia en sus dientes diez días después.



AHORRE \$ 1.20

El cepillo Colgate tiene un poder extraordinario para limpiar; las cerdas están científicamente dentadas para llegar hasta las hendiduras donde los cepillos ordinarios no penetran.

Cepille sus dientes de arriba hacia abajo, aconsejan los dentistas. El nuevo cepillo Colgate hace esta operación doblemente eficaz. No cepille los dientes a través.



Cuando se limpian los dientes del lado interior, use el movimiento de adentro hacia afuera. Note como las firmes cerdas vigorizan las encías.

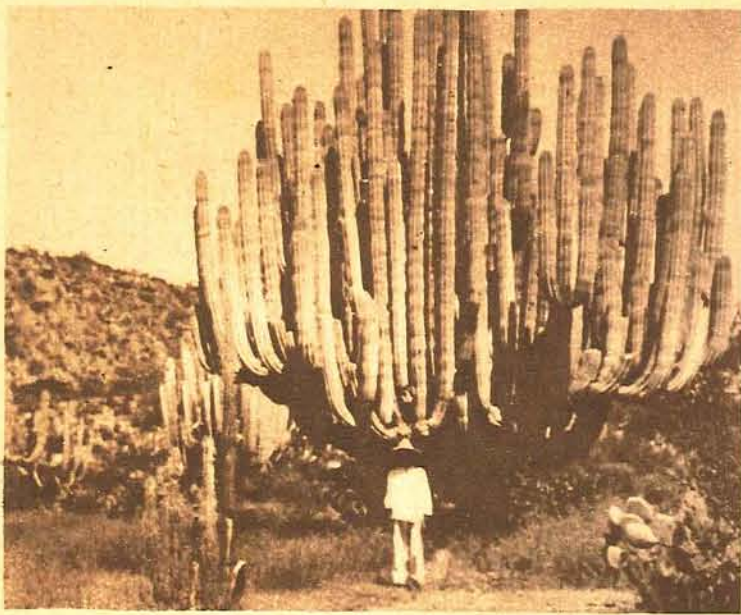
NOTA

Esta oferta es limitada. No durará mucho tiempo una vez que el público se haya enterado de este anuncio. Así que adquiere AHORA.

Si su farmacéutico o proveedor no los tuviese, envíenos \$ 1.50 y a vuelta de correo recibirá el tubo de crema y el cepillo. Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Santiago del Estero, 1997, Buenos Aires.

En venta en todas las farmacias, perfumerías y otras casas del ramo en la Argentina.

CREMA DENTÍFRICA COLGATE



animales, ni que nadie se le acercara demasiado. Sin embargo, no era traidor y no recuerdo un solo caso en que hubiera lastimado a alguna persona, pues le bastaba con levantar la pata y bajar las orejas para que cualquiera se retirara a distancia prudencial, comprendiendo la advertencia del viejo.

Bien; debido a la falta de recursos adecuados y al clima desfavorable, Gato fué empeorando de día en día, hasta no faltar el consejo de amigos de ultimarlo, para evitarle sufrimientos inútiles. No pude hacerme a la idea de perder así no más, al amigo y compañero, y arreglé lo necesario con D. Eduardo Labougle, a la sazón ministro argentino en Méjico, para mandar a Gato por tren a la Capital, donde, con buenos cuidados y al amparo de un clima favorable, tal vez podría sanar.

Con la ayuda de varios amigos llevamos al inválido a la estación, más bien alzado que caminando. Todavía en el furgón especial, tendido sobre mullida cama de hojas secas, el pobre relinchó, llamando a Mancha. Creí que no lo vería más con vida y cuando el tren se perdió tras la primera curva de la vía, me embargó una honda pena.

De vuelta al hotel me encontré con Mancha, que, él también, llamaba a su compañero.

Un corral de "órganos"



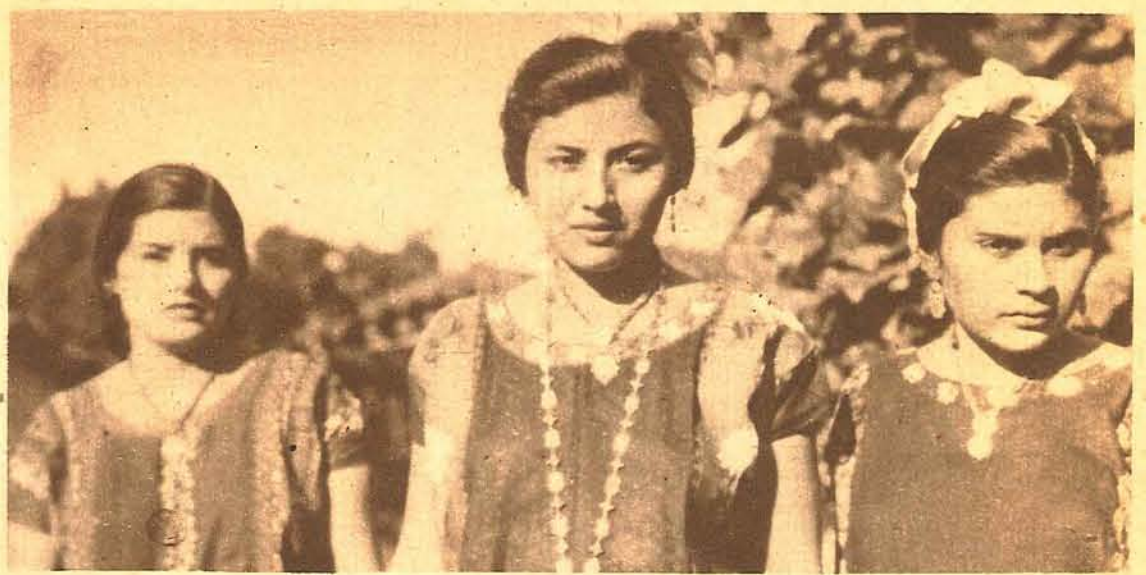
Vegetación en el sur de Méjico

Ese día nos quedamos juntos los dos hasta altas horas de la noche, tomando yo más "tequila" de lo que era físicamente bueno; pero mentalmente ello me ayudó.

El problema, entonces, se presentaba serio. ¿Seríamos capaces los dos de resistir la marcha hasta Méjico Ciudad, venciendo los grandes bañados a lo largo de la costa, o nos privaría de la victoria la Sierra Madre, ahora que estábamos, por decirlo así, a un paso de ella?

Si bien el accidente de Gato nos había hecho perder más de un mes y la época más favorable para viajar por los esteros, y la estación de las lluvias ya se había iniciado, yo estaba resuelto a continuar la marcha. Mancha me merecía entera confianza, y después de todo, estas vicisitudes formaban parte de nuestro juego. Pese al rudo golpe sufrido, quedé con visiones de una victoria final y esperando en que lograríamos vencer a los elementos que ahora, junto con la suerte, se habían dado vuelta en contra nuestra.

La gente en Tapachula, como a todo lo largo de la costa hasta el Istmo de Tehuantepec, se parece mucho a los guatemaltecos. A cualquier funcionario del gobierno se le conoce de inmediato por la gran pistola calibre 45 y el cinturón



Tehuanas luciendo trajes típicos

repleto de balas, que lleva encima.

Cierto día varios oficiales me llevaron en automóvil a dar una vuelta por la población, y al pasar frente a un grupo de soldados borrachos, algunos de ellos comenzaron a insultar a sus superiores. En un momento se armó una batahola tremenda; comenzaron a relucir cuchillos y machetes y las balas silbaron en todas direcciones. De repente y por detrás me dieron un porrazo en la cabeza, que me hizo ver estrellas desconocidas en astronomía. La gente fué corriendo en todas direcciones, buscando refugio, y una vez que el bochinche hubo pasado, resulté ser yo el único herido en el choque, aunque levemente.

Llegada la tarde, grupos numerosos de hombres se reunían en el hotel; unos a jugar a los naipes, otros dedicábanse a un juego de dados que llaman "chingona", pero la mayoría se sentaba a charlar al calor de una copa. En ese entonces había materia de sobra, pues Paulino Uzcudún acababa de perder una pelea contra un "gringo" como allá les llaman a los norteamericanos, y Sacco y Vanzetti iban a ser ejecutados.

Recuerdo la figura de un español petizo, a quien nadie había visto jamás trabajar un día entero de firme, que hablaba y gesticulaba con una facilidad asombrosa, y cada vez que venía a resumir su peroración, llegaba a la fatal y tremenda conclusión de que los "gringos" se habían propuesto ab-

sorber y exterminar a la raza latina. Naturalmente, estos discursos necesitaban algún refresco para el garguero, y así nuestro buen petizo no era nada lerdito para el pechazo, ni faltó nunca el parroquiano divertido ante la charla fácil que no le pagara la copita, gritándole al hombre tras el mostrador: "Mozo, traigale otro trago al cachupín". Cachupín es el nombre usual y despectivo con que designan allá a los españoles, para quienes el mejicano, en general, siente un marcado menosprecio.

Me aconsejaron que llevara un guía por la costa, pero por más que encargué y busqué con afán, no fué posible hallar a nadie que hubiera hecho todo el recorrido. Es cierto, algunos habían ido a pie, siguiendo la vía del ferrocarril, cruzando los bañados y rios por sobre los muchos puentes, pero no podíamos tomar esta ruta por estar contruados los puentes de modo particular para evitar que pudieran ser utilizados para el paso de animales.

Finalmente cerré trato con un hombre que me había sido especialmente recomendado, por más que dijo conocer el camino sólo por tres o cuatro jornadas. Le compré un caballo, y otro para la carga. En su elección procedí con el mayor cuidado, dando preferencia a animales acostumbrados a los bañados y al clima húmedo y pesado de la costa. Si luego resultaban inútiles en las sierras, siempre quedaba el recurso de cambiarlos por otros apropiados al nuevo ambiente.

Durante los últimos días de nuestra estada en Tapachula, fué fácil advertir que había dificultades en política y la gente vivía bajo la pesadilla de estar sentada sobre un volcán pronto a estallar. Ya habían tenido lugar varios pequeños tiroteos y en una noche toda la policía fué despedida y cambiada. Observé cómo les enseñaban a los hombres nuevos a cargar sus rifles, cosa que ellos, evidentemente, no habían hecho nunca antes en su vida.

Aunque llovía cuando ensillé una vez más a Mancha, partí contento de reanudar la lucha, sabiendo muy bien que cada paso adelante, cada nuevo obstáculo vencido, nos traían más de cerca la meta ansiada.

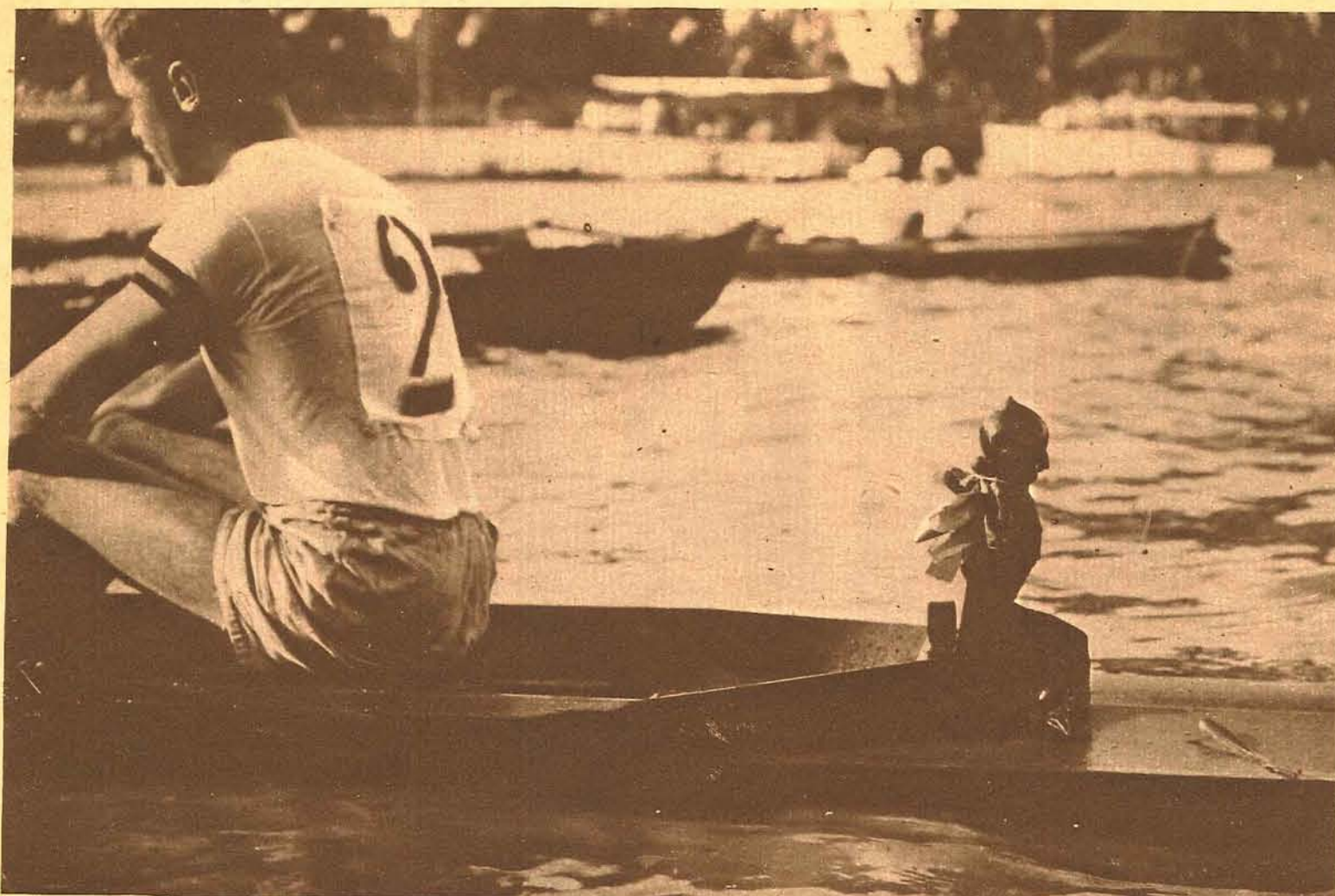
En esa época comenzó a llover diariamente con precisión casi matemática a las 11 de la mañana. El mal camino se fué angostando y empeorando de masiado ligero y antes de que nos diéramos exacta cuenta de lo que ocurría nos hallamos en una huella blanda y barrosa. Mancha, acostumbrado a estas cosas, avanzaba entre esa greda pegajosa que era un contento. Parecía un tractor. El guía tuvo la mala fortuna de caer dentro de un profundo pozo de barro, y yo aun no había dejado de reír ante su desgracia, cuando llegamos a un río donde Mancha resbaló sobre una roca, costalandolo, con lo que la corriente le dió vuelta del todo. Mi zambullida resultó completa, pero como hacía calor y ya iba calado hasta los huesos por la lluvia, la diferencia fué sin consecuencias.

Solamente en los primeros dos días pude denominar guía a mi hombre, pues luego resultó que él sabía tanto del país como yo. Con todo, fué un tipo espléndido y me resultó de gran ayuda. Era un hombre montaraz, de los fachinales, siempre feliz y de buen humor, aun cuando todo fuese mal. Siempre recordaré a Angel Riso, que tal es el nombre de este caballero de la naturaleza, falto de educación y rudo, pero fiel y honesto con un corazón de león.

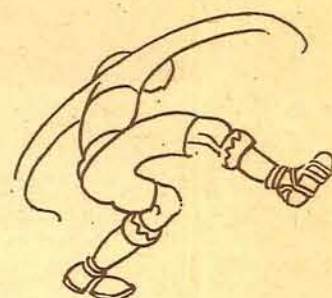
En una palabra, el prototipo del caballero mejicano de las clases pobres y modestas.

Y cuádrale bien aquella célebre sentencia: "¡Honni soit qui mal y pense!"





MOSAICO SPORTIVO



Los remeros, como los footballers, los polistas y los cricketers, creen en la influencia ventajera de las mascotas. Véase el renegrido "kewpie" que infunde optimismo a un remero del Tigre Boat



Los "pibes" saben bien que son los capitanes y los referees quienes tienen el privilegio de salir a la cancha con la pelota. Por eso éste, frente a una muda admiradora, asume una respetable pose de "crack"

Las Tres Gracias Modernas

La gracia de la sonrisa

reside en los dientes sanos y blancos en contraste con unos labios muy rojos. La

PASTA DENS

es la salud de la boca y la salud es siempre belleza. Limpia la dentadura sin rayar el esmalte. Desinfecta las encías y perfuma el aliento.

Tubo, \$ 1.25



En la Capital Federal



La gracia de un rostro lindo

matizado con la suavidad impalpable de los

POLVOS TRINI

adquiere un nuevo encanto porque la sutilísima capa perfumada que ponen sobre la piel, hace desaparecer todas las pequeñas imperfecciones del cutis, dejándolo fresco e igualado.

Caja, \$ 2.-



En la Capital Federal

La gracia del cutis suave

es la suprema gracia, porque no hay belleza absoluta sin una piel tersa y fina que haga resaltar los encantos naturales del rostro. El

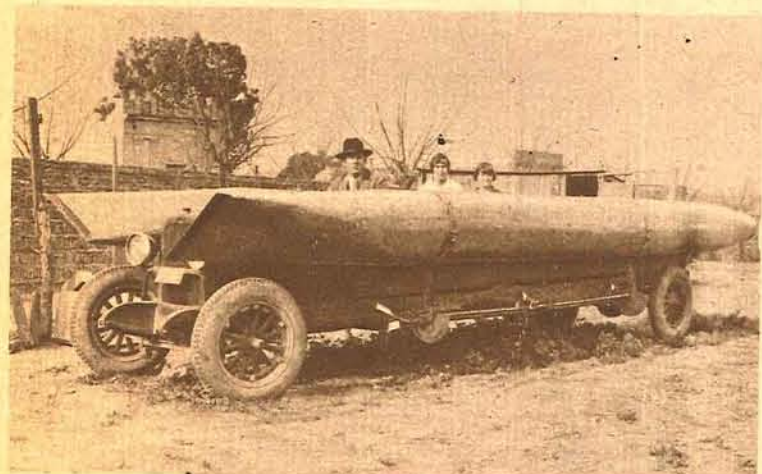
Jabón Heno de Pravia

limpia los poros, iguala y mejora el cutis, manteniendo sus tejidos flexibles con el purísimo aceite de oliva que contiene. Su espuma abundante deja la piel impregnada de un perfume característico e inimitable.



\$
0,70

en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.



El ingenio de los inventores es inagotable. D. Eugenio Bebión, de Paraná (E. R.), cree haber dado, en definitiva, con el automóvil anfíbio. Es el imponente aparato que reproduce el grabado, y con él—patente de invención 30.352—piensa irse a Nueva York por mar y de una hebra...

PERFUMERÍA GAL

INDUSTRIA ARGENTINA
MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK
FÁBRICA EN BUENOS AIRES: MAURE, 2010-14



Celebrando la fiesta del bock en una cervecería de Berlín



Un baile popular, durante los carnavales berlineses

SENSUALIDADES BERLINESAS

POR
CÓRPU BARGA

(Para LA NACION)

BERLIN, marzo de 1930

LO que ha llamado hasta ahora mi atención de la vida en Berlín es la cantidad de baile que se consume al día. Se consume más baile que cerveza y salchicha. ¿Quiere decir esto que se baila?

En Berlín, como en París o en Buenos Aires, no se hace todo lo que parece que se hace. Se hacen cosas de verdad y cosas de mentirijillas. En Berlín se come poco, aunque se está todo el día comiendo; no se bebe mucho, aunque las cervecerías están llenas, y no se fuma nada, a pesar de que hay una tienda de toda clase de cigarrillos falsificados en cada esquina y otra en medio, porque decir en cada esquina no sería mucho decir refiriéndose a las dimensiones de Berlín.

El tabaco en Berlín, venga de donde venga, no viene más que de Hamburgo. Desde luego, Hamburgo es una de las cosas más auténticas de Europa, uno de los puertos más formidables; todo el mundo lo sa-

be. Su flota, su Banca no pueden ser más verdaderas, como que están hechas para comerciar. Si algo suele ser falso en Hamburgo, es lo que traen o se llevan los buques almacenados en su seno. Además, que los berlineses estén fumando cigarrillos puros todo el día no significa que sepan fumar.

Cierto profesor alemán que ahora vive en la República Argentina tiene escrita una obra, en colaboración con otro profesor alemán, sobre los efectos del tabaco. Según le oí contar al propio autor, los dos colaboradores, antes de emprender su trabajo, se documentaron lo más exactamente posible, experimentando los efectos del tabaco en ellos mismos; se pusieron a fumar rabiosamente durante medio año y anotaron la marcha de sus facultades durante ese tiempo. El medio año siguiente continuaron la observación, pero vivieron sin fumar en absoluto. El resultado fué que la diferencia en la economía animal no era grande entre fumar y no fumar nada. Cuando delante de mí había acabado de afirmarlo con toda

su autoridad de autor y experimentador, para festejar tan feliz conclusión le dieron un pitillo al profesor a quien me refiero. El profesor lo encendió y se puso a fumarlo rabiosamente, como en su temporada de fumador, esto es, sin tragar el humo. En Berlín no se tragan el humo.

Si de ello puede colegirse que el alemán no sabe lo que es fumar, se puede también reconocer que lo sabe demasiado y no quiere aspirar la nicotina. Tendría entonces el conocimiento científico en vez del sensual. Pero no vayan a deducirse del humo conclusiones demasiado fijas. El berlinés puede ser sensual, muy sensual, primero porque vive en una gran ciudad y después... El tabaco es una sensualidad pobre y poco apreciable, y si el alemán fuma sin fumar, pudiera ser más bien por exceso que por defecto sensual, pudiera ser por consumir de todas las sensualidades, incluso de las que no valen la pena. Se puede fumar por fumar, es decir, sin fumar, sin tragarse la nicotina. O comer por comer, es decir, sin comer. Esto es la salchicha para el alemán. Es la comunión sensual con la sangre, con la esencia, con la delicadeza de la carne. Hay que comprenderlo así y explicarse por qué en la Opera, durante los entreactos, las damas toman salchichas como toman bombones.

La cerveza es también el placer de beber por beber, y por hacer la operación contraria, que es por su parte un placer y una sensualidad, como han sabido expresarlo los pintores holandeses en sus pinturas báquicas. El alemán bebe toda clase de cerveza y quizá la que bebe más es, en enero, la del Bock, la del sátiro cabrió que se pone en dos patas cuando la fiesta tradicional de la Bock-bier. Tampoco la cerveza es para el alemán el placer de la borrachera alcohólica. Al alemán no le va la borrachera polaca, aniquiladora; ni la inglesa, destapadora, antihípocrita; ni la francesa, que, al contrario de las otras dos, es ligera y engañosa. La borrachera del alemán es una indigestión.

Volvamos al baile. El más importante a que he asistido ha sido el Baile de la Prensa. Este baile es todos los años el acontecimiento de la temporada. Se celebra en las salas de los restaurantes del Jardín Zoológico, que ocupan un edificio de tres pisos, con dimen-

siones de palacio. Millares de berlineses y berlinesas, una muchedumbre de etiqueta se paseaba por la colosal sala del Kaiser, de dos pisos, y por las salas de todos los colores subía y bajaba escaleras para ver al gobierno, a las autoridades, a los universitarios eminentes, a las estrellas del cinematógrafo, a todas las personalidades que ocupaban los palcos y las mesas principales. Se formaban grupos delante de ellos como en el Jardín Zoológico los domingos la gente se agolpa ante el elefante o la jirafa.

Tan ingenuo como este rasgo parecerá este otro. En un baile de tanto tono hay fotógrafos que retratan al minuto, lo mismo que en las ferias. Y las damas descotadas, con sus collares de perlas más o menos falsos, y los caballeros de frac, con sus cicatrices estudiantiles y aristocráticas en el carrillo, hacían cola para retratarse; se retrataban igual que en las ferias las niñas y los soldados, lo que tiene que en vez de subidos a un avión y con la mano en el volante, subidos a una silla y con la copa de champaña en la mano. Si no se retrataban inocentemente de aviadores, se retrataban inocentemente de juega.

Porque a este Baile de la Prensa no se va solamente a ver las personalidades en boga; mucho más van para ser vistas las personalidades olvidadas. Este baile es en gran parte el baile del personaje desconocido que desentierra el frac una vez al año y lo exhibe. Pues bien, a pesar de ser un baile al que no se va a bailar, había en cada sala más de una orquesta, y un "bar" con danc-ing en cada descanso de escalera y en cada rincón aprovechable.



Una de las robustas samaritanas que oficiaban el rito de la fiesta del bock

Se andaba de baile en baile. Se andaba bailando. Se bajaba la cuesta de los violines del vals más lánguido de una sala, cuyos últimos ecos se enlazaban en la llanura de una rotonda con los ayes del tango argentino y más allá éstos se perdían en los baches de un jazz band ascendente. Se bailaba todo. Es decir, no se bailaba nada: el último charleston no era último ni charleston; el tango argentino no era argentino ni tango; hasta el vals, tan germánico, no era vals. Se bailaba mal, pero se bailaba como si se bailase bien. Se bailaba por bailar.

En todas partes, también en Berlín, los buenos bailarines son, como los buenos artistas, indiferentes por las consecuencias. No bailan por agradar a las mujeres y conquistarlas; bailan por bailar. En muchas partes se baila por bailar bien. En Berlín no es que se baile mal. Hay mucho berlinés que sabe bailar muy bien; lo que pasa generalmente es que todo alemán, cuando baila bien, no baila, hace gimnasia. En efecto, los bailes en Alemania son más largos que en el resto de Europa hacia occidente. Se está en ellos más tiempo bailando; serían como una prueba de resistencia si los alemanes y las alemanas no bailaran desinteresadamente, si no despreciaran hasta el bien bailar, como se desprecia en ese momento de máximo desinterés que hay al final en todos los bailes de todas partes. En Alemania no es sólo final ese momento.

He podido comprobarlo en los bailes de Berlín que he recorrido; en el Edén, por las tardes, que es un baile de Palace con té; en el Nuevo Mundo, que es una Baviera popular con montañas practicables de cartón-piedra, donde bailan por la noche miles de personas; en el Casanova, que responde a su título cosmopolita de una Venecia de dancing; en todos los cafés donde hay baile en cada piso.

Berlín, la ciudad de más tiendas, que consume tanto de todo, consume baile más que nada, baila por bailar, por consumir. Probablemente, la sensualidad más auténtica del alemán consiste en esto: en consumir. Al alemán hay que considerarlo ante todo como un consumidor (dicho sea en reconocimiento de su vitalidad), incluso en música y en filosofía. Mas éstas son otras sensualidades alemanas.

Consumir no es únicamente una necesidad; es también una sensualidad, la sensualidad, no por lo que se consume, sino por el consumo: es la impureza de la sensualidad. Pareciendo la más impura, la más bestial, es la sensualidad por la sensualidad, la sensualidad previa y pura.



7 Afeitadas GRATIS... para los descontentos

Vea que notable: cinco únicas características, han conquistado a 86 sobre 100 hombres que probaron esta excelente crema de afeitar. Pruébela gratis.

CABALLEROS: Millares de personas creen que afeitarse es una prueba diaria de paciencia para la que no hay alivio, con los consiguientes granitos e irritación de piel hasta desollarse. Estos descontentos forman legión.

Empero... otros millares de hombres han hallado el secreto de una afeitada feliz. La navaja parece deslizarse sobre su cara como la seda. La piel se torna suave, bien afeitada, sin irritarse—son los que han recurrido a la Crema de Afeitar Palmolive.

Una prueba le convencerá

Una prueba gratis es el sistema empleado para introducir la Crema de Afeitar Palmolive, porque si es lo que proclamamos, conquistamos nuevas personas que la usen. 86 sobre 100 hombres que prueban Crema de Afeitar Palmolive abandonan los demás métodos, pues—según ellos—hace lo que usted dudaría si lo dijésemos nosotros.

Hace 67 años que somos los primeros en jabonería. Es, pues, natural que nuestros laboratorios no estuvieran contentos hasta que nuestra crema de

afeitar fuera digna de estar a la misma altura.

129 veces rechazamos fórmulas propias hasta llegar a la del éxito. La idea era hacer una crema de afeitar en donde el aceite de oliva desmenuzase un papel descolante, facilitando la acción de la navaja. Resultado: estas cinco grandes ventajas:

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obran como una loción después de afeitarse.

¿Es esto lo que usted busca? ¿No le incita a aceptar nuestra prueba? La responsabilidad es nuestra; nos proponemos conquistar a usted en 7 afeitadas. Creemos que una sola bastará. ¿No tendría usted, pues, la gentileza de enviarnos el cupón?

Envíenoslo.—El riesgo es nuestro.



\$ 1.40 el tubo en la Capital

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE

COLGATE-PALMOLIVE-PEET Ltd., S. A. Ind.

Sgo. del Estero 1997 - Bs. Aires.

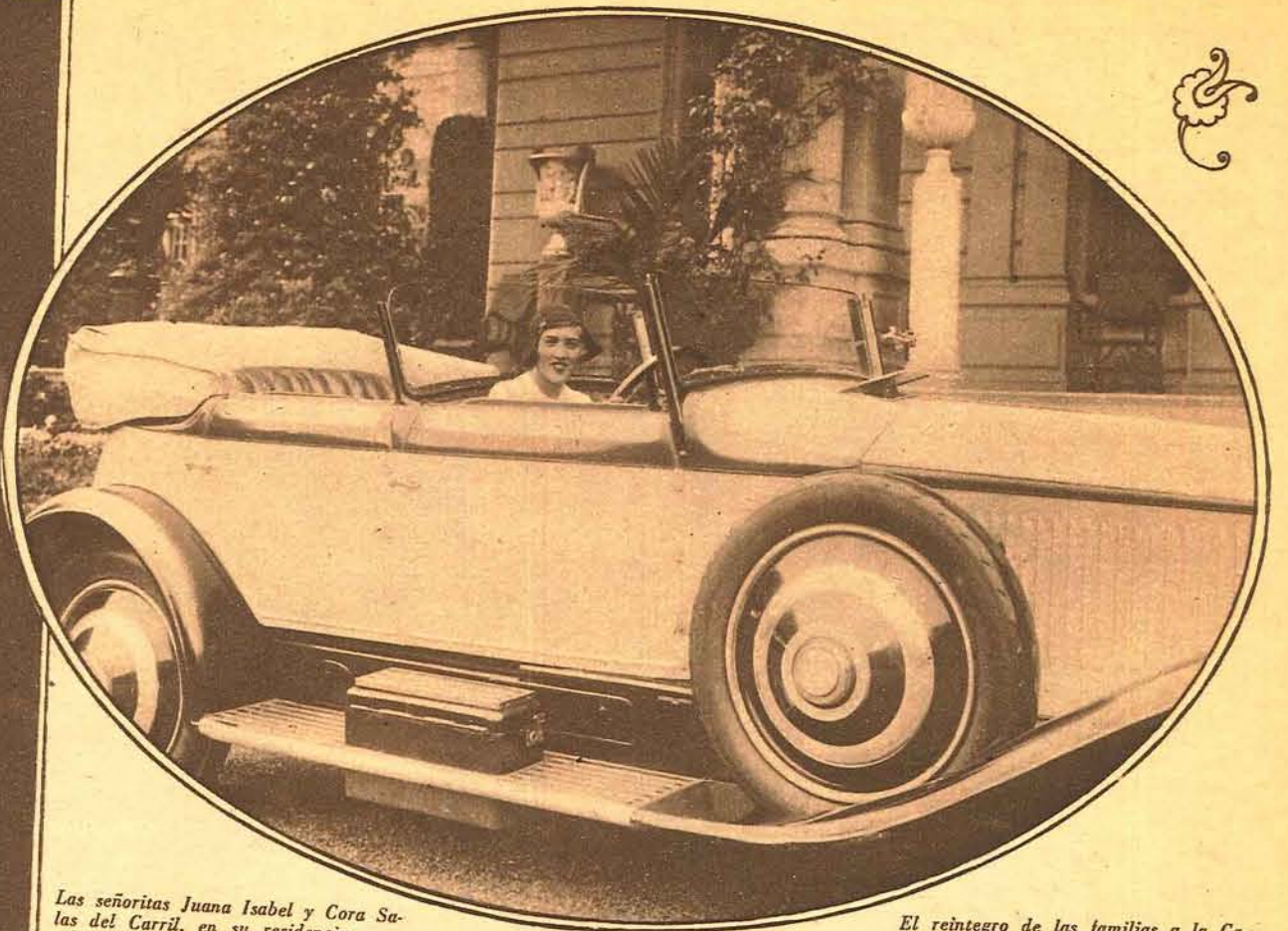
Sírvanse enviarme una muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluye 5 centavos para franqueo.

Nombre

Dirección

(Escriba claro)

N

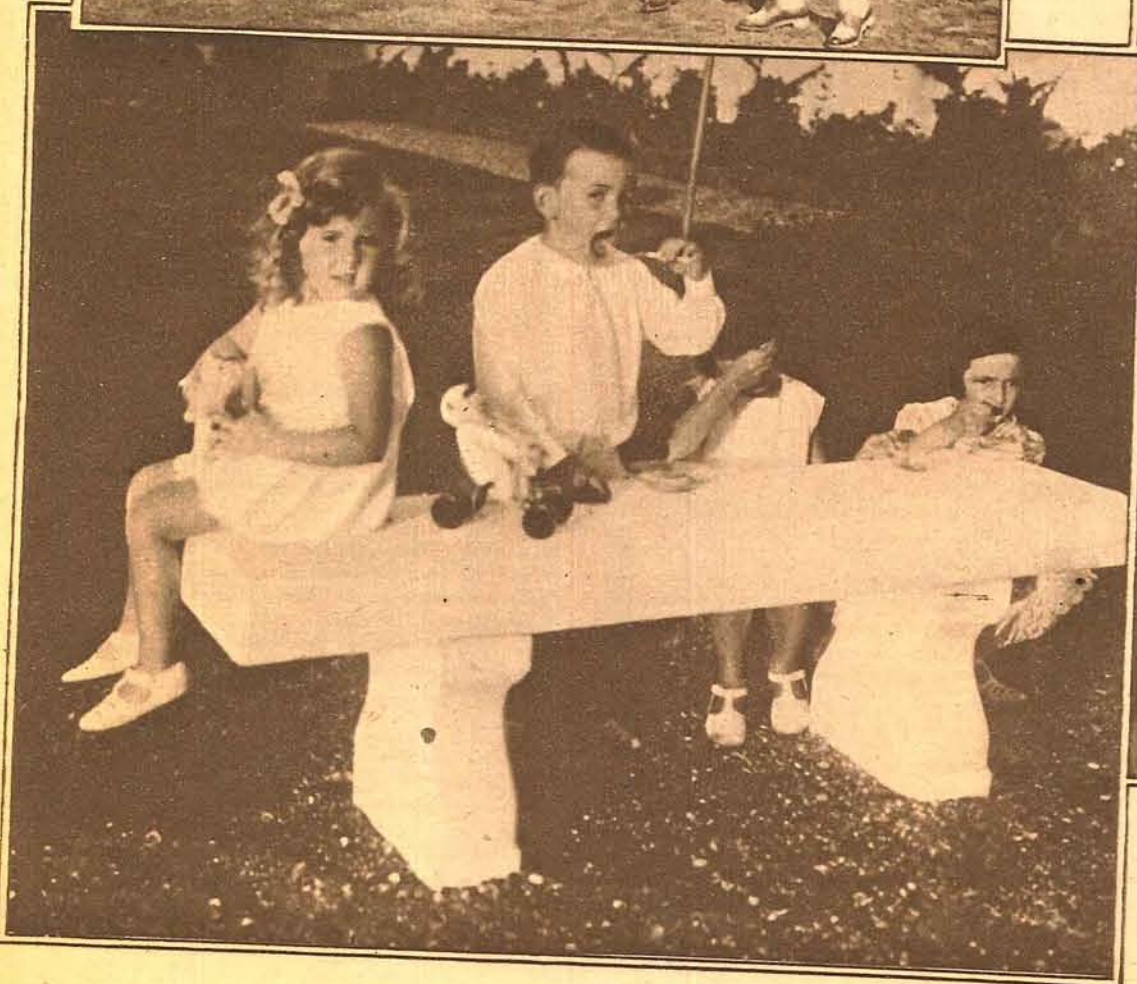


Las señoritas Juana Isabel y Cora Salas del Carril, en su residencia veraniega de Quilmes.

Las últimas tardes del Golf Club de Mar del Plata, en vísperas de clausurarse la temporada, atrajeron buen número de aficionados. Figuran en esta nota, de izquierda a derecha, Elena Udaondo de Pereyra Iraola, Guillermina Udaondo de Zuberbühler, Magdalena Bosch Marín de Udaondo y Mercedes Bosch Marín de González Guerrico.

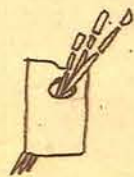
El reintegro de las familias a la Capital, después del veraneo, se hace visible a mediodía, hora en que es frecuente ver desfilas "volantes" que, como la señorita Mercedes Quintana Santamarina, se destaca por su elegancia y pericia.

Film Social



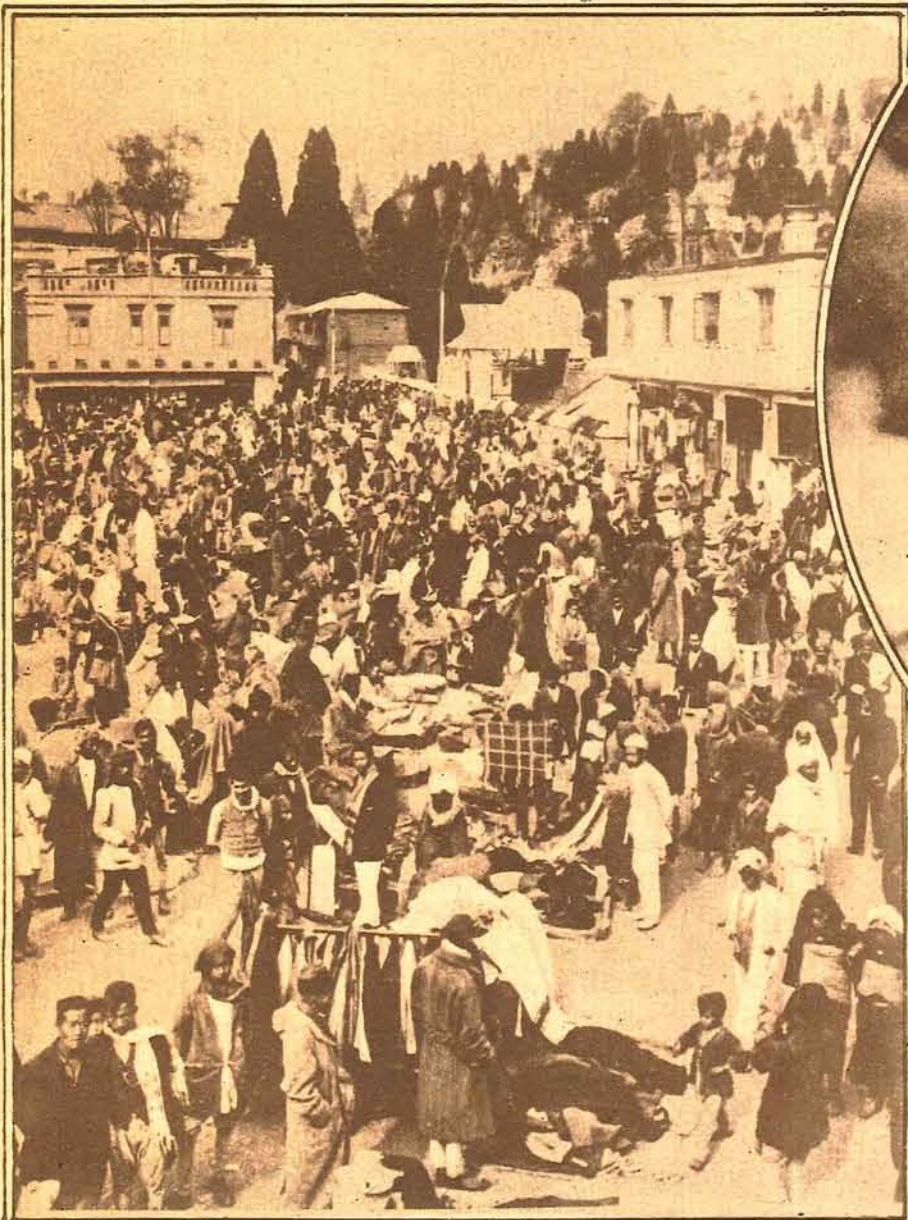
En los juegos infantiles, la merienda señala un intervalo interesante, como lo demuestra este grupo, formado, de izquierda a derecha, por los niños: Catalina Heith, Gustavo Pueyrredón Carballido, Carmen Pueyrredón Carballido y Enriqueta Anchorena.

La señora María Elina Harilaos de Vela.

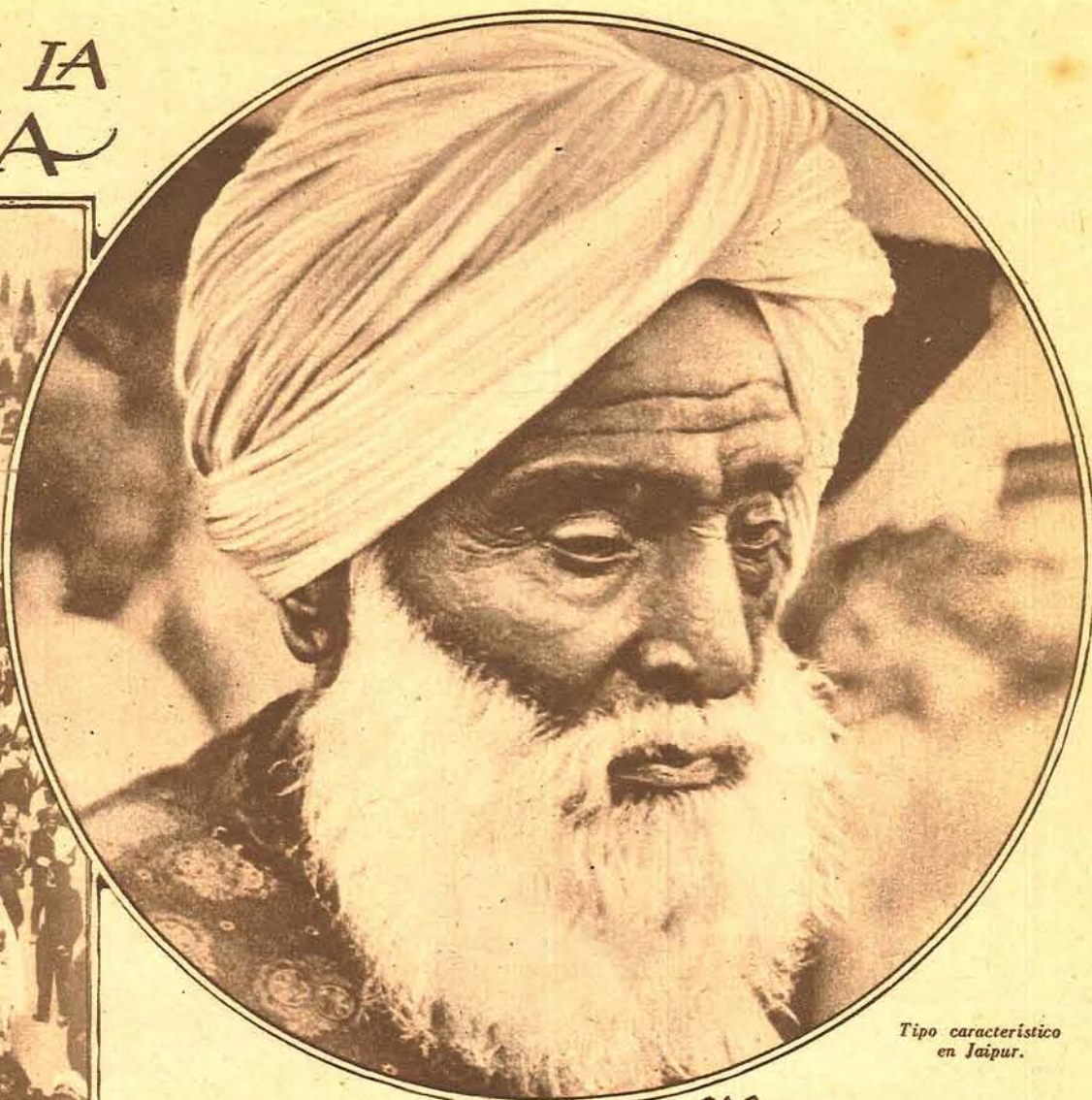




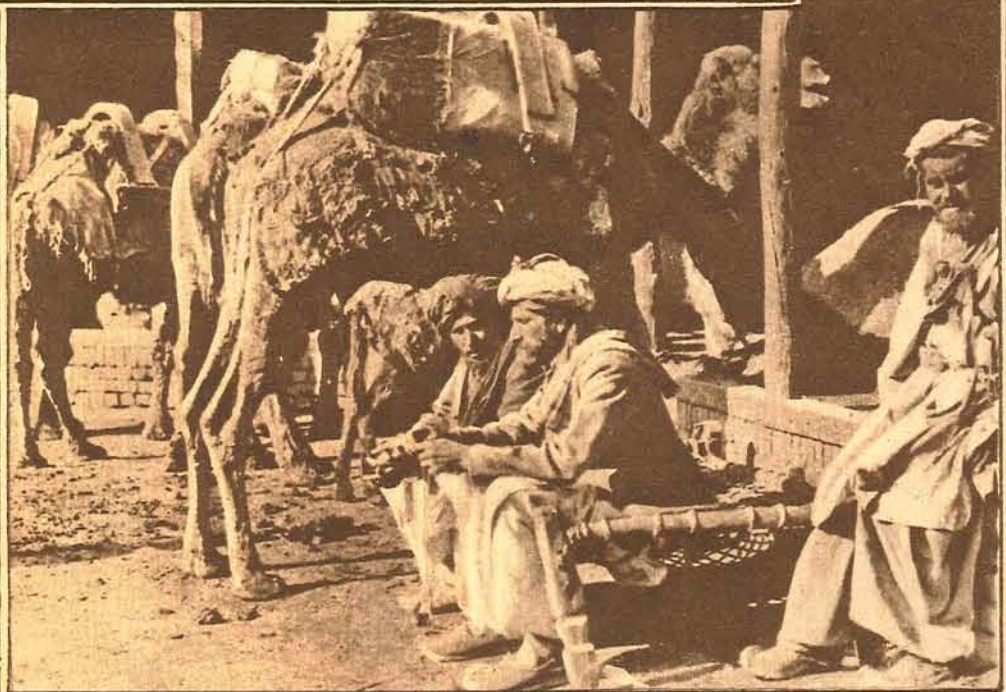
ASPECTOS DE LA INDIA



Mercado de Darjiling.



Tipo característico en Jaipur.



En Peshawar. Antes de iniciar la caravana.



Hilanderas bengalíes.



Kayser
MEDIAS DE SEDA NATURAL

Señora: Usted habrá observado el creciente consumo de Medias de Seda en los últimos años y que, durante este tiempo, siempre descolló un producto de marca conocida: la Media Kayser de Seda Natural.

Cuando usted compre Medias de Seda Natural, hágalo con la misma precaución que emplea cuando adquiere otros artículos de uso personal. Las medias Kayser se venden en todas las casas del ramo.

Representantes Generales:
JUAN H. KUBIES & Cía.
Cangallo, 1542/46-Bs. As.

TODA MEDIA KAYSER ES DE SEDA PURA NATURAL.



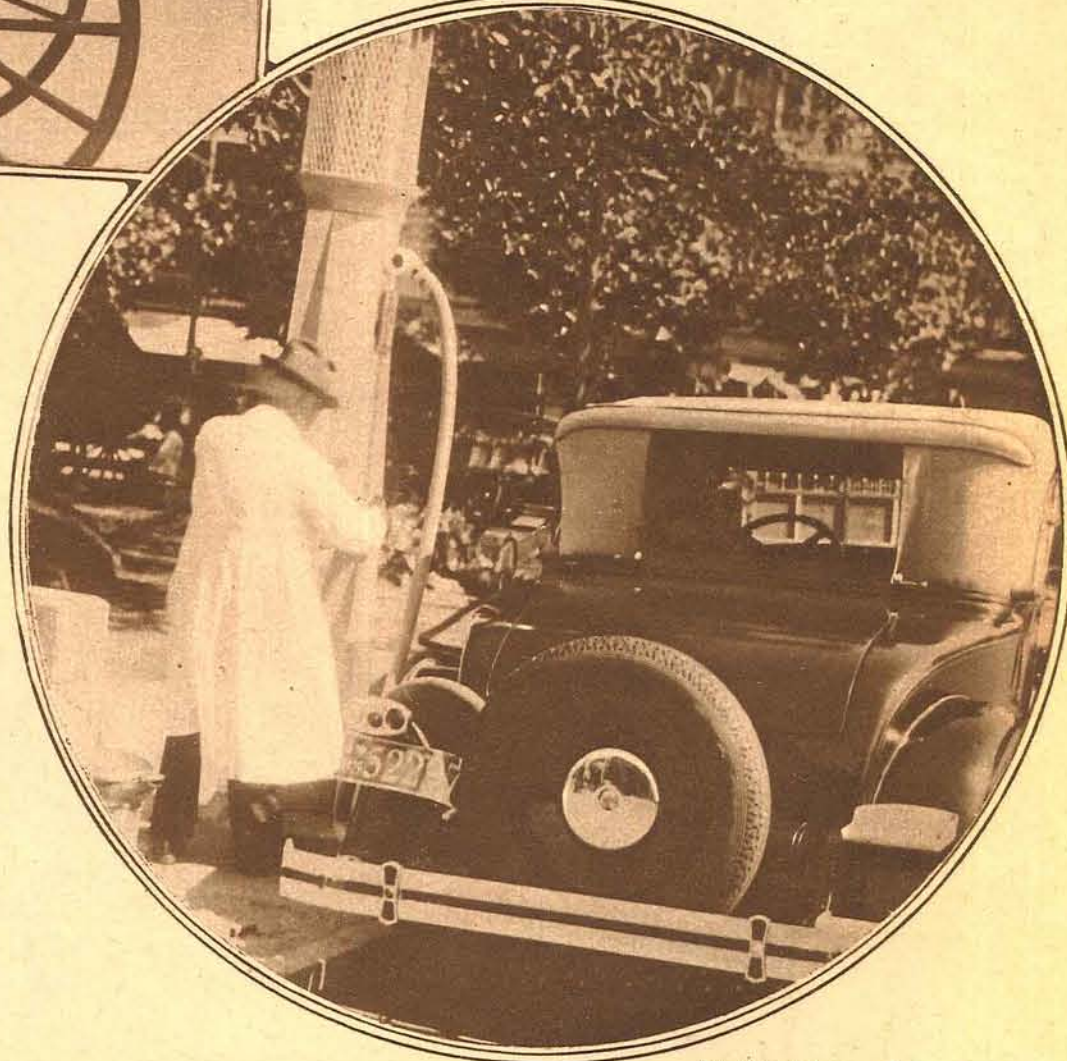
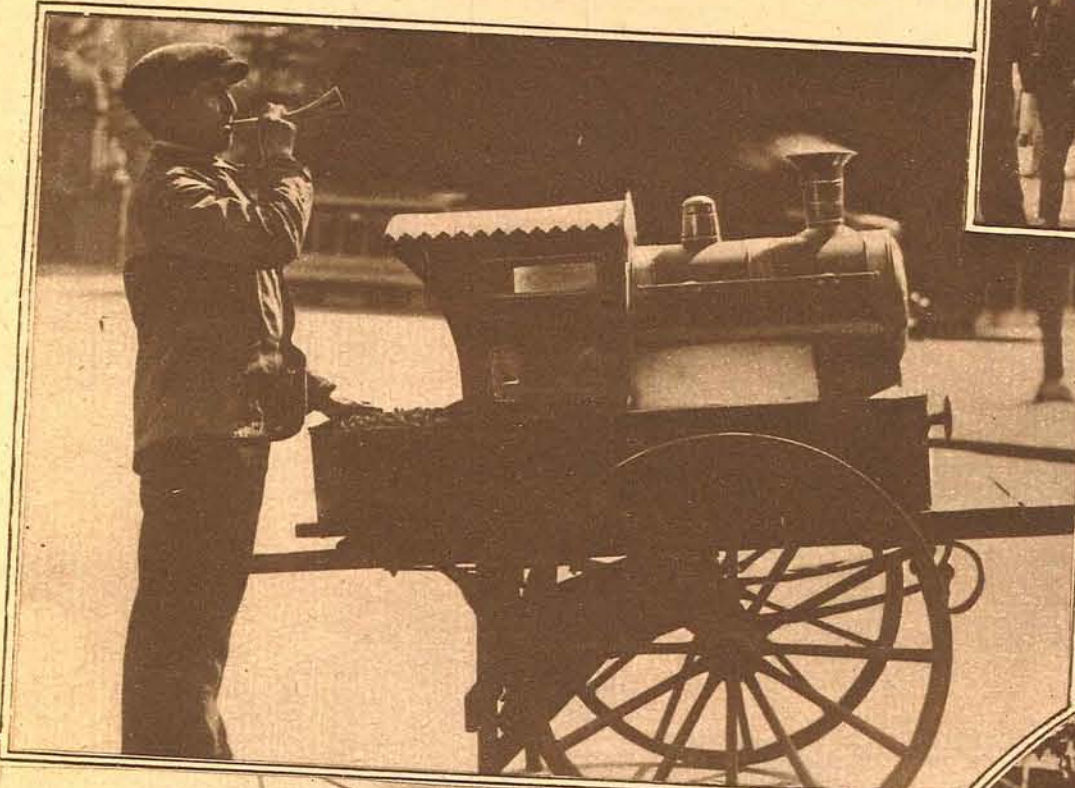
Frente a la imagen de Nuestra Señora de Pompeya desfila diariamente una caravana de fieles que implora de la milagrosa imagen la concesión de gracias y favores.



El embarco y desembarco de automóviles particulares que las familias llevan consigo en los viajes es siempre motivo de curiosidad entre los paseantes de la ribera.

Instantáneas

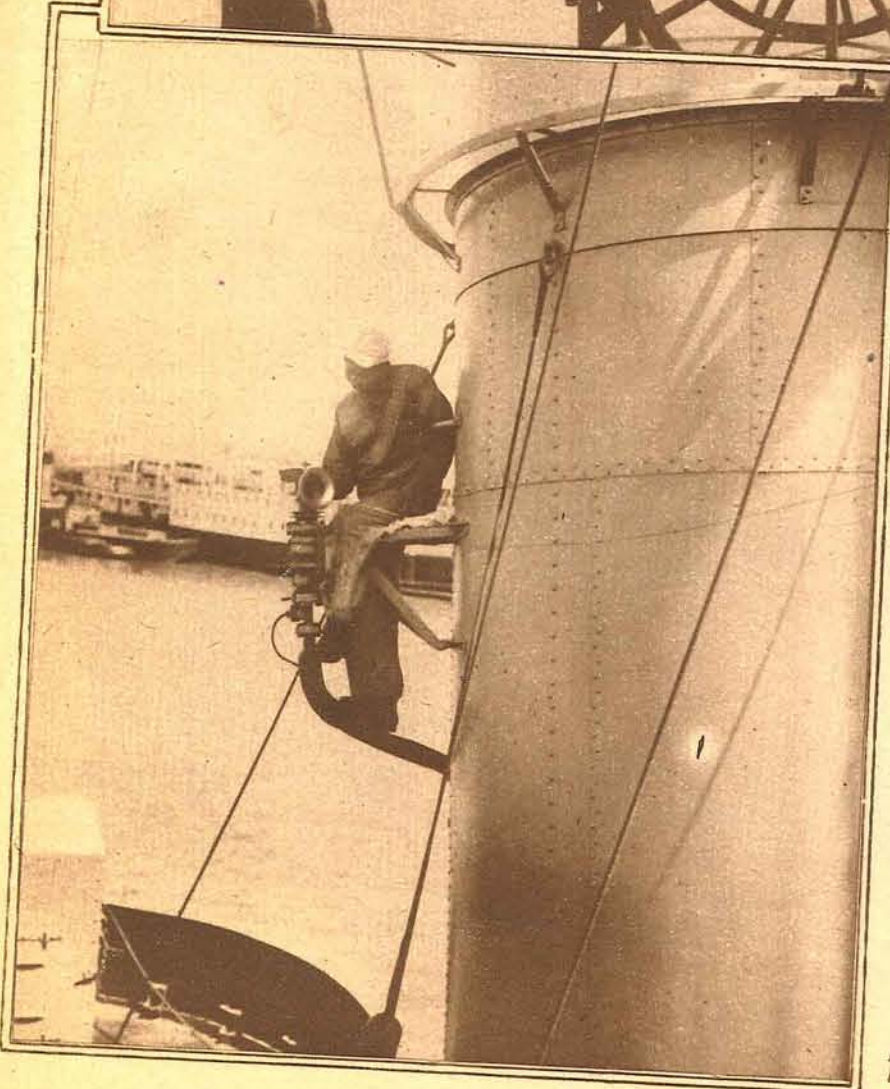
La apostura marcial de un personaje típico de la urbe.

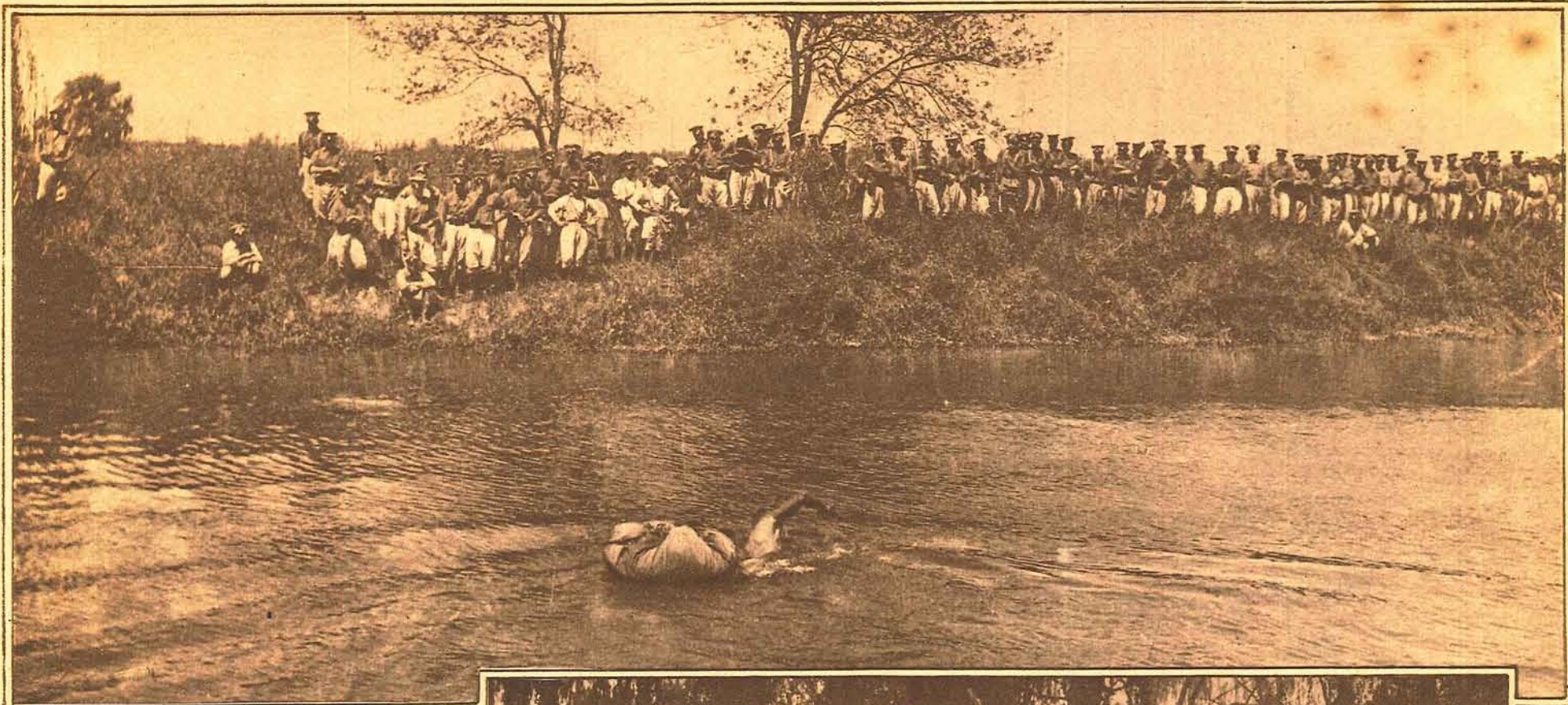


Los viejos bebederos de las plazas, donde los caballos de los coches y las charas abrevaban su sed, han sido reemplazados por los surtidores de nafta, que ocupan hoy todos los puestos que aquellos dejaron vacíos con su desaparición.



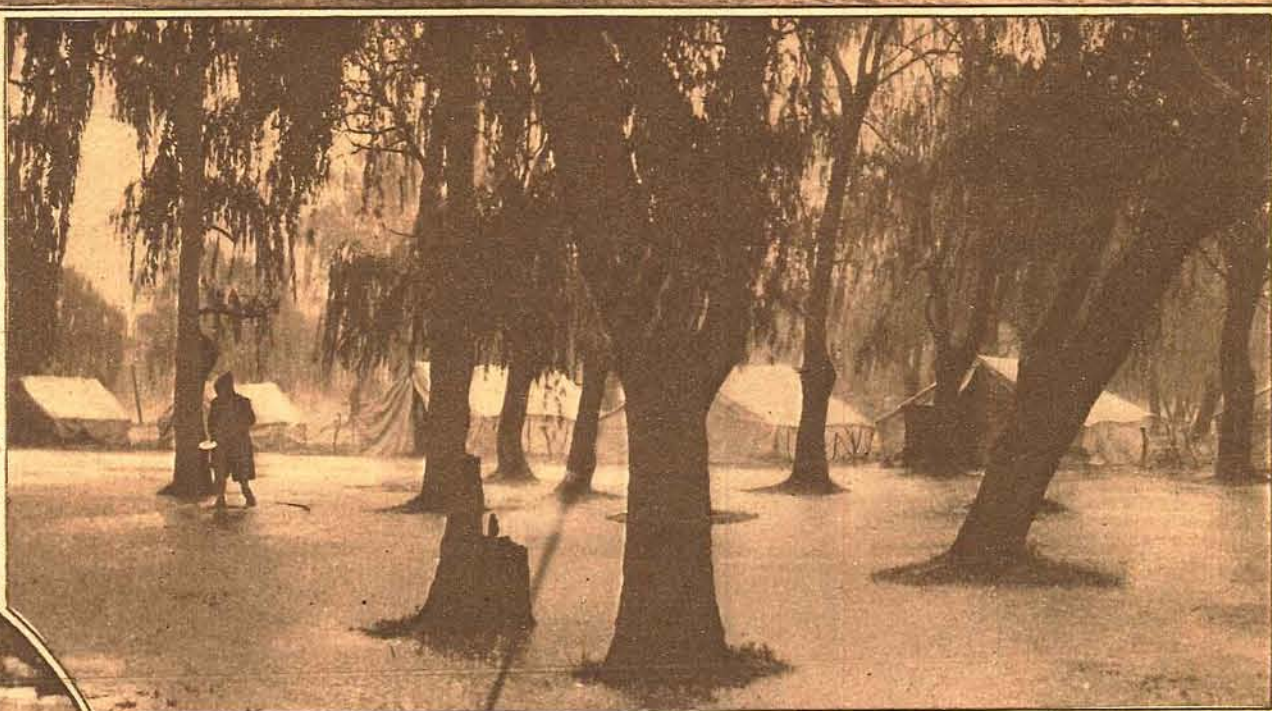
El cuidado y arreglo del pito de señales de los barcos exige una atención especial.



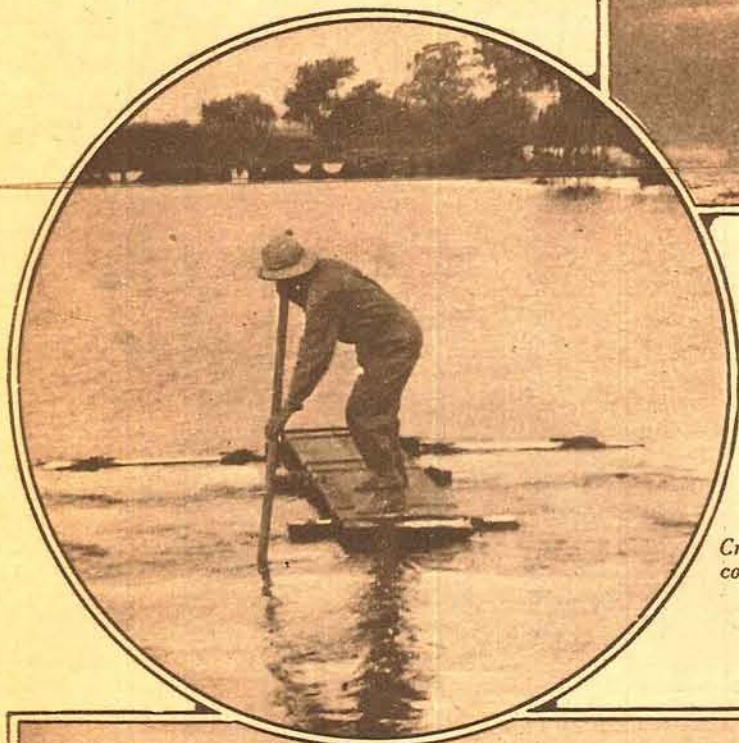


Los aspirantes a oficiales de reserva realizaron ejercicios en Bella Vista. Un grupo de soldados presenciando el paso del río por un compañero que lleva su equipo y su armamento.

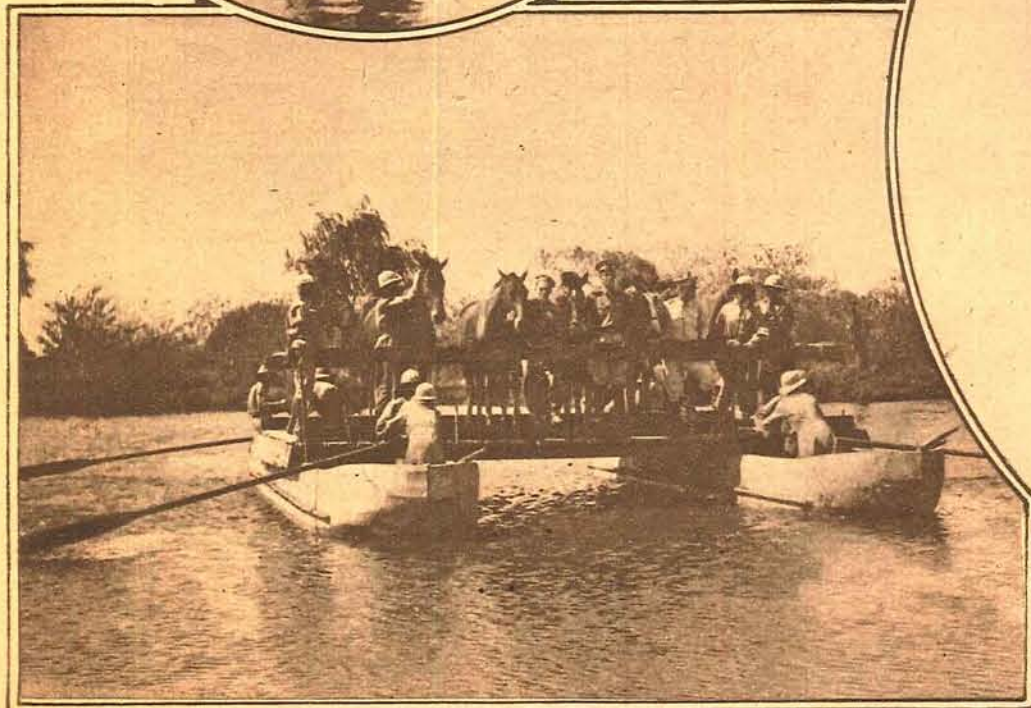
DE LA VIDA MILITAR



El campamento bajo la lluvia.



Cruzando el río con una balsa improvisada.

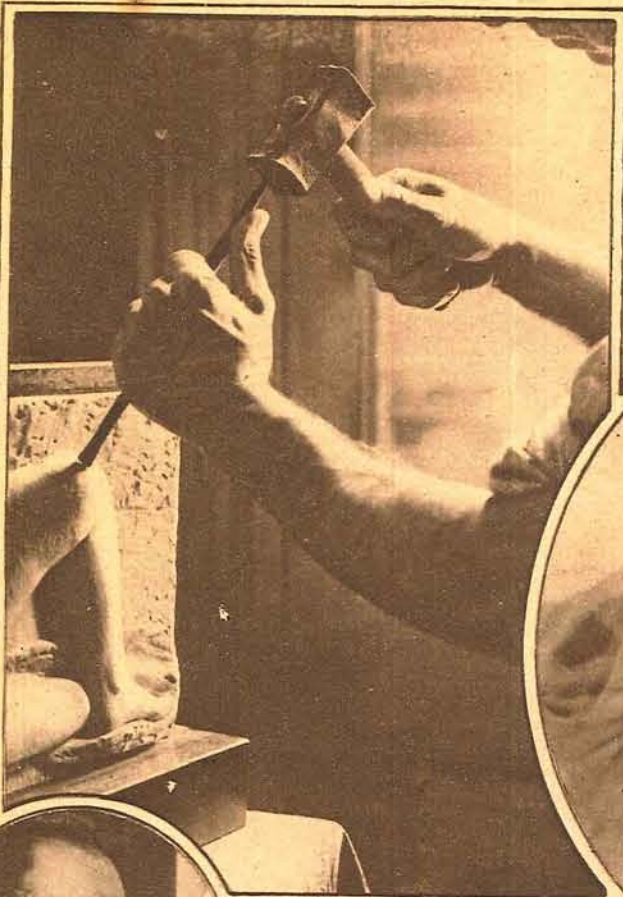


El transporte de animales.



Carmen Diadema, bailarina española.

La Unión
hace
al progreso



El aforismo fisiológico tiene una comprobación evidente en la selección gráfica que hemos hecho con figuras descollantes del ambiente artístico y literario. Las manos de José Fioravanti, el escultor.

Expresiones de Berta Singerman.

Benito Quinquela Martín.



Gustavo Martínez Zuviria.



Nena Juárez, en "El matre-ro", de Felipe Boero.



Las piernas de Leticia de la Vega, bailarina solista del Teatro Colón.



Lia Cimaglia de Espinosa, concertista de piano.

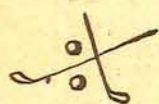


Carlos Pessina, violín solista del Teatro Colón.

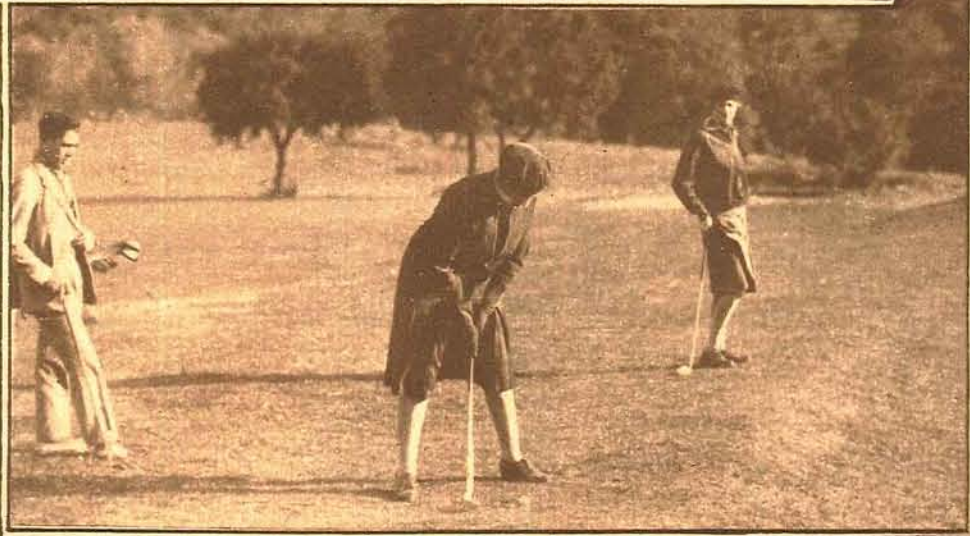




La infanta Cristina
jugando al golf en
Puerta de Hierro.



S. M. la reina Victoria,
acompañada de
su cuñada la marquesa
de Carisbrooke,
durante una partida.



LA FAMILIA REAL ESPAÑOLA Y EL GOLF



La infanta Cristina.

AL TACTO PARECE
COSTOSO!
PERO CUÁN ECONÓMICO ES!!



Solò es preciso tocar el Jabón "LUX" de Tocador para comprender lo fino que es. Contra su mejilla, la pastilla blanca parece más suave que la seda. Es una verdadera perla entre jabones.

Y cuando usted lo emplea su espuma tiene la misma exquisita suavidad. Su cutis sentirá rápidamente esta diferencia. Este es un jabón sumamente suave y de calidad refinada. Y le cuesta tan poco que usted lo puede emplear diariamente sin incurrir en una extravagancia:

50 centavos la pastilla

LUX JABÓN DE
TOCADOR

LEVER HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES

LTS 9



La reina, la marquesa de Carisbrooke, el infante D. Alfonso y la duquesa de la Victoria, en los links de Puerta de Hierro.



Los últimos veraneantes: Hada Susana y Zulema Gabriela Helmann Charovsky, en la playa de Mar del Sur.



Los estudiantes londinenses realizan por las calles de la ciudad una parodia de las regatas en que disputan su premiación anualmente los estudiantes de Oxford y de Cambridge.



Paula Stones es la más joven de las hijas de Fred Stone, uno de los más famosos actores norteamericanos. Tiene un rol descolante en la comedia musical "Ripples", en que actúan los demás miembros de su familia.

Ahora Vd. puede rebajar 1 ó 2 kilos en una noche

Coma lo que guste.

Vista con lo que quiera.

Viva como sea de su agrado.

No tome arriesgadas medicinas.

POR millares se cuentan las damas que hallaron este fácil modo de rebajar 1 ó 2 kilos, una o dos veces por semana. Esas señoras, en la intimidad de sus hogares, toman los refrescantes Baños Sarowal. Los "Polvos para Baño Sarowal" son la concentración de los principios activos de veintidós fuentes termales famosas. Durante muchos años esos balnearios fueron el recurso de miles de damas de gran mundo y de hombres que deseaban conservarse esbeltos. El exceso de peso fué eliminado, la piel alisada, rejuvenecida, los cuerpos más elásticos y las mentes más despejadas.

Las fuentes termales son traídas a casa de usted

EL estudio de los análisis de las aguas de esas veintidós famosas fuentes nos ha contado el secreto de sus efectivos resultados. Esos beneficios, esos mismos resultados, puede usted ahora experimentarlos en su hogar. Sencillamente, agregando a su baño caliente uno de los paquetitos de "Polvos para Baño Sarowal" contenido en cada caja. Se disuelven rápidamente y mientras usted reposa en el baño se desarrolla un agradable proceso físico-fisiológico. A través de los poros el cuerpo expulsa la grasa y las toxinas. Los tejidos adiposos son eliminados o reabsorbidos por el organismo. Agregue "Polvos para Baño Sarowal" a su baño esta noche e inmediatamente usted perderá uno o dos kilos en una forma fácil, refrescante y saludable. Consulte a su médico. Le dirá que los "Polvos para Baño Sarowal" ciertamente hacen todo eso y que son beneficiosos para la salud. Además de reducir su peso, los baños Sarowal dejarán su cutis más suave. Alisarán las arrugas si las hubiere. Harán que usted duerma mejor y se despierte como después de una semana de vacaciones.

Los resultados son inmediatos

PESESE usted antes y después de cada baño "Sarowal". Constatará por sí mismo la disminución de peso. Y cuando algunas noches después usted vuelve a agregar "Polvos para Baño Sarowal" a su baño, usted volverá a rebajar. Tan pronto como usted haya llegado al peso que le corresponda según la estatura, no trate de rebajar más. No es necesario que se prive de los alimentos que a usted le gustan. No son necesarios los ejercicios. No son necesarias las drogas o medicamentos. Un baño Sarowal por semana le evitará el volver a aumentar.

Dónde conseguirlo

PRÁCTICAMENTE, todas las buenas farmacias, tiendas y perfumerías pueden venderle "Polvos para Baño Sarowal". Le recomendamos especialmente las siguientes casas de prestigio:

En Buenos Aires: Laboratorios Vindobona, Florida N° 8, piso 1°—Perfumería Vislowna, Cabildo, 1589—Franco-Inglesa, Sarmiento y Florida—Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales—Farmacia Scannapieco, Esmeralda y Tucumán—Farmacia Nelson, Suipacha, 457—Farmacia Inglesa, Avenida de Mayo, 900—Casa Argentina Scherrer, Suipacha, 171—Farmacia González, Rivadavia y Centenera—Farmacia Chialvo, Talcahuano y Sarmiento.—En Montevideo: W. Ellis, Andes, 1338, 2° piso.—En Mendoza: Cohon B. y Trostanzky, Lavalle N° 1 al 5.—En La Plata: Tienda Las Novedades, Calle 7 esquina 47.

También puede adelgazar sólo las partes del cuerpo que desee

Para reducir los tobillos gruesos, la papada o cualquier parte del cuerpo sin rebajar de peso las restantes, recomendamos usar la Pomada Reductora Sarowal. Por medio de ligeros masajes penetra por los poros y disuelve la grasa y los tejidos adiposos. Puede usarla sola o en combinación con los "Polvos para Baño Sarowal".



Herta von Haetjens perdió por un voto el título de "Miss Austria", pero ganó un título nobiliario. El conde Gomery, un joven millonario de veintitrés años, considerado el mejor partido de su país, le hizo proposiciones matrimoniales.

Polvo y Pomada Reductora

SAROWAL

"Eliminé las manchas y los barritos Mi cutis quedó blanco, suave como la seda"

LAS palabras de la celebrada actriz revelan cómo es posible adquirir y conservar un cutis libre de impurezas, blanco y lozano. Lo primero, para ser hermosa, es poseer una tez límpida. Es ahora fácil conseguirlo, tratando la epidermis en el hogar con la científica Crema de Oriente Vindobona. Los perjuicios que ha recibido la piel durante años de exposición al sol y al viento, desaparecerán en pocos días. Las pecas y los barritos son diluidos por la mágica acción de esa Crema. Se aclaran y desaparecen por completo. Los poros dilatados se contraen, y por la acción antiséptica, ejercida por la Crema de Oriente, si hubiese granitos y acné, sanan rápidamente.

Crema de Oriente Vindobona actúa como vaso-constructor. Bajo su benéfica influencia, la tez marchita, el cutis cetrino, son renovados, sin que se note que usted hace algo para su renovación. Blanca, inmaculada, lisa, aparece la piel del rostro, escote y brazos. Sus valiosos ingredientes son absorbidos por la epidermis, a la que nutren y tonifican. Por eso las arrugas se alisan —aun las más pronunciadas— y las partes flácidas se reafirman.

Crema de Oriente Vindobona se vende en las casas de mayor prestigio:

Laboratorios Vindobona
Florida N° 8, piso 1°

Gath y Chaves
Casa Central y Sucursales

Farmacia Scannapieco
Esmeralda y Tucumán

En Montevideo:
Andes, 1338 - 2° piso

Farmacia Franco-Inglesa
Sarmiento y Florida

Casa Argentina Scherrer
Suipacha, 171

Farmacia Inglesa
Avenida de Mayo, 900

En La Plata:
Calle 7 esquina 47

Perfumería Vislowna
Cabildo, 1589

Farmacia L'Aiglon
Callao y Cangallo

Farmacia del Pueblo
Rivadavia, 727

En Córdoba:
Ruggieri Hnos. - Lima, 34



"Cierta vez, el espejo señalaba imperfecciones en mi cutis."

"Cuando una artista es hermosa, el triunfo en escena es más rotundo. Preocupada, interrogué a un médico. Me aconsejó Crema de Oriente Vindobona. Estoy satisfecha. Eliminé las manchas y los barritos. Mi cutis quedó blanco, suave como la seda."

"Hoy, Crema de Oriente Vindobona no falta en el tocador de ninguna de mis compañeras de teatro."

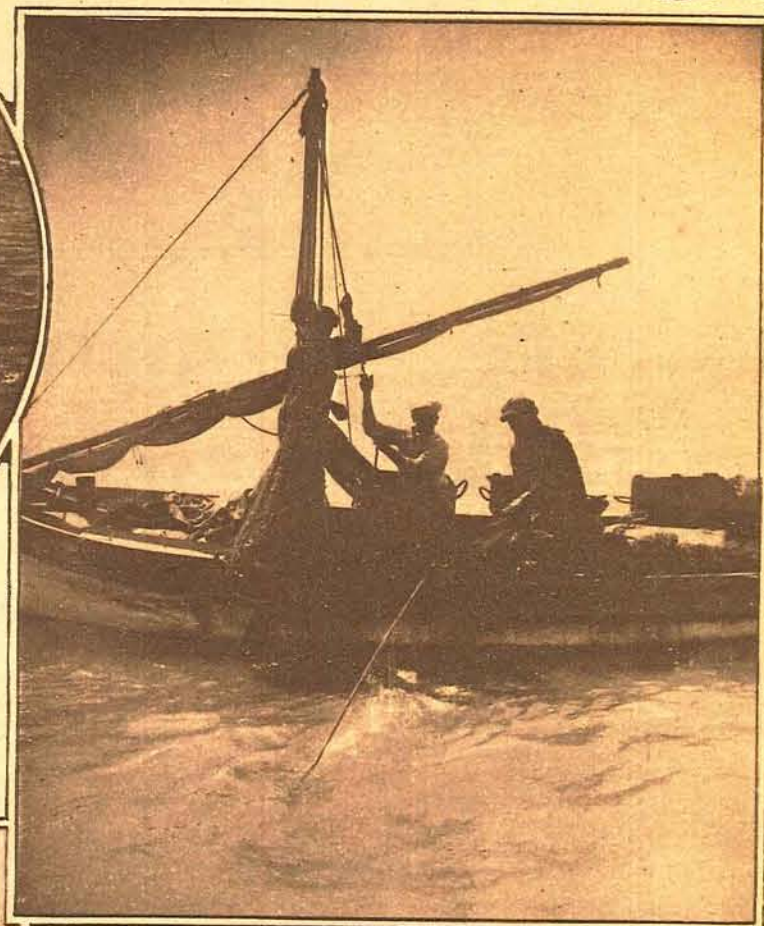
Maribel Rivera



ASPECTOS DE LA PESCA EN MAR DEL PLATA



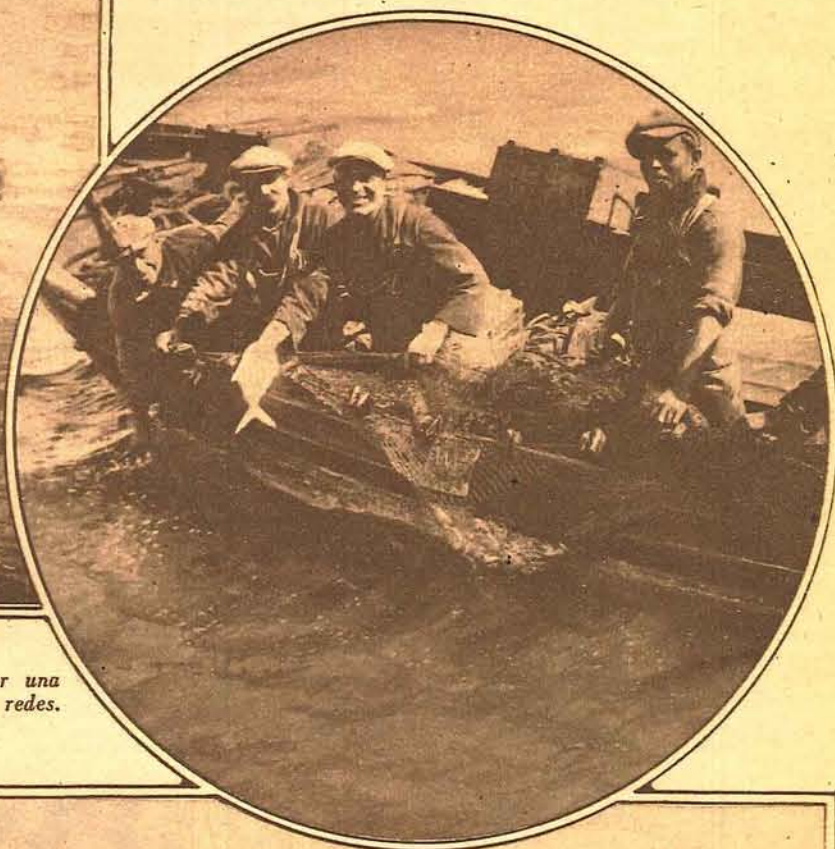
La primera diligencia del trabajo: Tendiendo las redes por la madrugada.



Al izar la red cargada de langostinos.



Recogiendo la red después de la labor del día.



Al sacar una de las redes.

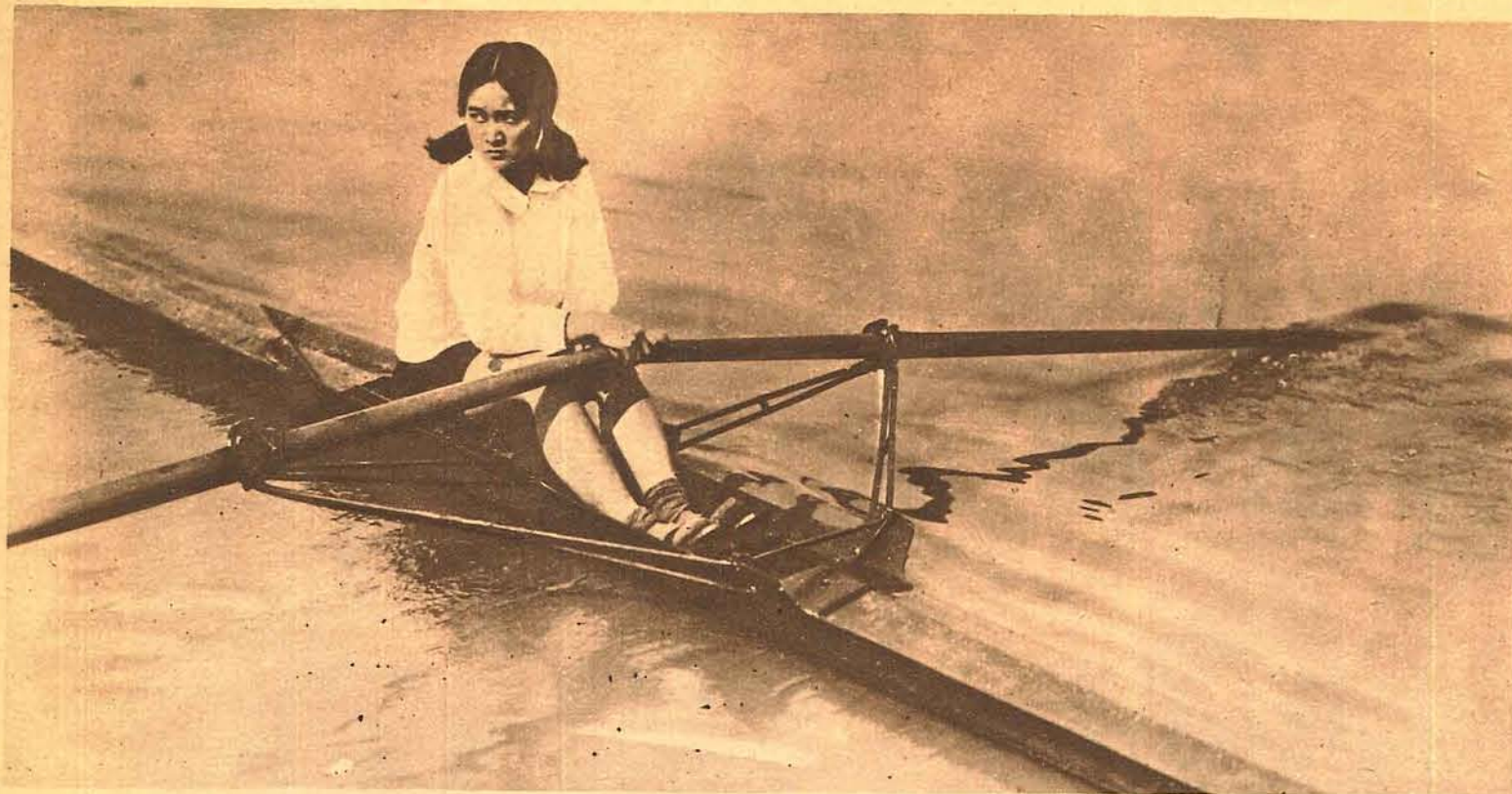


Aspecto del apostadero de las lanchas durante la descarga del pescado.



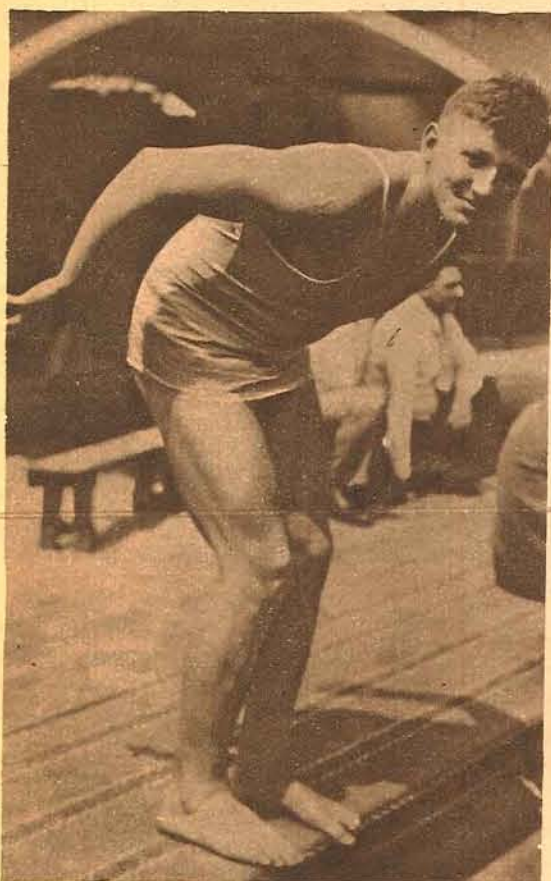
De regreso al hogar.





Sport [Ilustración de un trompeta] Extranjero

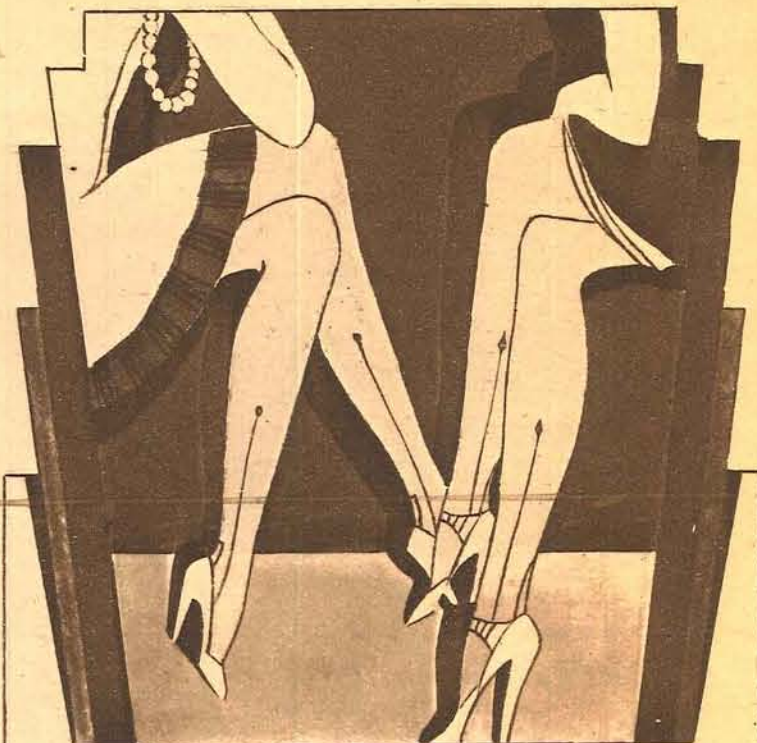
Miss Kikuko Takahashi, de 14 años, alumna de la Escuela Superior de Señoritas de Tokio, obtuvo el campeonato de single scull, en el río Sumida, en ocasión de los juegos olímpicos del Japón



Una fotografía reciente de Jorge Kojac, el famoso nadador que acaba de obtener el record mundial de las 220 yardas, back-stroke



He aquí el hermoso trofeo instituido a perpetuidad por la Asociación de Profesionales de Golf de los Estados Unidos, que en el último campeonato, realizado en Los Angeles, fué ganado por Leo Diegel



LA MUJER ARGENTINA, CREA LA MODA

TRATANDOSE de medias, los colores que se piden hoy en el país son los mismos que copiarán los fabricantes de Europa y Estados Unidos, para la temporada próxima. El gusto argentino anticipa la moda.

Si las "Medias París" son predilectas de las damas, es porque siguen instantáneamente las oscilaciones del gusto.

Los fabricantes de ellas ofrecen sus primicias al público argentino.

Las Medias París están en la vanguardia de la moda.

VENTA AL DETALLE:
En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS

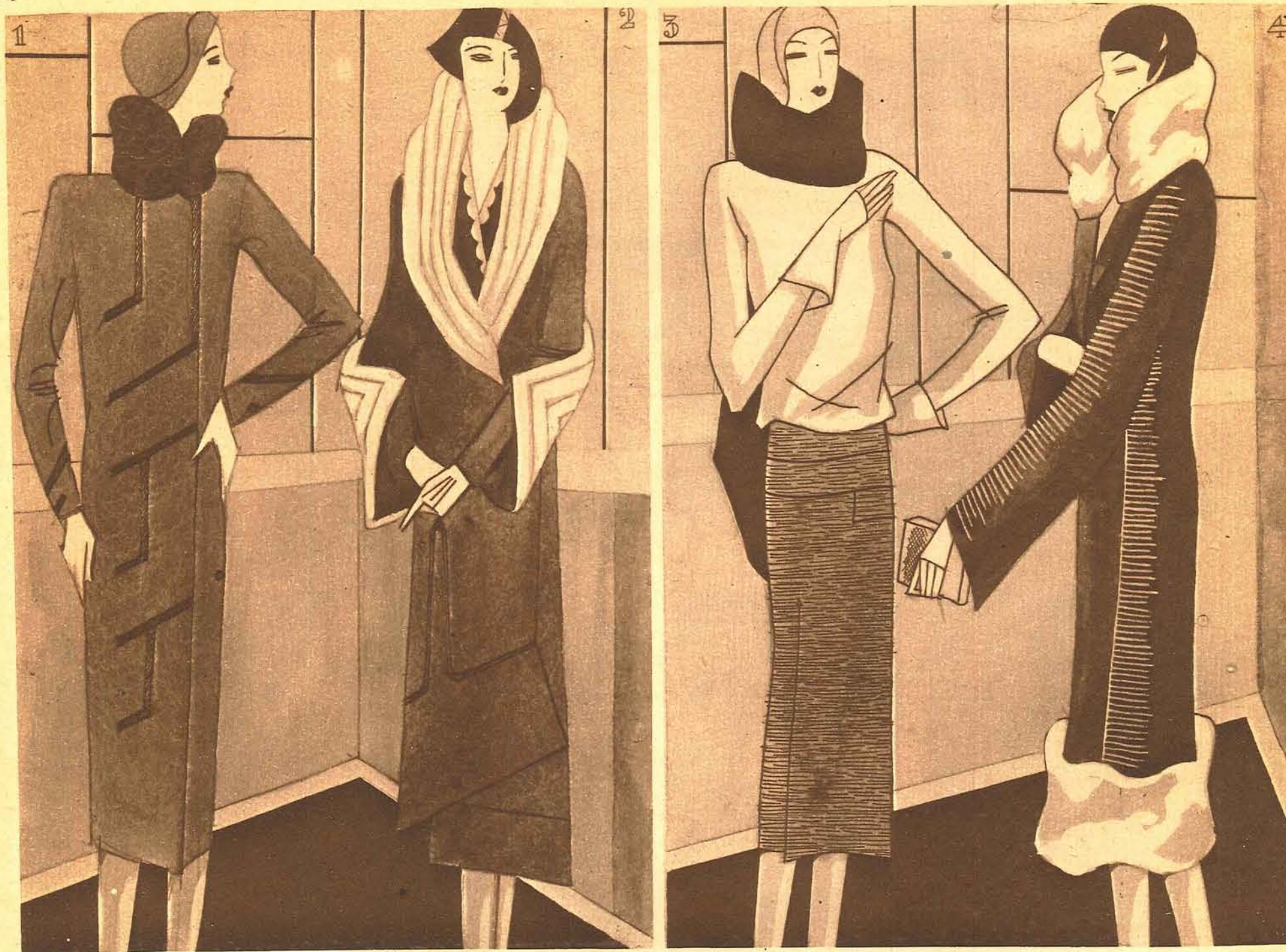


MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños.

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN
Distribuidores LOPEZ GOYA & Cía. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cía. S.A.C. — B. de Irigoyen 330



Un aspecto parcial del estadio de Barcelona durante la realización del partido internacional entre España y Checoslovaquia, que terminó con la victoria de los locales por uno a cero



1: Tapado en lana beige rosado jaspeado, adornado con franjas cortadas en la orilla de la tela. Cuello en astracán beige.—2: Tapado en paño reversible de Jenny, adornado con "decoupes". Cuello ancho y puños en armiño

LA COLECCION DE JENNY

Por SYLVESTRE DORIAN

UNA cierta seriedad elegante y sencilla caracteriza toda la colección de Jenny. Los vestidos de noche son largos, con esa línea alargada llena de gracia que se consigue por medio de un cuerpo corto con talle alto y caderas ceñidas. Un modelo en crêpe de Chine color damasco, en este estilo, es muy sencillo, con cuatro godets: adelante, atrás y a los costados. Se ven piezas sueltas como efectos de alas y capas cortas, apenas sujetas en la espalda y a veces prendidas adelante en el medio del escote en V.

En la colección de madame Jenny siempre hay muchos vestidos en crêpe de Chine. Siempre los ha compuesto en esa tela, preferida de modistas y elegantes; esta gran creadora nos asegura que seguirá empleándola mientras ella exista. Los trajes de que hablo son muy posibles. Exhibe en ella vestidos muy bonitos y prácticos, como también en crêpe de lana, que se presta admirablemente para el mismo estilo por su flexibilidad, que le permite esas caídas llenas de gracia de los cortes actuales. Se completan con saquitos y algunos son alforzados desde la línea del talle hasta muy abajo, sobre las caderas. Los trajes más juveniles se adornan con botones, tiras de tela y bolsillos muy atractivos. A veces los bolsillos son el único adorno.

Los cuerpos suelen ablusarse ligeramente sobre la cintura. De vez en cuando se ve algún chaleco de piqué.

Hace diez años que trabajo y nunca ha tenido el traje sastre tan poca popularidad. Casi no se le ve, y es usado exclusivamente por un tipo un poco masculino, y eso que las blusas son en el mejor satén y crêpe de Chine, con cinturón en la línea normal del talle. Las faldas son severas, con sacos semiajustados.

Tapado de noche de Mag Hellog en pana blanca, alargado por detrás. Cuello en zorro blanco

El retorno a las modas femeninas ha sido completo e intenso, y es tan violenta la reacción, que el poco favor del traje sastre es uno de sus extremos; seguramente lo tendremos el año entrante de nuevo entre nosotros, porque es demasiado bueno para desecharlo, y en las grandes casas se prevé que pronto volverá a estar de moda.

No deben olvidarse al elegir los trajes nuevos estos principios fundamentales: buscar, ante todo, el tipo de tela que conviene a la estación y al clima; los tonos que mejor armonicen con la coloración de la piel y del cabello y las líneas que concuerden con la figura, haciendo resaltar sus puntos buenos y disimulando los malos. Sobre esta base, con buen gusto y discernimiento, se llegará al "desiderátum" en la toilette.

MAS AUN SOBRE MODA DE VESTIDOS LARGOS

INTERROGADO el barón de Meyer sobre la moda nueva, manifestó, con todo el peso de su autoridad en la materia, que no es cierto que hayamos retrogradado a causa de un cambio en el largo de las faldas. Las faldas largas en los vestidos de noche son una novedad que se agrega a las cortas, que se llevan para la mañana. El traje de noche largo está en la misma relación con toda la indumentaria femenina, como el frac, con respecto a la demás ropa de hombre; un traje de etiqueta.

"Se me ha preguntado—prosigue—qué significa la expresión "los decretos de la moda". Contesto: es una frase hueca y sin sentido; pues el papel del modista se limita a sugerir la

novedad, pero no tiene el poder de imponerla; la decisión corresponde a las clientes, que son las que la imponen, en realidad".

La moda de 1930 nos prepara un guardarropa con "petit robes" en jersey de lana, conjuntos en tweed; todas telas muy flexibles; para la hora del almuerzo hasta la del té, trajes en crêpe de Chine; para la tarde estos mismos, algo más largos, y otras telas: todos los crêpes, terciopelos, satenes; a medida que la hora avanza las faldas se alargan; para la hora del "cocktail" se admiten algunas puntas y volados.

Los tapados hacen juego con los vestidos, algunos con cuello de piel; los tapados llegan todos a la mitad justa entre la cadera y la rodilla.

La colección nueva de noche es completamente larga, la mayoría con ruedo regular. Los panneaux y los colas no se ven muy a menudo, pues no parecen graciosas todavía al recogerlas para bailar, pero ya nos acostumbraremos y se usarán.

Entre las telas que componen esos trajes están los chiffons imprimés, encaje algo tieso que compone una especie modernizada de traje de estilo. Lamés brochés y gasas plateadas y doradas.

Tules bordados con lentejuelas, los más elegantes en azul nocturno.

Pana inglesa en rojo veneciano para trajes de sastre y faldas, como también para vestidos largos de noche para usarse con capas cortas haciendo juego. Esta última no debe confundirse con el tapado de noche, pues es sólo un substituto del saquito para la hora de comer.

Los sombreros son muy chicos y ajustados a la cabeza; se usa una cantidad ilimitada de boinas vascas en todas las telas y colores, en paño, tweed, terciopelo y satén.

3: Vestido de Bernard: blusa en jersey rojo, falda en lana negra y roja jaspeada.—4: Tapado de Martial y Armand, en terciopelo negro adornado con zorro beige



Sombreros—1: Modelo de Helene Thibault, en fieltro verde liso, cinta en satén negro.—2: En fieltro drapé claveteado en oro



DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY

CORREO DEL CINE

Una de las últimas fotografías del actor cinematográfico Joseph Schild Kraut, primer intérprete de "Evidence"

en muchas de sus producciones; Ann Christie, "leading lady" en la película "El rápido", y, por último, Bárbara Kent, estrella de la Universal.

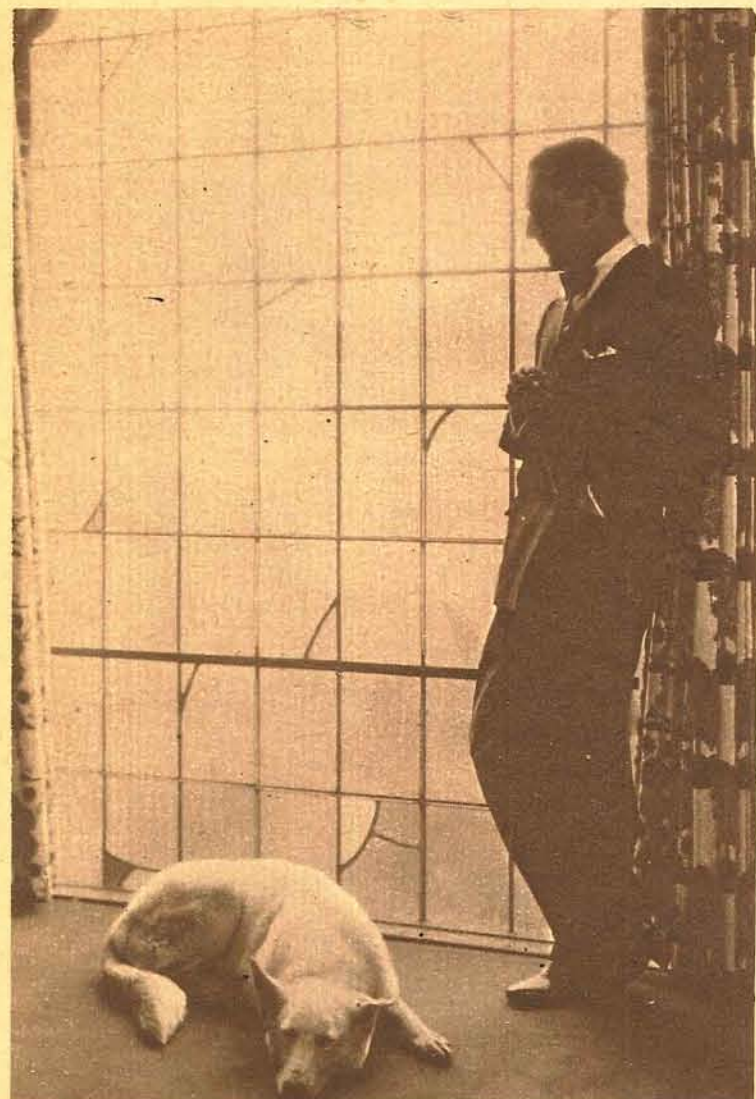
¡Cinco compañeras en catorce años! Nadie negará que Harold Lloyd tenga derecho a declararse campeón de la constancia.

A propósito de miss Kent y de su reciente "debut", diré que la crítica en general ha ponderado la habilidad de la siempre risueña Bárbara, para quien auguran un porvenir brillantísimo frente a los micrófonos y las cámaras. Y con semejantes halagos, no hay duda alguna que la nueva actriz se sentirá más feliz que sintiéndose poseedora de un millón de dólares.

UN PAPEL PARA JANET GAYNOR

Al fin, a Janet Gaynor le ha sido dado un papel digno de su

temperamento artístico. Janet va a desempeñar la parte de la joven esposa, en la obra "Lillian", pieza dramática que fue uno de los grandes éxitos habidos en el célebre Broadway. En manos de Janet este papel deberá resultar como una de esas interpretaciones que el público las recuerda por años y años, como una de las más finas y sinceras personificaciones que de vez en cuando nos ofrecen los buenos actores, así como recordamos a Alma Rubens, en "Humoresca"; Getta Goudal, en "Oro blanco"; Zazu Pitts, en "Avaricia"; Gloria Swanson, en "Macho y hembra", etc., y la misma miss Gaynor en la magnífica película "El séptimo cielo".



CARTA DE HOLLYWOOD

POR

WHITE SCREEN

ANTES Y DESPUES DE LAS PELICULAS SILENCIOSAS

HOLLYWOOD, marzo de 1930.

HACE más o menos un año, y antes de que el micrófono se constituyera en dictador de la gelatina hollywoodense, cierta compañía hizo una película silenciosa que tuvo marcado éxito.

Durante la impresión de escenas exteriores de este "film", uno de los actores sufrió un accidente que lo imposibilitó para continuar su papel de "valet" de un excéntrico millonario. En vista de ello, el director Robert Leonard escogió, entre los pocos "extras" que tomaban parte en la escena, a un simpático gordito para que reemplazara al referido actor, y el "extra" desempeñó perfectamente su papel desde el comienzo hasta el final de la película. Hace poco, la compañía productora de referencia, teniendo en cuenta el éxito de la película silenciosa, resolvió que a ésta debíanse añadir sonidos, música y diálogos, a cargo, estos últimos, de los mismos actores que hicieron la versión silenciosa. Notificados los actores, todos concurren el día citado al "studio" para enfrentar los "mikes". Pero llegó la fecha y vióse que era necesario modificar ciertas escenas para adaptarlas al micrófono, y de este modo la inmensa mayoría de ellas fueron rehechas. Al siguiente día por la mañana, y antes de empezar el trabajo, el director y "cameramen" vieron el trabajo del día anterior reflejado en la tela del cuarto de exhibición, y el director Leonard descubrió con asombro que la cara del gordito "extra" y "valet" no fotografiaba lo mismo que en la versión silenciosa. Una investigación puso en claro las cosas. Hace un año, cuando aun reinaban los "films" silenciosos, el "extra" trataba su estómago en forma halagüeña, pero el advenimiento del micrófono había coartado sus ganancias, y los cachetes rosados del "extra" en cuestión habían palidecido a ojos vistas. Mr. Leonard ordenó que el substituto "valet" tuviera, además de los reglamentarios 7.50 diarios, 25 dólares más para gastos generales, pero a condición de que el ex gordito comiera por día cuantas veces pudiera, fuese al teatro, pagara el alquiler de su habitación, comprara cigarrillos, invitara alguna que otra noche a alguna amiga a uno de los "dancing halls" de la localidad, etc. "El

caso—como decíale el director Leonard al "extra"—no es únicamente el de comer; ante todo debes tener el espíritu alegre, feliz, y luego después es cuando recién te dedicarás a comer. Empieza de poco a poco; come lo que te guste, pero no te enfermes; tienes dos semanas de plazo para llegar a tu peso perdido. Acuérdate que tienes que terminar la película para esa fecha y que en la misma hay invertidos varios cientos de miles de dólares, y que todos tus compañeros desean verte como hace un año, es decir, rebotante de salud y feliz".

El "extra" de referencia no es el único caso que revele la verdadera situación en que se encuentra el talento anónimo debido al advenimiento del micrófono; como éste hay miles de casos.

LO QUE PIENSA CLARA BOW

—Para que un artista pueda mantener su prestigio, es absolutamente necesario que se supere continuamente — ha dicho Clara Bow. Si un artista del cinematógrafo — prosigue — no hace hoy algo mejor que lo que hizo ayer, su fracaso es seguro. El público y los productores quieren ver siempre algo nuevo, y esperan vernos mañana más grandes de lo que nos han visto ayer. La película "Ese no sé qué" echó sobre mis hombros la pesada carga de tener que superarme continuamente. Creo que hasta hoy lo he conseguido. No sé si en mi próxima realización será tan afortunada, pero es muy seguro que si no logro ofrecer algo nuevo y más grande a mis admiradores, puedo dar por terminada mi carrera artística.

LAS COMPAÑERAS DE HAROLD LLOYD

Durante catorce años de brillante vida artística, el popularísimo cómico de las grandes gafas negras, Harold, que cuenta en su haber un sinnúmero de señalados éxitos cinematográficos, ha cambiado sólo cinco veces de actriz principal, en su larga carrera de comediante frente a las luces incandescentes.

La primera actriz a la que le tocó compartir los laureles del éxito con Harold, fué la simpática "comedienne" Bebe Daniels, que figuró con él en muchas comedias de dos rollos. A Bebe siguió Mildred Davis, quien de los bancos de una escuela de Tacoma, pasó a la vida de la pantalla donde se destacó después.

Llegaron más tarde, Jobyna Raiston, que acompañó a Lloyd

PERLAS EVAX



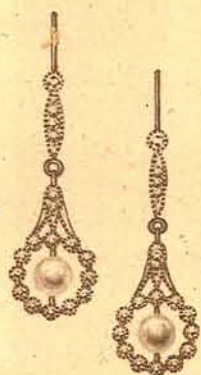
ÚNICOS CONCESSIONARIOS DE LAS PERLAS EVAX.



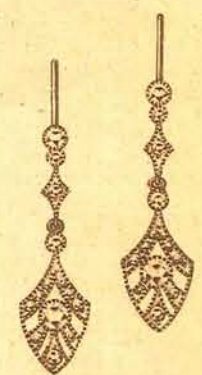
SOLAMENTE EN NUESTROS SALONES HALLARA LAS CREACIONES MONTSY.

El obsequio destinado a una dama debe estar de acuerdo con la más rigurosa moda. No medite, visite nuestros salones de venta y hallará el más extenso y maravilloso surtido de alhajas, que son el presente que más aprecia la mujer.

K 114, a \$ 25.— Regio "Sautoir" de perlas EVAX intercalado con pequeñas perlititas. Largo 140 cm.



P 82, a \$ 25.— Perlas EVAX, en "entourage" de brillantitos EVAX, forman los colgantes de este delicado par de aros, con ganchos de oro.



O 267, a \$ 14.— Distinguido modelo de aros, ganchos de oro, con brillantitos EVAX.



A 288, a \$ 15.— Zafiro y brillantitos EVAX, en vistoso anillo de oro forma cintillo.



E 559, a \$ 20.— Prendedor de suma elegancia y atrayente diseño, con hermosa perla y brillantitos EVAX.



A 319, a \$ 20.— Anillo oro 18 ktes., con perla Evax en "entourage" de brillantitos EVAX.

SOLICITE CATÁLOGO, QUE ENVIAMOS GRATIS AL INTERIOR.

Creaciones Montseny

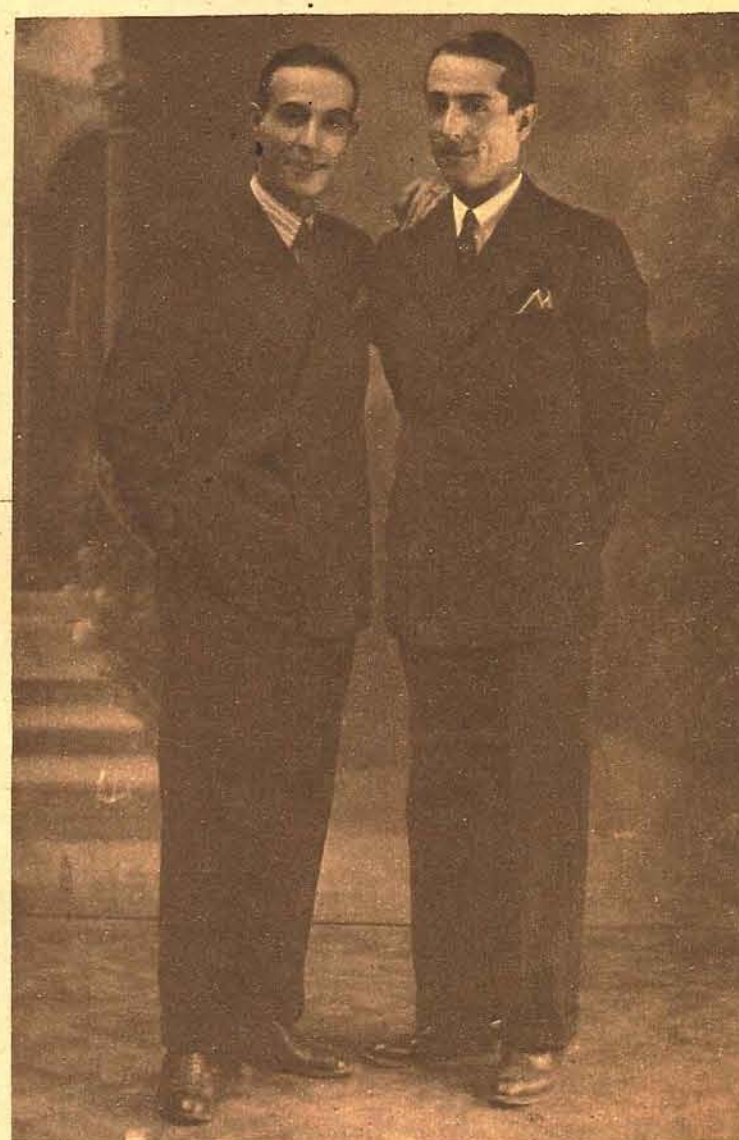
CENTRAL CORRIENTES 789

MAR DEL PLATA: SAN MARTIN 2334-46

ANEXO GALERIA GUMES



En el transcurso de este mes comenzará su actuación en el Teatro Nuevo la compañía de arte cubano "Cubanacán". Mercedes Blanco (a la derecha) es la "vedette" del conjunto y Ana María Pozo (a la izquierda) la bailarina típica. Artistas destacados forman el sexteto habanero



Pascual Guillén y Antonio Quintero, los afortunados autores de "La copla andaluza"

KODAK

TEATRAL

Florencio Parravicini en su papel de Anisbaldo Canegatto, de "El ensayo general" o "El trágico fatal", preparándose para entrar en escena



Si ha dejado el Hábito de Afeitarse solo, por Molesto—

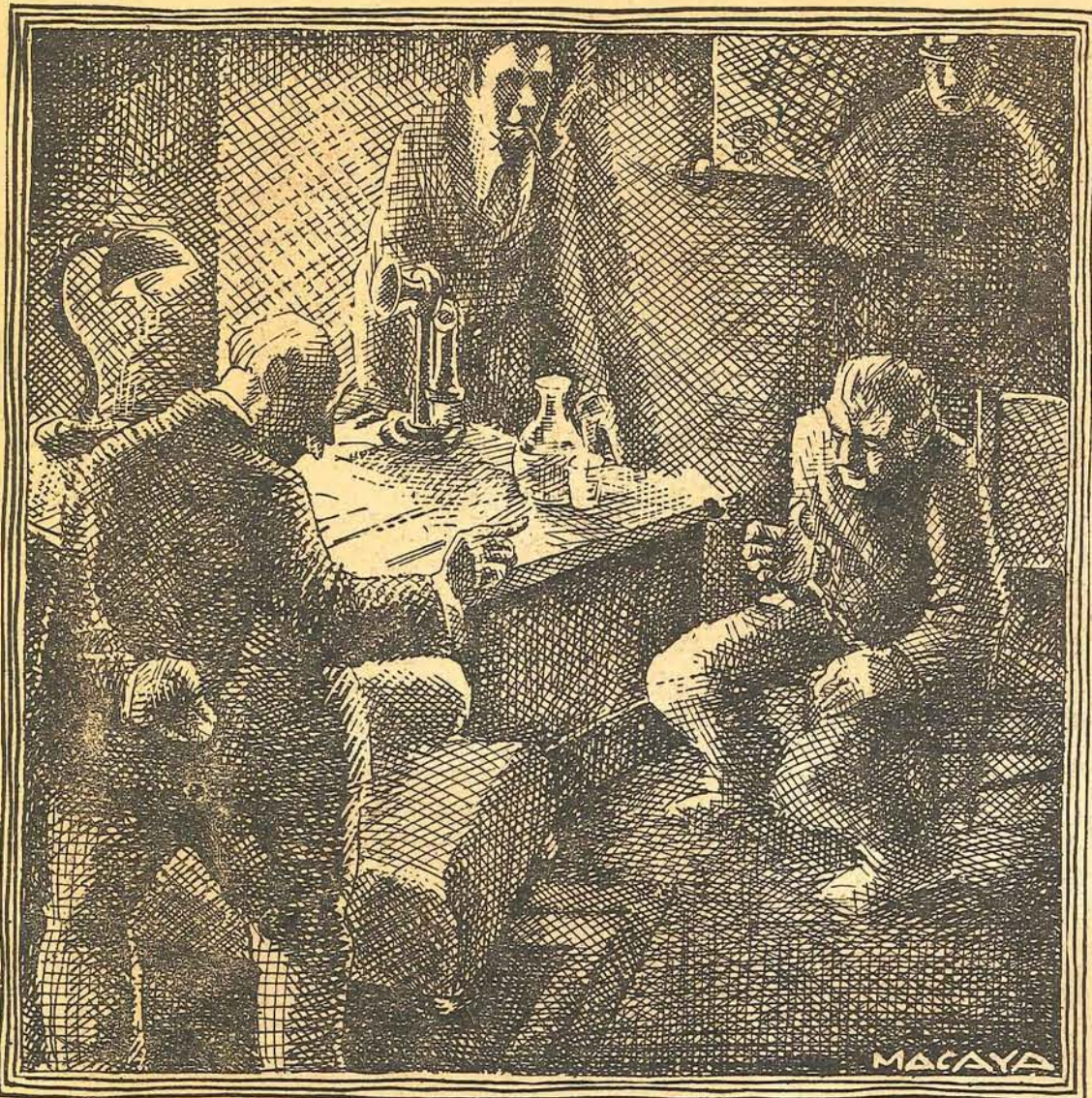
reanúdelo..., pero usando Super Crema de Afeitar Mennen.

...No volverá a dejarlo porque con ella afeitarse es un placer, una delicia y una distracción.

Usar Mennen, es usar lo mejor.

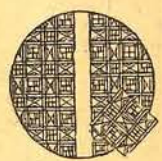
MENNEN

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERZFELD
Río de Janeiro 229 - 233 — Buenos Aires



El superintendente Mason rastrea unas huellas

CAPITULO VII



WIGLEY, repórter policial del "Post-Courier" y archinventor de diablitos, telefonó a su diario:

"El diablo de Tidal Basin anda de nuevo suelto. Esta sombra escurridiza y siniestra se deslizó inadvertida por la desierta Endley Street, dejando tendido un cadáver con el corazón apuñalado, en la acera. De dónde vino, adónde fue, nadie lo sabe. Ante los ojos de tres testigos imparciales: la señora Albert, esposa del vigilante nocturno de la Eastern Trading Company, el Dr. Warley (los patronímicos eran el lado flaco de "Quigley"), un facultativo respetadísimo, y el vigilante de policía Hartford, un inocente transeúnte tambaleó y cayó. Y cuando los horripilados espectadores del crimen acudieron cerca de la víctima vieron, mudos de espanto, que estaba apuñalada. Hasta ahora no ha logrado descubrirse la identidad del asesinado. ¿Quién era el extranjero vestido de etiqueta que vagaba por los alrededores de Tidal Basin? ¿Qué mano despiadada puso fin a sus días y de qué modo misterioso logró escapar el asesino invisible? Preguntas son éstas a que responderá el inspector en jefe de pesquisas, Mason. Por suerte Mason, uno de los Grandes Cinco, se hallaba en las cercanías y de inmediato se hizo cargo del asunto. Se ha detenido a un sujeto; pero, ¿es el diablo de Tidal Basin?"

—Corte toda esa lata de diablitos—ordenó el jefe nocturno de redacción al redactor correspondiente, mientras le entregaba el suelto—, está muy recargada.

Elk llegó a la comisaría y entró en el despacho del inspector, donde Mason estaba instalado, diez minutos después de

su jefe, y depuso en la mesa, ante el gran hombre, dos objetos.

—El vigilante nocturno está haciendo una buena vigilia. Entre paréntesis, es el marido de la señora Albert.

—¿La mujer de la cerveza? Elk asintió con la cabeza.

—Hallé esto en el patio. Evidentemente, Lamborn los arrojó allí al ver al policía.

Enumeró sus hallazgos:

—Agenda y reloj; el reloj con el vidrio roto y parado en las 22. Marca suiza y con el nombre de un joyero de Melbourne en la tapa.

Mason examinó el reloj.

—Minucioso—advirtió Elk—. Tiene una impresión digital sucia al dorso.

Mason arrimó un poco su silla y con un gesto invitó a Elk a que se sentara en otra, a su lado.

—¿Qué más?—preguntó.

Elk sacó de un bolsillo interior un puñado de billetes sueltos y los puso sobre la mesa. Abrió la cartera, que también encerraba una libreta de apuntes y extrajo de ella dos cheques nuevos, cada uno por valor de cien libras, en cuyo dorso se veía el sello del Maida Vale, sucursal 1 del Midland Bank, un sello redondo, en cuyo centro había una fecha.

—Girado ayer.

—Si hubiera abierto una cuenta allí—insinuó Elk.

Mason movió la cabeza.

—No lo ha hecho. No se giran cheques de cien libras contra su propia cuenta para llevarlos en el bolsillo. Se giran porque se precisa enviarlos fuera. No se podría cambiar un cheque de cien libras en Londres sin correr el riesgo de ser arrestado. No; estos cheques fueron girados contra la cuenta de otra persona y entregados al tenedor, lo cual significa que éste no tiene cuenta bancaria propia, en cuyo caso se le habrían abonado en ella. Por consiguiente, no se trata de un comerciante; si no tendría cuenta corriente.

Elk husmeó.

—Esto me suena a algo se-

mejante a Sherlock Holmes—dijo.

Era contemporáneo de Mason, que había perdido ascensos y podía permitirse sarcasmos.

—¿Qué más?—preguntó Mason.

—Tarjetas de visita, un buen número.

Elk las sacó de su bolsillo y las puso sobre la mesa. Había direcciones de Birmingham, Leicester y Londres; pero la mayor parte eran de personas que residían en Africa del Sur.

—Todas del mismo color—dijo—. Todas han sido reunidas en un par de meses. Esto significa que el sujeto hizo un viaje por mar hace poco: es extraordinario cómo la gente da sus tarjetas a personas completamente desconocidas, cuando hace una excursión marítima.

Miró el dorso de una o más, que tenían apuntes a lápiz. Uno decía: "£ 10.000 al año"; otro: "Gané mucho dinero en Namaqualand Diamonds; se aloja en el Ritz de Londres".

Mason sonrió.

—He aquí dos indicios de su profesión.

Tomó una tercera tarjeta; en ésta el apunte al dorso estaba escrito con tinta. Decía: "Cheque detenido; Adam y Sills".

—Este es otro indicio. Es un petardista y un fullero. Adam y Sills son los abogados que defienden a esos avechuchos. Esto lo ubica. Ahora daremos con su nombre. Vaya a Yard y dígame que averigüen en todos los hoteles, grandes y chicos, de West End, si un extranjero se hospeda allí. Así sabremos de dónde vino el tipo...

—De Ciudad del Cabo—dijo Elk.

Mason asintió con la cabeza. —Lo esperaba. ¿Cómo lo sabe?

—Su calzado es nuevo; le hallaron una marca: "Cleghorn, Adderley Street".

—Eso quiere decir Africa del Sur—dijo Mason.

Elk estaba ya a mitad de camino hacia la puerta cuando Mason lo llamó.

—Pida a la oficina que le indique el nombre, la dirección particular y el número del teléfono del gerente de la sucursal Maida Vale del Midland Bank. Aguarde un minuto, no

"MASCARA BLANCA"

Por EDGAR WALLACE
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

me precipite: pida a la oficina que hable con el gerente y le pregunte si recuerda contra la cuenta de quién fueron girados los cheques por cien libras cada uno—garabateó los números en un trozo de papel y se los alcanzó a Elk—y, si es posible, a quién fueron entregados. Se me ocurre que no vamos a descubrir esto.

Cuando Elk volvió encontró a Mason sentado, con la barba apoyada en la mano, más pálido que nunca su rostro gordinflón y redondo.

—Quiero ver a Lamborn—ordenó.

Trajeron de la sala de detenidos a Lamborn, voluble y truculento.

—Si hay una ley en este país...—empezó.

—No la hay—le interrumpió Mason afablemente—. Usted las ha destruido todas. Siéntese, Harry.

Lamborn lo miró con recelo. —¿Usted va a ser bondadoso?—preguntó.

Una aureola de leyenda rodeaba a Mason. Era en realidad bondadoso, y al amable influjo de su corazón bueno y comprensivo, muchos malhechores, con mal fundada confianza, le habían confesado mucho más de lo que pensarían revelar, cosa que deploraron amargamente al comparecer ante el jurado y ver explotada su franqueza con resultado desastroso.

Mason irradiaba.

—No puedo ser malo con ustedes, amigos... claro está que no puedo—. Su voz cobraba toda su untuosidad—. La vida es un poquito difícil para todos, y bien sé lo duro que es para algunos de ustedes el ganársela honradamente.

—Me parece—dijo Lamborn, con tono glacial.

—Usted no hará ningún daño, Harry—prosiguió Mason, poniendo su mano sobre la rodilla de su interlocutor y dándole palmaditas—diciendo a la policía lo que sabe. No será mucho, porque si usted supiera lo bastante como para maniobrar a cubierto de la lluvia, no robaría para vivir. Pero se trata de un asesinato.

—Nadie me acusa de él—repuso Lamborn con presteza.

—Nadie dice eso en el momento—convino Mason, amablemente—, pero tampoco nadie puede decir qué historias se tejen alrededor de un crimen. Usted conoce Tidal Basin, Harry: la gente juraría contra la vida de usted por una tajada de ananá. Así, pues, sea completamente franco y no oculte nada.

Se recostó en su sillón y observó al preso con benevolencia paternal.

—El vigilante vió a usted dirigirse a la víctima, meterle la mano en el bolsillo y sacarle una libreta y, probablemente, un reloj. Al ser detenido, usted arrojó esos objetos por encima de la pared al terreno contiguo, donde los halló el sargento-pesquisa Elk. ¿No es verdad, Elk?

—No sé nada de eso—respondió Lamborn con voz fuerte y Mason movió la cabeza con sonrisa apesadada.

—Usted vió caer al hombre y creyó que estaba despachado; se dirigió a él y lo despojó de su reloj y sus papeles.

—No sé a qué se refiere usted—respondió Lamborn con rapidez—. Nunca oí expresiones semejantes en mi vida.

—Permítame que se lo diga en buen inglés—repuso Mason cortésmente—. Usted metió su mano en el bolsillo del hombre y le sacó su cartera y su reloj.

—Esto—dijo Lamborn enfáticamente—es una mentira vil e infame!

Mason lanzó un suspiro y miró a Elk desesperadamente.

—¿Qué puede usted hacer con ellos?—preguntó.

—No necesito para nada de su bondad—dijo el poco afable Lamborn—. Hay demasiada gente en movimiento por causa de su "smarming". Vi caer al individuo y me acerqué a prestarle auxilio.

—Auxilio médico, de seguro—murmuró Mason—, por ser usted doctor en medicina de Dartmoor y haber estudiado primeros auxilios en Wormwood Scrubs. Ahora, vamos al grano, Harry. Usted puede ahorrarme una serie de molestias diciéndome la verdad.

—Yo...—empezó Lamborn.

—Aguarde un poco—. El depósito de urbanidad de Mason se iba agotando y su voz se iba tornando más cortante—. Si usted me dice la verdad yo procuraré no inculparlo. Lo presentaré como testigo de la Corona...

—Vea, señor Mason—contestó Lamborn indignado—. ¿qué especie de canalla cree usted que soy? Me han tratado indecentemente desde que pisé esa comisaría. Me desnudaron y se llevaron mis vestidos. ¡Carecen hasta del sentido de la decencia! Deme esos andrajos para cubrirme. Y ¿por qué me quitaron mis vestidos? Para fraguar pruebas poniendo cosas en mis bolsillos... ¡Si no conoceré a la policía!

Mason suspiró, y cuando habló lo hizo muy deliberada y agresivamente.

—Si usted tuviera un poquito más de seso, sería algo más ingenioso—dijo—. Esta no es una observación original, pero sí oportuna. Hay hombres dos veces más cuerdos que usted que viven en celdas acolchadas. Insensato, ignorante pingajo de alcantarilla, ¿no comprende que se le quitó el traje para ver si tenía manchas de sangre y que se le examinó las manos con el mismo fin? ¿Y no se da cuenta de que un hombre de mi categoría ni siquiera se molestaría en escupirle si no tuviera una buena razón para hacerlo? Yo no le acuso de asesinato, meta esto en su cabeza de aserrín; ni siquiera de robo. Yo quiero que usted me diga la verdad: ¿saqué o no al individuo mientras yacía en el suelo? Y si usted me dice la verdad le ofrezco no inculparlo en absoluto. Oígame bien—se acercó al preso y le golpeó en la rodilla con los nudillos—. Usted quizá no me comprenda, pero yo cumplo con mi deber al decirselo. Todo este proceso puede depender de su declaración libre de que usted tomó la cartera de ese hombre de su bolsillo (el reloj no importa), una vez caído en el suelo, o no.

—No lo hice—respondió Lamborn con tono fuerte—. ¡Le desafío a que me lo pruebe!

El inspector en jefe gruñó.

—Llévenselo antes que olvide quién soy—se limitó a decir.

Elk agarró al preso por un brazo y se lo llevó al bufete.

—Zonzo—le dijo por el camino—, ¿por qué no habla?

Lamborn bufó.

—¿Que por qué no hablo?—preguntó irónicamente—. ¡Mira

TAQUIGRAFIA

Para aprender sin necesidad de maestro. Remita 50 centavos en estampillas y se le enviará a vuelta de correo este práctico libro.

LIBRERIA

"LA HUMANIDAD"

Santa Fe 2059 - Bs. Aires

lo que me hacen por no decir nada!

Un minuto después era conducido ante un impasible sargento de comisaría y marchaba ruidosamente a una celda.

Elk regresó donde su jefe, llevándole informaciones llegadas mientras se realizaban las diligencias.

—Los dos cheques fueron girados contra la cuenta del señor Luis Landor de Teign Court, en Maida Vale. Landor es norteamericano o ha vivido en los Estados Unidos. Es ingeniero, hombre muy rico, y sacó otras trescientas libras esta mañana: va a ausentarse.

—¿Que tenga buen viaje—dijo Mason, con burla cínica—. ¿Verdad que se ausenta?

Miró la vaina del puñal que tenía delante sobre una hoja de papel e indicó con el dedo meñique las iniciales de adorno grabadas en una plaquita de oro.

—L. L. ... puede que correspondan a Leonard Lowe; o, en caso contrario, a Luis Landor.

—¿Quién es Leonard Lowe? —preguntó Elk, momentáneamente ofuscado.

—No hay tal persona—repuso el superintendente, con paciencia—. Escuche, Elk: el hecho de vivir en Tidal Basin ¿no le ha aguzado el ingenio? Voy a trasladarlo a West End, a la división C. Brillará usted entre esa hornada de mamones.

Se levantó de la mesa y se encaminó pesadamente, a través de la sala de acusación, al pequeño apartamento que la celadora de policía usaba como depósito de detenidas. Sobre el desnudo camastro yacía Lorna Weston; su rostro estaba pálido, sus labios descoloridos.

—Podría estar muerta—dijo Mason.

El Dr. Marford suspiró, sacó su barato reloj norteamericano y lo miró.

—Así podrían estar la mayoría de mis enfermos—dijo negligentemente—. No sé si le interesan los fenómenos de la vida y la muerte, señor Mason; en cuanto a mí, mi interés es estrictamente profesional, pero en este instante me espera una dama...

—Sí, sí—le interrumpió Mason, de buen humor—. De nada nos olvidamos. He dispues-

to las cosas en forma que su enfermera pueda telefonarle por medio de la comisaría. Tendremos algo que hacer con esa mujer.

Echó una ojeada dudosa a la figura inmóvil que estaba sobre la cama, apartó ligeramente la frazada que la cubría y tocó su mano.

—¿Está anestesiada?—preguntó.

El Dr. Marford asintió con la cabeza.

—Encontré una jeringuilla hipodérmica en su saco—dijo.

—Rudd cree que debe llevarla a un hospital o enfermería.

Marford asintió con vacilación. Esta era la inevitable testigo capital, y le fastidiaba perderla de vista.

Rudd entró ruidosamente, con aire de importancia.

—He reservado una cama en la enfermería—dijo—. Naturalmente, me dijeron que no había lugar; pero apenas di mi nombre... —Sonrió jovialmente a Marford—. Si se hubiera tratado de usted, querido colega...

—Yo no hubiera pedido eso. Me hubiera limitado a tratar a la enferma aquí y habrían tenido que encontrar cama para ella—repuso el Dr. Marford.

El Dr. Rudd se amoscó un tanto.

—Sí, sí; pero ese no es el modo, ¿verdad? Quiero decir que hay ciertos profesionales, hum, guardados los respetos. Es el caso que el cirujano adscrito, Grennett, es amigo mío; estuvo conmigo en Guy.

Dejó de lado a Marford, como indigno de su confianza, y se dirigió al superintendente.

—He dispuesto que la ambulancia venga sin tardanza.

—¿Ha vuelto usted a ver al hombre?—preguntó Mason.

—¿Al hombre?—El doctor Rudd frunció el ceño—. Oh, ¿se refiere usted al muerto? Si. Su amigo Elk estuvo allí buscándolo, y yo le hice una o dos observaciones que me parece que pueden serle de utilidad, superintendente. Por ejemplo, le mostré una contusión en la mejilla izquierda.

Mason asintió con la cabeza.

—Sí, fué un golpe recibido en la pelea. El Dr. Marford lo vió.

En aquel momento llamaron

a Rudd, quien se escabulló, formulando una excusa, excusa ofensiva para Mason, pues suponía que las investigaciones se suspenderían momentáneamente hasta el regreso del cirujano de policía.

La mujer acostada en la cama no daba señal de vida. El médico, a pedido de Mason, le mostró dos picaduras minúsculas en el brazo izquierdo.

—Hechas hace poco—explicó, —pero no hay pruebas de que sea aficionada. No he podido hallar otras, por ejemplo, y la mera circunstancia de que la



inyección le haya causado efecto tan mortífero indica más bien que es novicia.

Levantó el brazo y lo dejó caer; cayó inerte.

—¿Cuándo volverá en sí?

Marford movió la cabeza.

—No lo sé. Ahora no está en condiciones en que pueda recomendar que se le administre reconstituyentes; pero dejaré esto al criterio de los enfermeros. El cirujano interno es amigo personal del Dr. Rudd y, por consiguiente, con toda probabilidad, un hombre de genio.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Mason no trató de disimular su diversión.

—Excelente—dijo—. Y en seguida:—¿Ha tenido usted algún otro caso de asesinato?

Los labios del médico se contrajeron en un gesto de sonrisa.

—El homicidio de anoche—. No, no he sido llamado en calidad de profesional. Ni un solo médico entre miles asiste a un caso de asesinato durante todo el tiempo de su práctica, no, si es prudente—agregó.

Mason se interesó de pronto por este personaje raído, de ojos apenados y cara magra y escualida.

—¿No le parece muy agradable esta vecindad, verdad, doctor? ¿Por qué no traslada su clínica a un barrio más sano?

Marford se encogió de hombros.

—Me es igual—dijo—. Mis necesidades personales son escasas y las satisfago. La clínica debe estar donde se la precise. En lo que a mí respecta, no ansío la sociedad de los intelectuales porque los intelectuales me cargan.

—¿Y no se le ha ocurrido ninguna hipótesis acerca de este asesinato?

Los ojos risueños de Mason sonreían de nuevo.

El médico no contestó inmediatamente; se mordió el labio y miró pensativo a lo lejos.

—Sí—dijo con calma—. En mi opinión, este caso es evidentemente de venganza. La víctima no lo fué por lucro, sino estudiadamente, para vengar alguna ofensa cometida años atrás. Y el asesinato no fué premeditado, en el sentido más amplio de la palabra, sino perpetrado en la urgencia del momento, como una oportunidad ofrecida.

Mason lo miró de hito en hito.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque lo creo—. Marford sonreía—. Si no imagina que la víctima fué atraída deliberadamente a ese lugar con el propósito de matarla y de que se forjó todo un plan minucioso para atraerlo a estos alrededores, tendrá que creer que el crimen no fué premeditado. El superintendente, en jarras, plantado sobre sus piernas separadas, clavaba la vista en Marford.

—Doctor, ¿no es usted uno de esos pesquisas aficionados, de que estoy leyendo?—inquirió—. ¿De esa especie de hombres que hacen aparecer a la policía como insensata en el capítulo treinta y nueve y cosechan todos los laureles del descubrimiento?

E inesperadamente dió unas palmaditas en el hombro huesudo de Marford.

—De todos modos, usted habla sesudamente, y no todos los médicos hablan así. Yo podría nombrarle uno, pero usted me remitiría probablemente a la Asociación Médica Británica. Usted está en lo cierto, y su hipótesis es la mía.

Y de súbito dijo: —¿Excluye usted la posibilidad de que Lamborn fuera el apuñalador?

—En absoluto—respondió el médico con énfasis, y Mason hizo un gesto de aprobación.

—Podría decirle—y bajó la voz en tono de confidencia—que ese es el fundamento de la hipótesis del Dr. Rudd.

—Tiene otra—repuso Marford—. Me extraña que no se la haya comunicado.

(Continuad.)

UNA HEROINA SUDAMERICANA

EL MONUMENTO A ANITA GARIBALDI

(Continuación de la pág. 11)

pero el destino cruel no le permitió que se abandonase a esta legítima crisis de dolor, pues el colono hizo irrupción en el cuarto en que acababa de expirar la mujer para decirle que los austriacos andaban por los alrededores en su busca y el general, confiando los restos mortales de Anita a Ravaglia, desapareció en la noche. A los pocos días él escribía a los italianos: "La hermosa ciudad de Ravena posee el más importante sarcófago: el del más excelso italiano (Dante). ¡Pues bien!, acoged los huesos de la americana guerrera, de la mártir de nuestra redención y ponédlos bajo la salvaguardia del ilustre mausoleo".

Pero la invocación piadosa no fué escuchada, pues las ciudades, atemorizadas por las persecuciones con que amenazaban a los garibaldinos, transportaron a gran distancia y escondieron de mala manera el misero cuerpo de la heroína, y fué tan sólo algunos años más tarde que Garibaldi pudo recuperar el cadáver y darle sepultura. Hoy día ella duerme en la cumbre de la verde colina del cementerio de Niza, junto a la madre del héroe de dos continentes.

LA CRESTA SAGRADA

(Continuación de la pág. 8)

Colombia, que él le había regalado. Calzó el pie breve con unos zapatos que eran un bellísimo adorno. Todo de prisa y nerviosamente, pero sin aturdirse. Y cuando iba a tocarse los labios con sus lápices finos, los tiró despreciativamente. No quería parecerse a la francesa.

Tuvo la arrogancia que sólo es propia de la mujer que sabe cuánto valen sus encantos de hembra.

—¿Vamos, María Teresa!

—¿A ver?... Déjame que te vea...

Estás muy linda, Vamos.

Mientras tanto, Héctor hablaba con la bellísima Aimée.

—Y, en definitiva, ¿qué opina usted de lo que hice con el perro de mi mujer?

—Opino que usted ha jugado una suma muy fuerte a la ruleta y la bolita loca aún está dando vueltas.

—Pero, ¿cree usted que hice bien o que hice mal?

—Si el hecho le sirve para lo que usted busca, bien; si no le sirve, mal.

—Me parece que Perogrullo le está apuntando a usted al oído.

—Pues bien, creo que debe usted pensar en que su mujer es una niña acostumbrada a hacer sus gustos, y que por esto debe usted de tolerarle todos sus caprichos y, desde este mismo momento, ir a consolarla.

Y al mismo tiempo que decía tal cosa y hacía como que se despedía de él, lo miraba con tal pasión y le estrechaba

la mano de tal modo y sin soltársela, que también le decía: "no te vayas y quedate a mi lado".

—Esta sí que es diablo—pensó Héctor—. Veamos si me sirve para conquistar un ángel. Si el ángel existe, si lo conquistaré. Si el ángel no existe, habrá la separación que más convenga y me irá con esta diablo.

Aimée interpretó mal aquel momento de silencio. Creyó que las mallas de su red entraban en funciones y olvidando el consejo que acababa de dar a Héctor, le propuso el bailar.

Ya iban a hacerlo, cuando entró Dora, completamente dueña de sí, fingiendo una naturalidad que hasta sorprendió a María Teresa. Se acercó a su marido y lo cogió fuertemente de un brazo. Héctor creyó un momento que

Dios lo acariciaba, y soportando con placer el dolor que le producía aquella mano crispada que terminaba en cinco lancetas rojas que se clavaban en su carne, se dejó llevar.

No habían dado ni ocho pasos, cuando ella le dijo en voz baja:

—Te odio.

—Y éf, mirándola con amor, le contestó:

—En cambio, el guarango te adora.

—Tú no eres un guarango. Te lo dije en un momento de cólera. Perdóname.

(La orquesta estaba tocando un vals de cadencias gratas. Dora y Héctor bailaron: felices ambos por primera vez. En ciertos momentos sus pies parecían alas, alas con poca vibración, sin ruido, alas de libélula).

LA GAUCHA

(Continuación de la pág. 5)

su vida. Samuel había dicho una verdad más infalible de lo que el mismo supusiera: no hay mujer que no se parezca a su dueño.

Pero Sixto se sentía disminuido ante nosotros. Debí pensar que acaso participáramos de la profunda admiración de Marianito por el perulero aquél que gobernaba a las mujeres con la fuerza. A él, a Sixto, le faltaba algo en su avío humano para ser enteramente el gaucha dominador de nuestra simpatía...

● ● ●

Persistió mucho tiempo ese estado de absurda pretensión que leíamos en los silencios del gaucha. Fué el azar quien resolvió la pequeña tragedia. Una madrugada, hacia las 4, vencido con exceso el término lícito de la tertulia, echamos a andar por esas calles del centro, acompañando a Sixto hasta su casa. Los tranvías de Corrientes alzaban en las esquinas chillones trajes de mujer colgados en la flácida humanidad de las cabareteras rendidas por el cansancio de seis horas de baile.

Sixto vivía en la calle Arenales,

cerca de Callao. Como tantas veces, hacíamos a paso lento ese trayecto, estimulando la verbosidad de quien tenía visiones tan personales, tan penetrantes, de la vida de Buenos Aires. El gaucha se exaltaba con la media luz del amanecer y con la inminencia de la separación. A esas horas hablaba como si quisiera anularle al tiempo su huidiza condición.

En una de esas, creo que en la esquina de Uruguay y Lavalle, Sixto se detuvo de pronto, lanzó el cohete de alarma de una interjección espantosa, se palpó los bolsillos del pantalón, los hurgó uno por uno, hizo como un aleteo para certificar la vacuidad de los del saco, y mirándonos a la cara explicó:

—No tengo las llaves. Ahora que me acuerdo, las he dejado en casa, encima del escritorio.

Sixto vivía en un cuarto piso. Eran casi las 5. Le propusimos la única solución razonable: hablar por teléfono. De un café o de una lechería podía hablar a su casa para que bajaran a abrirle.

El gaucha meditó un poco. No le pareció muy bien eso de poner en alarma a los suyos con un llamado telefónico a tales horas. Y al cabo de un silencio:

—Sigamos—dijo—. Mi mujer tiene que haber visto el llavero...

—Puede haberlo visto, pero ¿y qué? Son las 5...

—¡Sigamos!—mandó, como si una súbita revelación le iluminara el caso.

Seguimos andando, callados. El recuerdo de Samuel Ortega se hizo mortificante presencia, sin que acertáramos a explicarnos el por qué. No nos sentíamos cómodos. Había poca diferencia entre todo aquello y lo que habría hecho Samuel en un trance semejante. Nos ofendía a todos la ofensa implícita que había para la esposa de Sixto en asociar su recuerdo, así fuera involuntariamente, con el de la infeliz que aguantaba las bellagueñas de Samuel. Incluso era posible que Sixto, como lo habría hecho Samuel, agregara a la impertinencia de una llegada a esas horas, un estallido de contrariedad para ganar de mano la partida indefendible.

Llegamos a la esquina de la casa de Sixto. El gaucha miró hacia los balcones de su casa, como si fuera lo más natural del mundo que alguien estuviese allí aguardándolo. Uno de nosotros comentó esa pretensión, a tiempo que Sixto, metiéndose en la boca

dos dedos de la mano derecha, horadó la fresca calma mañanera que inundaba la calle, con un verdadero silbido de "apache".

El grotesco de la situación nos hizo enmudecer.

Un minuto después repitió Sixto su alerta.

—No te van a contestar. Los lecheros llaman con el timbre.

Un tercer silbido, esta vez modulado como si al final la línea sonora se enroscara sobre sí misma para apoyar la firmeza final con un trazo de rúbrica.

Y ante el asombro de los cuatro que allí estábamos, se abrió un balcón del cuarto piso y se enarcó en el vacío la trayectoria de un proyectil que al golpear en el asfalto de la calle abrió en abanico las llaves del llavero.

—Cuando lo vean a Samuel—dijo Sixto revelándonos la identidad de sus pensamientos con los nuestros, dénde la razón: no hay prenda que no se parezca a su dueño. Díganse de mi parte.

La gaucha cerró el balcón cuando los cuatro satélites de Sixto reemprendíamos la caminata lamentando que amaneciera tan temprano.



A raza Hereford es de una distinción poco común, muy vistosa y elástica en sus movimientos; de una alzada que sobrepasa lo común, presenta una recia contextura, ancho el pecho e ijares llenos; su esqueleto está completamente cubierto de carnes.

El color de su pelo es de una uniformidad tal que abarca a todos los tipos de su especie; de cuerpo colorado, su cabeza es blanca, como también el pecho, sus partes inferiores, las patas y la extremidad de la cola. También en la parte superior tienen una lista blanca que arranca de la cabeza y se extiende hasta el comienzo del lomo.

Sus largos cuernos los hacen suponer descendientes de los Devon, tribu ésta también de pelo colorado y cuernos largos, oriundos de Devonshire. Otros sostienen que esta raza data de mediados del siglo XVI, atribuyendo su origen a las lecheras de Herfordshire, introducidas por los normandos, y no falta tampoco quien atribuya su procedencia a los cruzamientos efectuados entre animales importados de Polonia y de Flandes.

Su tipo y su pelaje colorado y blanco tienen un origen por demás modesto; una vaca blanca y otra colorada, propiedad de Benjamín Tomkins, constituyen el tronco de esta raza de pelaje definitivo y uniforme, ignorándose la raza de los toros que intervinieron en los primeros cruzamientos, allá por el año 1770.

Mr. Thomas Duchan la describe en los siguientes términos: "La fisonomía del Hereford es agradable, jovial y abierta, con apariencias de placidez, indicando un buen carácter y una gran quietud de temperamento, todo lo que se hace tan necesario para el éxito en el engorde de todos los rumiantes y, sin embargo, el ojo es vivo y brillante; la cabeza es pequeña, en comparación con el desarrollo del cuerpo. El hocico es blanco y moderadamente fino, la mejilla delgada. El pecho es profundo y lleno, el riñón suficientemente desarrollado. El omoplato es delgado, chato e inclinado hacia el lomo y también cubierto por carne medulosa; el pescuezo es lleno, desde la punta de la espalda hasta la garganta, y las espaldas están bien unidas, siendo difícil indicar dónde están colocadas, tratándose de un animal gordo. El lomo y los riñones son anchos; las caderas largas y algo extendidas, las patas son derechas y pequeñas. El anca forma la continuación de una línea recta con el lomo y un ángulo recto también con los muslos, que deben ser bien llenos de carne hasta la corva, sin ninguna exuberancia. Las costillas deben redondearse en cintra plena.

Los cuernos son de un tinte amarillento, o bien blanco cera, frecuentemente más oscuros

hacia la punta. Los del toro deben salir en línea recta, de una frente ancha y chata; los de la vaca son más bien encorvados y se dirigen hacia el aire".

Por su parte, Félix Buxareo Oribe, expresa que la raza Hereford "es cronológicamente la última en la historia de las razas de carnicería perfeccionadas en Gran Bretaña. Agrega que cuando en el N. O. de Inglaterra los cuernos cortos iban a terminar la última faz de su transformación, entre las manos de Roberto y Carlos Collings se preparaba un trabajo semejante, aunque en más modesta escala, casi en la otra extremidad del país, al S. O. en el Condado de Hereford, y que el ganado del Herfordshire era, en el siglo último, una tribu lechera que se pretende fué introducida por los normandos".

Refiriéndose siempre a esta raza, añade que "existen cuatro familias, la una llamada Cara Imbricada, a causa de la mezcla de colorado y blanco, teniendo los de este último color los cuernos largos y sus extremidades negras. Considera a estos animales menos dóciles que los de otra variedad, a pesar de lo cual, poseen gran aptitud para el engorde. En nuestro país se ha difundido esta raza con gran rapidez, debido a su rusticidad para sufrir los diversos climas que abarca, como por su resistencia para la escasez de pasto y por su aguante para la completa carencia de forraje.

Los primeros reproductores Hereford importados que se anotaron en los registros de la Sociedad Rural Argentina el 5 de marzo de 1888, fué Máxi-mus, un toro hijo de Hiero y Sprout, nacido en Inglaterra el 12 de septiembre de 1886. Fué criado por John H. Yeomans e importado por A. y F. Yeomans; la primera vaca fué Grace, también nacida en Inglaterra, el 13 de febrero de 1886, criada e importada por los mismos señores Yeomans.

Entre las primeras remesas, fué importado por don Cipriano J. Quesada un lote de cuatro vacas Hereford de pedigree, procedentes de la cabaña de Mr. John Hill en Felthampton Court, Church Stretton (Inglaterra). Con estas vacas se formaron las cuatro familias, tronco de la acreditada cabaña El Ombú.

Truckel, criado y presentado por don Leonardo Pereyra, fué el primer todo de la raza Hereford que obtuvo el primer premio en una exposición de conjunto efectuada por la Sociedad Rural en el año 1896, el que fué vendido en la suma de 3000 pesos.

El primer premio de la raza lo obtuvo en la Exposición Ru-

ral de 1902 Grandinon 42, criado por don Domingo Villafañe, quien lo reservó para su cabaña.

En las primeras exposiciones llegaron a pagarse por toros criados a palenque hasta la exigua suma de 250 pesos, precios que fueron aumentando hasta la cantidad de 90.000 pesos, abonados por el Campeón en la exposición de 1920 y que marca el record de esta raza hasta el presente. Los primeros criadores de Hereford en el país fueron los señores Miguel Salas, Leonardo Pereyra, Cipriano J. Quesada, Rafael y Marcelino Herrera Vegas, Domingo Villafañe, A. y F. Youmans, Estanislao S. Zevallos y otros pocos cabañeros más.

Que su adaptabilidad para cualquier clima es manifiesta lo comprueba el conjunto de vacas que aparece en el grabado, el que está compuesto de vacas de primera parición, en su totalidad criadas, desarrolladas y paridas en inmejorables condiciones en zona de garrapata y en un clima tan cálido como lo es el de la provincia de Corrientes.

En algunos establecimientos de la Patagonia, donde periódicamente la nieve cubre los campos, se da preferencia a la cría de Hereford. En la estancia San Ramón, situada en el territorio de Río Negro, entre las localidades de Pilcaniye y San Carlos de Bariloche, a una altura de 1200 metros sobre el nivel del mar, donde la nieve oculta casi totalmente los pastos durante la estación de invierno, su propietario, Van Blucher, posee plantales y grandes rodeos de Hereford, por considerar a esta raza la más indicada para soportar las inclemencias del tiempo apun-tadas.

También en la República Oriental del Uruguay la raza Hereford ha tenido gran aceptación, diseminándose en todo el territorio, en proporción quizá mayor aun que en nuestro país; allí existen fuertes cabañas que se dedican con especialidad a la cría de esta raza con inmejorables resultados, produciendo excelentes reproductores de pedigree.

En el año 1928 el gran Campeón Hereford fué adjudicado al toro San Juan's Banker, hijo de Vern Banker y Pigeon 169, nacido el 10 de octubre de 1926. Este toro nació y fué criado en la República del Uruguay en la cabaña Colonia Rural Los Cerros de San Juan y Cochicó (S. A.), encontrándose en la actualidad en nuestro país prestando servicios en la

cabaña de Da. Dolores Cobo de Macchi di Celere, que lo adquirió por la suma de 27.000 pesos.

D. Ricardo C. Quesada, propietario de la cabaña El Ombú y uno de los más entusiastas criadores de "Pampas", como él los denomina, tuvo oportunidad de expresarnos, a requerimiento nuestro, su admiración, en lo que a la adaptabilidad de esta raza se refiere, no sólo para resistir, según él, toda clase de climas y alturas, sino también para soportar la pobreza de ciertos campos.

Además de estas cualidades, considera el señor Quesada que en esta raza es sorprendente su fecundidad y la fuerza de transmisión sanguínea. En mi cabaña—dice—la vaca Grace II (H. B. A., 010.153), melliza y madre de mellizos, tuvo doce crías en diez años, teniendo a su vez mellizos en los años 1926 y 1929, por lo que la considera "una máquina de hacer terneros"; nacida en 1915, es hija de Egleton Hero y Grace Vincent (H. B. A., 06.626), la que tuvo once terneros, con mellizos, en 1915, y así, siguiendo esta tribu, resultan todas las madres con crías mellizas generalmente en su segunda parición. Tomando a esta vaca como tronco de familia, resulta que en diez años la proporción de su aumento está en relación de uno a doscientos.

En la exposición de 1928 actuó como jurado Mr. Evans, conocido cabañero en Inglaterra y uno de los más competentes en lo que a Hereford se refiere; su opinión respecto al adelanto operado en esta raza fué francamente optimista. En ese año obtuvo el gran campeonato el mencionado toro uruguayo de la cabaña Los Cerros de San Juan y Cochicó.

Rosal, por Convoy y Rosiere; Nichoels, por Astromomer y Nettle, y Ginger también por Astromomer en Grey Ayes, de la cabaña El Ombú, formaban un lucido y homogéneo conjunto, adjudicándose este premio en la misma exposición de 1928.

En la última exposición entró a Palermo un conjunto de toros sobresalientes. El Gran Campeón lo obtuvo Model Revelation, por Lame Cameronian Fairfax, nacido el 28 de septiembre de 1926, criado y presentado por don Celedonio Pereda.

El Reservado de Gran Campeón lo obtuvo Quilmes Bodenham Toller, por Bodenham Garfiel y Topeka 28, nacido el 16 de febrero de 1927, criado en San Juan de Pereyra. Su competidor fué Gran Duke, un precioso toro, el que fué objeto, conjuntamente con su ganador, de un largo estudio comparativo efectuado por el jurado.

El campeonato fué adjudicado a Tandil Leofú All Square, por All Square, y Tandil Leofú Fapeka, nacido en la cabaña Tandil Leofú y expuesto por los señores Martín Pereyra Iraola e hijos. Este ternero de año y medio era la "carta" de muchos entendidos, pero según el jurado, le faltaba ese "poquito" para poder descollar.

El campeonato de las hembras fué ganado por Golden Princess, por Vancouver y Glee, nacida el 13 de julio de 1927, criada en la cabaña El Ombú.

Da. Inés Anchorena de Acevedo obtuvo con Araucano el título de Campeón Junior, criada en la cabaña de su propiedad, denominada Laguna del Monte.

Se dedican actualmente a la crianza de Hereford las cabañas de Da. Inés de Acevedo y la de los señores Bernardo L. Duggan, Glorindo Fernández e hijos, Marcelino Herrera Vegas, Leloir y Udaondo, Celedonio Pereda, Diego Lezica Alvear, Rafael Herrera Vegas e hijos, Leonardo Pereyra, Julio L. Perkins, Ricardo C. Quesada, Martín Pereyra Iraola e hijos, Arturo Youmans, Carlos B. Quesada, Domingo Villafañe y varios más.

DOS GRANDES NOVELISTAS

(Continuación de la pág. 9).

sar de la riqueza adquirida, termina sin brillo. Otra novela, "Motke el ratero", respira todo el ambiente del "ghetto" y parece ilustrar las verdades de la ley del talión. Motke, ya cuando era una criatura, fué predestinado a la vida criminal como consecuencia natural de los grandes pecados de sus padres.

Muy sobre el nivel mediano se elevan dos narraciones: "Un martirio por la fe" (Ein Glaubensmartyrium) y "La hechicera de Castilla" (Die Zauberin von Kastilien). La primera novela se desarrolla en Polonia; la segunda en Roma, por excepción. En ambas obras exterioriza el autor su honda compasión hacia los sufrimientos de sus correligionarios. "Un martirio por la fe" trata de la horrible persecución de los judíos por los cosacos rusos, y presenta, en forma muy conmovedora, la triste suerte de una familia. La narración titulada "La hechicera de Castilla", que pasa en el siglo XVI y en los tiempos del Papa Pablo IV, nos da a conocer la miseria del "Ghetto" de Roma y las atroces instituciones de la Santa Inquisición romana. El Papa juega allí un papel poco envidiable; en el centro de esta novela figura la altiva y hermosa Jefta, que por su parecido con la Santa Virgen, cautiva a toda la corte papal. Jefta se niega a abjurar la religión que heredara de sus antepasados y rechazando las seducciones que le presenta la Iglesia para convertirla al catolicismo, muere en la hoguera.



NA de las salas del Palais Bourbon, en la que se reúnen los diputados, está adornada con una estatua de Laoconte, el gran sacerdote de Troya, que no veía de color de rosa el porvenir de su ciudad y que pueden tomar los pesimistas y los desalentados. Es al pie de ese mártir que conversan los inquietos. Así es que, de un solo golpe de vista, puede darse una cuenta de la situación política, según afluya la mayoría a la cantina de los optimistas o alrededor de la estatua de la desesperación. Para conocer la medida de la confianza parlamentaria, basta ese dato, que el observador puede complementar observando las caras largas y las sonrisas satisfechas.

No se debe confundir a los pesimistas con los descontentos. Estos últimos pueden ser personas muy alegres, cuyo buen humor contraría alguna circunstancia desagradable. Los otros, por el contrario, tienen motivos para estar contentos, pero no quieren entregarse a la satisfacción común y transportan sus temores a la hora que va a venir. En la Cámara, los descontentos son aquellos que no participan en las satisfacciones del poder, pero los pesimistas están en todas partes: sus propios éxitos no los complacen. Por esto es que Laoconte tiene una fiel y numerosa clientela.

Sin duda, dicen, el presente parece sonreírnos: ganamos la guerra, salvamos el franco, y poco a poco nos estamos arreglando con la paz. Para llegar a tal resultado necesitamos, por un lado, un país en buena salud, y, por el otro, jefes bastante cuerdos. Pero la buena salud del país es un estado precario, que no nos hace esperar nada bueno; en cuanto a los jefes, van envejeciendo y desaparecerán pronto. Este es el gran fundamento de nuestra inquietud: es que desapareciendo dos o tres hombres ilustres y consagrados por el éxito, "no queda nadie". He aquí por qué el pesimismo siempre es conservador y hasta conservador de lo Peor. Porque el conservador es optimista de lo que existe y pesimista respecto de lo que vendrá. Partidario de las celebridades de la escena, se niega a ver las estrellas nacientes; partidario acérrimo del campeón, quiere ignorar el "commingman"; lector fiel de los académicos, espera, para conocer un autor novel, a que el Instituto lo haya hecho inmortal. Ahora bien, puede decirse que la pesimismo — siempre algo conservador — que M. Poincaré es admirable, M. Briand genial, M. Herriot sorprendente. Aprobará todos esos elogios. Hasta M. León Blum, que es un hombre conocido, le parecería recomendable si se hiciera conocer algo más como ministro. Pero, ya sea de la derecha o de la izquierda, no le vayas a hablar del hombre del porvenir: ésto no tendrá talento sino cuando haya triunfado... y esté pronto para marcharse al otro mundo.

De modo que hay personas excelentes a quienes da mucho trabajo el reclutamiento de hombres de Estado. Es que, a decir verdad, los hombres de Estado carecen de escuelas: no cuentan más que con asilos. Antaño, en tiempos de Royer Collard, llamaban la atención y ascendían a los honores, de acuerdo con cierto ritmo; un joven que hacía discretas intervenciones en los salones se iba calificando para ir a la Cámara, y una vez allí, siguiendo una progresión inspirada en el parlamentarismo británico, seguía las etapas de la interrupción a la interpelación, de la interpelación al discurso y del discurso a la declaración. El

ANTE UNA ESPERANZA

LA ESTRELLA DE M. ANDRE TARDIEU



ANDRE TARDIEU

los dos presidentes han seguido asociados, menos por la fuerza de las cosas que por las necesidades del régimen. Este casamiento de conveniencia les

veían salvación posible. Retornamos, pues, a lo que vuelve pesimistas a esos conservadores innatos—algunos de los cuales son radicales—: el matrimonio es entrado en años, uno de los cónyuges ha estado enfermo, el otro está peor todavía. "Y después de ellos no hay

nadie, señor, pero nadie!" Satisfechos de los resultados obtenidos, los tímidos temen verlos desaparecer por falta de manos para retenerlos. Y escudriñan el horizonte buscando a alguien y no ven que, allí cerca de ellos, está muy bien plantado un hombre.

La estrella de M. André Tardieu acaba de levantarse; pero si la luz de los astros políticos tarda en morir, más tarde aún en hacerse notar por todos en general y especialmente por el grupo del Laoconte.

No advertir que se levanta la estrella de un hombre de Estado, da lo mismo que negar la existencia de ese hombre.

bre, es darle la más insoportable muestra de desconfianza. La inquietud de los pesimistas irrita con toda razón a M. Tardieu, que ha escrito y ha hablado mucho y nunca elevó el optimismo a la altura de un principio de gobierno. Esperó para hacerlo estar en el poder. Sus adversarios lo hacen notar sonriendo. Pero M. Tardieu replica que no se tienen principios ministeriales sino cuando se es ministro.

La ascensión de M. Tardieu no es exactamente igual a la de Bonaparte. El presidente del Consejo ha subido sin atropellar a nadie. En un tiempo aceptó servir como teniente, junto a Clemenceau, en el momento del tratado de paz, es decir, cuando el jefe responsable estaba protegido por su merecida gloria y cuando las maldiciones, con frecuencia justificadas, contra la nueva obra, no podían ir dirigidas sino contra aquel a quien no había que considerar, es decir, contra André Tardieu. Este hacía, pues, su entrada en escena en un papel ingrató, que le valió un retiro prolongado y necesario, y que le vale ahora la pesada carga de defender las imperfecciones de una máquina a la que se le han agregado tantas complicaciones que nadie puede distinguir en ella los errores de los aciertos.

Se podría insinuar maliciosamente que el optimismo de M. Tardieu procede de que aun no ha ocurrido ninguna catástrofe originada por la máquina de la Paz, que él concibió y que algunos ingenieros adversos se han empeñado en descomponer a fuerza de perfeccionamientos. Creo que hay que ser más justo y considerar el optimismo presidencial como un sistema de gobierno. El jinete que quiere hacerle saltar el obstáculo al caballo, lo palmea y lo alienta: lo convence de que la dificultad es mínima y que después la ruta será fácil y sin tropiezos. Puede ser muy bien que se le quiera hacer salvar un obstáculo al país. La comparación hipocrita es susceptible de desarmarlo: M. Tardieu

ha montado su caballo, le palmea el cuello, lo lleva ante el obstáculo, animándolo con la voz y, si hay necesidad, con la espuela. Lo incita a saltar, asegurándole que detrás de la valla se extienden los amenos prados de la Prosperidad.

La política de prosperidad, la reforma del maquinismo, el optimismo, estos términos de la declaración ministerial significan cosas mucho más concretas de lo que se cree, y que quizá sean nada menos que una renovación económica. Desde hace siglos nuestro país se desarrolla de una manera prudente, casi timorata. Ha conocido—y aun deseado—la economía más que el bienestar, tradicionalmente se ha contentado con poco. Francia ha seguido siendo más agrícola que industrial, más activa dentro de sus fronteras que exportadora, más prudente que optimista. Se puede medir, por estas oposiciones de términos, la gigantesca evolución que representaría para ella una política de prosperidad, de renovación industrial y de optimismo, es decir, una política de vida cara, de altos salarios, de industrialización... y de riesgos. Para pasar de una a otra de estas direcciones no está demás el dopage de la confianza que le presenta M. André Tardieu con una sonrisa sportiva.

La liquidación de la guerra ha sido iniciada, y ésa era la condición esencial de esta política. El saneamiento monetario, su remate. Un gran mercado financiero en París está ya organizándose. La renovación industrial, la valorización de las colonias comienza a diseñarse. La ley de seguros sociales presume, desde luego, la prosperidad futura: más aun, la fomenta, allegando, con el aumento de los precios, nuevos recursos fiscales al Tesoro y, de consiguiente, el alza de los sueldos y los salarios. Los altos salarios engendrarán el poder adquisitivo de los particulares, excitarán la producción y forjarán esa cadena que la economía norteamericana imagina sin fin, instaurando el sistema que, por medio de la multiplicación de los signos monetarios, de la circulación más activa de la riqueza, ofrece al pueblo deslumbrado la ilusión de esas bolas brillantes que el jugador hace pasar de una mano a otra, de acuerdo con un ritmo sin cesar acelerado.

¿Fue la constitución económica de los Estados Unidos lo que les hizo adoptar esta política de la prosperidad y de los altos salarios, así como fue la conciencia que teníamos de la medida de nuestros recursos, lo que nos inspiró nuestro amor a la economía y a la prudencia?

¿O bien esos resultados que le envidiamos a la América del Norte no son más que el fruto de su optimismo? M. Tardieu, y por lo menos uno de sus ministros, parecen inclinarse hacia la segunda hipótesis; incitan al país a tener más confianza para intentar esta experiencia. Aun cuando perdiera el poder, son tantas las cosas ya preparadas para favorecer esta evolución, que sus sucesores se decidirán a utilizarlas. Parece que nos encaminamos hacia un ensayo, más o menos amplio, de americanizar la economía francesa.

M. Tardieu tiene confianza en el resultado de esta evolución; cree en su destino y en el temperamento del país. Invita a toda Francia a compartir su buena voluntad. Los grupos parlamentarios ven alzarse en el horizonte la estrella de M. Tardieu con impresiones distintas. ¿Es un astro? se preguntan en la cantina. ¿Será sólo una estrella errante? sospechan alrededor del Laoconte. La prensa grande caldea la opinión hasta la incandescencia y ataca en coro el Himno de la Prosperidad. Estamos ante el dintel de un experimento.

Organillo

Melancólico organillo
En la noche, a la distancia,
Gime en lenta resonancia
Su nostálgico estribillo.

El ritornelo sencillo
Evoca sueños de infancia
Y una lejana fragancia
De madreleña y tomillo...

Organillo de Cremona,
Es humilde y emocionada
La ingenuidad de tu voz.

Donde exhalan dulce queja
La esperanza, que se aleja,
Y amor, en fuga veloz.

Leopoldo Díaz



pareció tan satisfactorio a los parlamentarios que ha sido, durante largo tiempo, la condición de la estabilidad ministerial, y que, fuera de él, los contempladores del Laoconte no

RENE
RICHARD

(Para LA NACIÓN)
PARIS, marzo de 1930.

MI VIDA

LA INFANCIA

CAPITULO II



L año de mi nacimiento fué el de los primeros atentados de dinamita contra el zarismo. Dos meses antes de nacer yo—el 26

de agosto de 1879, exactamente—quedó constituido el partido terrorista La Voluntad del Pueblo y decretó la muerte de Alejandro II. El 19 de noviembre del mismo año se registró un atentado contra el tren imperial y dió comienzo la lucha fatídica que había de culminar en el asesinato de Alejandro II, perpetrado el 10 de marzo de 1881, y de originar al mismo tiempo la destrucción de La Voluntad del Pueblo.

Acababa casi de terminar la guerra ruso-turca. En agosto de 1879, Bismarck asentaba los cimientos de la alianza austro-alemana. Zola publicaba el mismo año su novela "Naná", que daba a conocer al futuro organizador de la "entente", a la sazón Príncipe de Gales, como "técnico" diestro en materia de actrices de opereta. La ola de reacción que inundaba a Europa desde la guerra franco-prusiana y la derrota de la Comuna no disminuía en intensidad. En Alemania, la social-democracia se veía ya enfrentada a la legislación "especial" de Bismarck. Victor Hugo y Luis Blanc presentaban en 1879 en la Cámara francesa un proyecto de ley de amnistía en favor de los "communards".

Pero ni los debates parlamentarios, ni las gestiones diplomáticas, ni siquiera la explosión de las bombas de dinamita hallaban eco en la aldea de Yanovka, donde vi yo la luz primera y donde viví hasta los nueve años. El trigo y el ganado dictaban sus leyes en las estepas sin límites de la provincia de Kherson del mismo modo que en toda la Nueva Rusia, y ésta vivía su propia vida peculiar. La región estaba protegida contra cualquier incursión de la política por su extensión enorme y la falta de caminos. Numerosas sepulturas nómadas—"kourgans"—, sembradas por doquiera, hablaban de la gran migración campesina.

Mi padre era labrador. Humilde colono al principio y terrateniente después. Cuando niño, abandonó con su familia el pueblecito judío natal de la provincia de Poltava y marchó a buscar fortuna a las libres estepas del sur. No aprendió a leer hasta que, ya viejo, pudo permitirse algún descanso. Poseía un carácter muy firme y una gran capacidad de trabajo. Mi madre, inferior a él en punto a mentalidad, actuó toda su vida de fiel colaboradora en el esfuerzo diario. Al nacer yo eran dueños de una granja de 120 hectáreas y un molino harinero. Además, mi padre cultivaba más de 1000 hectáreas de terreno arrendado.

La crisis agraria del ochocientos, provocada por la competencia de ultramar, arruinó a casi todos los propietarios de nuestra localidad. Mi padre, sin embargo, logró seguir prosperando lenta y firmemente. Al estallar la revolución de octubre tenía bienes de fortuna que llegaban casi a la opulencia. Mi madre murió en 1910, pero mi padre vivió hasta presentir el advenimiento del poder soviético. En la época en que la guerra civil asolaba con virulencia extraordinaria el sur de Rusia, aquel anciano de setenta y cinco años se vió obligado a recorrer a pie cientos de kilómetros con objeto de



Mi padre era labrador

buscar un refugio temporal en Odessa. En su calidad de terrateniente, los rojos le consideraban como enemigo. Al mismo tiempo, los blancos le perseguían por ser el padre de Trotski.

Cuando las tropas soviéticas hubieron limpiado al fin de blancos el sur, mi padre consiguió llegar hasta Moscú y se estableció allí. La revolución de octubre le había desposeído, ni que decir tiene, de cuanto adquirió en el curso de su larga vida. Durante más de un año estuvo encargado de un pequeño molino de propiedad oficial, cerca de Moscú. Falleció de tifus en la primavera de 1922, a la misma hora en que yo informaba ante el Cuarto Congreso del Comintern.

La aldea de Yanovka se encontraba situada a 23 kilómetros de la estafeta rural de Correos más próxima y a 35 del ferrocarril. La llegada de una carta suponía un acontecimiento. El recibo de un telegrama, una catástrofe. El tiempo corría al margen de toda noción de autoridades y centros urbanos y mucho más al margen todavía de los acontecimientos de la Historia. Las necesidades y los afanes del cultivo agrario regían por completo la existencia. Todo lo demás era indiferente. Todo lo demás exceptuando, claro está, el precio del trigo en el mercado extranjero.

A pesar de la relativa prosperidad de mi padre en aquella época, nuestra familia habitaba hasta fines del siglo pasado una casa de ladrillo con techo de paja, en el que anidaban a placer los gorriones. Los muros no estaban bien afirmados y tenían en la parte de afuera rendijas por las que solían entrar las salamandras. A veces las confundíamos con lagartos vulgares e intentábamos en vano matarlas con agua hirviendo. Cuando llovía mucho, el techo se empapaba y era necesario colocar jarros y toda suerte de vasijas debajo de las goteras. En la última vacación escolar que pasé en Yanovka tracé los planos de una nueva casa con tejado de

cinc. Cuando la edificaron me encontraba ya en la cárcel. Tengo noticias de que hoy está ocupada por la escuela del pueblo. Yo no he vuelto a Yanovka desde entonces.

Mi familia no era religiosa. En los días de mi primera infancia observaba aún el rito en forma muy atenuada. Con ocasión de las grandes solemnidades mis padres se trasladaban a un lugar situado a cuatro kilómetros de Yanovka, donde había una sinagoga. El crecimiento de los hijos... y el aumento de los ingresos fueron debilitando cada vez más aquel fervor levísimo. Mi padre no creía en nada y se expresaba libremente al respecto. Mi madre prefería guardar un silencio discreto y se limitaba a alzar los ojos al cielo en los momentos oportunos.

Era yo su quinto hijo. Tengo la sospecha de que mi nacimiento no causó gozo extraordinario a la familia. El trabajo ocupaba demasiado la vida por sí solo, y en estas circunstancias los hijos resultaban un algo inevitable, pero nunca una necesidad. Se les concedía apenas el mismo interés que en las familias de campesinos acomodados. De ocho hermanos nacidos en la nuestra sólo vivieron cuatro, y nuestros padres enderezaron todos sus esfuerzos a procurarnos instrucción.

En verano, la vida de la granja cobraba intensidad febril. Mi padre se levantaba a las tres de la madrugada y se acostaba a las ocho de la noche. Mi hermano mayor no dormía casi del caballo. Mi madre trajinaba en la casa y en el molino.

En invierno todo estaba muerto. Una gruesa capa de hielo cubría los cristales de las ventanas e impedía ver el sudario de nieve, que en las fachadas expuestas al viento de frente llegaba al tejado. La paja era utilizada como combustible. La amontonaban en las habitaciones en pilas enormes, y así, sin deshacerla, iban echándola en la estufa. Daba alegría verla arder.

Por LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

En primavera, la explanada se convertía en un barrizal. El mecánico Iván Vassilyitch se había fabricado un par de zancos altísimos, y el corazón me saltaba, jubiloso, dentro del pecho cada vez que aparecía encaramado en ellos.

El primer año del que guardo recuerdo preciso fué el de 1885. Tenía yo entonces seis, y traje aquél para Rusia malas cosechas, crisis y disturbios obreros. Lo que impresionó, sin embargo, únicamente a mi imaginación infantil, fué la magia de sus cifras 1-8-8-5. Traté con gran emoción de investigar las relaciones que podía haber entre el tiempo y los números. Creía que el año 1885 duraría eternamente o cuando menos mucho tiempo, mucho, tanto como la piedra enorme que hacía las veces de umbral de nuestra casa, o como el molino, o como yo mismo.

Sucedió, sin embargo, que bien pronto el año 1886 reemplazó al 1885. Me pareció ello misterioso, terrible casi. Desde entonces los años empezaron a desfilarse ante mis ojos; lentamente al principio, con velocidad siempre en aumento luego. Durante muchos lustros, empero, el año 1885 permaneció siendo para mí el destacado, el señor, el patriarca. Me fué revelado en su decurso el modo de contar los años, y se convirtió así en mi era.

Había llegado la hora de instruirse. No existía más escuela que una en la Colonia Gromokli, donde residían unos parientes nuestros desde que adquirieron el primer lote de terreno. Un barranco dividía la colonia en dos partes: alemana y judía. Veíanse en la primera buenas edificaciones con tejados "ad hoc", lustrosos caballos, ganado bien alimentado. En la sección judía las casas eran tugurios en ruinas, las vacas esqueléticas, la pobreza y la miseria abyectas.

Mi padre me llevó allí un domingo y me dejó a vivir con mi tía. Quedó acordado que aprendería el idioma ruso, aritmética y la Biblia hebrea. El maestro era un hombreillo encallecido. Tenía un no sé qué de parecido con el pájaro bobo. Su mujer le dominaba y dominaba también toda la escuela. A lo mejor estábamos en clase y entraba ella corriendo con un puñado de harina en las manos. "Huele a ver—decíale a su marido—. Me parece que suelta un tufillo raro." Y cuando el maestro acercaba las narizotas, ella le echaba la harina por la cara. La broma nos causaba gran alborozo a todos, con excepción, naturalmente, de la víctima.

No permanecí en la escuela más que unos meses. De la colonia regresé a mi casa, donde seguí estudiando yo solo. Mi hermano me repasaba alguna vez las lecciones, pero por lo común me veía yo reducido a mis propios medios. Leía, dibujaba y copiaba versos. En raras ocasiones mi madre me confiaba las llaves de la despensa para la entrega de víveres a las cuadrillas de peones. Me divertía contemplar cómo el cocinero iba midiendo a puñados la harina del "galushki"—especie de pancake—, uno por cabeza. En la temporada de más trabajo me ofrecía voluntario para llevar a mi tío Gregorio el almuerzo al campo. Mi tío me sentaba junto a él a la vera de la carretera. "Mejor será que nos arrimemos más a la parva—decía yo con aire de entendido en la materia—, porque allí no hay tanto polvo." "¿Y qué pasa con el polvo?"—respondía mi tío—. El polvo es tierra, y hasta la sopa sabe más sabrosa con tierra.

Cuando aprendí a escribir y a hacer cuentas me encomendaban a veces la tarea de pesar el grano que traían los

campesinos y calcular cuánto tenían que abonar por la mollienda. También ayudaba a mi padre a pagar los jornales a los peones. Pero lo que en aquel entonces ofrecía un interés más sugestivo para mí era el taller de Yanovka, dirigido por el mecánico Iván Vassilyitch, que gozaba de gran fama en todo el contorno. Hombre de mil recursos y habilidades, era capaz de construir un arado, y una rueda, y hasta una bicicleta sin neumáticos. En uno de estos artefactos aprendí yo a montar. Lo mismo arreglaba Iván Vassilyitch un reloj que un violín, y hasta había concebido un proyecto para resolver el problema del movimiento continuo.

Solía yo pasarme los días enteros en su taller. Me entusiasma hacer funcionar el fuelle de la fragua, que era de un modelo especial ideado por Iván Vassilyitch, o accionar el manubrio del torno, especialmente cuando éste realizaba el milagro de trocar tarugos de acacia en juegos de bolos o pelotas de croquet. Me fascinaban a sí mismo las conversaciones que escuchaba allí. Habrá que confesar que no se rendía en ellas mucho tributo a la decencia, y que si se aludía a ésta, era más bien para desprestigiarla que para darle brillo. Pero, por otra parte, mi horizonte de conocimientos humanos se dilataba sin cesar.

Thomas, el compañero del mecánico, nos ilustraba acerca de los usos y costumbres de los terratenientes, sus antiguos amos, y las mujeres de ellos. El molinero Felipe, que había servido en los dragones, refería episodios truculentos de sus días de hombre de guerra. Iván Vassilyitch intervenía para formular la palabra precisa, el concepto justo. Sin cuidarse mucho de mi presencia, hablaban libremente, no ya de los señores en general, sino de los de Yanovka en particular. Tuve así ocasión de ver a "los amos" desde abajo y tales como eran.

La vida de aldea me dió, pues, a conocer los cultivos agrarios, los caballos y los toros, los conejos y los escorpiones, el torno de madera y la cosecha norteamericana. La aldea me dió a conocer al campesino ruso, al de la vecindad, que llevaba su trigo al molino de mi padre, y también al de regiones remotas, de las provincias de Poltava o Kiev, que llegaba a pie, en la época de la siega, desde lugares lejanos para realizar cualquier trabajo, llevando a la espalda su gualdía y un hatillo de efectos.

La aldea puso de relieve a mis ojos la decadencia económica gradual de los terratenientes y los procedimientos de que se valían los capitalistas para amontonar dinero. La aldea descubrió al muchacho que yo era aspectos muy diversos de las relaciones humanas en toda su desnudez, facultándole así para apreciar más tarde con doble intensidad un tipo de cultura diferente: la cultura de la ciudad.

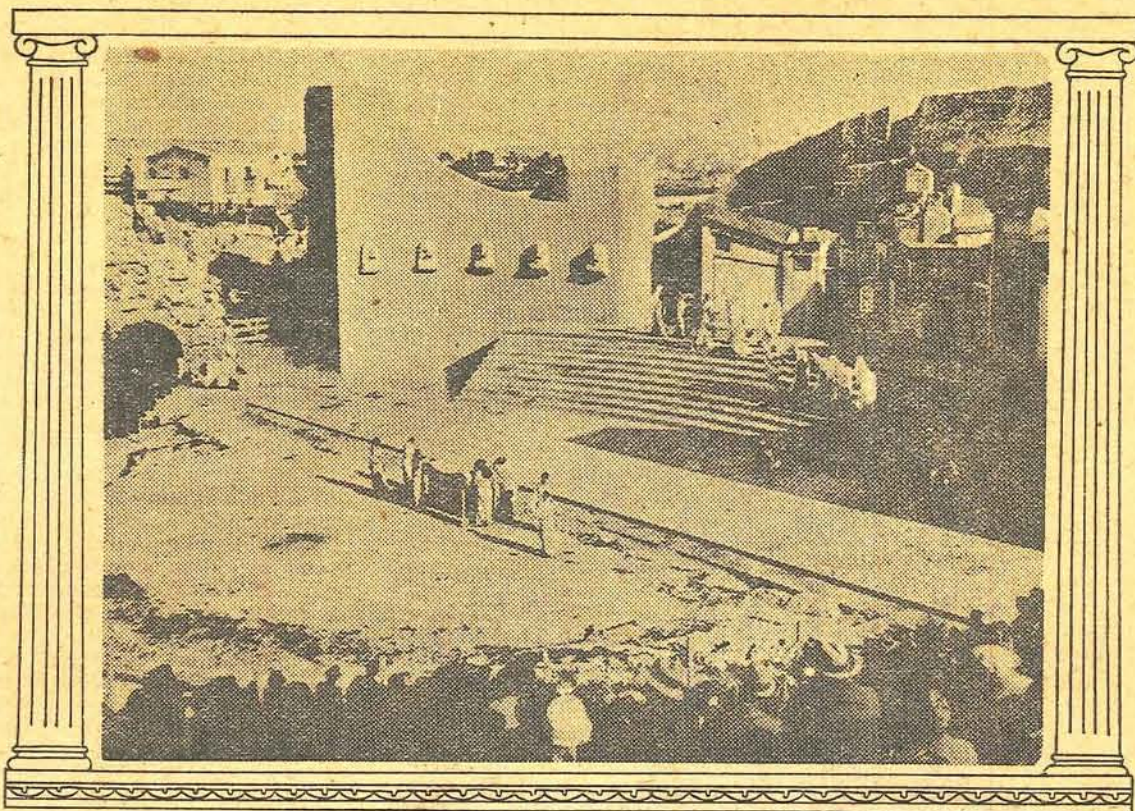
(Continuad.)

UNA ISLA EN BUSCA DE UN REY

EL anciano jefe de la isla de Parotonga, que pertenece al archipiélago de Oceanía, acaba de morir, y sus fieles súbditos buscan ansiosamente al hijo de un misionero que vivió allí cierto tiempo, para nombrarlo Rey. Como el difunto jefe no tenía hijos, adoptó a este muchacho, y en cierta ocasión lo proclamó heredero suyo.

El misionero, no haciendo caso de esto, resolvió, por razones particulares, ausentarse luego de la isla, trasladándose a Australia con su familia. Los habitantes de la isla buscan desesperadamente a su Rey, al que según parece no logran encontrar.

EL DRAMA SAGRADO



Una escena de "Medea", tal como ha sido representada en el anfiteatro de Siracusa

HACE algunos años seguía yo el curso de jurisprudencia en la Universidad de Roma. Un día estaba leyendo, casualmente, en casa de unos amigos, un trozo de la "Iliada", y Virginia Marini, actriz ilustre y entonces directora de la Academia de recitación de Santa Cecilia, me dijo que mis aptitudes sobresalientes—y por mí ignoradas—para el arte dramático, además de mis dotes de cultura y de voz, me predestinaban a una quizá combatida pero segura y luminosa carrera si me dedicaba al despertar de la tragedia clásica por los caminos de la literatura y del pensamiento, bastante descuidados en aquel momento. Escuché el consejo (hice, me dijeron entonces, un desatino) y dejé las aulas de la Universidad por las tablas de nuestro Teatro Argentina, de Roma, donde, desde el primer día, en 1914, me fué confiado el papel principal. Así es que, después de breve tiempo, en 1915, pude formar una compañía, junto con Ferrero, Palmirini y Pieri; pero las dificultades acarreadas por la gran guerra me obligaron a detenerme algún tiempo.

Reanudé mi actividad en 1919, coasociada con Ferrero y Paoli hasta 1921; formé parte este mismo año de la compañía dirigida por Virgilio Talli, y en 1920 pasé a la de Anibal Benotrone. Pero, no obstante el creciente favor del público y de la crítica, un buen día me venció el penoso sentimiento de insatisfacción y de inutilidad de mi esfuerzo, que siempre me oprimía, aun en medio de los más calurosos triunfos; y cansada de aquella cotidiana, incesante, deprimente lucha, que me parecía realmente inútil, y vencida también por otras razones de incompatibilidad de ambiente, volví a mi casa y a la Universidad. ¡Demasiado frecuentes y demasiado agudas las divergencias entre mis tentativas artísticas, el gusto del público en aquel momento y los intereses pecuniarios de mis socios! Combatir, sí, y hasta combatir con penosa tenacidad, pero combatir sobre todo—esto es necesario—en armonía con las propias tendencias y con los propios propósitos; de otro modo, ¿por qué y para qué insistir en un camino difícil e inconciliable con las irrefrenables actividades del espíritu? Hablar de volver a la simple, clásica grandiosidad de la tragedia antigua, entonces, en el momento áureo de la actividad teatral, tan singularmente variada de un Pirandello, de un Niccodemi, de un Martini, de un Cavacchioli, de un Forzano, mientras reinaban el psicologismo, el simbolismo, el intimismo, el teatralismo, era lo mismo que sentar plaza de loco o de iluso, y esto, en efecto, se decía de mí. Sin contar con que mis obligaciones de consocio me obligaban a desempeñar papeles en absoluto antagonismo con mis tendencias artísticas y con mi carácter. Así fué que me retiré en buen orden y me dediqué a otras actividades sin deplorar los aplausos, que nunca me han mareado, porque nunca los he considerado un fin en sí mismos, bien que reconozca su utilidad bajo ciertos aspectos.

Después de dos años, en 1924, el Comité de las Representaciones Clásicas Siracusanas, que se formó en 1914 en Siracusa, para restaurar en aquel Teatro Griego la tragedia antigua, que había suspendido durante la guerra su actividad y que se convirtió después, en 1925, en Instituto Nacional del Drama Antiguo de Siracusa, me llamó a dar voz y vida a la trágica figura de la Antígona de Sófocles. Era lo que había esperado durante tantos años, y fué un triunfo. Los críticos italianos y extranjeros—

permitaseme esta casi orgullosa inmodestia—me declararon unánimemente la única actriz italiana singularmente apta para el teatro clásico. Sin embargo, después de la Antígona me retiré y durante tres años me recogí a estudiar en silencio, con un paréntesis de tres meses, en 1926, en el que, habiendo formado una compañía con Gualtiero Tumiat, quise hacer conocer en Italia el "Coriolano", de Shakespeare. En 1927 el Instituto, con motivo de las trienales representaciones clásicas de Siracusa, me confió la tragedia "Medea", de Eurípides. A mi éxito artístico acompañó un pleno éxito financiero para el Instituto: un encaje de más de 700.000 liras en sólo nueve representaciones dadas en doce días. Mientras todos los otros teatros de Italia estaban en déficit y gritaban "crisis", este resultado coronaba victoriosamente mis previsiones sobre la eterna vitalidad, la indestructible belleza, la segura eficacia de la tragedia antigua hasta en nuestros días.

En junio del mismo año 1927, con motivo de la reconstrucción, por mí calurosamente proclamada y sostenida, del antiguo teatro romano de Ostia, en seguida de haber representado el "Alceste", de Eurípides, en el renacido teatro de Pompeya, representé en Ostia nuevamente la "Antígona", y el comendador Grossi Gandi escribía en "Le Osservatore Romano", después de haber asistido al espectáculo, altas palabras de admiración y aplauso.

Pero durante las treguas de mi alejamiento de la escena, el estudio de todo un teatro, desconocido en nuestros días, me absorbía y me entusiasmaba; el estudio del antiguo Teatro Sacro italiano. Este teatro, fenómeno importantísimo en nuestra literatura de muchos siglos, este teatro que ha fijado en eterna e inextinguible luz de suprema belleza los momentos más expresivos del más alto drama humano y divino del mundo, este teatro que puede hacer revivir en nuestro espíritu toda una época, quizá la más bella, de la historia de nuestro pueblo, una época en la que fe y arte daban alma y alegría a toda la vida, este teatro que floreció, durante varios siglos, con cálido éxito, desde el sombrío Medio Evo, junto con las gloriosas manifestaciones de la pintura, de la escultura y de la poesía, este teatro con sus visiones de fresca y conmovedora belleza podría tener, aun en nuestros días, profundos y significativos ecos

morales, religiosos y artísticos, y hoy, que cansados por los exasperantes intelectualismos que han secado los corazones y desorbitado los cerebros, todos estamos embargados por el inquieto, ansioso deseo de más altos horizontes y de más vastas y profundas aspiraciones, hoy el éxito de este teatro podría marcar una vida nueva y fecunda.

El drama sagrado, que tiene profundas analogías de procedencia y de íntima esencia con la tragedia clásica, a través de las sagradas liturgias, se une con aquella directamente, y cuando se la estudia, se ve que es su necesaria, imprescindible expansión, valorización y complemento. En efecto, la tragedia clásica, manifestación de gestas audaces y gloriosas, de sacrificios sangrientos, de luchas cruentas y con frecuencia fratricidas, no salva nunca, ni puede salvar, en los hechos y en los individuos, la valla pagana de la muerte. El drama sacro, por el contrario, que fué fuente y alimento de todo el teatro medieval, precisamente de la muerte, vencida para la eternidad en la cumbre del Gólgota, perennemente, inextinguiblemente resucita la vida y así el cielo se amplifica y se cumple, el ritmo mesurado se vuelve incesante e incontinente, el mortal se transforma en inmortal, las posibilidades del espíritu alcanzan su vuelo eterno e ilimitado, aun dentro del relativo campo y tiempo de la humanidad. Además—circunstancia singular—, al despuntar el alba del cristianismo, los mismos emperadores romanos ordenaban que dentro del vasto Anfiteatro, junto a los gladiadores, víctimas inútiles y sin duda íntimamente rebeldes al feroz egoísmo y a la cruel brutalidad pagana, fueran llevadas a la muerte mortal, víctimas imperecederas y voluntarias, las falanges gloriosas de los

hijos de Cristo. ¡El Coliseo! El Coliseo, teatro y testigo de nuestra fe en los primeros siglos, fué también, y esto en pleno Renacimiento, el teatro de nuestra religión, dándose aquellas Sagradas Representaciones de la Pasión de Cristo, que, ordenadas por la Iglesia e interpretadas por la confraternidad de Santa Lucía del Gonfalone, atraían a millares de espectadores, que acudían de todas partes del mundo, que profesaban todas las religiones y que, dominados por la belleza de aquel espectáculo, esparcían por toda la tierra el recuerdo de su emoción entusiasta. Y de este modo el Teatro Sacro, esencialmente italiano, como fenómeno literario, porque es de directo origen clásico, y como fenómeno religioso, inseparablemente nuestro, pronto se volvió escuela y modelo de los pueblos extranjeros. Pero si esto es para nosotros legítima razón de orgullo, es también muy deplorable, por muchas razones morales, religiosas, artísticas y nacionales, que el Teatro Sacro italiano se haya desterrado de nuestro país y de aquel Coliseo, su primera y su casi natural sede, querida y conservada quizá durante siglos por la Divina Providencia, y que, por el contrario, haya seguido viviendo en otros países católicos, en Francia, en España, en Baviera, donde—como en Oberammergau—con motivo de la celebración del Misterio de la Pasión, acuden todavía hoy numerosos y entusiastas espectadores.

Muchos prevén, muchos deploran hoy la muerte del teatro. Estamos sin duda en un período de crisis aguda, crisis de espíritu y de carne, de cerebro y de corazón, de razón y de sentimiento; pero, si bien por diversas razones innegablemente decae como expresión artística y como actividad humana, el teatro, nacido casi necesariamente con la humanidad, es indestructible como la vida secular y eterna de la misma humanidad. Por otra parte, nadie puede desconocer que inmediato, seguro, vehementemente suscitador de altos sentimientos y de poderosas emociones, a la vez que de pasiones bajas, de desviaciones cerebrales, de groseros instintos y de determinaciones funestas, es el teatro, y cuál y cuánta influencia, más directa e inmediata que las demás artes, puede ejercer esta arma, a un mismo tiempo maravillosa y peligrosísima. Y entonces, ¿por qué descuidar o fingir que se puede olvidar esta importante,

esta indestructible actividad moral, social, religiosa y artística; por qué tratar inútilmente, erróneamente, aunque sea con santos propósitos, de excluir el teatro de nuestra vida y sobre todo de la de nuestros hijos? Para combatir en nombre y beneficio de la moral y de la sociedad, tratemos, por el contrario, de valernos precisamente de esta arma, dándole nueva vida, nuevo fuego, nueva luz, nuevo entusiasmo en el organismo empobrecido y cansado. Y como los arqueólogos cristianos, para confortar e iluminar a la universal familia católica, bajan hoy, para arrancar a la obscuridad de las catacumbas y de los siglos, las primeras y gloriosas huellas de nuestra fe, así nosotros, para devolverle al teatro su primitiva, su verdadera función, suscitadora de energías y animadora de entusiasmos nobles y francos, pidamos alientos, luz, impulso, ideal a la belleza profunda, simple y eterna de los misterios del Teatro Sacro. Llevemos, pues, este Teatro Sagrado a los colegios, a los reformatorios y a las cárceles; pronto nos daríamos cuenta de los resultados morales, de la eficacia, de la importancia de tal iniciativa. No puede fallar el éxito artístico de esta grandiosa obra, porque pediremos que concurren armoniosamente, para el triunfo de la fe y de la palabra de Cristo, a todas las artes hermanas. Y no olvidemos que el Teatro Sacro, hasta en su desarrollo escénico, ofrece la posibilidad y la variedad de cambios de lugar y la riqueza de sensaciones rápidas y diversas, que es hoy una de las cualidades indiscutibles e incombustibles del cinematógrafo sobre el teatro moderno.

Cierto y evidente: una tan vasta, tan profunda iniciativa, que tiende a alcanzar fines altísimos y que plantea también problemas de ardua realización, no puede y no debe ser una iniciativa librada a la sola fe audaz, al apasionado valor de unos pocos; quedaría reducida su importancia histórica y alterado su carácter religioso universal. Unámonos, pues, lo digo a cuantos conmigo están de acuerdo, y amemos el teatro con ese amor católico que nada aparta ni nada desperdicia y que, por el contrario, todo lo acoge y lo coordina, para resolverlo todo en el bien verdadero, en el bien bello, en el bien supremo, con aquel amor que es necesidad de prueba a la vez que posibilidad de perfección, para cada cual y para la humanidad. Ningún país como el nuestro puede hoy recordar y evocar con un ciclo perfecto, griego, romano, cristiano, sus gloriosas tradiciones milenarias; ningún país como el nuestro puede reconquistar a su propio teatro, su verdadera, su sola función; ningún país como el nuestro puede ofrecer, a través de este soberbio, de este vasto teatro, su imperecedera historia a la admiración del mundo, quizá porque ningún país como el nuestro puede reconstruir y fijar—siglo tras siglo—, a través de la firmeza incommovible de los Evangelios de Cristo, la Historia de la Verdad con la Verdad de la Historia. Por esto, quizá, nosotros, más que nadie, podemos esperar siempre que en la nueva atmósfera, creada por los valores eternos de cuanto hay en nosotros por voluntad divina y por necesidad histórica indestructible, surja el nuevo cantor inspirado por aquella altísima, perfecta, iluminada voluntad que, en el 1300, siglo de luchas políticas y de espirituales conquistas, suscitó, en la fe de Cristo, al Santísimo poeta de Asís y al altísimo vate de la "Divina Comedia", para que fe y poesía, con la acción y con la palabra, levantaran para gloria del Creador y para alegría y sostén de sus criaturas el Cántico inmortal y nunca superado.

**MARIA
LETICIA
CELLI**

(Para LA NACION)
ROMA, marzo de 1930.



ABLA con sobrada razón Mr. Louis Colas, profesor del Liceo de Bayona, cuando opina que los estilos llamados regio-

nales no deben entenderse como serias reglas fijas articuladas por la voluntad creadora de este o de aquel artista decorador. Así lo hemos entendido nosotros también y así lo expresamos en un somero estudio sobre interiores provenzales publicado en estas mismas columnas, al afirmar que los estilos rústicos deben considerarse—teniendo en cuenta las exigencias de nuestro tiempo—como puntos de arranque hacia nuevas conquistas decorativas que nos han de servir para defendernos de la niveladora y filistea uniformidad contemporánea que amenaza con arrasarlo todo; pero nunca como círculos cerrados en una rigidez estéril de formas y dibujos perpetuamente reproducidos, en vista de los modelos de los museos y de las colecciones de las antiguas viviendas nobles.

Así, pues, los estilos regionales fueron entendidos por los especialistas, en su revaloración de los últimos años, como puntos básicos de partida hacia procesos de estilización futura. Nada se gana, como es error muy frecuente, calcando las piezas nuevas en las formas toscas salidas generalmente de manos del artesano rural

uno su idioma. Esto parece visiblemente claro, además de en muchas otras cosas, en esos objetos de uso diario, que es donde va quedando plasmada la vida peculiar de cada pueblo en esa forma íntima de la historia, que es la costumbre. Los muebles vascos, franceses y españoles, son fundamentalmente los mismos, aun cuando a partir, posiblemente del siglo XVII, cada uno de ellos haya absorbido influencias de los es-

centes elementos arcaicos en su construcción y, sobre todo, en su ornamentación, en la que pueden advertirse, sin gran sagacidad, círculos radiados árabes, estilizaciones florales greco-bizantinas, seriadas arcaturras del románico, la hélice arremolinada que recuerda algunas insculturas ibéricas precristianas, los tableados del ojival y aun algunos signos simplificados de indudable intención mágica, familiares para cuantos

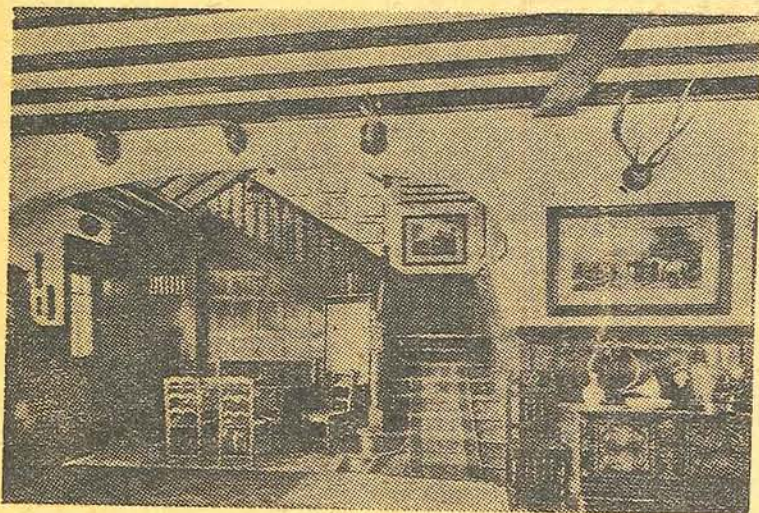
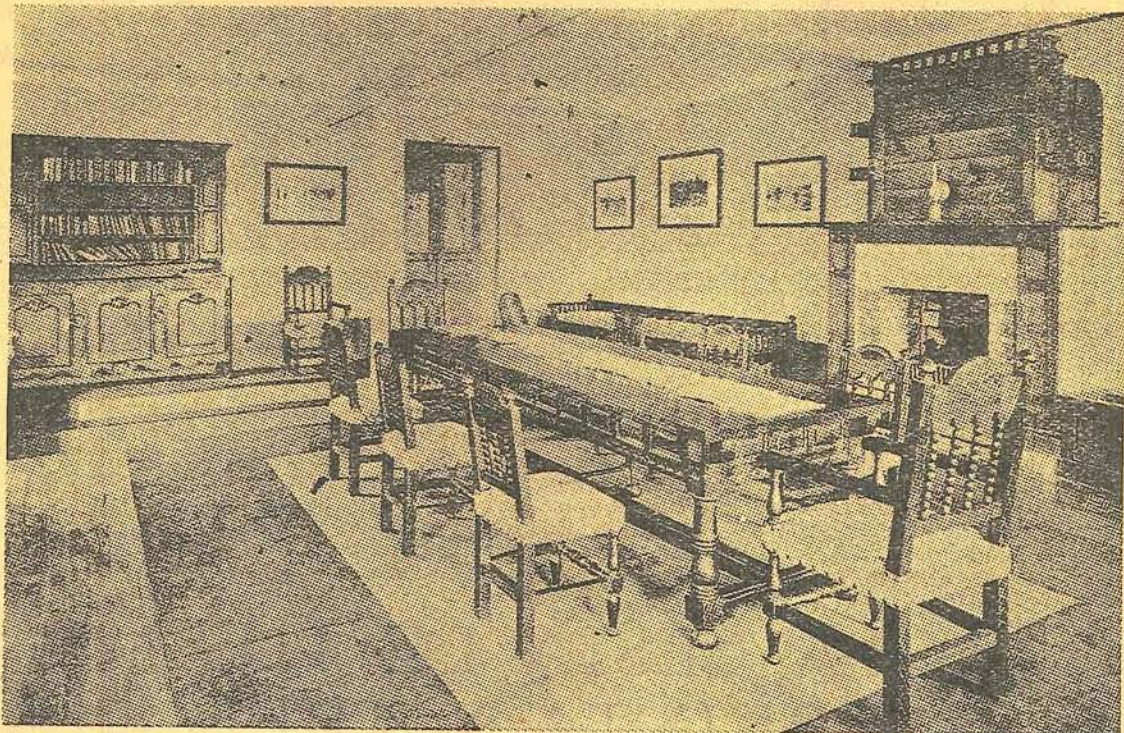
blandura barroca de la espiral salomónica.

De lo dicho se deriva que esta clase de muebles debe ser trabajada en piezas grandes. Se presta poco para el primor. Su efecto notabilísimo se obtiene agrupando en espacios amplios abundantes conjuntos. Las agrupaciones establecen entre ellos un ritmo de que carece el mueble aislado, si se exceptúa la cama historiada hasta con cuatro hileras de co-

originalidad de estos conjuntos la relativa baratura de la mano de obra y de los materiales—generalmente roble y castaño, que, al menos en Europa, son maderas no caras—y su extraordinaria resistencia, y se verá que es el mueble ideal para los destinos señalados e insustituible para las estaciones termale o veraniegas en las montañas, donde el clima exige todas las precauciones, en lo que a resistencia se refiere.

Otra ventaja estriba en el poco costo de la decoración. En los lugares de recepción, techo con vigas oscuras, que muy bien pueden ser imitadas con la yesería. Los suelos en baldosa roja, opaca. En los ambientes muy iluminados, como son las galerías, hall y salidas, pueden asociarse, en un sentido de fantasía de gran elegancia, las baldosas rojas y negras. Es preciso, eso sí, mantenerse en cierta prudente lejanía del llamado estilo español, en lo que respecta a la decoración. Nada, pues, de azulejos policromados ni de alambillas sevillanas o levantinas. Cualesquier mezcolanza de esta índole sería funesta para la seriedad y para la autoridad del estilo. Las cerámicas de colores pueden permitirse en forma de tinajas, platos y piezas ornamentales de bulto para encima de los aparadores y repisas.

Para los cortinados se dispone de las deliciosas telas vascas, a grandes cuadros azu-



Golf-Club de la Nivelle,
en San Juan de Luz

INTERIORES VASCOS

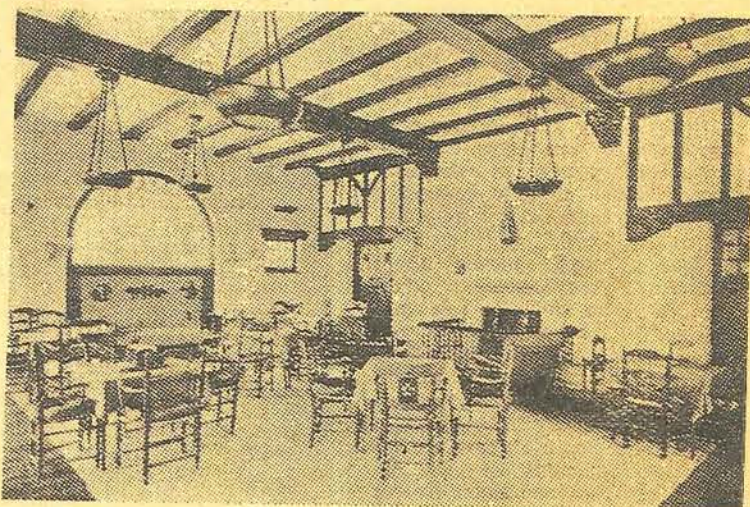
Villa
Irrintzina,
en Biarritz

Círculo
"Les Tamaris"
en Biarritz

POR

JEAN
LAROCHÉ

Otro interior del Golf-Club
de la Nivelle

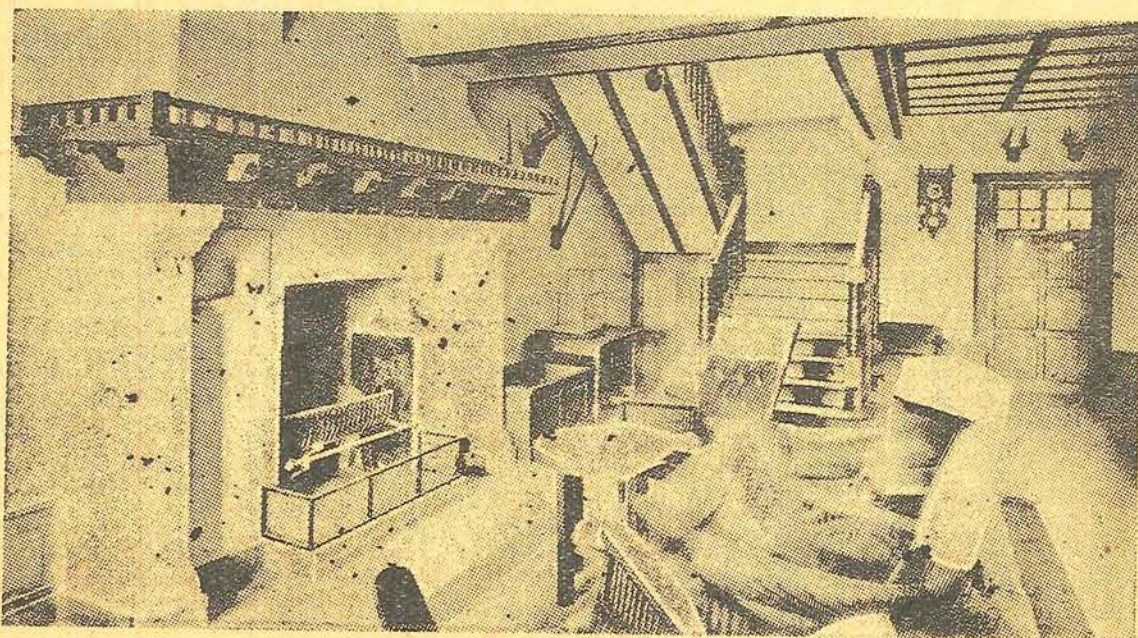


o villego de otros tiempos, que trabajó, como lo hizo, no por habérselo propuesto así, sino porque las condiciones de perfección de su oficio no le permitían ir más allá, ni las exigencias de su tiempo se lo demandaban.

Ahora bien: dentro de este orden de ideas hay estilos que permiten, y aun señalan con la parquedad de sus formas, un derrotero de superación. En cambio, hay otros en los que es poco posible fantasear sin desvirtuar. He aquí dos ejemplos clarísimos: el mueble provenzal y el mueble vasco. El primero casi puede decirse que cierra su ciclo en sí. Formas demasiado "civilizadas" lo fueron modelando a lo largo de su evolución y, al final, sufrió el influjo categórico del "rococó", que en lo decorativo es un tapiado callejón. Por lo contrario, el mueble vasco, de suyo más francamente rústico, más paisano, mantuvo hasta hoy sus formas pristinas y las influencias extrañas apenas fueron más allá de lo simplemente episódico u ornamental.

★

Sabido es de todos cómo, por el interés de dos grandes Estados europeos, el pueblo vasco y su raza original y fuerte aparecen escindidos en dos subdenominaciones que nada tienen que ver con la realidad étnica y poco con la realidad geográfica. En efecto, se habla de vascos-franceses y de vascos-españoles. Pero en realidad el pueblo vasco es uno, como una es su mentalidad y



tilos llamados nacionales en aquellos Estados europeos de los que el pueblo vasco es tributario. Digamos de inmediato que lo español ha influido más decisivamente y que, según los indicios, es en la península ibérica donde habrá que buscar raíces originarias de dicho estilo, y digamos también que discrepamos en absoluto con la opinión de los tratadistas franceses en lo que a cronología se refiere. Uno de los más conspicuos y atendibles dice: "La grammaire décorative des artisans de village basques, n'était pas bien compliquée: il y a deux ou trois siècles". Esto podría ser cierto si el mueble vasco no presentase evi-

se hayan enterado un poco de ciertos estudios medievales.

Esto, en cuanto a la ornamentación. Por lo que se refiere a la técnica constructiva, puede decirse que la característica arquitectónica del mueble vasco hay que buscarla en su predominio de la recta sobre la curva. Esa circunstancia le hace más fuerte que delicado, más recio que exquisito. Fuerte y recio no tan sólo por la razón de su estructura técnica, sino por la de su estética aplomada y firme, con descargo resuelto de su peso sobre las verticales, sin que los torneados en rosario, en calabazo, etc., muy parecidos al primer jacobino inglés, caigan nunca en la

lumnillas al torno, a la que la abundancia de las telas que la recubren en forma de pabellones y cubrecamas le otorgan, junto con su riqueza temática en los adornos, cierta suave individualidad.

Este aire de fuerte sosiego y de seguridad sin tosquedad que ofrecen los grandes conjuntos de muebles vascos han sido sagazmente aprovechados por los decoradores modernos para el amueblamiento de edificios colectivos: cafés, hoteles, bars, etc. Desde la Exposición de Artes Industriales celebrada en París en 1925 están en boga creciente. Y esta vigencia del favor público se explica. Añádase al singular efecto y a la

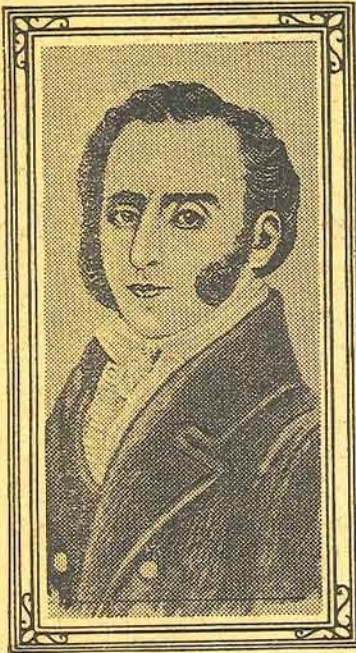
les o rojos, sobre fondo blanco, tan conocidas en el comercio y tan favorecidas por la moda actual.

Como artefactos de luz, faroles en los exteriores, y en la planta de recepción arañas que consistan en una gran franja circular de lámina de hierro batido, suspendida por cadenas y pendiendo del interior de esta especie de corona un volado de tela similar a las cortinas. También pueden construirse ingeniosas arañas de madera, con barrotes torneados, entre aros de madera también. Los artefactos holandeses no desentonan. Pero deben evitarse los broncecillos cincelados, los cristales y las pantallas de sedas muy coloreadas. En cuanto a las habitaciones íntimas, los techos y las paredes deben ser solamente encañados. Las ventanas en arco, puertas de comunicación y las cortinas servirán para romper las grandes superficies blancas. Donde la higiene lo permita—por ejemplo, en la biblioteca, living-room y fumador—pueden ornarse las paredes con objetos pintorescos, que recuerden el país, trofeos de caza, etc.

★

En general, el estilo vasco se presta a derivaciones muy interesantes y muy modernas. Contando con ambientes adecuados y siendo sus conjuntos ordenados con sensatez—base de todo arte de interiores—alcanza a otorgar efectos de imponencia y de suntuosidad poco sospechables en los llamados estilos rústicos.

Don Juan Antonio Lavalleja



N LA NACIÓN del 8 de marzo del año pasado, estudiando la exégesis de la "Epopeya Uruguaya", publiqué algunos documentos inéditos relacionados con la famosa empresa libertadora.

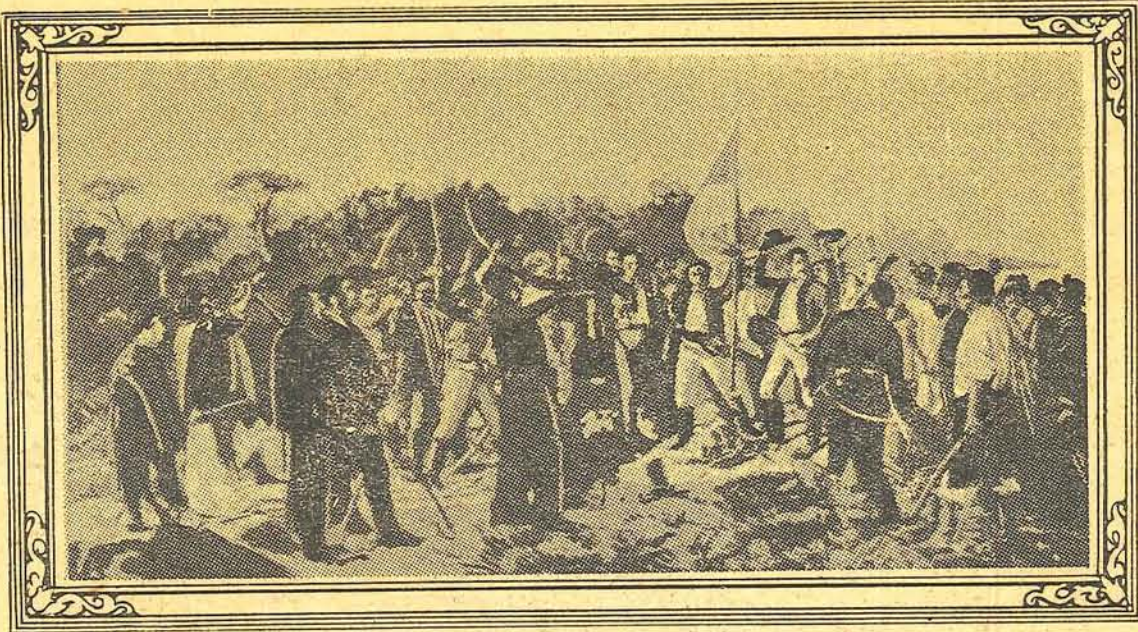
Vuelvo nuevamente sobre el mismo tema con otros documentos, igualmente inéditos, a los que asigno importancia decisiva, no sólo por las circunstancias, sino por la autoridad de las personas de quienes proceden, siguiendo las reglas de crítica histórica aconsejadas por Mr. Daunou.

¿Quiénes y en qué momento del tiempo han sido los inspiradores y actores del alto pensamiento de independizar a la Banda Oriental de los dominios del Brasil?

Desde luego, parece haber perfecta consonancia en cuanto al hecho de que ese movimiento fué encabezado por don Juan Antonio Lavalleja. Es de advertir que el mismo personaje había desempeñado el cargo de capitán del regimiento 10 de infantería, de las tropas argentinas, en 1814, durante el gobierno del Director Gervasio Antonio Posadas. No es una circunstancia baladí desde que ella establece la vinculación que tenía con los argentinos el personaje principal de esa epopeya.

No es conocida con plena exactitud la raigambre dentro de la cual se elaboró el plan de la campaña, cuyo principio de ejecución comenzó con el embarco, en San Isidro, del 19 de abril de 1825, en el lanchón que para tal objeto fué arrendado por don Pascual Costa, miembro de una expectable familia porteña, amigo y hombre de confianza de Lavalleja.

En 1824 terminó su gobierno el general don Martín Rodríguez, sucediéndole en el cargo de la elevada magistratura el glorioso general don Juan Gregorio de Las Heras, durante cuyo período de gobierno quedó libre y fundada la provincia oriental. Las circunstancias que mediaron en la preparación y ejecución del acto heroico de independizar ese territorio del dominio carioca autorizan a suponer, con fundamento respetable, que don Juan Antonio Lavalleja y los miembros principales que le acompañaron en las diversas reuniones celebradas primero en Barracas, después en el centro de esta ciudad y más tarde en San Isidro, mantuvieron activa y constante inteligencia al principio con don Martín Rodríguez y en seguida con el general de las Heras. No conozco documento alguno que permita aseverar aquella inteligencia de una manera concreta y específica, pero el modo cómo fueron preparados los abastos, armas, monturas, transportes y la relación docu-



Juramento de los Treinta y Tres Orientales en la playa de La Agraciada, el 19 de abril de 1825 — Célebre cuadro del pintor Juan M. Blanes, existente en el Museo Nacional de Bellas Artes del Uruguay

mental de fecha inmediata y mediata al 19 de abril, día del embarco, conservada inédita en el Archivo General de la Nación, autorizan en fuerza de la lógica, no sólo a creer en la aludida inteligencia, sino también para admitir la idea de que el Gobierno argentino auspició la expedición que luego desembarcó en la playa Agraciada, poniendo al servicio de ella los recursos materiales y morales requeridos por la clase y la magnitud de la empresa.

Hacia 1824 no había en Buenos Aires persona de alguna importancia, iniciada en negocios de Estado, que no lamentase el error que se decía cometido por el gobierno de Pueyrredón, al sugerir al Imperio del Brasil, tras de evitar las incursiones del caudillo Artigas, la invasión a la Banda Oriental, cosa llevada a cabo, dando por resultado la anexión de ese territorio al dominio brasileño, con el nombre de Provincia Cisplatina, devota, desde ese momento, del "grito de Ypiranga", que desde el 7 de septiembre de 1822 proclamó la independencia de la Corte de Portugal.

No cabe duda de que el Gobierno argentino estuvo interesado, bajo el consejo de sus dirigentes principales, en que la Provincia Cisplatina se desprendiese de la influencia política del Brasil, de suerte que la propaganda y la acción de Lavalleja no podía causarle ningún "desplacer", como dijera en cierta ocasión Carlos VI, "el loco", al conocer la muerte de su primo de Armagnac. Antes por el contrario, podía contarse con su franca simpatía.

La noticia, por otra parte, llegada a Buenos Aires, de que las fuerzas libertadoras al mando del general Sucre habían alcanzado la victoria de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, vino a estimular la empresa de libertar a la Provincia Cisplatina, sometida a un gobierno que repugnaba al dogma republicano. Esa victoria, al poner fin a la dominación española en América, al ser conocida, fué ruidosamente festejada, operando en los espíritus de la población argentina una verdadera fiebre libertadora, muy especialmente en los concurrentes a las reuniones presididas por Lavalleja, constituidas, como es sabido, por orientales y argentinos en fraterna solidaridad.

Los diversos planes de campaña que vinieron estudiándose con anterioridad al triunfo de Ayacucho dieron en seguida con el definitivo de los Treinta y Tres, conocido con este nombre en la historia. Entre

los componentes de ese grupo heroico figuraron, acompañando a Lavalleja, orientales, argentinos y algunos miembros de otra nacionalidad.

Según el documento ya publicado de don Pedro Trappani, en el mencionado artículo

del 8 de marzo, el Gobierno argentino se había comprometido a concurrir con la cantidad de "cien mil pesos" para el sostenimiento del Ejército oriental, comandado por Lavalleja, de cuya suma sólo fueron recibidos 83.600 pesos.

Se preguntará, naturalmente, en virtud de qué motivo asumió el Gobierno argentino semejante compromiso. Debe suponerse, dentro de lo corriente y lógico, que lo contrajo sintiéndose cointeresado en la independencia de la aludida Provincia Cisplatina, ya que de otra manera no es posible explicarse la causa de tal erogación. Este supuesto se comprueba con la cuenta pasada por don Pascual Costa al propio general don Juan Antonio Lavalleja, existente en el Archivo General de la Nación, cuyas dos primeras partidas relacionan inversiones de dinero hechas con anterioridad al 19 de abril de 1825, día en el que se embarcaron los Treinta y Tres, y la que pasó por las oficinas de Hacienda del Gobierno argentino, con la liquidación puesta al pie por el contador don José del Rebollar y nota de su respectivo abono.

Transcribo esas dos partidas textualmente:

"1825 — Abril, 11:
Por mil sesenta pesos en efectivo, 1060;
Por siete monturas completas a 12 pesos, 84; Por dos cornetas, a 17 ps., 34;
Por costo de un lanchón que lo condujo a la Banda Oriental, 700 1878

"Mayo, 10 — Por tres mil trescientos setenta y cinco pesos y medio reales resultado de cuenta producida por suplementos hechos para el Despacho de la Libertad del Sud con armas, según documentos No. 1 al 27, 3375 y ½; Por enfardes de dos mil quinientos uniformes y quinientas monturas, 1400 4775 ½

A estas dos partidas siguen otras varias, dando cuenta de gastos hechos en provisiones de tabaco, yerba, fletes, jer-

gas, que suman \$ 20.198, apareciendo firmada por Costa el 26 de julio de 1826.

Al pie de la misma se registra esta certificación:

"Fenecimiento
"Reconocida la cuenta de suplementos hechos por don Pascual Costa al Ejército Oriental al mando del general Lavalleja, ascendente a veinte mil ciento noventa y ocho pesos, y habiendo oído las explicaciones dadas por el expresado Costa, y visto las certificaciones del Secretario de Guerra que reconoció esta cuenta, y el oficio del Señor General Lavalleja, ambos documentos incluidos en ella, se declara lo siguiente:

"Que los dos mil setenta y siete pesos que carga don Pascual Costa por una letra por la parte de la compra de armas a Zimmerman deben rebajarse de aquella cantidad por estar abonados en el alcance de la cuenta del señor Trappani, con cuya rebaja se declara a favor del que rinde esta cuenta diez y ocho mil ciento veinte y un pesos, y para su reintegro se pasará el oficio conveniente al Ministerio de Hacienda, dándose en dichos términos por buena y concluida en todas sus partes por la Contaduría General de intervención en Buenos Aires, a 21 de marzo de 1827. — (Firmado): José del Rebollar".

En esta cuenta y su liquidación aparecen imputados gastos e intereses efectuados desde el 11 de abril de 1825 hasta el 26 de julio de 1826.

El general Lavalleja la reconoció y en su mérito la pasó al Gobierno argentino para que fuese abonada, según lo afirma don José del Rebollar y lo confirma el propio Lavalleja en la siguiente carta inédita, cuyo original existe en el Archivo General de la Nación, que dice así:

"Departamento de Hacienda.
"Villa de San Pedro y junio 16 de 1826.

"El Gobernador y General que suscribe al acusar recibo al señor Pedro Trappani de su nota oficial del 30 de mayo próximo pasado, con inclusión de las cuentas generales, dinero recibido, la inversión y alcance que tiene de 17.744 pesos seis y tres cuartillos reales, dice a Vm. Que sobre los 16.400 pesos para pago de armamentos del señor Zimmerman que dejó en Cajas, ya me he dirigido al Gobierno Nacional por medio del señor Teniente Coronel D. Pedro Lengua para que ordene entregar a Vm. los 16.400 pesos, como cargo a los "cien mil" de que me di por recibido, por la entrega total que se creyó hacer a Vd. de aquella cantidad; y que la partida de 16.200 pesos que corresponden a los beneméritos particulares, de que hace Vm. relación, presentando sus

General Juan G. de las Heras



recibos, lleva el mismo Teniente Coronel un singular encargo, para que del dinero que debe recibir de los ajustes generales, inmediatamente le sean a Vd. enterados; mas si por un inesperado evento quedasen sin efecto estas disposiciones, y el señor Trappani en descubierto con los demás señores con quien se halla comprometido por tan recomendables servicios obolados para la Libertad de esta Provincia, es del honor y deber de este Gobierno tomar medidas que le hagan arribar al cese de sus compromisos por las cantidades expresadas, en que Vm. con tan noble objeto se encuentra en este déficit. El que suscribe principiará a cumplir su obligación según los resultados que tenga el Sr. Teniente Coronel Lengua, comisionado a este respecto, de quien el infrascrito hasta la fecha, no habiendo tenido el menor aviso, contestando a su citada nota, le adelanto este conocimiento para su satisfacción.

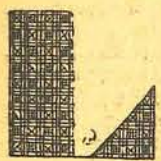
"El que firma se honra al saludar al Sr. Trappani, a quien se dirige. — (Firmado): Juan Anto. Lavalleja. — (Firmado): Carlos Anaya".

Este documento demuestra con claridad que la expedición de los Treinta y Tres se hizo auspiciada por el Gobierno argentino, circunstancia que confirman y amplían otros documentos igualmente conservados en el Archivo General de la Nación, contribuyendo a formar el convencimiento de que la iniciativa y la realización de la magna campaña libertadora de la Provincia Cisplatina, que la transformó en provincia oriental, fué concebida y ejecutada con el beneplácito y la colaboración de las autoridades argentinas, debiendo desestimarse toda aseveración de haberse realizado a escondidas de nuestro gobierno.

Los documentos aludidos consisten en dos reclamaciones hechas al gobierno presidido por don Bernardino Rivadavia, en las que aparecen autores los señores Miguel Riglos, Alejandro Martínez, Braulio Costa, Gregorio Gómez, Gregorio Lecocq, Pascual Costa y Ramón Larrea y a la Sala de Representantes de la provincia oriental, respectivamente.

Según esos papeles, los reclamantes obtuvieron, bajo su responsabilidad, de la casa de comercio Zimmermann, armas y pertrechos por un valor de 16.608 pesos, destinados al servicio de la expedición, figurando en primer término fusiles, tercerolas, sables, etc. El representante de la casa Zimmermann, Frazur y Compañía, don Antonio Lynch, aparece certificando que esos materiales fueron pagados por los reclamantes.

El ministro Dr. Salvador María del Carril rechazó esa reclamación desconociendo personería a los suplicantes, pero agregando en el decreto recaí-



LOS músicos han vuelto a encontrar con placer, frente al pupitre de los Conciertos Pasdeloup, la alta y delgada silueta de Franz Schalk, del "Padre Schalk" como se le llama afectuosamente, con el tierno respeto que rodea a su persona, desde su prodigiosa ejecución de "Fidelio".

A decir verdad, la tarima de concierto no le es tan favorable como el teatro. Schalk, que es la sencillez personificada, no se preocupa nunca de dirigir "para el público". Ignora completamente lo que pasa a sus espaldas. Ahora bien, sus gestos son poco expresivos para el público. Ejerce su esfuerzo de sortilegio sobre el alma y el inconsciente de los ejecutantes. Desde el punto de vista plástico, este modo de dirigir no puede, evidentemente, obtener el mismo éxito popular que los gestos sabios y elocuentes de los efectistas de la batuta.

Franz Schalk tiene decididamente dotes particulares de intérprete de Beethoven. Ha logrado extraer de la Sinfonía Heroica acentos pasionales de una nobleza y una potencia extraordinarias. No busca las pequeñas coqueterías de detalle que constituyen la gran preocupación de algunos colegas suyos. Se aplica únicamente a ahondar el pensamiento. En Beethoven, esa técnica da desde luego resultados notables.

Ha sido menos apreciada la "primera audición" que figuraba en el programa del director de orquesta de la Ópera de Viena. Eran fragmentos de una "Nuestra Señora de París", compuesta por un tal Franz Schmidt, dentro de un espíritu realmente desconcertante. En un estilo pseudo-clásico y con una trivialidad de estilo y de desarrollo realmente desarmanantes, ha tratado el compositor alemán este tema pintoresco y novelesco. El "Entre acto" y el "Carnaval" que nos fueron revelados igualmente, son muestras que no nos inspiran el deseo de conocer el resto de la obra.

★

El reciente Congreso de Títeres que se realizó en París ha puesto de relieve las hermosas representaciones del teatro de las muñecas de Baden-Baden. Después de conquistar a los técnicos, estos pequeños actores de madera han querido emprender la conquista de

LA VIDA MUSICAL EN PARÍS

LOS CONCIERTOS DE LA ORQUESTA FRANZ SCHALK. — EL TEATRO DE MUÑECAS DE BADEN-BADEN. — LA RECONSTRUCCION DEL "PROMETEO", DE BEETHOVEN. — EJECUCION DE UNA OBRA MAESTRA DE BACH

nuestro público. Helos aquí, instalados en el escenario de los Campos Eliseos sobre el minúsculo palco escénico, con su "troupe" considerable, sus almacenes de decorados y su rico repertorio que va de Mozart a Hans Sachs y de Goethe a Les-sing, pasando por el "ballet", el circo y el "music-hall".

El arte de los "pupazzi" no ocupa en nuestra tierra el mismo lugar que en otros países. Aparte del legendario Guinól que difícilmente se aleja de su patria lionesa, no hemos sabido crearlos una técnica nacional en esta materia.

Es, sin embargo, un género delicioso el que hace vivir a pequeños personajes sintéticos y los enriquece con una cristalización psicológica irrealizable con el actor vivo. Un títere bien tallado y manejado encarna un tipo definitivo. Es lo que Platón llamaba la campesina en sí, el soldado, el rey, la canalla en sí. Desciende — sobre todo en Alemania — de la talla de imágenes de la Edad Media, de la escultura en madera de las catedrales. Para el poeta y el dramaturgo de la "féerie", es el intérprete ideal puesto que va mucho más allá de lo real.

Pero los títeres tienen un defecto. Quieren a toda costa representar obras demasiado desarrolladas. Caen en el defecto de los virtuosos que abusan de las "cadencias" y del "concerto". Así, por ejemplo, los cómicos de madera se equivocan al incluir en su repertorio obras tan profundamente antiescénicas como "Bastien et Bastienne", a pesar de la precisión de sus gestos y del talento de cantores como la señorita Ilse Schütz Eisenlohr y los señores Gredinger y Ebert. Es un "tour de force" inútil.

El verdadero triunfo es el "número" aislado, que debe ser corto y significativo. En este género puede tener genio el títere. Los de Baden-Baden han tenido aciertos en realizaciones infinitamente variadas. El pequeño xilofonista, el gran tenor italiano, los bailarines negros, la bola rodante están llenos de detalles encantadores. Los gestos de los artistas de la orques-

ta de balalaikas son asimismo de una verdad y una precisión notables. Nada más divertido que el sincronismo de las Kitschi Girls y de la "jazz" que las



FRANZ SCHALK
Director de orquesta de la Ópera de Viena

acompaña. Pero creo que el momento más artístico es aquel en que una minúscula bailarina hindú, dorada y patinada como un ídolo, se contorsiona con una flexibilidad deliciosa y juega con una serpiente bajo un juego de luces delicado. Al



EMILE
VUILLERMOZ

PARIS, marzo de 1930
(Para LA NACION)

multiplicar las atracciones de esa índole, los títeres alemanes causarán alegría a todos los amigos de las muñecas vivas.

★

Los dos misteriosos arqueólogos que han reconstituido para la Ópera la trama del "Prometeo", de Beethoven, y que el programa oficial bautiza políticamente X... y X..., son Maurice Lena y Jean Chantavoine. He aquí la fábula que nos proponen: Prometeo trató en vano de dar un alma a la pareja humana que ha modelado. Apolo y las Musas le revelan que esos autómatas insensibles sólo vivirán realmente cuando hayan conocido el dolor, el terror y el amor. Algunas escenas de baile se encargan de hacer la demostración, y los dos pacientes, enterados por fin de lo que es la existencia terrestre, se unen para multiplicar la raza humana.

Este asunto amanerado, confiado al joven y tumultuoso genio de Serge Lifar, se ha convertido gracias a él en un espectáculo magnífico, animado de una vida trepidante. Sin irreverencia y sin sacrilegio, el bailarín ruso ha trastornado el insulso "marivaudage" mitológico de Salvatore Viganò para convertirlo en una serie de cuadros impresionantes. Conocéis su técnica: responde a lo que pudiera llamarse la escultura aérea. Lifar es un inventor prodigioso de arabescos plásticos. Tortura sus miembros para crear líneas y volúmenes absolutamente nuevos. Pero sus actitudes no son casi nunca estáticas: se realizan dentro del movimiento. Nacen entre cielo y tierra. En el curso de un salto, de un impulso audaz, tiende y distiende los resortes de sus músculos para ofrecer sucesivamente en el espacio la silueta de dos, tres o cuatro actitudes distintas. La velocidad de sus encadenamientos es fulminante. Tiene algo de eléctrico. Uno recuerda la clásica experiencia de Galvani.

Esas vigorosas transformaciones nos dan una serie de imágenes sorprendentes cuya fuerza expresiva es inimitable. Sin que se muevan los

músculos de su rostro casi indiferente, su cuerpo traduce en curvas y ángulos los sentimientos más matizados. Es una forma profundamente coreográfica e ingeniosamente transportada de la pantomima. El éxito de este joven dios de la danza ha sido triunfal.

En verdad, sus camaradas de la Academia Nacional no estaban completamente preparados para seguir a un guía diosíaco. No cabe duda de que no es en esta forma especial que florecen más brillantemente los méritos técnicos de Spessivtzeva y de Peretti. Sin embargo, conviene alabar la docilidad con que obedecieron a estas normas inesperadas. Mlle. Lorcía, en cuyas venas corre fuego, se adaptó más fácilmente a la estética fulminante del nuevo Prometeo. Mlle. Lamballe y Mlle. Damazio se entregaron generosamente. Y el público se alegró de ver que el fogoso coreógrafo ponía de relieve las cualidades de Mlle. Rosita Céres, a quien se ha confiado por fin un papel digno de su talento en que se mostró muy brillante. Aplaudamos esta merecida distinción.

La partitura tan conocida de Beethoven fué dirigida con mucho relieve por Szyfer. Fué realmente una partitura de "ballet" y no una serie de páginas académicas para las visperas sinfónicas del domingo. La entrada de Lifar a la Ópera ha barrido indudablemente de una vez varias capas de polvo. Saludemos con alegría la irrupción en benéfico torbellino de este sucesor de Eolo.

★

Los conciertos Pasdeloup acaban de realizar un esfuerzo al que conviene rendir homenaje. Han reunido y sometido a la batuta de M. René-Baton todos los materiales musicales necesarios para construir el formidable edificio de la Misa en Si, de Bach. Ahora bien, es sabido lo que cuesta actualmente semejante técnica arquitectónica. La crisis de la edificación se extiende hasta las catedrales sonoras...

Conviene por lo tanto felicitar cordialmente a esa sociedad por haber emprendido esa tarea magnífica, y sobre todo por haberla conducido a buen puerto. La ejecución de la Misa en Si ha sido notable y ha honrado altamente a los solistas, los coristas y los instrumentistas. No olvidemos este gesto cuando estemos tentados a reprochar a nuestras asociaciones su inclinación a la rutina y su indulgencia para la ley del mínimo esfuerzo.

do esta resolución que copio al pie de la letra:

"Sin perjuicio, el comisionado D. Pedro Trappani pasará a la Contaduría General la copia "que se le tiene pedida" de la cuenta que ha instruido al General Lavalleja".

He subrayado las palabras "que se le tiene pedida" porque ellas son como una clave del documento de don Pedro Trappani, publicado en LA NACION del 8 de marzo del año pasado, y aun de la carta de Lavalleja, arriba transcrita, en la que manifiesta haber comisionado al teniente coronel Lengua para arreglar el abono de las respectivas cuentas.

Desengañados los prealudidos reclamantes de obtener del Gobierno argentino el reembolso de los 16.608 pesos pagados a la casa Zimmermann, sobre compromiso contraído por don Pedro Trappani, acudieron a la provincia oriental con la siguiente presentación:

"Honorable Sala de Representantes:

"Los ciudadanos que firman el presente memorial ante V. H. con el mayor miramiento exponen: Que los adjuntos documentos ministran la calidad de reclamo hecho a la primera autoridad nacional y

el sorprendente resultado que él ha tenido.

"Es del todo violento y mortificante que ante el cuerpo representativo oriental hagan los suplicantes la menor cita de méritos en la presente lid, por haber prestado aquellos auxilios que han estado en la esfera de sus circunstancias; les lisonjea, sin embargo, el haber algunos cuya oportunidad nunca podrá desconocer V. H., cuyo principio de desinterés exige una justa consideración de deber: Es a V. H. que apelamos por la garantía de un armamento por cuyo valor salimos a responder por el comisionado oriental, que es lo mismo que haberlo hecho a la Provincia que V. H. tan dignamente preside, la cual se hallaba entonces representada en el distinguido General Lavalleja.

"V. H. verá con asombro que un voto emitido por el Gobierno Provisorio para pagar tan sagradas atenciones fué suspendido por el Gobierno permanente en una suma pequeña, pero suficiente a cubrir casi en el todo los 16.600 pesos que solicitamos, con cuyo único objeto la dejó el comisionado hasta el vencimiento de las Letras: El Ejecutivo permanente, sin embargo, creía que por un elevado patriotismo o por una universal economía, o más bien por una forma arreglada, debía poner embargo a esta canti-

dad; este hecho (sin duda, explicable) causó las dos solicitudes que acompañan, las cuales exigen a los suplicantes de repetir hechos ni relatos que fastidiarían la alta atención de V. H.: el resultado es una denegación directa, sin dignarse siquiera indicar la vía legal que el Gobierno exige: en este Dilema recurrimos a la Cámara provincial, a fin de que a la lectura de los diversos documentos adjuntos bajo los números 1 y 2 se dignen V. H. advenir un medio justo de reponerlos de esta parte de nuestros patrióticos esfuerzos, que con generosidad hemos hecho por la Independencia y gloria de la Provincia Oriental. Por todo ello:

"A V. H. pedimos se dignen sancionarlo por estricto a justicia:

"Honorable Señor: (Firmados): Miguel Riglos, G. Lecocq, Pascual Costa, Ramón Larrea, Gregorio Gómez, Alejandro Martínez, Braulio Costa".

Eso del gobierno permanente, varias veces repetido, no es otra cosa que el Gobierno argentino, por cuyas oficinas pasaron los papeles relacionados.

Alguien poco mesurado en sus juicios ha afirmado por ahí que: "Fué necesario que don Antonio Díaz fundase en Bue-

nos Aires un periódico, "El Piloto", para decidir al gobierno de las Heras a intervenir en favor de los orientales, que invadieron, sin más ayuda que sus propias fuerzas", el territorio poseído por el Brasil en la banda oriental del Plata. Nada se ha dicho de más pintoresco y antojadizo al respecto, pues aparte de la documentación transcripta, es de advertir que el mencionado periódico "El Piloto" fué fundado en junio de 1825, publicándose treinta y tres números y desapareciendo en enero de 1826, de modo que la invasión de los Treinta y Tres, concebida y realizada el 19 de abril de 1825, no pudo ser pregonada por el nombrado señor Díaz, que fundó su periódico después de hallarse consumada la libertad de la Provincia Cisplatina.

Tanto y tanto tuvieron que ven en esas cosas la sociedad y el Gobierno argentino, que no tardó mucho en producirse la guerra con el Brasil, terminada, como es sabido, en 1827, con la victoria de Ituzaingó, que aseguró de manera definitiva la independencia de la Banda Oriental.

En sostenimiento de la tesis contraria se han recordado las

manifestaciones que don Manuel J. García, nuestro ministro de Relaciones Exteriores en aquellos tiempos, hiciera al vicealmirante Ferreira Lobo, de la escuadra brasileña, de que la insurrección "fué obra exclusiva de los habitantes de la Banda Oriental, sin ayuda ni conocimiento el menor del gobierno de las Provincias Unidas, olvidando que los intereses de la diplomacia es arte clásico del disimulo y fuente muy precaria de la historia verdadera.

Discretamente, García no pudo decir otra cosa, sin provocar el rompimiento de las relaciones con la Corte del Brasil, el cual, después de todo, no pudo evitarse, como lo comprueba la copiosa información documental relativa, ya publicada en nuestro país.

Si el Gobierno argentino no hubiese mirado con buenos ojos la empresa libertadora de los Treinta y Tres, entre los que se contaron varios ciudadanos argentinos, el embarco de San Isidro no se hubiera llevado a cabo, pues habría sido lo más sencillo y fácil evitarlo. Fué un secreto de esos que se confía su reserva a la multitud. Las autoridades no pudieron ignorarlo.

UN GRAMO DE RADIO

POR
LEON
MAUGIS

POR colecta pública, el pueblo de los Estados Unidos reunió no hace mucho la suma de 50.000 dólares — unos 125.000 pesos de la moneda argentina — para obsequiarlos a Mme. Curie, con el fin de que pueda adquirir un gramo de radio. Con ese despliegue de teatralidad a que tan aficionado es el pueblo norteamericano, se hizo ir a Washington a la famosa investigadora, y en un acto solemne, el propio presidente Hoover le entregó el cheque por la crecida cantidad.

Gracias a la generosidad norteamericana, Mme. Curie, la suave y humilde Maria Sklodowska, "la mujer de los ojos más tristes del mundo", como la llamaron los periodistas de la Unión, dispondrá de un gramo del preciado elemento. Y encerrada en su laboratorio del Instituto Curie, proseguirá afanosa y heroicamente los trabajos iniciados hace ya más de treinta años y que la llevaron, primero al descubrimiento de las propiedades radiantes de la pechblenda, previstas antes que por ella por Henri Becquerel, y luego al aislamiento del elemento No. 88 de la escala de Mendeleef, que habría de trastornar, en apenas un cuarto de siglo, las concepciones clásicas sobre la composición de la materia, que habría de conducir a la medicina por nuevos y luminosos senderos, y que habría, incluso, de conciliar las seculares divergencias filosóficas entre espiritualistas y materialistas.

¡Cincuenta mil dólares por un gramo de radio! Si se considera que no hace todavía medio siglo que el oro, que apenas vale unos cuantos pesos el gramo, era considerado el metal precioso por excelencia, la suma parece fantástica. Pero es preciso conocer la forma en que se logra extraer el nuevo metal y las dificultades con que tropieza la ciencia para aislarlo, para comprender el motivo de tan elevado precio.

El radio se encuentra en fracciones infinitesimales, incorporado a la pechblenda, un mineral raro, que sólo se halla en tres o cuatro partes del mundo, entre ellas en Checoslovaquia y en el Congo Belga, y para extraer un miligramo de él, es necesario tratar muchas toneladas de residuos de ese mineral, después de obtener otro elemento singular, el uranio.

Gigantescos calderos industriales, de la misma índole de los utilizados en algunas ramas de la industria minera, reciben por toneladas los residuos de pechblenda, ricos en radioactividad, los que son hervidos durante largas horas, en una solución de soda fuertemente alcalina, que permite eliminar el ácido salicílico, primer paso hacia la depuración. Terminada esta extracción se someten los restos a la ebullición en ácido clorhídrico, operación que tiene por objeto eliminar los metales pesados, que se hallan incorporados en la mezcla.

Una nueva ebullición en solución de soda transforma el sulfato en carbonato de radio. Y un segundo lavado en ácido clorhídrico, químicamente puro, permite aislar una lejía que contiene vestigios de cloruro de radio.

Ya se ha realizado la mitad del camino para obtener el codiciado elemento. Pero falta todavía aislar esos vestigios de cloruro de radio. Un nuevo lavado en ácido clorhídrico permite obtener una cristalización que en química recibe el nombre de "Ra Cl 2" de 98 por ciento de pureza, y que vulgarmente se llama cloruro de radio, o radio a secas. De las toneladas de materia que entraron en la primera ebullición, sólo resta un residuo casi im-

perceptible, de apariencia cristalina, que a primera vista puede confundirse con la sal común.

El yacimiento más rico en radio y el más popular, debido a que de él pudieron aislarse los primeros miligramos conocidos, es el de Joachimstahl, llamado Jachimow por los checos, en la Checoslovaquia. Las montañas de esta región están compuestas por es-

francés, quien descubrió en 1896 las propiedades radiantes del uranio. Había dejado en su laboratorio algunos trozos de ese mineral, destinado a ensayos, junto a una caja de pla-

que colocó, comprobó al revelarlas, que habían sido impresionadas, no obstante que otras placas de la misma caja, guardadas en otro sitio, no mostraban señales de tal fenómeno.

Por aquel tiempo Roentgen había asombrado al mundo con el descubrimiento de los Rayos X, y Becquerel previó que ese mineral extraño que tenía en su laboratorio, poseía propiedades semejantes a las de

vos", y a la nueva propiedad de la materia que se manifestaba en esa emisión, le dió el nombre de "radioactividad". Hasta que, dos años más tarde, en 1898, los esposos Curie lograron aislar, de los residuos de pechblenda que abundaban en Joachimstahl, los primeros miligramos de ese portentoso elemento, que llamaron radio por ser radioactivo por excelencia.

Su radioactividad, o sea su poder de producir y emitir energía propia sin estímulo externo, es prodigiosa, y supera en un millón de veces a la del uranio. Emite constantemente unos rayos — llamados Alfa, Beta y Gamma — que poseen una velocidad de 15.000 kilómetros por segundo, y una potencia de penetración tal, que traspasan fácilmente todas las materias, hasta un espesor de tres centímetros de plomo, que es el elemento más compacto conocido.

El nuevo elemento, cuyo descubrimiento revolucionó, como hemos dicho, los conceptos clásicos de la física y de la química y que ejerció influencia hasta en la filosofía, no habría adquirido trascendencia humana, si no hubiera sido porque, saliendo del estrecho límite de la química experimental, no se hubiera comprobado su inmenso valor terapéutico, en el tratamiento de enfermedades hasta entonces conceptuadas incurables.

Becquerel mismo formuló la hipótesis de este valor curativo. En una ocasión, llevó consigo casualmente durante algunas horas unos miligramos de radio, y en el sitio en que estuvo el singular metal, se le formó una úlcera de difícil curación. Pierre Curie, para comprobar este fenómeno, se aplicó deliberadamente un miligramo en un brazo y lo mantuvo diez horas, y se le produjo una llagu que tardó cuatro meses en curar. Esta propiedad ulcerante atrajo la atención de los médicos, quienes, en repetidos ensayos, pudieron comprobar que era mayor sobre los tejidos enfermos que sobre los sanos, y de allí surgió la radioterapia, o sea el tratamiento por medio del radio, de enfermedades consideradas incurables, como el cáncer, el sarcoma, la leukaemia, etc.

La producción de radio en el mundo es reducidísima. Las minas de Joachimstahl produjeron 938 miligramos en el año 1910, primero de la explotación que puede llamarse industrial, y esta producción ha ido en aumento, hasta subir, en 1928, a poco más de 3 gramos, sin que durante ese lapso de 18 años, haya llegado a 25 gramos en total.

AMOR FRATERNAL

DESPUES de la terrible época de las persecuciones, los cristianos vivían en paz y hasta se aventuraban a construir pequeñas iglesias. El espantoso recuerdo de las fieras, devorando a los cristianos, era historia pasada cuando todo esto volvió a renacer con el emperador Diocleciano. Este ordenó que se adoraran nuevamente los antiguos dioses paganos, se quemara incienso ante la estatua del emperador y que se torturara y se matara a los que no se prestaban a esta clase de obligaciones.

Dos hermanos, Simplicio y Faustino, se negaron rotundamente a renegar de su fe. Después de crueles torturas fueron decapitados y sus cuerpos arrojados al río. Mientras tanto, su hermana Beatriz se había refugiado en casa de una pobre cristiana muy piadosa, llamada Lucina. Cuando supo la muerte de sus hermanos, se dirigió a orillas del río para ver si la corriente traía los cadáveres que le eran tan queridos. Así sucedió realmente, y ella misma los enterró en un cementerio cristiano. Pero no pasó mucho tiempo sin que ella fuera denunciada a su vez y negándose a adorar a los dioses paganos, fué también estrangulada y arrojada al río.



Mme. Marie Curie, la descubridora del radio, al ser presentada por Owen D. Young al presidente Hoover, en el acto de la entrega del importe de la colecta que el pueblo norteamericano hizo en favor de la investigadora francesa, para obsequiarle un gramo del preciado metal

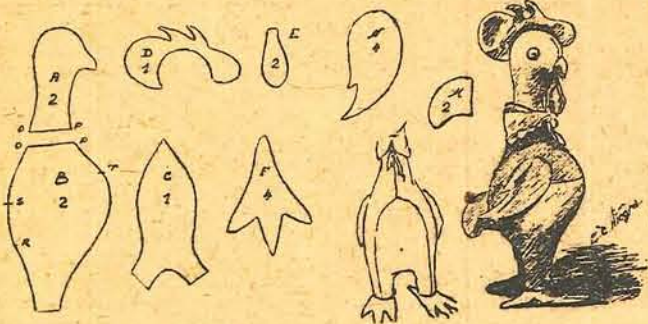
cas fotográficas perfectamente aisladas de la luz, como las entregan las fábricas. Y al ir a utilizar las placas, advirtió que se hallaban veladas, es decir, que habían sido impresionadas por un rayo de luz de procedencia extraña. Como buen investigador, Becquerel no dejó pasar inadvertido el fenómeno y repitió la operación. Y nuevamente, no obstante haber vigilado rigurosamente las placas

los rayos aquellos, producidos por la electricidad.

Prosiguió los estudios y logró comprobar las propiedades radiantes del uranio. Un nuevo sendero se abría para la ciencia. Y Maria Sklodowska, investigadora también, tomó con ahínco la tarea de proseguir los trabajos de Becquerel y los extendió a otras substancias, labor en que, algún tiempo más tarde, colaboró su esposo, Pierre Curie. "Este estudio — dice Mme. Curie en su notable memoria de 1911 a la Academia de Ciencias de París — nos condujo rápidamente al descubrimiento de cuerpos nuevos, cuya irradiación, análoga a la del uranio, era considerablemente más intensa. Todos los cuerpos que emiten esa irradiación fueron llamados por mí "radioacti-

Fué Becquerel, el gran físico

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN GALLITO:

Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón. Ya cortadas las distintas piezas (en terciopelo o paño), se unen las A y B, por sus bordes OP, y las A y B por los bordes RS. Hecho esto, se unen entre sí las piezas resultantes, cuidando de colocar el patrón C, a partir de T, como indica la figura H. Las patas, dobles, se rellenan con lana y se cosen en el lugar correspondiente del cuerpo, luego de haber rellenado también este último. Observando el modelo, podréis, fácilmente, concluir este caprichoso gallito.



LOS RIOS DE AFRICA PUEDEN ENCERRAR UNA FORTUNA EN MARFIL

Si resulta exacta una nueva hipótesis para explicar la desaparición de los elefantes que mueren de muerte natural, formulada recientemente por Sir William Gowers, gobernador de la colonia británica de Uganda, los grandes ríos de Africa deben encerrar una cuantiosa riqueza en marfil.

¿Adónde van los elefantes cuando mueren? Los naturalistas y los exploradores han tratado por muchos años de encontrar la respuesta. De acuerdo con la leyenda, los paquidermos moribundos se arrastran hasta algún remoto cementerio de elefantes. Sin embargo, nunca se ha encontrado un lugar de esa índole, como tampoco han sido encontrados la mayoría de los dos mil elefantes salvajes africanos que, según se calcula, mueren cada año. La hipótesis de Sir William es que estos animales, cuando están viejos, se dirigen al río más cercano para beber, y que la mayor parte de ellos se ahogan allí.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Cómo hacer desaparecer un naipe



Tome un naipe en su mano y muéstrela, anunciando que lo ha-



rá desaparecer ante la vista de todos. ¡Uno, dos, tres! La carta ha desaparecido.

El secreto consiste en perforar el naipe con un alfiler al que se le habrá dado vuelta la



ENGANCHESE EN EL PANTALON

costado de su

ALFILER

punta. Cubra este alfiler con su dedo pulgar. Haga girar entonces sus brazos a uno y otro lado del cuerpo y enganche el naipe a un pantalón.

Es evidente que estos procedimientos hubieran indignado y asombrado a Delacroix, Corot, Manet o Puvís de Chavannes. Jamás lo hubieran previsto. Degas, en su ancianidad, desilusionado por lo que advertía, pronunció esta frase célebre: "En mis tiempos no se llegaba!" Hoy se llega demasiado, y por todos los medios. La cuestión dinero domina todo. Si no se consigue arrebatar el arte a la tiranía de los comerciantes sindicados, morirá vergonzosamente en un desastre general que desvalorizará hasta cero, tanto las obras buenas como las malas. Por eso me obstino en declarar aquí como en todas partes la dura verdad, al paso que tantos ingenuos embusteros afirman que entramos en un Renacimiento magnífico.

LOS OFICIOS Y SUS HISTORIAS

LOS CARNICEROS

El oficio de carnicero es uno de los más antiguos que se conocen; a mediados del siglo XII, formaban ya corporaciones gremiales que pronto adquirieron mucha importancia.

En aquella época, los carniceros elegían entre los de su grupo un jefe vitalicio, que hacía las veces de juez en todas las dificultades que se presentaban entre los miembros de la corporación. Según consta en una ordenanza del año 1381, los señores carniceros no soportaban la menor infracción a sus reglamentos, suspendiéndolos a la primera falta por un cierto tiempo. Si insistían en desobedecer las órdenes del jefe, éste podía ordenar que se le desquartizara, se le quemara o se le arrojara al río.

Esto no impidió que se cometieran grandes abusos, pues se nombraban carniceros de padres a hijos, a fin de conseguir la propiedad de los puestos de carnicería, viéndose muchas veces a criaturas de siete y ocho

años, figurando como carniceros.

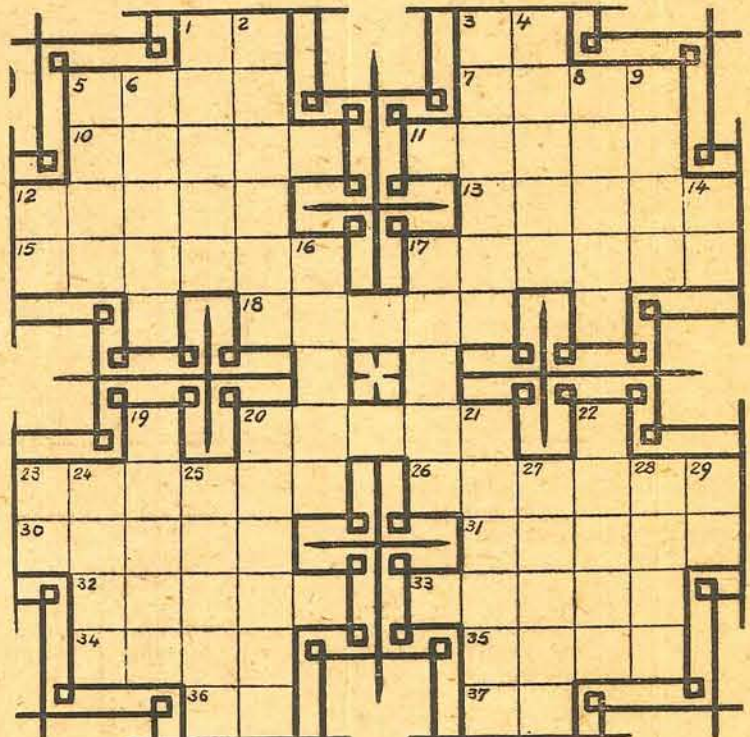
En el siglo XV, la corporación de carniceros tuvo gran importancia política en Francia. Bajo el reinado de Carlos VI, este país se encontraba dividido entre los partidarios del duque de Borgoña, a quien llamaban Juan Sin Miedo, y los Armagnacs. Los carniceros tomaron la parte del primero y pretendieron restablecer, a su manera, el orden del reino. Bajo la dirección de uno de ellos, llamado Juan Caboche, masacraron gran parte de los Armagnacs que se encontraban en París. Pero poco después, Juan Sin Miedo tuvo que abandonar la ciudad y sus enemigos hicieron pagar

bien caro las violencias de los carniceros, perdiendo la corporación todos sus privilegios, los que sólo les fueron devueltos muchos años más tarde.

Actualmente el oficio de carnicero ha cambiado por completo, debido a la modernización de los establecimientos y al perfeccionamiento de los mataderos.



PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Confianza, buen concepto que se tiene de una persona o cosa.
- Nombre de una consonante.
- Emprenden alguna cosa con audacia.
- Costumbres.
- Breve interrupción del movimiento, acción o ejercicio.
- Que obra con sagacidad o precaución.
- Devuelve.
- Empleo de las palabras en sentido distinto al que propiamente les corresponde, pero que tiene con éste alguna conexión, correspondencia o semejanza.
- Falta de verdad en lo que se dice, hace, cree, piensa o sucede.
- Hieren ligeramente el cutis, con las uñas, un alfiler u otra cosa.
- Derribo, echo por tierra.
- Dañosos o nocivos a la salud.
- Argentinismo: galantear, cortejar, festejar.
- Toscos, incultos, groseros.
- Reman.
- Via en poblado.
- Lo que se considera como fundamento u origen de algo.
- Rápida, violenta, precipitada.
- Voy de un lugar a otro dando pasos.
- Nombre de mujer.
- Dativo y acusativo del pronombre personal de segunda persona, en plural.
- Preposición inseparable que

Verticales

- significa "bajo" o "debajo de".
- Conjunto de los animales de un país o región.
- Irrita, enfurece.
- Nombre de una cifra.
- Interés excesivo en un préstamo.
- Pon una cosa contra otra para impedirle su efecto.
- Tela cuyo tejido forma unas líneas diagonales.
- Estación del año.
- Pedazo de pan empapado en cualquier líquido.
- Infusión.
- Sufijo aumentativo.
- Causar, producir o hacer efecto una cosa.
- Fiero, cruel, inhumano.
- Unen o enlazan.
- Benignos y suaves en la condición.
- Quitáis, apartáis a una persona o cosa del sitio o condición en que se halla.
- Virgullita o rasgo que se pone sobre algunas abreviaturas, el que lleva la ñ y cualquiera otro signo que sirva para distinguir una letra de otra o denotar su acentuación.
- Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
- Mamífero carnicero que por lo común vive en el mar.
- Decisión o fallo que dictan los árbitros o arbitrajes.
- Semidios mitológico de los campos y selvas.
- Ondas de gran amplitud que se forman sobre la superficie de las aguas.
- Conozco algo por haberlo visto, oído o leído.

LA PINTURA EN FRANCIA

(Continuación de la pág. 6)

en una época en que el arte era honrado y no se tenía ni la menor idea de estas costumbres impropias. Son, pues, insuficientes. Ramond no cometió un error de cálculo sino al mezclar indebidamente a este tráfico su calidad de funcionario. Cualquier individuo puede realizar este oficio. Es, pues, necesario advertir al público extranjero que desconfíen cada vez que vean llegar a un personaje cualquiera con un lote de cuadros y el anuncio de una "exposición de arte francés" y que parezca obrar con miras de propaganda artística, casi siempre por medio de conferencias, pues sólo se

tratará de un negocio en que la bandera francesa no protegerá las mercaderías. Con maniobras de esta especie se presentó de Francia y de su verdadera opinión, una idea de las más falsas, sin verificación exacta de los títulos y de las atribuciones del comisionista de los comerciantes, disfrazado de crítico de arte. Insisto especialmente una vez más sobre la pretendida "Escuela de París", compuesta en su gran mayoría de extranjeros, alemanes, polacos, rusos, judíos, más o menos indeseables en sus patrias, y que se han procurado este título colectivo para ganarse las simpatías en los países amigos de Francia. Esta escuela instalada en Montparnasse no tiene nada de francés y se permite un verdadero abuso de confianza apoderándose de tal título.

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight.

FUE PEOR EL REMEDIO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).



Una vez por semana..



...se debe "pulir con especial cuidado" el frente de la dentadura.

Colocar un centímetro del dentífrico **DUBARRY** — pasta rosa o blanca — sobre un pañito seco (de hilo o algodón) y frotar los dientes de "abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo" con la presión del dedo.

Después hacer buches con agua fría o tibia para quitar la pasta en forma de espuma. Luego con el mismo pañito limpio y un poco húmedo repasar nuevamente los dientes.

Este procedimiento está aún más indicado para los que tienen los dientes descarnados y las encías débiles o enfermas por el abuso del cepillo y de los malos dentífricos.

El resultado es maravilloso, millares de personas lo practican y ríen con frecuencia para lucir la brillantez de sus dientes.

Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903



Tubo Grande \$ **1.70**

(que alcanza para 300 veces)

Tubo Medio \$ **0.70**

DE DISTINCION
EXCLUSIVA...

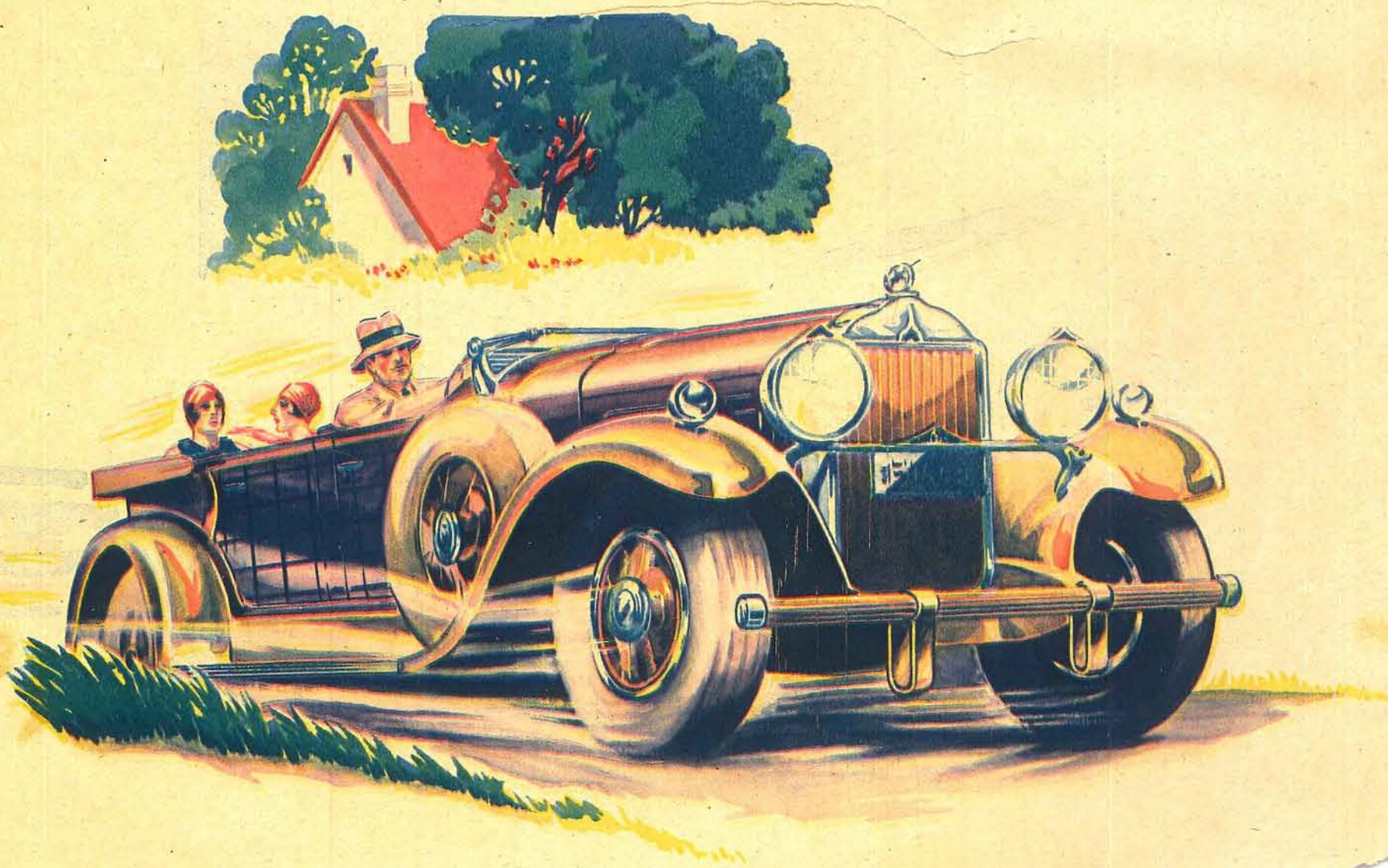
*por su lujo y
funcionamiento*

El Willys-Knight Gran Seis, representa la realización de ideales superiores en el diseñamiento de automóviles finos. Estos automóviles son de tendencia netamente ultramoderna en sus líneas, matices atractivos y en todos sus detalles.

El Willys-Knight Gran Seis se distingue también por su funcionamiento suave, gran potencia y larga duración, que solo se obtienen de un motor Knight, reputado universalmente como superior.

Visite al Agente Willys-Whippet más cercano y solicítele una demostración que gustosamente le brindará y en ella apreciará usted las excelencias del Willys-Knight Gran Seis.

HAMPTON, WATSON & Cía.
CERRITO 702 - AV. ALVEAR 3466 - BUENOS AIRES



WILLYS-KNIGHT